JUAN FRANCISCO FERRÉ

El Rey del Juego

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

EL REY DEL JUEGO

JUAN FRANCISCO FERRÉ

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: septiembre de 2015

© Juan Francisco Ferré, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2015
Pedro de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3642-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

CASTILLO: ¿A qué juego jugaremos?

VALDAURA: Al triunfo de España, y el que da los naipes se retendrá el naipe de muestra, si es as o figura humana.

Juan Luis Vives, «El juego de los naipes» (1539)

PRIMERA PARTE

LAS CARTAS Y LOS JUGADORES

Érase una vez. Sí. Y hasta dos veces si hace falta. Por qué no si era el verano mágico en que la debacle futbolística del país se unía a la celebración del primer centenario de una guerra mundial en la que no participamos. No nos iba nada en ello. O eso creían nuestros políticos de entonces. Veinte años después quizá lo habrían visto de otro modo…

I

Ya está todo dicho. Hay poco que añadir. La cosa se repite hasta la náusea.

Aquella noche de junio, para evadirme de las malas noticias, estuve viendo porno hasta altas horas de la madrugada en un canal privado de televisión al que acababa de abonarme, me bebí más de media botella de Jack Daniels, me hice una paja lenta y desganada imaginando que mi ex mujer se lo montaba con otro más joven y me quedé dormido en el sofá Divatto mientras en la pantalla LED de 60 pulgadas los acróbatas del sexo prolongaban el carrusel de posturas y actos indecibles más allá del amanecer.

Al despertar, con la tele aún encendida, tenía la sensación de haber sobrevivido a una catástrofe aérea y estar en una isla misteriosa y paradisíaca en compañía de mucha gente desconocida. Era falso. Como tantas otras cosas en mi vida reciente.

Todas las mañanas de los últimos años el mismo ritual para restablecer el contacto con el mundo perdido durante la noche.

Visto desde fuera: yo era una taza enorme de café humeante en la mano izquierda como una salvaguarda contra el sueño indeseable, un batín rojo como único disfraz y un aire de atontamiento estratégico calculado al milímetro para engañar al posible observador.

Visto desde dentro: yo era una cabeza llena de telarañas, un estómago vacío como precaución dietética y el alma aún más vacía, como un globo desinflado, a la espera de emociones positivas para reavivarse.

En ese estado de desorientación habitual, me puse a escribir mis mensajes matutinos, no todos destinados a la inteligencia del otro, en las distintas redes sociales de las que soy un activo integrante.

Media hora después de sentarme como un resucitado delante de la

pantalla del portátil recibo un email sorprendente en respuesta a mi llamada de auxilio:

¡Tío! No tienes huevos de venir esta tarde al Bar de Bringas (c/ Lévi-Strauss, n.º 5). No tiene pérdida. Aquí sólo nos juntamos buenos colegas para discutir a tope sobre fútbol y sobre el Mundial, cosas de aficionados, sin mariconadas de fichajes millonarios ni de árbitros comprados. Estamos en un grupo de Facebook con el mismo nombre. Búscanos si quieres y pincha que te gusta. Comentamos los partidos importantes como si fueran batallas de la primera o la segunda guerra mundial zombi. Tu pedazo de novelón Tubalcaín el aventurero hiperespacial nos volvió majaretas cuando lo leímos. Pero somos fans totales de tu literatura. Tus libros nos cambiaron la vida en el instituto. Estamos de paso y queremos conocerte. Te esperamos en el bar a las 4 en punto, hora del meridiano de la Tierra, en Marte es antes, ¿o era después? Ni idea. No se te olvide traerte el reloj de veinticuatro horas del que hablas en la novela. Puede ser la cita más importante de tu vida.

Danny & Willy

Lo fue. Lo sería. Vaya que sí. Lo cambió todo.

II

Aparte de escribir el tuit mío de cada día, mi tributo a la confusión nacional en curso, y algún que otro comentario improvisado en el perfil de algún amigo de la red social más publicitada de internet, por enésima vez en mi vida desde que acabé de escribir mi última novela, no tenía realmente nada que hacer.

Miré al mar desde la terraza, el color cobalto invitaba al presagio más siniestro, y tuve por un momento la sensación de que la muchedumbre de bañistas de silicona, en bikini o despechugadas, que abarrotaban la playa vecina a esa hora climática, me respaldaba con un gesto de ternura y hasta de conmiseración. Si mañana no estaba allí, en mi puesto de guardia, para espiarlas con los prismáticos no lo lamentarían tanto como yo.

Así que después de comerme una pizza precocinada Buitoni Barbacoa, mi comida basura favorita, viendo que era viernes y no ponían nada interesante en mis canales de consumo diario en espera de la alta noche y sus canales furtivos, me encaminé bajo el sol de las

tres de la tarde al encuentro más trascendente de mi vida adulta.

No he dicho mi edad, ¿verdad? Me temo que no. Soy tímido cuando quiero, como todo el mundo, por otra parte. A sólo cuatro meses de cumplir cuarenta y cuatro años me podía considerar un triunfador indiscutible en un país de triunfadores indiscutibles. Había publicado desde muy joven unas quince novelas infantiles y juveniles de todos los géneros, pero sobre todo de mis preferidos, la ciencia ficción, la fantasía y el terror, con éxito más que notable, y una trilogía de novelas adultas con tintes más realistas muy apreciadas por lectores y críticos prestigiosos en los últimos tiempos. Al menos dos veces al mes visitaba institutos y colegios para hablar de mis libros con los lectores más generosos y crédulos que existen y el masaje permanente de los medios y los lectores mantenía mi ego, a pesar de las apariencias, en niveles de elevación escandalosa. Por si fuera poco, las listas de los libros más vendidos en suplementos o librerías rara vez contenían una información humillante para mí. Como era capaz de disimularlo con astucia, recurriendo a subterfugios sutiles, a nadie parecía importarle mucho ni me lo reprochaba nunca.

Mi único fracaso grave en la vida estaba llamándome al móvil en ese preciso momento. Elena al habla. Mi ex, sí, cargada de deudas y de mala vida, según ella por mi culpa. Una vez más quería su porción del pastel. Después de aguantarme desde que éramos unos adolescentes hasta que despunté en el negocio, se sentía legitimada para plantearme día tras día demandas cada vez más absurdas. Nuestra relación actual se limitaba en líneas generales a ese mezquino protocolo. Llamadas telefónicas a cualquier hora, cuanto más intempestiva mejor, y exigencias ridículas o desmesuradas que yo no podía rechazar sin ganarme su desprecio profundo. Y menos tratándose de nuestra hija en común, Alexandra. La princesa de las islas griegas, concebida en 2003 entre las ruinas de Creta y el cráter de Santorini en un largo verano de delirio sexual a múltiples bandas. Alexandra, el amor de mi vida. La única mujer por la que literalmente estaría dispuesto a hacer cualquier cosa, por imposible o desagradable que pareciera en principio.

—Necesito que recojas esta tarde a la niña en casa. A las siete. Me voy todo el finde con unas amigas. Me acaba de llamar Miriam para decirme que el hotel de Marbella de que te hablé le ha confirmado las reservas de habitación después de tenerla en lista de espera durante un mes, ¿te das cuenta?

Sé que miente. Estoy acostumbrado a que lo haga con frecuencia. Sé que no va con ninguna amiga. O no con esa que nombra todo el tiempo sabiendo que la conozco. Sé que quiere librarse de la niña a toda costa porque es el tercer fin de semana seguido que tengo que ocuparme de Alexandra. No me quejo, mi destino inmortal como

padre me llena de satisfacciones superiores a mi destino mortal como escritor.

—No hagas tonterías, ¿vale? Sabes que no puedo llevármela. Total, para estar todo el finde en casa trabajando te da igual quedarte a la niña otra vez. Te viene hasta bien, ¿no?

Tiene razón. Suelo aprovechar la estancia de Alexandra en casa, entre película y película o videojuego, para torturarla leyéndole borradores de capítulos y resúmenes de mis novelas en curso (siempre estoy planificando y escribiendo dos o tres a la vez, es la fórmula patentada del éxito) y sé que luego la niña se lo comenta a la madre y se ríen las dos juntas, como colegialas, de lo tonto y pesado que es papá.

—Esta vez no puedo, de verdad. Me pillas de camino a una cita concertada hace semanas.

—Anda, no te hagas de rogar, ya sabes que te compensaré muy bien, como siempre.

Es verdad. Soy débil a sus reclamos y atractivos y ella lo sabe y lo explota en su provecho. Pese a llevar divorciados más de dos años, nuestra relación sexual ha sido siempre tan estimulante que, de vez en cuando, nos permitimos una aventura que ocultamos a todo el mundo, incluida Alexandra. Una tarde o una noche locas, como si no fuéramos ex marido y ex mujer sino amantes ocasionales que lo hacen por primera vez en una habitación alquilada o prestada, con la misma excitación erótica y el mismo placer clandestino de las citas a ciegas y los adulterios sin futuro. Y ella, en especial, como mujer de su tiempo, se las suele tomar muy en serio, como experiencias decisivas de una vida carente de otras vivencias significativas, mientras yo sólo me divierto con la travesura superflua y tiendo a olvidarla con rapidez inexplicable. Hasta la próxima ocasión.

—Venga, tío, no te hagas el duro conmigo, que te conozco.

Mi venganza íntima es que sé, por confidencias de terceros, que no le va mejor en la cama que a mí. Y eso que lo dejamos por mi culpa, por un par de malos rollos fuera de casa.

Uno con una escritora del gremio, una superventas engreída y consciente de la limitación de sus encantos, una bulliciosa feria del libro en provincias nos juntó en el mismo hotel de cinco estrellas, sonrisas por la noche, antes de zambullirse achispada en la cama regia de su habitación, dispuesta a todo, sin complejos, y lágrimas de amargura y arrepentimiento por la mañana temprano, cuando me echó de mala manera de la habitación, sin un pretexto claro excepto la excusa mediocre de siempre, la intrascendencia y la vanidad de todo. Asco de literatura.

El otro fue el peor. Se me ocurrió liarme con una lectora fanática

de diecinueve años, a la que conocí en un club juvenil de lectura y acabó un día llamando por teléfono a mi casa a medianoche, no sé quién le daría el número. De improviso. Elena lo descolgó, yo estaba en una cena con un escritor tras presentar su nuevo y premiado libro, un ladrillo pretencioso que no había forma de vender a gran escala y el editor me rogó que lo respaldara durante su visita promocional a la ciudad. El mensaje telefónico de la lectora fue terminante para nuestro matrimonio. A la mañana siguiente, Elena batió todos los récords mundiales de mudanza ultrarrápida y se plantó en casa de su madre sin avisar, dándole un susto de muerte, ni darme tiempo a defenderme con argumentos sólidos de sus acusaciones. Soy incapaz de llevarle la contraria a una mujer, incluso cuando se trata de abandonarme. Así que me tiré en el sofá, mi cuartel general cuando no trabajo, y dejé que se marchara con todo lo suyo y parte de lo mío y además arrastrara con ella, en el huracán doméstico que había organizado con su partida, a mi hija, que lloraba sin parar y sin poder entender qué les pasaba a sus padres. Por qué se gritaban de ese modo y se insultaban, sobre todo Elena, llamándome con nombres ofensivos que la niña no había escuchado nunca en esta casa y que debían de provenir del fondo de un armario muy siniestro y muy profundo olvidado en el sótano de una casa vetusta del pueblo natal de ella. Cosas que sólo el amor más violento puede decir de la persona amada en un momento de desesperación. Cosas que el odio extrae del dolor y las convierte en instrumentos de revancha y agresión.

—De verdad que no puedo. Esta vez no. Lo siento.

Alexandra no tenía la culpa de aquello. Elena tampoco. Yo era para ella, según acerté a escuchar como sentencia final del desahucio, ese pésimo escritor que atrae a casa a la peor especie de lectora. El trillado estereotipo de la putilla cultural que espera hacer carrera literaria agenciándose con el exitoso novelista de turno. Encendí la televisión, busqué en la parrilla un canal de música pop, encontré por azar el videoclip perturbador de la canción «Disturbia» de Rihanna, puse el volumen al máximo sin pensar en los tímpanos de los vecinos y logré que el portazo de salida no retumbara como una explosión incontrolada en mi cabeza dolorida. Había dormido poco y bebido mucho la noche anterior.

—Eres un cabrón.

No estaba preparado para el melodrama sin guión técnico de la separación fulminante. Ninguna academia del cine nacional premiaría mi torpe actuación de ese día, ni por la mañana, cuando se marcharon a toda prisa, ni por la tarde, tumbado en el sofá con los ojos abrasados y el cuerpo muerto, ni por la noche, tomando una cápsula tras otra de Lexatin de 3 mg intentando dormir sin poder apagar la tele.

Condenado a algo mucho peor que la soledad y el insomnio.

Condenado a dar cientos de vueltas, durante toda la madrugada y una parte importante de la mañana, en la noria infernal de los 599 canales de la plataforma televisiva a la que estaba abonado desde hacía cinco años.

—Eres un cabrón y un desagradecido y lo sabes.

Iba a colgar. Se lo avisé. Sabía lo que venía después. Más bien no quería saberlo. Era una carga muy pesada. No sé por qué, pero a pesar del calor sofocante de la calle me sentía muy ligero.

—Eres…

Colgué. El veneno de las palabras brotando de esos labios podía de repente volverme muy pesado. Como un gas tóxico. Para lo que me proponía esa tarde, divertirme mucho y divertirme más aún en compañía de lo que imaginaba sería una de tantas pandillas de descerebrados cachondos que he podido conocer a través de mis libros, como esos círculos excéntricos de lectura y esas cenas de degustación con fans seductoras en restaurantes de lujo, sentía que necesitaba encontrarme de nuevo en ese estado de flotación amable sobre la pesadilla de la realidad. El estado supremo que precede a la ingravidez del espíritu.

III

El timbre del móvil, sonando una y otra vez en períodos regulares, no fue capaz de sacarme del ensimismamiento en que me había sumido para distraerme del entorno mientras caminaba sin rumbo por la ciudad dormida. La banda sonora, compuesta por un músico anónimo como un silencio insistente, invitaba a meditar sobre las leyes de la realidad. Estaba acostumbrado a situaciones como ésta. Personas que me han leído desde que tienen once o doce años y que cuando llegan a la veintena tienen la visión deformada de la vida que yo les he proporcionado con mis libros. Es un efecto alucinante que me encanta. Ver cómo puedes influir en el mundo aunque sea de ese modo marginal. Sabiendo que los ejércitos del paro, los parias de la tierra, tienen la indignación bien alimentada de patrañas infantiles y fantasías adolescentes que tú has fabricado en tu laboratorio de aficionado como una remesa de drogas de síntesis. Que yo soy el culpable de todo eso y que, por si fuera poco, he podido hacer de ello una profesión rentable y prestigiosa.

—Te vas a enterar, cabronazo de mierda. Eso no se hace. Me la vas a pagar. Hijo de la gran…

No, esta vez los insultos grabados en el contestador del móvil no

sonaron para nada con el tono de los anteriores. Sonaron, más bien, como los proferidos en casa la misma mañana en que Elena me abandonó por mi romance episódico con la lectora fantasiosa de cuyo nombre ni me acuerdo, si es que lo supe alguna vez y no se limitó a ser un cuerpo ardiente abrazándose a tientas a un fantasma creado por su imaginación calenturienta. Estaba maciza, de eso sí me acuerdo a la perfección, cincelada de la cabeza a los pies como una estatua renacentista. Si tu mujer y tu hija te van a abandonar como a un perro enfermo que sea al menos por una buena causa. Por haber disfrutado, así fuera durante unas horas, de una parte de la belleza y la sensualidad que este sucio mundo alberga entre los restos acumulados de basura e inmundicia.

Bonita frase para un escritor despistado que al ingresar por casualidad en la calle que busca desde hace un rato, sin encontrar a nadie a quien preguntarle, no sabe explicarse si el nombre de la misma guarda alguna relación con la antropología más abstrusa o la manufactura de pantalones vaqueros de marca.

IV

La historia del Bar de Bringas, sin embargo, es mucho más complicada de contar de lo que parece.

—Tío, no me lo puedo creer. Eres mucho más guapo en la realidad que en las solapas de los libros. Los editores no te quieren o qué…

Aquí están. Aquí estoy.

Encuentro el bar sin demasiados problemas una vez que recorro la estrecha calle de uno a otro extremo varias veces, no necesito consultar Google para saberlo. El omnisciente buscador americano no haría justicia a este templo local del espíritu popular. La entrada diminuta, como un portal a otra dimensión del alma y la sensibilidad. Las puertas de madera vieja y los cristales polvorientos con letras borradas ya anuncian lo que aguarda al viajero incauto que atraviese el umbral del antro uterino. El decorado interior hedía a taberna añeja y trasnochada y parecía calculado para desbordar a conciencia, con sus azulejos grasientos, adornos gratuitos y centenares de fotografías, la idea de mal gusto que una inteligencia mínimamente cultivada podría aceptar sin rebajarse en exceso. Un concentrado de iconos ibéricos sin adulterar. La Capilla Sixtina de la España profunda en sus múltiples versiones, ortodoxas y heterodoxas.

—La fotogenia, hermano. Qué gran misterio. El genoma fotográfico.

Actrices y cantantes españolas de los años sesenta y setenta (descubro con sorpresa, colgando de una pared abarrotada de recortes marchitos, un desnudo enmarcado del viejo *Interviú* con la difunta Amparo Muñoz luciendo un cuerpo famélico de drogadicta, como una lombriz en la hierba), estrellas fugaces de la rancia televisión franquista, toreros famosos por sus hazañas dentro y fuera del ruedo y futbolistas de todos los equipos centenarios y todas las épocas desde que existe la fotografía en color y las revistas de cotilleo multicolor y, apuntándose el dueño a la última revolución digital, hasta alguna figura innombrable de la telerrealidad contemporánea de máxima audiencia.

—Sí, tío, más guapo que el puto Bruce Willis en la primera *Jungla*. La única que vale la pena, todo sea dicho.

—Amén, hermano.

Y me enfrento segundos después a sus únicos ocupantes, con la sola excepción del viejo camarero acodado a la barra mugrienta mientras duerme una siesta centenaria. Las presentaciones de rigor:

—Hola, Axel, soy Guillermo, pero no te molestes, todos me llaman Willy.

—Hola, Axel, soy Daniel, pero no te molestes, todos me llaman Danny, como el niño telépata de *El resplandor*, ¿te acuerdas?

Solitarios y concentrados antes de mi ingreso en el venerable recinto. Charlatanes y nerviosos en cuanto nos saludamos y me siento con ellos en la mesa redonda situada en un rincón apartado al fondo del bar. Tardo en darme cuenta de lo que son, o aparentan ser, y, enseguida, como un acto reflejo, de la trampa donde me he metido sin pensarlo dos veces.

—Aunque para el caso que nos ocupa, ¿verdad, hermano?, bien podrías llamarnos Iker Hernández y Andrés Casillas o Xavi Iniesta, ya me entiendes. Nombres nobiliarios de este país. Linajes distinguidos de caballeros de alcurnia. O Sergio del Bosque y Xabi Ramos, Diego Piqué y Jordi Villa, etc. Españolazos de abolengo. La lista es interminable.

—No sigas, hermano, el invitado va a creer que nos reímos de España. O que no la lloramos lo suficiente. Eso nunca, ¿me escuchas?, nunca va a pasar. La ironía no se aplica al caso de la selección, por doloroso que sea, ¿me entiendes? Es una herida intocable.

—Sagrada forma del sufrimiento en silencio.

—Pase lo que pase.

—Una desgracia colectiva.

—Un cataclismo histórico.

—Batacazo tragicómico sería más justo, ¿no te parece?

—Una advertencia del destino a un país en plena crisis de

identidad.

—Todos serían excelentes titulares para una prensa en bancarrota, por cierto.

—No es grave, colega. Lo superaremos pronto. ¿Qué te apuestas?

—No hay mucho de que preocuparse, entonces. Me quedo más tranquilo.

Willy y Danny se ríen al unísono con mi comentario jocoso. Celebrando sin ambages mi don de la inoportunidad. Imposible mantenerse en sintonía constante con los hermanos misteriosos. Danny & Willy. Willy & Danny. El dúo de gamberros cuánticos. Dos extraterrestres extraviados en un universo paralelo de malestar y amargura sin poder encontrar la ruta de regreso a la matriz hedonista del cosmos.

—Tienes huevos, tío. Muchos huevos, sí señor. Te has atrevido a venir.

—Es increíble, McClane. Lo has hecho. Con dos cojones. Hay que celebrarlo, hermano.

El parentesco clónico de Danny y Willy, por su relevancia en esta historia, bien merece una descripción pormenorizada. Si no son hermanos gemelos, como indican ciertas diferencias faciales, sí que parecen dos individuos que han trabajado el parecido a tal punto que resulta imposible distinguirlos a primera vista. Recio pelo negro, peinado al estilo rasta, protegiendo el cráneo del asedio enemigo, con bucles y trenzas enredadas formando una maraña imposible de penetrar con la mirada, ojos negros y largas pestañas, cejas pobladas, entrecejo hirsuto, narices chatas, bocas anchas, de labios prominentes, dentaduras impecables de no fumadores, patillas largas, bigote ralo y perilla de una pelusa oscura, orejas perforadas con anillos de Saturno, piel blanca como la leche de burra y repleta de pecas color caramelo, estigmas genéticos de la difícil aclimatación de sus ancestros a la vida en este planeta soleado.

—Vosotros sí que sois increíbles. Cómo es posible. ¿Hay algo que os diferencie?

Y la ropa tampoco tiene desperdicio, aunque se componga de retales baratos. En un mercadillo de segunda mano, con suerte, no le sacarían más de veinte euros. Pantalones bermudas de tela vaquera gris, con peto, hebillas y tirantes y multitud de bolsillos de distintos tamaños y usos. Sandalias negras de cenobita demente del Mar Muerto, calcetines negros de grueso algodón y camisetas azules de imitación con el logo de Los Ángeles Lakers, el equipo estrella de la NBA, apenas disimulado bajo los petos.

—De momento, preferimos no hablar de ello.

—¿De qué queréis hablar entonces?

—De España.

—¿Para eso me habéis citado? Yo creía que hablaríamos un rato de mis libros.

—Tío, no te enfades, pero tus libros no cuentan.

—¿Cómo que no cuentan? ¿Qué quieres decir?

Silencio de cementerio indio bajo la segunda luna del año. Nunca había oído una crítica similar. Me tenía por un narrador superdotado, como escribió uno de mis críticos más asiduos sobre mis dos últimas novelas. Un narrador con voz propia, como quedan pocos en este país de poetas. Con gancho y pegada. Historias veraces que contar, mirada irónica, conocimiento cáustico de la realidad española, etc. Tampoco quiero agotar todo lo que profesores y críticos dicen de mí cada vez que presentan o comentan mis libros. Estoy cansado de ser un estereotipo andante. Quiero ser un escritor nuevo. Un rabioso e insurgente tocapelotas. El Julian Assange de la ficción comercial. Aun sabiendo que eso significa menos en el mundo actual que dedicarse a la carpintería, la caza de mariposas o la filatelia. Aunque sigue habiendo mujeres (es mi campo de experimentación, lo siento, mi acera predilecta, comprada en propiedad desde los once años a fuerza de onanismo y promiscuidad) para las que sí importan las diferencias. Las culturales, al menos. No siendo futbolista, que es lo único por lo que me cambiaría en estos momentos, aunque ya estaría jubilado de la profesión y me pasearía como comentarista polémico por los platós de las distintas cadenas, conquistando audiencias femeninas que se vuelven exiguas si no eres tan guapo como un actor o un cantante de moda.

—Estamos de duelo.

—¿Qué?

—Como lo oyes, colega.

—Hoy, hace apenas una hora, hemos iniciado el duelo por España…

—Mi hermano quiere decir por la selección española.

—Y tú eres nuestro invitado de honor.

—Vale. Me podéis decir en qué consiste el duelo, si es que lo sabéis.

—Nada especial.

—Lo que salga.

—Todo vale. Ya conoces el lema.

—¿Entonces?

—Presta mucha atención.

Lo recitaron como dos actores profesionales que llevaran preparando la escena desde hace días, repitiendo frase a frase con el tono impasible de voz con que una telefonista robótica te anunciaría

una oferta fraudulenta de contrato indefinido, con llamadas ilimitadas y acceso gratuito a internet, para tu nuevo móvil de última generación.

—La única regla inviolable de este duelo es…

—… permanecer juntos un mínimo de cuarenta y ocho horas…

—… y un máximo de setenta y dos…

—… moviéndonos todo el tiempo en todas direcciones…

—… a derecha e izquierda…

—… arriba y abajo…

—… y en sentido contrario a las agujas del reloj…

—Sin normas.

—Sin prejuicios.

—Sin complejos.

—Todo está permitido. Sin concesiones al buen gusto.

—Un duelo español.

—Como los de antes.

—Para volver a poner el contador a cero.

—¿Cómo lo ves?

—Genial.

—Qué coincidencia. Eso pensábamos antes de conocerte.

Me callé para tomar aire. Era lo mejor, dadas las circunstancias. Guardar silencio unos minutos y quizá resguardar las manos, por lo que pudiera pasar después.

V

Un ataque de sed repentina. Una gran sed cultivada durante el largo paseo hasta llegar aquí. Una sed exacerbada por el recalentamiento artificial del local y la conversación acalorada. Una sed histórica.

Llamé al camarero adormilado a falta de clientela sobre la tabla gastada por siglos de servidumbre y sumisión. Acudió con desgana y lentitud.

—¿Le pasa algo al aire acondicionado?

—Está roto.

—Cómo no. La excusa de siempre.

Ellos bebían cerveza negra en botellín.

—Bock-Damm. Doble malta tostada y refrescante.

—No te la pierdas, colega. No hay un sabor igual. La sensación es única.

—Si está bien enfriada, la espuma se te derrite en la lengua como escarcha y te deja en la punta el resabio efervescente de la cebada.

—Y la estética de la etiqueta es acojonante. El macho cabrío con la estrella roja entre las patas nos encanta como emblema de una lucha sin futuro.

Pedí otro botellín al camarero de rostro avejentado por la espera infinita de una oportunidad en la vida y ellos una segunda ronda del elixir de nombre germánico para fraternizar con el invitado de la tarde. Era bueno comenzar el duelo fúnebre imponiendo ciertas restricciones. Para variar.

—¿Cobráis comisión?

El brindis irónico de los tres únicos clientes, en presencia del atónito camarero sesentón, chocando las bocas de los botellines húmedos de sudor catalán.

—¡Por España!

El primer trago de cerveza a la altura de las expectativas creadas por la publicidad espontánea.

—No te equivoques, tío. El fútbol nos aburre a muerte.

—Pero no tanto como los comentarios sobre fútbol. Ésos nos crispan.

—Son un insulto para la inteligencia, como diría el maestro Corleone.

—La televisión, a cualquier hora del día o de la noche, nos aburre todavía más.

—Por no hablar de internet.

—También tus libros nos aburren, no te lo tomes a mal, tío.

—La verdad es que últimamente nos aburre todo. Estamos en esa fase depresiva de la vida. No conseguimos conectar con nada. Ni interesarnos por nada excepto la nada. Ya sabes a lo que me refiero.

—Es triste.

—Melancolía aguda, se llama.

—Esperamos que sea pasajera.

—El caso es que sólo la derrota nos parece hermosa.

—Bella.

—Grandiosa.

—Sublime.

—Y queremos festejarla.

—Hacerla durar lo más posible en el tiempo.

—Prolongarla en el espacio infinito.

—Multiplicar por mil el número de los invitados a la fiesta.

—Ahora sólo somos tres.

—Cuando acabemos seremos una multitud indignada.

—Un ejército.

—Una legión de hambrientos dispuestos a comerse el mundo.

—La que podemos liar.

—¿Te lo puedes imaginar?

Perfectamente. Como un grafiti fucsia en una pared blanca y desconchada. Otra cosa no, pero el demiurgo que se encontró un universo ya creado al noventa por ciento y lo reclamó para sí, como haría cualquier plagiario vulgar, conozco a muchos, para rematarlo a su gusto y darle ese toque personal intransferible, me había dotado de la suficiente imaginación como para calar de inmediato a estos tipos estrafalarios. Radiografía anímica, se llama mi método acreditado. Escaneo activo de la intención invisible. Ese método tiene un solo defecto. Un solo efecto secundario. No es infalible. O realizas el diagnóstico al segundo y las acciones subsiguientes sin dilación, o estás perdido para siempre. Esto no viene en el prospecto. No lo avisa el manual de instrucciones de uso. De hecho, el entero aparato de detección no está patentado ni tiene ninguna licencia europea en vigor. Es una chapuza y conduce a lo peor, como casi todo en la vida, si no sabes usarlo con talento. No es el caso.

—Venga, McClane. Estamos de coña. ¿O es que no se nota?

—Mira qué cara se le ha puesto, Willy. Se lo ha tragado.

—Sí, parece mentira, tío, te creíamos más listo.

—Qué decepción tan grande.

—Soy bobo, estoy de acuerdo, no engaño a nadie, quien lee algunos de mis libros, según dicen mis enemigos, suele saberlo desde el principio.

—¿Bohemio burgués? ¿Eso quieres decir?

—¿Rapsodia bohemia? ¿Dios salve a la reina puta y todo lo demás?

—Qué modo de vida más original, tío.

—Siempre y cuando no pilles el sida, colega…

—Vale, vale. ¿Qué coño queréis entonces?

—Nada, colega. No te pongas paranoico. Sólo conocerte. Eres nuestro ídolo del instituto…

—Como Bruce Willis, ¿no era eso?

—Venga ya. Y yo me lo creo…

—Y charlar un poco sobre cosas, no sé, tío, tantas cosas que contarnos…

—No sobre tus libros, eso no, tío, hoy no toca para nada, no te cabrees.

—Si supierais lo poco que me gusta hablar de mis libros.

—Ya nos lo imaginamos, ¿verdad, Danny?

—Y con razón, qué aburrimiento más grande.

—Enorme.

—Un latazo de cojones.

—Ya te digo, hermano.

Me guío por la alarmante sequedad de los acentos escuchados hasta ahora y me atrevo a hacerles la pregunta de preguntas en este país donde las preguntas trascendentes y las respuestas ociosas, o viceversa, las preguntas ociosas y las respuestas trascendentes, van por regiones y comarcas y hasta por barrios y barriadas.

—No sois de por aquí, ¿verdad?

—¿Tanto se nota?

—Pues sí.

—¿De dónde entonces?

—Del norte

—¿De la capital?

—Psss. No exactamente.

—De algo más arriba en el mapa político peninsular.

—Ya veo.

—¿Algún problema con eso, colega?

—Ninguno, qué va. Era sólo por conoceros mejor.

—Tú tampoco tienes acento, McClane.

—Es cierto.

—Vale, hermano, basta de rollos baratos. Pasemos a las cosas importantes.

Se miraron el uno al otro, cara a cara, como en un espejo, como si de pronto hubieran caído en la cuenta de mi debilidad manifiesta. Si era tan estúpido como para haber acudido a la cita con estos desconocidos de la galaxia más lejana es que no tenía remedio. Mis detractores estaban en lo cierto y era un idiota integral. Y para colmo me estaba tomando con ellos una tercera ronda de birras, como le dijeron al camarero de la triste figura cuando acudió de inmediato al reclamo de su llamada salvaje.

La invocación vikinga consistió en golpear con estrépito el culo sudoroso de los botellines contra la mesa cuando dieron el último trago a morro y acompañarlo de un eructo sincronizado.

—¡A tu salud, hermano!

VI

Si todo esto era verdad y no una mentira falsificada por algún político

mequetrefe para justificar lo injustificable, una partida de gastos no declarada o una decisión no aprobada por consenso en el pleno, es que yo estaba tan loco como ellos y tan dispuesto a perder el tiempo en su compañía como el maldito Proust con las marquesas y las hijas putativas de las marquesas. Un pasatiempo malsano que sólo tendría algún sentido si alguien con mucho tiempo para malgastar en tonterías se molestaba en ponerlo por escrito. Ése era mi papel asignado, por lo visto.

—Tío, te vamos a enseñar un sitio que la vas a flipar patas abajo, ¿a que sí, Willy?

—De cojones, tío. En tu vida habrás visto nada igual. No te lo vas a creer. Vas a tener que pellizcarte para no pensar que estás en el puto sobre echándote una siesta con tu chica.

—No tengo, así que no hay problema con el sueño ni con la cama.

Mentirles, no sé por qué, se me daba especialmente bien.

—Hostia, haberlo dicho antes. Te vamos a presentar a unas tías estupendas. Te van a encantar.

—Marchosas de la hostia. Cachondas. Sin malos rollos, ¿verdad, Danny?

—Joder, tío. Majísimas. Ya verás. Boquiabierto te van a dejar las compatriotas. Cuando esto acabe ni te acordarás de que España ha sido eliminada del puto Mundial.

Al contrario que a ellos, no me dolía ya tanto la bochornosa derrota, por oscuros motivos había decidido enterrar el falso recuerdo del fracaso en alguna fosa común de mi cabeza, a diez metros bajo la corteza cerebral, y no tenía más importancia en mi vida actual que las llamadas reiteradas de Elena para comunicarle a mi contestador que me consideraba una de las personas más despreciables y ególatras del mundo y el peor padre sin discusión que había pisado nunca el suelo amenazado del planeta. Hasta el punto de que si fuera por mí todo el jodido planeta y sus aún más jodidos habitantes podían hacerse polvo estelar y desaparecer en la nada, de la que nunca debieron salir, sin dejar traza alguna de sus minúsculas existencias y yo seguiría durmiendo tranquilo, despreocupado, pensando que era sólo el previsible plano final del último episodio de la última temporada de una teleserie americana de culto. Amén, Elena. Yo también te quiero. Eres la madre de mi hija y lo sabes.

—Y ahora, hermanos, sin más preámbulos, llega la hora de la eucaristía.

De uno de los bolsillos laterales del peto, Willy extrajo una caja de plata, jugó con ella un rato en la mano derecha para atraer mi atención y luego la abrió revelando el contenido ante mis ojos. El tesoro custodiado en el interior era una exuberante remesa de bolas

rojas del tamaño de grageas de caramelo. Nos dio una a cada uno.

—¿No será afrodisíaco?

—Por quién nos tomas, McClane. Tenemos pinta de necesitarlo.

—Qué bueno, hermano.

—Tómatela sin rechistar. Te ayudará a combatir el sueño, colega. Veo que te apagas por momentos.

Ingerí la cápsula con un buche de cerveza como se me ordenaba. Al parecer, los efectos del fármaco en el organismo eran imprevisibles. Cada consumidor, con independencia de la dosis, respondía de modo distinto a los estímulos.

—¿No será el maldito suero de la verdad?

—Es una cosa nueva. Ni notarás el puntazo cuando llegue.

Apuramos los tragos hasta las heces, algo turbias y amargas, y cuando llegó la hora de abonar la cuenta esbozamos, ante el camarero sonámbulo, unas sonrisas tan falsas como las excusas del seleccionador en la última rueda de prensa.

—¿Vamos ya?

A nadie se le ocurre mencionar el asunto de la propina, por si acaso.

—¡Que empiece el espectáculo!

VII

Al salir del Bar de Bringas, el cielo estaba más encapotado que cuando salí de casa, como si el final de la tarde hubiera decidido embozarse antes de la llegada de la noche, y unos nubarrones sospechosos comenzaban a acumularse sobre los techos de la ciudad y en la proximidad del mar como una amenaza paranoica. No tardarían en señalar sus verdaderas intenciones. Para entonces ya no quedaría tiempo para intentar defenderse de su ataque. La guerra de los mundos y el trasmundo era un acontecimiento cotidiano, retransmitido por todas las televisiones con licencia de emisión, no había más que sentarse delante de una pantalla viendo telediarios, programas basura o debates generalistas para comprobarlo día tras día.

—Si diluvia, nuestro duelo será más sincero. Más auténtico.

—Más medieval, tío. Más gótico.

Había pasado casi tres horas con estos mosqueteros modernos en la taberna española y ni me había dado cuenta del tiempo transcurrido desde que entré en ella con la misma audacia con que uno viene al

mundo cuando lo llaman desde el otro lado del orificio materno, tocando el tambor y otros instrumentos más groseros. Si el tiempo aceleraba su carrera, me dije, o se enredaba en su propia lógica como un mecanismo averiado, mientras nosotros lo derrochábamos en conversaciones necias y planes aún más descerebrados, no podíamos sino salir beneficiados. Escapando al destino cruel que nos tuvieran asignado los oscuros poderes de las más altas instancias.

Con todo, lo consideré un signo positivo. Al menos prometía el retorno seguro a casa al final del viaje. Supe entonces que tras este episodio gratuito saldría reforzado. Fortalecido para el futuro. Sólido. Compacto. Con algo nuevo que contar a mis lectores. ¿Cómo dicen los manuales de autoayuda? No me acuerdo bien del término exacto. Sólo he leído dos en mi vida y ahora lo lamento. El primero cuando Elena me condenó al abandono. Un tocho de cuatrocientas páginas indigestas que, sin embargo, lograron distraerme durante semanas del dolor de la pérdida a fuerza de hastiarme con sus ideas perniciosas. Y el otro, mucho más llevadero y simple, cuando me busqué un simulacro de sustituta exprés (¿Ana Susana?) que me sumió en una depresión aún mayor el día en que tuve que echarla de casa, donde pretendía instalarse a pasar los años más duros de la crisis, según decía sin avergonzarse, con algunas amigas ruidosas y descaradas como invitadas permanentes y, aún peor, otros novios menesterosos y agresivos los fines de semana. Todos en el paro vitalicio o con empleos precarios.

—¿A que mola, colega?

Es verdad. Nada me había anunciado esa epifanía estética con anticipación suficiente como para no desmayarme del impacto. Callejas y callejones decrépitos derrumbándose a nuestro paso después de siglos y siglos de incuria municipal y políticas urbanísticas consagradas a preservar la antigüedad más espantosa, esquinas arqueológicas desdoblándose como fabricadas adrede de una goma blanda y maleable al dejarlas atrás con indiferencia, una acera de losetas deslizantes descomponiéndose bajo nuestros pies en cuadrículas imposibles, como las casillas del tablero de ajedrez de una realidad alternativa, y sin embargo nada me había preparado para enfrentarme, sin filtros sensibles, a la silueta monumental de la Ruina del Reino.

Así se hacía llamar, según mis guías acreditados, el edificio fantasmal cuya fachada se yergue sobre nosotros amenazando con caernos encima y aplastarnos como a insectos desprevenidos. No se puede decir, desde luego, que la fachada aspirara a la verticalidad que conduce a la gloria celestial. Más bien tenía uno la sensación, mirándola con asombro desde la acera contigua, de que su aspiración primordial era el derrumbe, el colapso catastrófico de sus estructuras

amorfas, sólo que alguna fuerza histórica, de esas que enderezan el rumbo de toda decadencia aunque acaben contagiándose de su destino, la había frenado en plena caída y la mantenía en vilo, suspendida en el vacío, como un designio fatídico que algún día podría realizarse con todas las consecuencias. No por el momento, no, al menos, mientras hubiera gente ingenua como nosotros dispuesta a cruzar el tenebroso umbral sin puertas ni controles de seguridad de semejante engendro arquitectónico, reconvertido, por caprichos de la época, en centro neurálgico de la cultura alternativa de la ciudad más inteligente de esta zona depauperada del país.

VIII

El Reino en Ruinas: una fortaleza de dimensiones inabarcables ocupada por una multitud estrafalaria y sobreexcitada que recorría los largos pasillos y espaciosos niveles inferiores del edificio como si el consumo cultural más urgente hubiera hecho presa en sus jóvenes carnes con una voracidad insaciable.

El efecto Wikileaks. Una luz de inteligencia se enciende en un punto del globo y la imitan miles de luciérnagas en todo el mundo antes de que el tinglado acabe de nuevo sumiéndose en la oscuridad total.

—Tío, no te fíes de las apariencias.

—Mira Gowex, colega. Nadie lo sabe aún, pero en menos de un mes el globo les reventará en la cara y veremos entonces qué pasa con los otros globos y con el puto montaje del fiestorro de cumpleaños. Al tiempo.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Y cómo coño sabéis tanto?

—No preguntes, tío. No quieras buscarte problemas que no necesitas.

—Aquí se cuecen misterios mucho más profundos de lo que tu inteligencia podría penetrar a pelo.

—No me cabe duda, colegas. Como en el fondo del mar.

—Enigmas insolubles. No te burles.

—Hay que tener los oídos atentos.

—Los ojos vigilantes.

—Y buenos informadores, sobre todo. ¿Verdad, hermano?

—¿Dónde hay que firmar?

Por qué no hacerlo, ya puestos, con caligrafía epiléptica en uno de los grandes carteles y pancartas contestatarias que adornan los muros

incendiarios del Reino en Ruinas reclamando la expropiación de todas las viviendas vacías, la construcción de nuevos lugares de vida y la demolición de las viejas estructuras de poder.

—Hoy está a tope, qué maravilla.

—Como es viernes por la tarde, el personal va al grano. Da gusto verlos.

Llegamos por fin a un patio de planta rectangular abarrotado de gente, con un techo de cristal por el que se proyecta la luz de la tarde bajo la que todos los presentes se mueven como marionetas animadas.

Mis conductores me abandonan a mi desdicha para ir en busca de algunos colegas interesantes a los que quieren presentarme cuanto antes.

Me siento aislado de pronto en medio de la muchedumbre de desconocidos y trato de calmar mi acceso de sociopatía periódica y sonreír a todo el mundo, siguiendo el consejo del psicólogo que me trató hace dos años, como si los conociera de toda la vida. Mi estado de ánimo estaba atravesando un momento delicado, es cierto, pero nunca pensé que se mostraría tan vulnerable, en todos los sentidos de la expresión, a los signos ofensivos de la juventud extrema de los habitantes de este Reino encantado del deseo.

—Eres un enfermo, eres un enfermo, eres un enfermo del cibersexo…

Desde que ingresamos en el centro que nunca abría ni cerraba sus inexistentes puertas a los parroquianos, ni ejercía ningún derecho de admisión ni restringía el número de visitantes ni las actividades ni la libertad de los mismos con reglas absurdas, como otros clubes o asociaciones similares, me siento, a pesar de todo, mucho mejor que hace sólo un rato. Mientras contemplaba la fachada en fase avanzada de derribo, recortada contra un cielo plomizo, tuve la tentación, por un instante, de echarme a llorar, compadeciéndome de mí y de los múltiples errores de mi vida. La vi de pronto como una alegoría de mi ruina moral. Sólo el miedo a hacer el ridículo ante mis acompañantes me lo impidió.

—Me pones los cuernos, me pones los cuernos con el disco duro, la pantalla y el ratón…

Ahora, para aplacar mis nervios y mi ansiedad, me aparto del denso tráfico de cuerpos y miradas que atasca el corazón del hormiguero y voy a sentarme en un ancho banco de piedra, adherido a uno de los muros laterales del patio, donde nadie más ha decidido aposentarse por el momento.

—Eres un enfermo, eres un enfermo, eres un enfermo del cibersexo…

Al desfilar frente a mí con insistencia sospechosa, algunas chicas que ostentan sus rebuscados trapos de baratillo y el cuerpo voluptuoso escondido tras ellos como un regalo sorpresa para los cinco sentidos

comienzan a llamar mi atención de espectador distante más de lo conveniente dada mi precaria salud.

—Mira vida mía esto es un infierno. Mira vida mía quiero la separación…

Mi médico particular, un golfo descuidado con mujeres de todas clases, aficionadas o profesionales, y un golfista diestro con los colegas masculinos, me avisó del riesgo hace unos meses, recomendándome una dieta vital sana y saludable: cero estimulantes bioquímicos (norma ya transgredida) y nulos excesos físicos (norma a punto de transgresión).

—Tú ya no me quieres, yo ya no te hago falta…

Mi corazón, según el diagnóstico equivocado del doctor Macho Cabeza, éste era el nombre revelador del personaje inscrito en la placa a la entrada de su consulta, emitía signos de encontrarse «emocionalmente estresado y sentimentalmente afligido». Y necesitaba mucho reposo afectivo y unas vacaciones verdaderas. Una relación formal, la cura más fiable. Un compromiso firme y duradero con una persona adecuada del sexo opuesto. En realidad, el eminente doctor sólo pretendía retirarme de la circulación por una temporada, como descubriría al poco tiempo, para asegurarse de que un peligroso competidor desaparecía del escenario social donde aspiraba sin complejos al triunfo sexual más desaprensivo.

—Eres un enfermo, eres un enfermo, eres un enfermo del cibersexo. Me pones los cuernos, me pones los cuernos WWW. TIASGUENAS.COM…

Las Supremas de Móstoles, cómo no iban a ser ellas las que me alegraran con su grosería calculada el trance crítico por el que estaba pasando. Casi las echaba de menos en mi vida consciente, para completar el cuadro de mi desastre íntimo. Cuánto hacía, por favor, que no las escuchaba en el entorno, sonando a todas horas a máximo volumen y en bucle infinito. Desde hace un año, por lo menos, cuando una mañana temprano, hastiado de su cinismo vulgar, expulsé de malos modos a la veinteañera arisca y maleducada (¿Ana Herminia?) de mi paraíso doméstico de doscientos metros cuadrados y cinco dormitorios frente al mar. Ella, como sus insolentes cómplices, se proclamaba fan incondicional del trío de mujeronas y casi lograron, conspirando entre todas, convertirme al culto descabellado de esas matriarcas matritenses.

—Eres un enfermo, eres un enfermo, eres un enfermo del cibersexo…

El himno cañí de la España eliminada del Mundial de fútbol, eso me parecía en este momento la música plebeya de los oráculos barriobajeros, sentado en el duro banco y desesperando del regreso de mis guías en el Reino de la Ruina. Era mi revancha contra los abusos y los malos tratos. La nueva española. El melodrama del siglo veintiuno. Qué daño han hecho al matrimonio canónico las mujeres de

plástico y silicio del PC. Todo lo que los hombres y mujeres del PCE, con mi viejo padre viajando con ellos en la retaguardia hasta que se desfondó en el hospital, no pudieron hacerle, por desgracia, a la vetusta España de Franco. El macho español, como mi priápico médico de cabecera o yo mismo en fase álgida, es un enfermo crónico de un malestar cultural indefinible y las nuevas tecnologías, con su promiscuidad diferida, no han hecho sino agravar las secuelas del mal secular.

—Mira vida mía esto es un infierno. Mira vida mía quiero la separación…

Tres eran tres las Madres mitológicas que se disputaban la posesión del alma española como un balón de fútbol en un partido: la Madre de las Lágrimas, la Madre de los Suspiros y la Madre de las Tinieblas.

—Me pones los cuernos, me pones los cuernos con el disco duro, la pantalla y el ratón…

La quinta vez que suena la canción de marras consigo adivinar su procedencia. Una sala situada justo a mi izquierda en el patio multitudinario. Me vuelvo hacia allí en el momento idóneo para ver a punto de adentrarse en ella a una chica muy joven y atractiva, vestida con faldita india de cuero con flecos, recortada a la altura de los muslos bronceados, top tipo corsé moldeando unos pechos notables, multitud de pulseras y abalorios en el cuello, los tobillos y los brazos y una cinta multicolor de motivos geométricos ceñida a la frente para domesticar las trenzadas coletas de cabello negro y brillante que se derraman sobre los hombros desnudos y torneados.

—Eres un enfermo, eres un enfermo, eres un enfermo del cibersexo…

Por un instante mágico, nuestras miradas anulan la insignificante distancia que nos separa, sus ojos negros de largas pestañas de cervatillo intercambian información confidencial con los míos, que se han quedado en blanco de tanto mirarla de arriba abajo, una información intensa, una información valiosa que se acumula en la saturada nube de estímulos de mi cerebro, y siento de inmediato la reacción refleja de mi cuerpo sentado comenzando a inquietarse y poniéndose al fin en pie, dispuesto a bailar, como un resorte automático.

—Tú ya no me quieres, yo ya no te hago falta…

A pesar del guiño imaginario del doctor Macho Cabeza, recomendándome como terapia una conducta menos impulsiva que la del perro psicoanalizado de Pavlov, salgo corriendo para seguirla, con la lengua fuera y babeando.

IX

Cuando estoy a punto de entrar tras la princesa descalza en el sanctasanctórum del Reino en Ruinas, lleno hasta los topes de una multitud fervorosa que aclama con gritos y aplausos al VJ que está pinchando directamente desde YouTube con su portátil y proyectando los vídeos en la desnuda pared del fondo, mis ángeles guardianes me paran en seco.

—Eh, tú, listillo, ¿adónde te crees que vas?

Me atacan a traición, sabiéndome débil, me sorprenden desprevenido cuando ya había descubierto con alegría la zona sagrada del recinto en que había ido a sentarse en el suelo, al estilo indio, el escurridizo cuerpo de mi Pocahontas. Es inútil. Por enésima vez en mi vida reciente, el GPS heterosexual no me vale para nada.

—Sólo quería pasar un buen rato.

—Como todos, tío. Como todos.

—Se creerá hasta original el escritorzuelo, ¿verdad, hermano?

—Ya te digo.

—En eso son todos iguales. En lo demás ya veremos.

—No pierdas el tiempo, no hay nada que pueda interesarte ahí.

—Había una chica preciosa con los pies desnudos y las…

—Déjate de bobadas bohemias, colega. La música es mala de cojones. Las tías, a pesar de las apariencias, unas estrechas totales. Te lo garantizo. Nada que hacer. Desengáñate, sólo follan para pillar novio y casarse antes de cumplir los veinticinco. Como todas.

—Si no son bolleras, claro. En ese caso, olvídate, colega. No vale la pena insistir.

—Y los tíos, ya sabes, el que no es pinchadiscos, creador de tendencias o artista multimedia y se folla todo lo que se pone a tiro cuando le dejan, eso sí, es que es maricón, como este Bosón de hoy, lo que viene a ser lo mismo a fin de cuentas.

Los argumentos son aplastantes y los gestos para imponerlos autoritarios. Me dejo convencer con facilidad. Ya habrá, me digo con resignación, otras nativas de atuendo sexy que puedan devolverme el sueño de la conquista imposible de un territorio virgen. Ese que no hace mucho perdí por culpa del amargo divorcio, la paternidad mal compartida, el flirteo estéril con el sector incipiente de la generación más acomodaticia de la historia y la pérdida infalible de vigor eréctil.

Esto último es lo que más duele del lote, digan lo que digan las mustias matronas de Móstoles. El psicodrama patriarcal no es el cibersexo al alcance de un clic pajillero ni las eyaculaciones virtuales con las proletarias del porno. La enfermedad incurable es la vida. Año

tras año. La matemática de la juventud. El calendario del declive programado. La fecha de caducidad del deseo. Lo que es bueno para el whisky de malta conservado en barricas de roble centenario es muy malo para el hombre que lo bebe todas las noches para consolarse. Y no digamos para la mujer abstemia.

—Te vamos a presentar al líder de la secta, tío. ¿No te excita la idea?

—Hemos parlamentado con él y le apetece mucho conocerte.

—No se te ocurra decir ninguna tontería. Limítate a escucharle y si te hace alguna pregunta directa con un «afirmativo» o un «negativo» bien dichos date por contento.

Acepto seguirles sin rechistar a otros estratos más recónditos de la Ruina del Reino, como insisten en decirme que se llama este hiperactivo nido de okupas, no sé bien por qué. Gente muy ocupada con sus cosas como para pensar que, por un segundo, les pueda preocupar la vida privada del Reino, sea cual sea la naturaleza de éste o el estado de conservación de las ruinas. Y no digamos para que sacrifiquen un minuto de esparcimiento con el fin de averiguarlo. Es un tema que a mí, un superviviente nato, sí me preocupa seriamente. Y no hago más que preguntármelo desde que llegué aquí. ¿Quién será el cerebro privilegiado por la evolución de las especies inteligentes que haya decidido denominar de ese modo a este lugar inverosímil?

—Veréis, amigos. Estoy algo confundido, como casi siempre. Cómo va esto. ¿Los usuarios le dicen por costumbre el Reino en Ruinas pero en el ayuntamiento, no se sabe bien por qué, desde el día de su inauguración oficial, lo llaman la Ruina del Reino? ¿O el Reino de la Ruina? ¿Cómo es al final?

—¿Tú eres tonto, te lo haces o qué te pasa, colega?

—Es una contraseña para miembros, como un club o algo así, ¿verdad? Sacadme de dudas, por favor. Lo necesito.

—No te hagas el graciosete con nosotros, tío. No te pega nada ese papel. Nosotros somos cachondos, ya lo has comprobado, y no nos importa nada de lo que digas o puedas decir. Pero aquí hay gente que se toma estas cosas muy en serio.

—Entérate bien. Gente importante. Algunos hasta tienen ambiciones electorales. Así que menos bromitas inoportunas. No se te olvide que estamos de duelo.

—Aunque ni se te ocurra mencionarlo. Es nuestro secreto. Si dices una palabra, te denunciamos.

—Eso.

—¿Se puede saber a quién me vais a denunciar? ¿Y por qué?

—Por qué no te callas de una vez, tío. Tenemos también nuestros momentos de mal humor, no creas. Así que no nos provoques.

Entendido. Nada de burlas insolentes ni de alusiones sarcásticas respecto del inquietante edificio ni de ninguno de sus inquietos habitantes. Decir que me sentía como el capitán Smith descubriendo el Mundo Nuevo antes de enamorarse como un idiota de la impenetrable Pocahontas sería falsificar mis sentimientos. Y, sin embargo, no me lo esperaba. No me esperaba nada de eso.

No me esperaba la sorpresa que alguien a quien no conocía me tenía reservada en una estancia de la cuarta planta del centro cultural Reino de la Ruina después de subir, escoltado por los hermanos facinerosos, las interminables escaleras a pie, jadeando como un escalador en baja forma en el último tramo, el más empinado.

—Pues sí que está alto esto. Ya podían emplear una parte de las subvenciones que reciben en instalar un ascensor en alguna parte, ¿no os parece?

X

Todo era un infundio fenomenal. Para empezar no me esperaba nadie. Ése fue el primer problema. El segundo es innombrable. Enigmático.

Como un cuadro antiguo en el que se hubieran pintado con técnica efectista muchos rostros anónimos sólo para disimular la invisibilidad de uno reconocible.

En cuanto los hermanos llamaron a dúo a la alta puerta y entramos en la estancia, primero yo, por cortesía de mis amigos, y luego ellos, detrás de mí, no me encontré frente a un pelotón de fusilamiento dispuesto a ejecutarme sin juicio previo sino frente a una realidad quizá mucho peor. Mucho más decisiva en todo caso.

Un vacío intrigante. Un agujero negro hipnótico y absorbente creado por una ausencia real. La ausencia efectiva de alguien con mucho poder sobre la realidad.

Una habitación inmensa y desolada, de paredes descoloridas, teñidas de un blanco amarillento enfermizo, con un futón negro arrimado a un rincón y nada más a la vista, ni un mueble ni un adorno.

Nada excepto una pequeña puerta, al fondo a la derecha, entreabierta.

—Ya se ha largado el cabrón. No ha tenido huevos de esperarnos.

En cuanto se cerró la doble puerta a mis espaldas, sentí que se me abalanzaban desde atrás y me envolvían con una manta, o trataban de hacerlo mientras yo forcejeaba para evitarlo con todas mis fuerzas. Al

principio pensé que eran mis dos acompañantes hasta que me di cuenta de que ellos solos no podrían, había más de tres y quizá hasta cinco cuerpos luchando trabados con el mío para tirarme al suelo y envolverme en la manta raída y apestosa. Lo lograron aprovechándose de un mal gesto mío y una flaqueza repentina. Soy fuerte y mido más de uno ochenta, así que les costó tumbarme. Fue más demérito mío que logro de ellos.

Al poco estaba tumbado boca abajo en el suelo y atrapado en la manta que debían de haber atado con sogas en la parte de los pies y los brazos porque, a pesar de la oscuridad, sentía una opresión en los miembros que me impedía moverme. Esto lo supe con claridad hasta que sentí el golpe en la cabeza que me dejó inconsciente al final, después de escuchar voces entremezcladas a través de un filtro auditivo.

No es un tópico. En ese estado intermedio llegué a ver las estrellas y comencé a contarlas y a nombrarlas, sin orden astral, a agruparlas por constelaciones, nunca pensé que supiera tanto de estrellas del firmamento. Imaginé, en la bruma de la conciencia aturdida, que durante la lucha cuerpo a cuerpo me habían inyectado alguna droga, sin que me diera cuenta del pinchazo, y ese ilusorio conocimiento astronómico sería uno de sus efectos secundarios personalizados.

Vamos a darle al escritor fantasioso algo con lo que su mente febril pueda entretenerse mientras lo torturamos. Un plan maquiavélico de este tipo.

Segundos antes de desaparecer, puedo escuchar una voz dominante, ni masculina ni femenina, una voz epicena que dicta mi sentencia de muerte:

—Antes de matarlo, averiguad todo lo que sabe este imbécil sobre la operación.

XI

Tras el intervalo en negro, lo primero que recuerdo es estar sentado en una silla antigua de peluquero, desnudo de cuerpo entero y atado con las manos a la espalda, mientras me daban tantas hostias en la cara como días de oración recoge el calendario gregoriano. Y más, como si fuera el calendario de otro mundo imaginario donde los días no duran veinticuatro horas sino cinco o siete y los años los rige, en cambio, una traslación ralentizada al máximo por la gravedad.

—¿A quién cree que engaña?

Al parecer, lo único que pretendían mis captores es que reconociera, bajo los efectos de los golpes reiterados y de la maldita droga inyectada por vías misteriosas, que yo no era el autor de los libros que se me atribuían.

—Usted no es quien dice ser.

En la habitación sólo estaban, en un principio, un viejo de cabellera canosa y facciones demacradas y una enana con orejas de soplillo y la cara regordeta y mofletuda de algunas muñecas españolas de los años cuarenta.

El viejo con las mangas de la camisa a cuadros remangadas hasta los brazos para no mancharse de sangre impura y las manos enfundadas en unos guantes azules de látex para preservar la higiene de los contactos con la piel del extraño.

Y la enana vestida como la estampa piadosa de una niña huérfana abandonada por una madre soltera, antes de suicidarse, en un hospicio de la posguerra.

—Usted no es nadie.

El viejo me daba las hostias sin contemplaciones, debía de pensar que era la mejor terapia de choque para un ego enfermo como el mío, y cerraba los ojos a la vez que me zurraba para no ver las marcas en mi cara y la enana me sonreía todo el tiempo, dando un paso adelante y otro atrás cada vez, como si bailara de alegría al ritmo de los puños del peligroso púgil.

—Usted no sabe quién es.

Mis relaciones como paciente con la medicina oficial siempre fueron problemáticas, pero este tratamiento, con su agresividad gratuita y su delirante escenificación, excedía con mucho cualquier malentendido del pasado.

—Es usted un impostor y un farsante, señor Bocazas. Y lo peor es que lo sabe.

Por lo menos mi apellido no sabía pronunciarlo con corrección, se le trababa la lengua al hacerlo o se lo habían escrito mal, un escaso consuelo para mí como escritor, pero tampoco eso, llegado el momento, me salvaría de nada.

—¿Es usted español? ¿Está seguro de eso?

No era un sueño, desde luego, pero tampoco podía ser la realidad. No el nivel de realidad que yo daba por cartografiado. ¿Sería alguna clase de experimento con el tiempo? ¿Un pliegue temporal? Por todos los indicios parecía tratarse, más bien, del principio de una experiencia inimaginable.

Esto mismo, sin demasiado esfuerzo, lo habría percibido cualquiera que hubiera estado allí recluido, viviéndolo en directo, no sólo por la violencia brutal desatada contra mí por razones inexplicables sino por

el calor sofocante y la penumbra pegajosa en que me mantenían para debilitarme aún más y obligarme a pensar como ellos.

—¿Español? ¿Está seguro?

Era evidente, incluso para mí, que no me estaban dando de hostias por capricho hasta en el carné de identidad. Eso no representaría ningún problema para un patriota tibio como yo. Me estaban dando de hostias por culpa del carné de identidad.

—¿Está seguro?

El viejo inquisidor de melena hirsuta y gafas bifocales padecía una halitosis galopante y me asfixiaba con la fetidez de su aliento cada vez que se me echaba encima para preguntar cosas sin sentido, como si fuera el presentador de un concurso televisivo concebido para dementes internados en un manicomio experimental durante la transición democrática.

—¿Está usted totalmente seguro?

Estaba convencido de que en menos de una hora el vídeo con mi confesión criminal estaría colgado en un canal especial de YouTube, con acceso restringido y contraseña barroca sólo apta para expertos y, por tanto, con la posibilidad de emplearlo como arma coactiva contra mí.

—¿Está seguro?

La buena noticia era que los golpes no me los daban a mí sino a otro que, al parecer, usurpaba mi personalidad desde mi nacimiento. La mala noticia es que tenía razón.

—Fui reclutado como espía por el capitán Ahab y el coronel Cantwell hace muchos años.

El otro y yo, fuera quien fuera, teníamos el mismo problema en ese momento. Mi problema, como no tardé en averiguar, no era lógico ni se atenía a ningún criterio racional, hacía mucho que la situación había virado sin avisar hacia un sinsentido diferente al inicial.

—¿Es o no es usted el que dice ser?

Mi problema, en el fondo, era puramente logístico. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué me habían confinado en esa habitación oscura con esta pareja de monstruos de circo de otra época? ¿Participaba de alguna práctica de adiestramiento? ¿Acaso me estaban instruyendo para ejecutar un plan diabólico contra algún bastión institucional del Reino? ¿O era sólo un mal chiste? Un chiste mal pensado y mal contado, por lo visto y oído hasta ahora.

—¿Está seguro?

La carencia de respuestas sólidas me condujo, paradojas de la vida, a tener una erección súbita que acabó de ofender a mi torturador tanto o más que mis silencios retóricos, como si fuera una burla obscena a sus contundentes demandas de cordura.

—¿Seguro?

Conseguí cabrearlo de tal modo, es una de mis habilidades más reconocidas en el mundo, soy un tocapelotas vocacional, lo dice todo el que me trata aunque sea sólo por unas horas, que decidió redoblar la tanda de hostias en mi cara, como si quisiera cambiármela sin molestarse en pasar por el quirófano ni recurrir a la anestesia. Esculpir a puñetazos y bofetadas, sin paliativos, mi verdadera cara, la del otro indocumentado que afirmaba ser yo mismo, a partir de los materiales brutos proporcionados por mi cara más antigua y castigada.

—¿Es o no es?

Mi erección espontánea, un efecto indeseado de la cura violenta o de la droga suministrada con antelación, hizo reír a la enana orejuda como una loca mientras reculaba, ya sin vacilaciones, dando pequeños pasos hacia el fondo de la habitación a una velocidad considerable, como si las sonoras carcajadas la ayudaran en el impulso. Me impresionó, lo reconozco. Demasiado tiempo sin ver reírse con tantas ganas a una mujer, si es que este espécimen era eso en realidad y no un demonio contrahecho de apariencia femenina, del ridículo signo de vida que implica una polla tiesa en la entrepierna de un hombre desnudo y sudoroso.

—¿Es usted plenamente consciente de lo que significa eso?

Si no paraba de reír enseguida, la enana acabaría meándose en el vestidito regalo de la abuela pobretona y el viejo doctor tendría que castigarla con severidad, hay cosas que no se pueden perdonar nunca, y pegarle también a ella, para que escarmentara de una vez, con la misma violencia enconada con que me estaba deformando la cara. Si yo no era otro, a pesar de todo lo dicho por el doctor, antes de comenzar la sesión, lo sería a la fuerza tras pasar por ella. Por lo menos mi cara convencería a muchos de que ya no era quien decía ser. Cambio radical para el que la cirugía más sofisticada resultaba del todo innecesaria.

—Si es usted quien dice ser, sepa entonces que pertenece a un país que hace mucho tiempo decidió quedarse a vivir en el pasado.

Dicho así, sonaba a primitivo anuncio publicitario de la televisión en blanco y negro que nunca conocí más que por referencias. No se lo dije al viejo por no enfadarlo aún más. Tampoco tuve oportunidad de hacerlo. Una nueva presencia en la sala atrajo toda mi atención.

—¿Ya ha encontrado lo que buscaba?

XII

Fue entonces, al volverse el doctor sádico hacia la enana masoca y darme la espalda por unos segundos, cuando desvié la mirada y pude vislumbrar junto a la pared del fondo, donde seguía entreabierta la inquietante puerta de salida, a un hombrecito, no creo que fuera un niño, pero no lo descarto, apoltronado en una silla de ruedas. Poco a poco, durante el receso que el viejo me concedió, fui concretando la visión del recién llegado.

El desconocido de rasgos borrosos se mantenía muy firme y expectante en la silla inmóvil y vestía un uniforme blanco, reluciente, quizá militar. Uno de sus cortos y delgados brazos sostenía una percha metálica con el dispensador de suero que alimentaba una vena famélica del otro brazo, con la camisa y la chaqueta remangadas por encima del codo.

La enana, reprimiendo las risotadas y volviéndose hacia su posición, se aproximó a un lado de la silla para hablar en privado con él. Inclinó la cabeza lo suficiente para que el otro depositara en una de sus orejas de murciélago unas palabras cuyo murmullo fue inaudible. La enana dejó de sonreír a medida que las palabras alcanzaban con retraso el centro cognitivo de sus decisiones.

Me alarmó la tensión visible en el rostro cadavérico del doctor cuando se volvió hacia mí ocultando sus nuevas intenciones. Deduje, pese a la distancia que nos separaba, que el hombre disminuido de la silla de ruedas era el dueño absoluto de la situación, estuviera o no presente desde el principio como espectador.

—Aunque no lo parezca, sabe ser clemente. Deseo con todas mis fuerzas que con usted no lo sea.

Cumpliendo el mandato del hombrecito, la enana volvió sobre sus pasos y se puso a la altura del doctor. Le mostró la bandeja de plata que sostenía ahora entre sus manitas de muñecona rancia y el doctor le dio permiso para acercarse y mostrármela como una tentación que, en mi estado, no podría aceptar ni rechazar.

En la bandeja se exponía una colección de pastillas y cápsulas ordenadas con sumo cuidado, como me comunica la enana con una voz chirriante que no reconozco haber escuchado antes en ninguna otra parte, según su nivel de efectividad, de mayor a menor, de izquierda a derecha, como la buena letra de nuestros antepasados.

—Si sabe lo que le conviene, elegirá la cápsula de color verde esmeralda y forma de melón. Si quiere viajar al infierno, que es donde merece pasar el resto de sus días, elegirá la amarilla ovoide con el capuchón azul. Si quiere volver al pasado y olvidarlo todo, tráguese la pastilla azul marino con forma de riñón. La bolita roja mejor ni la pruebe, tiene efectos secundarios alucinantes que no le desearía ni a mi peor enemigo…

El viejo doctor no pudo evitar intervenir en mi elección, con

prurito didáctico, a fin de no restringir aún más mi libertad de consumidor forzoso, me dice, con un déficit de información a todas luces equívoco, aclarándome el confuso simbolismo atribuido por la enana servicial a cada uno de los fármacos ofrecidos en bandeja de plata como un menú opcional de delicias gastronómicas para astronautas en misión de prueba a los confines del sistema solar.

—Infierno, esto es: su vida anterior, un cúmulo de despropósitos y sinsabores. Pasado, a saber: minutos antes de ingresar en este lugar por propia voluntad. La cápsula recomendada, en cambio, le garantiza acabar con todas las dudas y sufrimientos y, por si fuera poco, promete un descanso grato y duradero. No es la muerte, no dramatice. No somos tan radicales ni desalmados. Es una estación intermedia. La elección es enteramente suya.

Y tanto que lo era. Un regalo envenenado. Aun así no lo dudé ni un segundo. La pastilla azul, el pasado, por qué no el futuro. Sólo un dictador psicópata podría negar esta verdad incuestionable.

Disgustada con mi elección, la enana tomó con los dedos diminutos de su mano atrofiada de menina vieja la pastilla señalada y la insertó entre mis labios y luego, con el índice erguido, me la hundió en la boca como una enfermera a un paciente paralizado. Antes de que la lengua hiciera el movimiento para tragarla ya se había disuelto y no percibí en la garganta otra sensación que la de un flujo apenas más denso que el agua corriente avanzando hacia mi estómago a una velocidad controlada por radares ultrasecretos.

—Todo en orden.

La enana volvió entonces a sonreír, como si disfrutara con el desenlace incruento de la representación, y hasta diría que me guiñó un ojo de color perla, el derecho, cuando vio que los míos se cerraban sin resistencia y la sombría figura del hombrecito encogido en la silla de ruedas se diluía en una niebla enmarañada y dulce como el algodón de azúcar.

—La próxima vez sea menos grosero y más respetuoso. Piénselo dos veces antes de proferir opiniones ofensivas sobre realidades que ni siquiera se ha preocupado por entender.

XIII

Horas después, ya no puedo recordar con exactitud cuál de las pastillas había ingerido de verdad tras sopesar con cuidado todas las opciones a mi alcance y elegir al fin, sin dejarme intimidar por la reacción negativa del doctor y la enana cuando les manifiesto mi

preferencia caprichosa, casi al azar.

Sólo sé que estoy sentado de nuevo bajo el patio techado del Reino en Ruinas, pero ya no suenan a todo volumen las folclóricas recicladas por la industria del pop y no veo por ninguna parte a mis graciosos escoltas.

Ahora escucho una música estridente, de estilo dodecafónico, que anuncia un futuro abstracto que ya no estoy seguro de que me interese tanto como antes.

Como en un carrusel de tiempo, la india falsaria del disfraz galante vuelve a desfilar a unos metros de mí, en medio del revuelo del gentío, y me decido a seguirla otra vez, por hacer algo consecuente con mi renovado estado de ánimo, hasta lo más profundo del corazón del bosque aborigen.

Siento de nuevo en todo el cuerpo la extraña impresión de que dispongo de una licencia ilimitada para hacer lo que me venga en gana. Me la he ganado, me digo. Esta vez no pienso desperdiciarla en tonterías.

XIV

Estaba a punto de adentrarme una vez más en el útero sacramental del Reino en pos de mi amor indio cuando me interceptan los dos maleantes Willy y Danny, el dúo castrador. Pero esta vez, decidido a ver más de cerca a mi exótico objeto de deseo, les obligo a seguirme.

—Hey, colega, ¿qué tal te ha ido con el viejo? Superbién, ¿no?

—Al principio parece un poco seco, ¿verdad? Pero luego es un encanto, con todo lo que ha vivido el tío.

—Y cómo se acuerda de todo, el colega. Qué memorión. Es la hostia.

—Tienes mala cara, tío, ¿te pasa algo? ¿Es que te ha ido mal con el viejo?

—Eso es que no le has caído bien a la primera. Tendrás que intentarlo de nuevo más adelante.

—Te interesa hablar con él. De verdad. Sabe tanto y sobre tantas cosas distintas. Todo lo que ha visto. Una enciclopedia, no exagero.

—Ha vivido tanto, sobre todo. Y con tanta intensidad.

Por lo que veo, en efecto, sin dejarme distraer por las falacias de los hermanos, ya voy conociendo sus estrategias de confusión, están proyectando en la pared del fondo, que sirve de pantalla gigante improvisada, un documental sobre Stanley Kubrick y la secta de los

Illuminati que ya he visto más de una vez, está colgado en YouTube, y lo reconozco enseguida. La mayoría de los asistentes a la proyección están sentados en el suelo, las escasas sillas disponibles se han revelado insuficientes para una expectativa masiva como la que percibo espesando la atmósfera cavernaria de la sala. El silencio entre los espectadores es reverencial. La concentración entusiasta. Como si estuvieran comulgando con las disparatadas tesis que se sostienen en la película.

—Vale, tíos. Esta película la tengo muy vista, así que por qué no me dais una explicación sobre lo que me ha pasado ahí arriba. Esa película sí que no la conozco.

Lo dije sin apartar la mirada de las imágenes proyectadas en la pared en el momento en que uno de los personajes entrevistados en la película explica que Kubrick aceptó prestar el equipo técnico y los estudios londinenses donde estaba rodando *2001* a su cargo para producir para la NASA un simulacro documental sobre el alunizaje del Apolo 11.

—De qué hablas, tío. No tenemos ni idea de lo que dices.

Me vuelvo hacia los hermanos y los miro a la cara con seriedad. Primero a Danny, que es quien acaba de negar la evidencia con una desfachatez increíble, y luego a Willy, que eleva la mirada hacia el techo de cristal persiguiendo el vuelo irracional de una paloma invisible.

El circuito del primer cara a cara entre los hermanos falsarios y yo dura no menos de 59 escalofriantes segundos.

—¿Os estáis quedando conmigo otra vez?

La cara de Danny, la cara de Willy, la cara de Willy, la cara de Danny.

Exploro la piel en 3D de esas caras imperturbables hasta el último poro grasiento en busca de sus fallos y fisuras morales y pienso en la luna ficticia creada por Kubrick. Pienso en el decorado del cráter lunar en que los primeros astronautas dieron saltos ingrávidos batiendo plusmarcas de altura y levantaron con sus zapatones un polvo ingrávido que no era de este mundo ni de ningún otro. Un polvo inexistente en la realidad.

—Me estáis tomando el pelo, ¿verdad?

Examino una vez más, alternando el mudo interrogatorio, los ojos de mis falsos amigos y sólo encuentro vacío, como en el espacio donde nadie escucharía mis gritos de desesperación. Un vacío duplicado, un vacío simétrico. Y en ese vacío pluscuamperfecto sólo veo reflejado al infinito y más allá, como una advertencia, el estupor cifrado en el gesto de mi cara mientras los miro con insistencia y les pregunto, confirmando sus peores sospechas sobre mí:

—¿Os creéis que soy un gilipollas o qué?

Los ojos de Danny, los ojos de Willy, escrutados bajo la lente de aumento de la fantasía: impenetrables pantallas de grafito detrás de las que se ocultan cerebros cibernéticos programados para mentir, programados para manipular y seducir, programados para conducir a la perdición al ingenuo de complexión humana y cerebro animal que se llama como yo aunque aún exista gente que lo niegue y esté dispuesta a ejercer la violencia a rajatabla con tal de probarlo.

—Tío, cómo te pones. No vale la pena, créeme. Pase lo que pase no vale la pena, así que no te molestes.

—Eso, colega. No pierdas el tiempo. Pasa página, como hacemos todos. Y si no te gusta el puto libro que estás leyendo tíralo a la basura. Pero no hagas un melodrama de todo lo que te ocurre, por favor.

—Muy bien dicho, hermano. Eso es. Nada de melodramas, tío. Nada de malos rollos, nada de berrinches y menos entre nosotros. Somos colegas. Estamos de duelo. ¿O es que ya no te acuerdas?

XV

Como en todo en la vida, se impone un cambio de estrategia. Por la vía de las acusaciones gratuitas no lograré descubrir nunca la verdad de lo sucedido.

Modifico mi actitud sobre la marcha, como un actor del método, me identifico con el papel que los otros me atribuyen por comodidad. Me hago el simpático, el tío guay. Hoy por hoy, es la actitud que más se premia en estos lugares. Y no sólo en ellos. Me acuerdo de la cara arrugada de mi torturador y tiemblo de pensar en emitir una opinión frívola contra entes metafísicos cuya existencia real mi inteligencia no puede siquiera comprender. Me la guardo para mí. Cuando escriba mis memorias, si es que para entonces alguien sigue teniendo ganas de leer en este planeta, ajustaré las cuentas a todo lo que no me gusta. Por ahora, me limito a sonreír y a decir que sí a todo, como un ciudadano modelo. Es lo mejor.

—Vale, colegas. Estáis de suerte. Aquí no ha pasado nada. Con tal de que no me obliguéis de nuevo a verle la cara de asco al doctor me conformo con cualquier cosa que me propongáis.

—¿El doctor?

Por si fuera poco, caigo en la cuenta de que, en el ínterin de las investigaciones, he perdido de vista a mi Pocahontas.

—Con una sola condición, eso sí.

—Pide lo que quieras por esa boca grandullona que tienes, McClane, y se te dará en la medida de nuestras humildes posibilidades.

—Tenéis que presentarme enseguida a esa chica tan atractiva que va vestida de india de la frontera, ya sabéis a cuál me refiero, no puede haber otra igual. La de la minifalda de cuero y las pulseras de artesanía en los tobillos que me están volviendo majareta…

—¿Tiene que ser ésa? Teniendo tanto ganado donde elegir te tienes que fijar en esa tía precisamente…

—¿Algún problema? ¿Es que me veis algo mayor para ella? ¿Es eso, cabrones? Decídmelo si tenéis…

—No, tío, qué va, no te cabrees. Te vas a reír si te lo digo.

—A ver.

—Le van las tías.

—No pasa nada. Mis mejores amigas son lesbianas.

—Ésta es otra cosa. No sé bien cómo explicártelo para que no te sientas mal.

—A ésta, por lo que sea, sólo le van las tías, ¿vale, tío? ¿Te lo repito? ¿Te crees que eres el único que se había fijado en la hija del viejo? Ponte en cola.

—Cómo. ¿Hija del jefe? ¿Del jefe de la tribu quieres decir?

—Ya te pillo el rollo, colega. Aquí nos ves con estas pintas de James Franco pasándoselo en grande en un Spring Break en Florida y no nos tomas para nada en serio.

—Al contrario. Nos consideras unos juerguistas subnormales y unos drogotas tarados, ¿a que sí? Como que no me doy cuenta, vamos. Se te ve hasta en los ojos.

—Somos unos capos de lo nuestro, tío, a ver si nos vamos enterando de qué va este duelo de los cojones.

—Bravo, hermano. Así se le habla al indocumentado.

—A nosotros nos van mucho las tías, todas las tías, ¿te enteras? Y ésta, en particular, nos mola un montón, desde siempre, además.

—No sabes cuánto, colega. Nos pone a cien desde que la conocimos, hace ya la tira de años.

—Sí, hermano, lo recuerdo como si fuera ayer mismo. Cuando vimos a esta diosa por primera vez nadando unos largos en la piscina olímpica de la casa del viejo. Amanda, así se llama la cabrona, qué buena está.

—Y anda que si conocieras a la madre. Alucinarías, tío. No sabrías con cuál de los dos pibones quedarte, a pesar de la edad. Espectacular…

—Trágate la baba, Willy. Esa tía no es para nosotros y lo sabes de

sobra. Tampoco para este desgraciado. No te hagas ilusiones. ¿Qué te creías? ¿Que porque eres escritor de renombre se te iba a abrir de piernas en cuanto chasquearas los dedos? Ni hablar. Esto no funciona así, qué va, tío. Estás muy equivocado.

—Amanda sólo se lo monta con tías y casi siempre con tías despampanantes, no falla, chicas esculturales, modelos, actrices o deportistas, ya te haces una idea del tipo.

—Un lujazo de cuerpo, como has podido ver. Carrocería diseñada por grandes especialistas en el equilibrado de la masa corporal y la masa muscular. Las medidas perfectas y un acabado impecable.

—Viendo cómo va vestida no puedo imaginármela desnuda…

—¿Qué más se puede pedir, colega?

—Esta campeona, además, no se anda en el sexo con zalamerías de niñata de colegio de monjas.

—Y mejor no hablar del coeficiente intelectual. Prefiero no darte demasiados detalles, colega, te volverías loco de remate, como el padre de Danny…

—Yo no, el otro Danny, ya sabes, el niño telépata de la pantalla, ése, ahí está otra vez…

—Y sólo escribirías el nombre de Amanda, de la mañana a la noche, en la pantalla del ordenador, incontables veces…

Comenzamos a importunar con nuestra necia charla en voz baja a los pobres espectadores de las últimas filas que tratan de evadirse de la banalidad del Reino a través del documental sobre los trucos semánticos del cine para darse importancia como arte. Algunos de ellos, especialmente indignados, nos comunican su disgusto con intensas miradas de desprecio y gestos de hostilidad. El consumo cultural es sagrado en este lugar.

—Nos mandan callar.

—No hagas caso, colega. Te pongas como te pongas, no es un bocado pensado para un pardillo de tu clase, lo sentimos mucho, de verdad. Así es la vida…

—Te adoramos, Amanda.

—Por hacer aún más dura e insatisfactoria nuestra existencia en la tierra desde el maldito día en que nuestros ojos mortales entraron en contacto con tu carne inmortal.

—Es frustrante y solitario, pero es nuestro destino. Qué se le va a hacer. No aguanto más, me estoy poniendo melancólico otra vez. Vámonos al pueblo a liarla, allí sí que hay tías marchosas dispuestas a montárselo con tres tíos cachondos como nosotros, ¿verdad, Danny?

—Ya te digo, hermano.

En el trasfondo del instructivo diálogo, la banda sonora del *Réquiem* de György Ligeti. La nota lúgubre de la tarde. Es la melodía

de la muerte escrita entre líneas en el papel pautado de la vida, con sus disonancias enfáticas y sus insinuaciones siniestras, una música depresiva hasta la locura, el suicidio o la parada cardíaca.

—Recuerda, forastero. Te has comprometido a cumplir con nosotros la única regla del duelo. Olvídate de Amanda la cazadora y vámonos volando al pueblo de las guarrillas. Aún estamos a tiempo de pillarlas sin un plan definido para pasar la noche.

—Amén, hermano.

—Antes de que se emborrachen por aburrimiento y empiecen a darle demasiadas vueltas al coco y acaben mareadas y despatarradas potando en cualquier sitio, qué asco…

—Di que sí, Willy. Y antes de que empiecen a pensar con quién se meterán en la cama cuando las sorprenda la soledad de la madrugada y con ella la tristeza de no tener otro plan mejor, una noche más, que la frialdad de los juguetes sexuales…

Los miro a la cara para ver si me están vacilando de nuevo. Veo que no. O disimulan muy bien sus emociones íntimas, como androides perfectos entrenados para engañar al ojo humano con signos ambiguos, o han aprendido a fingir ante los otros sus verdaderos sentimientos. Casi distingo las lágrimas hipócritas de los perdedores vocacionales asomándose por el reborde de los lacrimales para avisar de la urgencia de salir corriendo antes de que el llanto sincero de los machos en celo arruine otra vez un buen plan urdido con ingenio perruno.

—Sólo pido una cosa a los dioses, hermano. ¿Sabes cuál?

—Me lo imagino, Danny, me lo imagino.

—Ojalá no haya muchos camioneros en el lugar al que vamos. Las noches de los viernes se ponen inaguantables a menudo por culpa de estas bestias del asfalto.

—Sí, hermano. Los salvajes de la autovía. Qué peligro tienen los hijos de la gran puta. Son peores que los moteros…

Abandonamos al fin la gran sala donde se proyecta el fantasioso documental para alegría de ciertos espectadores de nervios crispados e imaginación criogenizada.

—Que sepáis que todo lo que dice esa película sobre Kubrick es pura mentira.

—¡No me jodas! Casi me lo había creído.

—Como todas las películas, colega, no hagas un mundo también de esto. ¿O es que conoces una sola película que no sea una puta mentira?

No aguanto un minuto más entre los muros opresivos del Reino en Ruinas, la sede de todas las imposturas culturales y artísticas y de un puñado de certezas ruinosas, Amanda entre ellas, ocultas tras un velo

de falsa transparencia.

—¿De verdad no te apetece despedirte del viejo?

XVI

El tremendo golpe de calor, nada más salir a la calle a través del portón del Reino de la Abstinencia, me recuerda la proximidad metafórica del desierto africano.

Alguien en alguna parte se ha dejado el ventilador gigante encendido y está abrasando el centro histórico de la ciudad mediterránea.

—Qué ganas de mear, hermano.

Todo está permitido significa todo está permitido. Todo vale. Regla literal del duelo que no admite interpretaciones.

Y ahí estamos los tres, cada uno ocupando el hueco disponible entre dos coches mal aparcados en la calle, con los pies plantados en el borde de la acera, evacuando alegremente los litros de cerveza negra de marca catalana absorbidos en el Bar de Bringas unas horas antes.

—¡Menuda polla tienes, McClane! No te imaginas, hermano, qué tamaño. Vaya con el escritorzuelo. Vas a triunfar con las tías del pueblo, te lo dice un experto.

No es un concurso de masculinidad, desde luego, pero el triple arco de los chorros de orina compite en elevación, distancia alcanzada y potencia de la caída antes de estrellarse entre aplausos contra el suelo municipal.

—¿Alguien quiere una pastillita para el camino?

El camello Willy concluye antes que nosotros su tarea mingitoria y deposita en la boca de su hermano y en la mía a continuación una de esas bolitas rojas inventadas a propósito para convertir la vida normal de todos los días en una aventura hedonista e impredecible.

—¡La vamos a petar!

XVII

No sé cómo me las arreglo al final, pero acabo siempre ahí, atado a la silla reclinable del viejo peluquero, para que me hagan un corte de

pelo radical.

Estoy viviendo una pesadilla recurrente.

Alguien me la tiene jurada. Debo de haber infringido con mis palabras o mis actos algún código secreto. Si no es por otra razón inexplicable.

En esta ocasión tengo los ojos tapados con una venda áspera e ignoro quién me ha traído aquí, sea donde sea, y me retiene prisionero de su voluntad.

Por lo que entiendo al principio, no es la voz del viejo doctor de la primera vez.

El presunto padre de Amanda. Un absurdo descomunal.

Si te crees el infundio, podrías aceptar que el padre de Caperucita es el lobo feroz. El padre de Cenicienta, Barbazul. Y el de Blancanieves, el conde Drácula.

Si esto es verdad, significa que el disparate es la lógica política del siglo veintiuno.

Esta vez mis captores, sean quienes sean, no me dan una paliza, aunque los golpes estén calculados para no dejar marcas, ya no lo necesitan, se han vuelto más refinados en su perversión sádica. Esta vez se limitan a hablarme con la taimada serenidad de los diplomáticos.

La voz principal que se encarga de hacerlo es la de otro desconocido. Una voz muy distinta a la del viejo de aliento fétido, con un timbre más viril en cierto modo y con un acento regional difícil de identificar, soltándome al oído desde una proximidad repulsiva, siento el roce cálido del aire penetrando en la oreja, un discurso delirante.

—Sepa que va a entrar usted en el circuito nacional de los cincuenta y un pueblos. El primer nivel son los ocho pueblos de Andalucía. Para superarlo tendrá que seguir al pie de la letra nuestras instrucciones. Cada vez que lo necesite le haremos llegar una señal. Si no hace lo que le decimos, acabaremos con usted como ya hicimos con los que lo precedieron. No juegue con su suerte. Está a nuestras órdenes. No lo olvide en ningún momento.

Antes del apagón temporal, un golpe seco en la cabeza me devuelve a la realidad del dolor.

XVIII

Perdí la noción del tiempo una vez más, la secuela más perniciosa del secuestro, y ya sólo me recuerdo metido en el coche grimoso de Danny

y de Willy después de haberlo buscado por todos los niveles del parking durante media hora o más.

Un Volkswagen Polo de cinco puertas.

Más de un decenio de revisiones de la ITV mal llevadas en la carrocería de un blanco deslucido, con abolladuras estratégicas y una suciedad arqueológica como signos de la edad y la negligencia de los supuestos dueños.

Recuerdo muy bien la marca y el tipo porque la publicidad del producto de diseño y fabricación alemana me había impresionado con sus paradojas inesperadas. Cómo algo con muchos años de historia podía cambiar tan poco y, al mismo tiempo, volverse irreconocible para los usuarios.

Un coche, un país, un paisaje. Milagros de la publicidad.

—¿A qué huele aquí dentro?

Me recuerdo asqueado, apartando montones de cajas vacías de comida basura y centenares de papeles de periódicos en bancarrota y varios pares de malolientes zapatillas deportivas e incontables objetos sin identificar, diseminados por aquí y por allá, antes de poder ocupar la parte trasera e instalarme a gusto en el asiento a pesar del inclasificable hedor a mala vida y a malas costumbres que enloquecía mi olfato.

—¿No hacéis nunca limpieza, tíos?

Y nos recuerdo emergiendo del nivel inferior, con Danny al volante y Willy de copiloto, subiendo las distintas rampas a demasiada velocidad y derrapando en las curvas, nivel tras nivel, saliendo del parking subterráneo sin abonar el dinero del ticket, las barreras de control alzándose como por arte de magia, callejeando a la deriva, con las ventanillas bajadas para que entrara el aire, por una ciudad incendiada por el calor infernal y despoblada de toda forma de vida inteligente hasta encontrar por casualidad la maldita señal de salida de la autovía hacia el norte de la provincia.

Y recuerdo entrar acelerando en la desviación de ésta cuando son las 20 horas 59 minutos de la noche, leo la información exacta en el cuadrante del reloj cuando sé con certeza visceral que algo va mal dentro de mí. Me han metido algo podrido en el cuerpo sin mi consentimiento. Una sustancia tóxica. Lo percibo cuando miro las cosas fijamente. Un mareo, un ardor, sudores fríos. Vértigo.

—Tíos, vamos a tener que parar. Voy a vomitar.

—Aguanta un poco, colega, por favor.

—¿Acabamos de empezar y ya te pones enfermo? ¿No ves que es muy pronto para parar la fiesta?

Hice lo que me pedían a regañadientes.

—*Tú me hiciste sentir que no valía y mis lágrimas cayeron a tus pies*…

Para complicar más mi precario estado de salud, mis secuestradores pusieron como banda sonora en este inicio del viaje por el territorio mítico de Ochopueblos una canción mexicana que no era ni una rumba ni un bolero ni un corrido sino todo a la vez, revuelto como un amasijo de comida jalapeña, una amalgama musical indigerible si no eres el novio celoso de la cantante o la cantante misma (¿Gloria Trivial?), mirándose al espejo a todas horas hasta cambiar de sexo y volverse una marimacho.

—Esta tipa es genial, ¿no te parece, Willy?

—Mucho más que eso, hermano. Es un monstruo.

—*Me miraba en el espejo y no me hallaba, yo era sólo lo que tú querías ver…*

Willy, en su condición de copiloto, era quien se ocupaba de la elección de la música popular que animaría el largo trayecto y sabía más que cualquiera de nosotros sobre los entresijos oscuros de la misma.

—No le queda un gramo de carne propia en el cuerpo. Todo es sintético. La piel, la grasa, el pelo, los músculos, la vagina, la voz. Escucha, hermano, escucha. La canción te cuenta toda la historia si la sabes interpretar.

—*Y me solté el cabello, me vestí de reina, me puse tacones, me pinté y era bella…*

Vale, lo entiendo y lo apruebo, podía ser la retahíla vanidosa de una falsa anoréxica con ramalazos patológicos de narcisismo transexual, como sentenciaba el diagnóstico severo del doctor Willy, pero la canción, oída una y otra vez en los altavoces del coche por culpa del mismo que le declaraba su odio acérrimo, me parecía desenfadada y provocativa, un divertimento inconsecuente, un paquete de ruido vulgar envasado al vacío, a pesar de la arcada que conseguía retener con dificultad, y me hacía el viaje cada vez más ajetreado y agobiante.

Como si algo o alguien, con malvadas intenciones, me estuviera retorciendo el sistema digestivo, estrujándome el estómago como una toalla mojada.

—*Y caminé hacia la puerta, te escuché gritarme pero tus cadenas ya no pueden pararme…*

En una curva tomada con brusquedad, el flujo subió de pronto por la garganta reseca, como una marea gástrica, sin que nada lo frenara, y me hizo toser con su acidez sintomática y casi expulsar un buche de bilis por la boca.

—Las muñecas de silicona con problemas de confianza en sus posibilidades sexuales ya han encontrado un modelo mejor, mucho mejor como ídolo que la difunta Karen Carpenter, ¿te acuerdas, tío?

—Y miré la noche y ya no era oscura. Era de lentejuelas…

Me acordaba de haber visto hacía muchos años, no sé en qué canal de cine, una biografía marciana de la ingenua esquelética interpretada por muñecas Barbie y muñecos Ken, sí, vagamente, pero nunca había escuchado una sola de las piadosas canciones de la beata anoréxica por excelencia. Una cantante de mala muerte no podía ser, bajo ningún concepto, mi tipo femenino predilecto.

—Y todos me miran, me miran, me miran, porque sé que soy fina, porque todos me admiran…

Mientras la canción seguía retumbando en estéreo por la malsana voluntad de Willy de imponernos su exégesis a toda costa y el Polo proseguía su recorrido sin fallos, sorteando coches lentos y conductores adormilados que obstaculizaban nuestro avance con maniobras incomprensibles, me concentré por un momento en la poderosa imagen de marca de Amanda, mi Pocahontas del Reino, tan lejos ahora de mí, a un número creciente de kilómetros de distancia como para pensar en volver a rescatarla.

¿Sería posible que me estuviera alejando de ella a esa velocidad sólo para poder reencontrarla en un lugar diferente cuando todo esto hubiera terminado?

—Y todos me miran, me miran, me miran, porque hago lo que pocos se atreverán…

Mi ingenuidad es como mi talento. No tiene precio, bien lo sé. O al menos no ha encontrado aún el tasador adecuado. Quién sabe.

Metido en el vientre apestoso del Polo que volaba por una carretera en cuesta que se oscurecía cada vez más como la noche tenía la sensación de que no podría escapar nunca del control mental del viejo torturador y la enana servil, mucho menos del misterioso desconocido que dirigía las acciones de éstos desde su siniestra silla de ruedas o desde una dependencia secreta del castillo en ruinas.

Al evocar la sórdida escena con todos ellos, vuelvo a experimentar una mezcla de miedo y asco paralizante.

—Y todos me miran, me miran, me miran, algunos con envidia, pero al final, pero al final, pero al final todos me amarán…

Un punto de luz atrajo entonces mi atención. Parecía flotar en la lejanía como un platillo volante entre dos montañas cuando nos desviamos de la autovía para ir a su encuentro.

—Y todos me miran, me miran, me miran…

XIX

El descenso es abrupto, el ambiente dentro del coche, en cuanto se corta la música, soporífero.

La carretera destartalada serpentea al bajar la pendiente vigilada por una hueste de farolas de luz amarilla que se alarga hasta el fondo rocoso del pozo.

Vislumbro un ancho valle atrapado entre laderas espectrales, varios edificios colindantes, todos construidos siguiendo la misma idea de funcionalidad arquitectónica, un conglomerado anexo de casas deshabitadas se vuelve invisible en cuanto lo dejamos atrás.

En el límite del paisaje nocturno, las luces verdes y azules de una estación lunar de abastecimiento, el cartel luminoso y las instalaciones de una gasolinera BP, rasgando el telón de la oscuridad como una nave espacial recién aterrizada, una batería de surtidores con un solo empleado robótico a su cargo.

No me atrevo a bajar del coche al final. Me encuentro mucho mejor. Las náuseas han remitido. Y los hermanos no me necesitan para llenar el depósito hasta los topes de gasolina 95 y comprar un surtido de chucherías infectas. No tengo estómago para esas porquerías, así que declino tomarlas cuando me las ofrecen al regresar. Reemprendemos la marcha sin perder tiempo.

—Sí que es delicado el tío.

Les pido que paren en un bar de carretera que descubro poco después, a la izquierda de la calzada. Si llego a adivinar la brusquedad de la maniobra con que Danny se desvía de la dirección, con un volantazo digno de un conductor de rally, no le digo nada. Aparca sin problemas a unos metros de la entrada del bar.

Cuando salgo del coche y estiro las piernas y respiro una dosis mínima de aire puro, me siento recuperado por completo. Se me están pasando los efectos de la mierda que me han administrado. Ya no creo que necesite vomitar para librarme de ella. Viaja diluida en mi sangre como un componente más.

—Tienes razón, tío, vamos a tomarnos unas buenas birras antes de seguir la ruta del Bollycao.

El guiño cómplice dirigido a mí y el apelativo comercial fomentan la ambigüedad del referente.

—¿Eso qué es, Willy?

—No preguntes, colega. No preguntes. Tú déjate llevar.

—Fluye, tío. Fluye.

—Por cierto, ¿te has traído la vaselina?

XX

La alegría dura poco.

En cuanto nos acodamos en la barra y el camarero joven nos pregunta lo que queremos, así como quien no quiere la cosa, con un acento que haría palidecer de vergüenza al dialecto rosarino de Messi, nos damos cuenta enseguida de que, como todos los perdedores de la historia sin excepción, hemos caído en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Lo inimaginable. Bienvenidos. Bar EL PIBE.

Observo el lugar en modo panorámico, el dúo hace lo propio con sus modestos recursos, y el producto resultante de nuestro escrutinio atento es un informe a tres bandas que se resume en lo siguiente: bar veterano de dueño argentino apostado tras la barra con cara de fastidio, numerosos compatriotas del propietario celebrando la clasificación para octavos o para cuartos, a quién le importa ya ese detalle insignificante, volviendo a ver el partido decisivo en diferido en algún canal pirateado o en algún vídeo grabado por cualquier fanático de los suyos. Ni aposta se puede hacer tan mal. ¿Qué hacen tres españoles devaluados en territorio extranjero sobrevalorado? Y más cuando la clientela, compuesta de familias numerosas y parejas jóvenes en su mayor parte, vive la euforia de la clasificación a la siguiente fase con esa exaltación y esa familiaridad envidiables.

—Tíos, ¿os importaría quitar la tele? No es por nada, pero hay cosas que duelen en el alma.

Cualquiera habría salido huyendo. Yo mismo, en caso de estar solo, me habría dado a la fuga de inmediato. No así la pareja de hermanos suicidas. Serán las patillas, me digo, serán las pastillas, serán los bucles rastas, serán los pantalones de peto o las sandalias magrebíes. No sé lo que será pero estos tíos le echan a la vida el coraje que, bien invertido, a otros más listos haría millonarios o campeones de todo y a estos desgraciados los condena a la marginalidad y la desdicha. Eso sí, como veo en cuanto se acaban de un trago las cervezas nacionales que hemos pedido y, por lo que deduzco, no pensamos pagar, no están dispuestos a dejarse avasallar por la victoria foránea.

Lo suyo no es la aflicción ni la humildad, digan lo que digan los comentaristas deportivos a sueldo de la corrupta federación. Hay hinchas de la selección dispuestos a no arredrarse ante las críticas recibidas y hacer valer su talento hasta en las situaciones más difíciles.

—Vamos allá, hermano. Ha llegado la hora de la revancha.

Mientras Danny se queda en tierra para vigilar al enemigo, Willy da un salto sobre la barra que para sí lo quisiera un atleta olímpico y agarra al dueño del local por el cuello de la camisa y le exige el

mando a distancia con urgencia injustificable.

—Humillaciones las precisas, amigo. Te lo he pedido por las buenas y te has negado, ahora te vas a enterar. Dáselo a mi hermano.

Temblando de los pies a la cabeza, el argentino amedrentado le cede el mando a Willy, que comienza a pulsar como loco los botones para cambiar de canal hasta que se da cuenta, sintiéndose estafado, de que están viendo el canal del vídeo y no una retransmisión en diferido.

—¡Hijos de puta!

Apaga la televisión mientras algunos padres de familia, con ganas de pelea, comienzan a reaccionar a la provocación con insultos y amenazas. Uno de ellos, de hecho, con cara chata de león, piel castigada por las cicatrices del acné y peinado de brillantina, se pone de pie encima de la silla en que estaba sentado y comienza a insultar a los hermanos broncosos, al acompañante atolondrado y a todo el maldito país que los acoge por su mal gusto y pésima educación.

—Tío, por qué no te callas.

Willy le tira el mando a la cabeza y lo peor es que acierta y lo tumba del golpe, hecho que produce consternación entre su parentela, algunas mujeres acuden en su socorro y los más jóvenes comienzan a remangarse para embestir, calculando ya las secuelas de la pelea, los destrozos, los daños, las lesiones, imágenes al ralentí cruzan sus mentes como cruzan la mía y me adelanto a hacer de mediador en la trifulca.

—No les hagáis caso. Están furiosos por la derrota y la eliminación. Ya se les pasará el berrinche.

Se puede ser más gilipollas pero no declararlo con menos disimulo. Uno de los jóvenes argentinos, con cara estreñida, bigotito italiano y pelo engominado, se me echa encima y me da un merecido puñetazo en la jeta. Consigue noquearme con el primer golpe y caigo al suelo como un peso muerto.

—¡Torito, ten cuidado! No te destrocés los puños con estos cara de piedra, che. Son unos maulas. ¿Ya no te acordás de la otra vez?

Nunca me gustaron las riñas callejeras ni tuve afición a los combates de boxeo, ni me sentía especialmente dotado para la autodefensa personal ni las artes marciales, de modo que agradezco que uno de los hermanos, ya no recuerdo cuál, imagino que Danny dada su cercanía o su agilidad pendenciera, acuda en mi socorro y tras devolver el golpe al fideo paliducho de los puños de porcelana me ayude a levantarme del suelo donde me he quedado inmovilizado por precaución.

—Te das cuenta, tío. La soberbia insolente de los ganadores. Serán hijos de puta.

Superados los efectos psicológicos del puñetazo, me hago con el control de la situación y pido a las dos partes enfrentadas que se tranquilicen.

El dueño del bar, un peso pesado cincuentón y barrigudo, ya enarbolaba un bate de béisbol de talla épica, como el as de bastos de la baraja española, con el que pensaba abrir en canal el cráneo vasco de Willy y crearnos a todos sus amigos un grave problema de derecho internacional privado.

—Nadie quiere que venga la policía, ¿verdad? Nadie tiene por qué llamarla a menos que sea estrictamente necesario. Así que vamos a rebajar la tensión y nos vamos a relajar todos. Eso es. Escuchemos lo que este hijo putativo de la península tenga que decir y luego nos marcharemos por donde hemos venido sin hacer daño a nadie. ¿Todo el mundo de acuerdo?

El consenso se huele a distancia. Es como el aliento de un alcohólico, como un perfume caro en una piel de seda o como los efluvios de un cadáver, algo que se inhala a fondo y termina entrando a formar parte de tus células más íntimas. Hasta el punto de que ya no sabes cómo comportarte cuando no existe o no lo sientes con intensidad suficiente.

Así lo percibí entonces, mientras estudiaba la situación sin imaginarle una salida fácil si no contaba con el acuerdo de todos.

Willy seguía dominando la escena desde la altura, erguido sobre la barra como un forofo borracho el día de la final. Danny acogido a la sombra del hermano encumbrado, con los pies plantados en el suelo de loza, vigilando con celo de pastor alemán los movimientos e intenciones de todos los presentes.

El dueño del bar, situado a unos metros a su izquierda, se mantenía impaciente, con el bate apoyado contra el hombro derecho, aguardando el momento justo de pasar a la acción.

El machote damnificado con el impacto del mando a distancia en la frente, por fortuna ilesa, acababa de sentarse en una de las mesas junto a su mujer, una fémina de robustos atributos, y apoyaba la cabeza dolorida en su hombro desnudo mientras ella lo acariciaba como a un hijo pródigo.

Los otros parroquianos, unos de pie, otros sentados, habían comprendido que la mejor estrategia consistía en permanecer quietos, próximos a los suyos, procurándose muestras de afecto y masajes de relajación. En todo enfrentamiento con nativos y lugareños hay que mostrarse prudentes, se murmuraba por lo bajo, como una consigna de supervivencia que les había permitido encontrar residencia y trabajo en un país tan poco amistoso en el fondo.

XXI

—Ya lo dijo el maestro, amigos. Estar con los nuestros no es estar contra nadie. Y alguien preguntará, quizá con razón, quiénes son los nuestros. ¿Quiénes componen el equipo soñado, la selección ideal? ¿Acaso los once que no supieron estar a la altura del desafío? ¿Los veintitrés convocados? ¿El entrenador? ¿El equipo técnico? ¿Los burócratas de la federación?

Inducido por la crispada expectación de los oyentes, Willy se había tomado muy en serio su papel de orador para la masa e hizo una pausa de segundos para buscar un signo de confianza en la cara de su hermano Danny, que se estaba desternillando de risa desde la primera frase, antes de afrontar la parte del discurso que venía a continuación con profesionalidad parlamentaria:

—Ni hablar, nada de eso, amigos. ¿Quién entonces?, os preguntaréis con curiosidad. La oscura gente, ésos son los nuestros desde siempre, ¿acaso no lo sabíais? ¿No os lo enseñaron en la escuela? A mí tampoco, para qué os voy a engañar. La oscura gente, sí. Los atlantes, los heraclidas, los hijos bastardos de Caín y Tubalcaín, el hombre de Atapuerca y su descendencia abominable, los arquitectos de dólmenes, los tartesios, los gnósticos, los bardos, los constructores de catedrales, los peregrinos jacobeos, los templarios, los cátaros, los licántropos, los brujos, los sefarditas, los sufíes errantes, los estrelleros, los saludadores, los antipapas, los alquimistas de cara avinagrada, los pastores nómadas, los reyes hechizados, los espadachines a sueldo de la reina, los toreros, los comuneros, los bandoleros, los etarras, sí, éstos también, se lo han ganado a pulso, y los gitanos, los conquistadores, los republicanos, los moriscos, los charlatanes de feria, los curanderos, los romeros, los curas de aldea, las monjas soldado, los místicos, sí, también éstos, por qué no, los visionarios de Dios y los iluminados. Todos nosotros, me oís bien, todas estas gentes estaban aquí mucho antes de que vosotros llegarais devolviéndonos la visita de cortesía. Así que un respeto, por favor. Este país lleva la derrota escrita en la sangre y la victoria en los huevos. ¿Os habéis enterado ya? En la historia vamos primero. En el fútbol igual, ¿qué os habéis creído? Todo en la vida es escalafón y jerarquía.

XXII

¿Puedo hacer una confesión inoportuna?

El gran Willy, lo reconozco sin problemas, logró conmoverme con su emotivo llamamiento a la conciencia colectiva de la raza. Proporcionando al duelo, acaso sin buscarlo, el tono grandilocuente y melodramático que echaba en falta desde el comienzo de la tarde.

Como un actor shakespeariano subido a la mesa de un turbulento salón del Oeste norteamericano, rodeado de pistoleros facinerosos y mujerzuelas ariscas, había logrado anular con su retórica sublime los sentimientos de hostilidad del adversario. Había sabido doblegar con poesía infalible la resistencia a la verdad inscrita desde los orígenes en el corazón del animal humano.

No sé de qué apolillado manual de historia habría sacado esa erudición digna de un fantasioso documental sobre la España mágica emitido de madrugada en alguna ruinosa televisión autonómica, pero sé que todos los argentinos allí congregados, incluido el dueño del negocio y el púgil flaco y mal encarado que me había golpeado sin motivo, le aplaudieron con muchas ganas al acabar la gloriosa arenga.

Los ojos llorosos de Danny delataban la contrariedad de sus emociones con más nitidez que sus aplausos de entusiasmo por la elocuencia de Willy.

—¡La casa invita!

Éste fue el grito de felicidad del dueño cuando depuso el bate de béisbol sobre la barra, golpeándola con estruendo, segundos antes de saltar sobre la gruesa tabla con agilidad inesperada y fundirse en estrecho abrazo con el cuerpo musculoso del gran Willy, el hombre de moda en el local.

No me sorprendió la presteza con que el dueño del bar realizó todas las acciones descritas, como si pensara que el invitado no tardaría en escabullirse de sus dominios sin tiempo para llevarse un buen recuerdo de sus amables gentes.

—Tengo una cerveza argentina de importación que no se pueden perder si saben lo que es bueno.

Invitar es caballeroso y rechazar trovadoresco.

No conviene abusar de las minorías, sean étnicas o intelectuales. Algo así me enseñaron en un seminario de urbanidad multicultural al que asistí hace muchos años en compañía de una novia guineana (¿Sylla?) que me duró sólo el tiempo requerido, con mi complicidad, para granjearse la residencia temporal en el país.

—Lo sentimos, amigos. Nos quedan aún muchos demonios por exorcizar.

—Esto es sólo el principio del camino, amigos. Se lo agradecemos sinceramente, pero nos marchamos enseguida.

—La catarsis nos aguarda. No queremos molestar más de lo

necesario.

—Muchas gracias por la hospitalidad.

—Hasta pronto, gracias.

XXIII

La noche cuando salimos por fin, bastante entonados, del bullicioso bar del anfitrión argentino es aún más oscura que cuando entramos. Y no es sólo culpa de la sabrosa cerveza negra de Puerto Pampa.

El escabroso lugar ha necesitado tan sólo una hora para transformarse, como el decorado de una obra de teatro tras el entreacto, en un paisaje fúnebre y fantasmal y sólo el Volkswagen Polo aparcado a unos metros, con su invitación a la huida inminente, le confiere una realidad tangible al entorno.

Ya no sé dónde estamos ni para qué. La sensación de inutilidad me acomete de nuevo como una patada en la boca del estómago.

La desorientación es casi total. Podría convencerme por momentos de que estamos de visita en algún remoto paraje de la Patagonia meridional. Un enclave irreal dejado de la mano del dios despistado de los cartógrafos. La geografía es una ciencia tan imaginaria como la historia. Sólo existen versiones y aproximaciones. Ilusiones ópticas y alucinaciones. Nada permanece inmóvil el tiempo suficiente como para capturarlo con exactitud científica.

Miro el cielo que se expande como una carpa opresiva sobre nosotros y tengo la impresión de que detrás de los nubarrones negros que nos persiguen por la carretera se esconde un rostro terrible y vengativo. Un rostro que ha dejado de sonreírnos porque, como bufones a sueldo, ya no le divertimos lo más mínimo. Nos ve como a juguetes de su capricho maléfico y éste, como cualquier espectador trasnochando frente al televisor con el dominio efectivo de los canales en la mano, ya está empezando a coquetear con otras distracciones más estimulantes o menos exigentes para el intelecto.

Me aterra el poder neurológico de ciertas sustancias para hacernos ver lo que de otro modo moriríamos sin sospechar. Tanto mejor.

—¿Qué pensaría Stanley Kubrick de todo esto?

XXIV

Stanley Kubrick no sé, pero otro director de cine con menos ambiciones artísticas y menos compromisos con la realidad de su tiempo no hubiera desdeñado la historieta que Danny nos contó mientras huíamos a toda prisa de la peligrosa región.

Nos habíamos extraviado otra vez entre desvíos insensatos y carreteras de montaña, moles macizas de picos puntiagudos se insinuaban como amenazas sobre nosotros mientras el coche transitaba a gran velocidad, con Willy al volante, burlándose de la física y de la metafísica de los sucesivos planes viales que habían metamorfoseado el asendereado territorio en un circuito automovilístico para conductores temerarios.

Ascendíamos y descendíamos, desafiando en cada curva la ley de la gravedad del discurso y los grandes principios de la geometría no euclidiana, como montados en una gran montaña rusa fuera de control, o en un tren de superficie cuyos raíles transitaran por una topología reversible huyendo de la pesadez del mundo, mientras escuchábamos extasiados el prodigioso *Divertimento para trío de cuerda* de Mozart.

El cambio de copiloto, ahora Danny, traía consigo esta elevación cultural del gusto en la banda sonora del viaje.

Qué absurdo, pensaba yo, inspirado por el virtuosismo sublime del contrapunto de cuerdas, oponer la cultura a la diversión, la profundidad a la superficie, el genio a la levedad. En vez de experimentar el don inefable de estos cuarenta y cuatro minutos de felicidad perfecta. La música más compleja imaginable integrando en su partitura la dimensión del juego, la elegancia y el placer inmediato sin traicionarse como arte.

Y fue entonces, en la ingravidez inducida por el brío musical de la fuga en seis movimientos, cuando pareció que nos salíamos de la ruta, caíamos sobre nosotros mismos y girábamos en el vacío, dándonos la vuelta por completo, el coche invertía la trayectoria, como al llegar a las antípodas, y comenzaba a circular por el otro lado de las cosas, a viajar por el envés del paisaje, como la hormiga imprudente atrapada en el circuito infinito del anillo de Moebius.

El pentagrama de la realidad se volvía del revés por efecto de la reiterada dosis de bolitas rojas administrada por el camello Willy antes de subirnos de nuevo al coche y a Danny el fabulador, cuando se acaba el estímulo musical, no se le ocurre una idea mejor para recuperar el sentido de la orientación geográfica que contarnos la verídica historia de un zombi republicano que le había escuchado a su abuelo materno, un falangista amargado por las políticas franquistas de la posguerra:

—Sí, tíos, ¿no te la había contado nunca, Willy?

—No, Danny, para mí que te la acabas de inventar con el traqueteo

y las revueltas de la carretera.

—Nada de eso, hermano, te juro que es cierta al noventa y cinco por ciento. Me la contaba el abuelo Vicente cuando era niño. ¿Queréis oírla o no? Pienso que hay partes que no os van a gustar y otras que son mentira, pero merece la pena, os lo aseguro, colegas. Es altamente instructiva, así la veo yo al menos. Además, el escritor aquí presente podría aprovecharla y meterla sin venir a cuento en alguno de sus libros, ¿no?

—Si tú lo dices.

Vamos a ver. Si no tienes televisión, ni una maldita biblioteca a mano, y estás enjaulado en el interior de un coche viejo y sucio durante horas en plena noche con estos gamberros estrafalarios y conduciendo hacia ninguna parte, o eso crees por ahora, por las salvajes autopistas de la información y estás tan harto del hilo mental de tus pensamientos, lo reconoces, hasta las narices de pensar todo el día en esto y en aquello, obsesiones inútiles, y echas en falta el hilo dental porque lo poco que has comido en las últimas horas se te agarra a las encías y se instala entre las ranuras de las muelas y los dientes, llamando a gritos a la podredumbre, el sarro y la caries, y maldices tu mala suerte como la de la selección española, dime, eh, qué otro remedio te queda entonces que rendirte sin resistencia a las fantasías y mitos de un país alimentado de esa droga secular desde su origen prehistórico.

Ya no sé cuál de los dos, Danny o yo, cuenta la historia.

XXV

La guerra civil, ¿os hacéis una idea? Rojos contra azules, fachas contra milicianos. Un partidazo a tiro limpio entre facciones rivales, bombazo va, bombazo viene. Hasta aquí sin novedad en el frente norte, sur, este y oeste. Nada nuevo que contar en la liza hasta que aparece este pedazo de anarquista violador. Vive clandestino con su familia en uno cualquiera de los ocho mil pueblos de la península. Para él la guerra terminó el día que los nacionales lo hicieron prisionero en no sé qué batalla importante. Por una extraña razón, no lo fusilaron ni lo condenaron a mucho tiempo de cárcel. En cuanto lo soltaron, meses después, corrió a esconderse entre las faldas de su primera mujer y de su única hija, a la que no veía desde el momento del parto. Vive así un tiempo, sin llamar la atención. Viola entonces a la primera niña y los padres de ella lo denuncian a la autoridad competente. Nadie hace ni dice nada. En el pueblo mandan los fachas pero nadie se atreve a meterse con el ácrata. Muy raro, ¿no? Sospechoso. No

hay pruebas, no hay testigos, lo de siempre. Impunidad absoluta. El tipo no se acogota y, al poco, viola salvajemente a otra niña y a su madre y las mata a las dos, ahogándolas en el río donde estaban lavando la ropa y lavándose ellas sus partes antes de que el sádico energúmeno las sorprendiera desnudas. Nadie hace nada una vez más. Nadie se atreve ni a acusarlo por miedo a la represalia. El alcalde fascista lo protege. Es familiar suyo, o de su mujer, no recuerdo bien. El caso es que nadie lo denuncia. Mucha queja soterrada, mucha acusación velada, pero nada más. Cabreo colectivo, cero. Protestas públicas, cero. La historia de siempre. El marido y padre de las asesinadas se marcha del pueblo inmediatamente después del entierro de su mujer y su hija. Silencio cómplice los días posteriores. Atmósfera irrespirable en el pueblo. La represión sirve de excusa moral. El anarquista se calma por un tiempo y se queda en casa, donde se contenta con maltratar a la mujer y violar a su propia hija adolescente cada noche. Un día ésta no aguanta más y lo denuncia a la guardia civil. No le hacen ni puto caso. Una hija no puede acusar a un padre, delito mayor, lesa paternidad, la madre se calla por vergüenza y cobardía. Tolera la infamia del marido con tal de mantenerlo apartado de su lecho. Su marido es un enfermo compulsivo pero ante los ojos del pueblo es su marido. Punto. El matrimonio es sagrado. Nadie interviene. Meses después el violador asalta a un grupo de niñas que se bañaba en el río. Viola a tres, una tras otra, y las mata a golpes el mismo día que acaba la guerra. Una se salva por los pelos y escapa de las garras del asesino y se presenta tal cual, medio desnuda y arañada por todas partes, en el cuartel de la guardia civil. Creen que se lo ha inventado todo hasta que se descubren los cadáveres machacados de las otras niñas. Esa misma noche toda la gente del pueblo menos el anarquista violador y su familia se reúne, convocada por la madre de la superviviente, en el sótano de su casa. Esta mujer aguerrida, viuda de un miliciano asesinado por la guardia civil en una encerrona, tiene un afán de revancha largamente gestado. Se la considera en el pueblo una experta en el arte de medir la hondura del dolor y calcular la extensión del quejido. Esta madre afligida, con lágrimas en los ojos y las mejillas enrojecidas, inflama el ardor de venganza tanto tiempo retenido. La alegría por el fin de la guerra contribuye al clima de locura justiciera que se apodera de la gente del pueblo. El aire trae el hedor del linchamiento por las ventanas abiertas para repeler el calor y el olor de los cuerpos. Acabada la contienda brutal, piensa el cerebro lugareño, es hora de ajustar cuentas entre todos antes de que estalle la paz y las aguas vuelvan a su cauce. La niña salvada se queda en su casa mientras todo el pueblo, con la madre terrible en cabeza, va a la casa del culpable. Les abre la puerta la mujer que vive con él y lo odia a muerte. Hablan con ella explicándole lo que pretenden, cabizbaja los conduce al dormitorio donde el monstruo repulsivo ronca satisfecho, lo despiertan a golpes, lo arrancan de la cama entre varios, lo sacan a la

calle, lo desnudan, lo apalean, lo arrastran sin consideración hasta la plaza del pueblo, lo cuelgan de la cruz de piedra que adorna la fuente principal y vigilan por turnos cada uno de sus movimientos hasta que el vampiro, así lo llaman, estira la pata al fin. Amanece cuando una cuadrilla de hombres embozados se ocupa de descolgarlo y trasladar el cadáver a un descampado de las afueras donde lo entierran en una fosa excavada a propósito. Cunde la calma entre los habitantes. Se olvidan de todo por un tiempo. Se entregan a sus quehaceres con la conciencia aún más limpia. Al mes, sin embargo, vuelven los asaltos y las violaciones. Nadie sabe quién puede ser el autor esta vez. Las sospechas crecen, la culpa también, el ambiente se torna insidioso, arrecian las denuncias anónimas. Temen haberse equivocado de hombre, temen haber asesinado a un falso culpable. Un niño tuerto que pierde a su madre en un camino dice haber visto a un hombretón saltando sobre ellos desde un árbol. Una mujer confiesa haber pasado la noche en la era con un hombre grande e inofensivo que decía estar muerto y no le hizo más que cosas buenas en el cuerpo. A esta mujer nadie la cree porque está loca y en el pueblo saben lo que es capaz de inventar para atraer la atención de sus vecinos. Pero más mujeres y niñas hablan del zombi que las visita por la noche y les hace cosas agradables, procurando atender con delicadeza todas y cada una de sus demandas íntimas, como ya no hacen, según dicen las mujeres, los maridos ni los novios después de la guerra que los ha dejado secos y les ha exprimido las ganas de tocarlas o acostarse con ellas. Pasan los meses y la gente del pueblo habla ya del milagro del anarquista resucitado. Los hombres del pueblo comienzan a estar celosos de su rival en la imaginación de las mujeres. Sus mujeres sueñan cada noche con la visita gozosa del zombi libertario. Aspiran a que las rapte y se las lleve con él al país de Jauja, donde dicen que vive soltero, o les haga un hijo inmortal. Las niñas también lo quieren, para dejar de serlo cuanto antes. Todas las mujeres de la localidad o han sido visitadas por el zombi republicano o lo han deseado en algún momento, al quedarse solas, cuando sus maridos están trabajando, o viajando por otros pueblos de la región. El zombi se convierte en un problema para la vida del pueblo y un día, sin decírselo a nadie, un grupo de hombres va a su tumba antes de que anochezca del todo. Cavan hondo en la fosa y no encuentran nada más que tierra, raíces y polvo. Ningún cadáver ni rastro del cuerpo. Cuando están todavía preguntándose qué ha podido pasar con el anarquista muerto, éste los sorprende a traición y mata a dos de ellos, obligando a huir a los otros. Una noche de plenilunio un marido lo sorprende cabalgando a su mujer en el establo, junto a los bueyes y los asnos. Otro ve desde la ventana salir de madrugada a la esposa del amigo. La sigue hasta la orilla del río, donde se encuentra con el muerto, y cuando lo descubre mirando cómo se revuelcan juntos por la arena, el resucitado lo degüella sin piedad. Pasan días, el sol sale y se pone, la luz se modifica tantas veces como ojos la interrogan sin

entender su designio. ¿Para qué la luz en un mundo donde ocurren cosas tan horribles?, piensa la mayoría. Llega la noche y los escalofríos se multiplican. Una mujer se fuga de su casa sin avisar, abandonando marido e hijos pequeños, y algunos vecinos cuentan días después que la han visto viviendo en una granja próxima con un hombre corpulento muy parecido al anarquista redivivo. La situación se complica mucho en las cabezas de los habitantes masculinos, la escala de valores del pueblo en la difícil posguerra se tambalea y ya no admite otra salida que la violencia. Una noche sin luna una multitud de hombres armados lo esperan agazapados tras un muro de piedra cerca de la granja donde convive con la mujer huida y lo cazan como a un animal peligroso. Le echan una red encima, lo apalean hasta quebrarle el cráneo y las extremidades, le sacan los ojos y lo revientan a patadas, lo rocían de gasóleo y le prenden fuego. Cuando ven el cuerpo del zombi reducido a cenizas, sienten un alivio y una alegría compartida por todos. Vuelven al pueblo a contar la noticia y hacen que el párroco toque las campanas de la iglesia para celebrar la segunda muerte del enemigo. Se declara fiesta en el pueblo al día siguiente, pero todos los hombres perciben un signo terrible para la vida futura en casas y dormitorios. La infelicidad y la tristeza se han apoderado del alma de sus mujeres. Los infundios y los bulos se expanden como una epidemia de gripe. Se rumorea que alguna bruja emboscada recogió las cenizas del zombi en una urna de barro cocido y las emplea para fabricar ungüentos afrodisíacos que vende a escondidas a las mujeres del pueblo. Se vaticina que la vida, después del incidente, ya nunca volverá a ser la misma en el pueblo. Y no lo fue. Muchos años después, la emigración de los hijos y las hijas y las muertes de los ancianos lo redujeron a un miserable villorrio de cien habitantes, condenado a extinguirse, y luego ya a una de esas aldeas fantasma donde sobrevive alguna leyenda centenaria y poco más. Colorín colorado, el cuento se ha acabado.

—¿A que os ha gustado, amigos?

XXVI

Me habían encerrado en la habitación de un hotel desconocido durante varios días, sin otro contacto con el exterior que las bandejas de comida que por la mañana, a mediodía y por la noche camareros invisibles depositaban delante de la puerta.

Por eso me extrañó oír a deshora los golpes, suaves pero insistentes.

Abrí la puerta de la habitación y ahí estaba ella, mirándome

fijamente a los ojos. No me lo podía creer.

—Hola.

De modo que Danny y Willy no habían perdido el tiempo. Aquí estaba ella, aquí estaba yo.

Qué más podía pedir después de la soledad insoportable de los días de reclusión.

—Pasa.

—¿Estás seguro?

Me aparté para dejarla entrar y poder verla al completo, por delante y por detrás, en todas sus versiones y facetas. Esta vez no venía vestida de india. Los ojos viciosos, la boca viciosa, el corazón puro. Como más me gustaba.

—La juventud es el lujo del mundo.

Transcurrió una hora entera antes de que pudiera desnudarla y durante otra hora más nos demoramos en los prolegómenos del amor y las caricias previas.

—Quiero hacer contigo, Amanda, lo que la primavera hace con los cerezos.

Cuando alcanzamos juntos el clímax la primera vez no tuve tiempo de registrar el momento, me sentí arrastrado a proseguir, cambiando de postura cada poco, aprovechando la situación, sin preocuparme de nada más que de poseer ese cuerpo adorable tantas veces como deseaba.

Reconocimientos íntimos en la noche del instinto.

—¿Quién soy?

—Olor a coño.

—¿Cómo me llamo?

—Olor a culo.

Al concluir por enésima vez, abrazado a mi regalo de rey, no puedo reprimir por más tiempo las emociones primarias.

—Hasta que te he conocido, ¿sabes para lo que me servía escribir?

—¿Debo decir algo?

—No es necesario. Escribía y escribía, cada vez con más aprensión y disgusto. Hasta que un día, al acabar mi anterior novela, me di cuenta de una cosa terrible. Lo único que quería escribir, lo único por lo que de verdad merecería la pena volver a escribir sería para regresar a mis veinte años. Volver a vivir el esplendor de aquellos años insuperables. Nada más. Y, ahora, tú, estando conmigo, me has devuelto todo eso sin necesidad de escribir más. Me lo has dado, con tu cuerpo y tus caricias y tus palabras, me has devuelto la felicidad que conocí a los veinte años.

—Menuda responsabilidad, ¿no? ¿Y si ahora desaparezco de nuevo?

—Ya no importa. Ya sé lo que se siente. Contigo a mi lado, puedo seguir viviendo sin escribir.

XXVII

Cuando abrí los ojos, Amanda no estaba conmigo.

Todo había sido un sueño. Un sueño dentro de un sueño, de hecho. Pero tenía una erección de caballo.

Sobrevaloraba el poder de los hermanos aunque seguía encerrado con ellos en el mismo coche circulando hacia un exilio territorial mucho más extenso que el encierro que había padecido en la pesadilla carcelaria que se transformó en sueño húmedo.

Hablaban otra vez de las mismas teorías y tonterías que me habían producido un mortífero deseo de cerrar los ojos y dormir esta parte del trayecto. Se lo hice saber y se rieron.

—Ha sido increíble, tíos. La viveza de los detalles y las sensaciones, el placer de la piel, la electricidad del contacto. No os podéis imaginar cómo es estar con ella en la intimidad.

La escapatoria del sueño no les merecía ningún respeto intelectual ni artístico.

—Es el método conservador perfecto para escapar de una realidad intolerable.

—Mira que eres pringado, McClane. La fantasía es la forma política más abyecta y asquerosa que existe. A ver si aprendes la lección de una puta vez.

XXVIII

—Algo va mal, colegas. Lo presiento.

Willy al cuidado del volante, pisando el acelerador al máximo, Danny de copiloto, al mando de la radio.

Perfecto el reparto de papeles.

—No vayas tan deprisa, por favor.

Es inútil.

—Qué te crees, tío. Estos pelos enredados no son sólo una tarjeta de presentación, ni una concesión a la moda, ni una fantasía de peluquero, ni un rasgo de sustracción cultural.

¿Sustracción cultural? Déjalo seguir, no puede ser tan malo.

—No, colega. Estos pelos, esta maraña de pelos son unas putas antenas conectadas a lo desconocido. Putas sondas explorando lo oscuro y remoto. Y si te digo que percibo que algo va mal, no te rías, es que algo va mal de verdad.

—Malas vibraciones, tío.

—Alguien nos la está jugando.

—¿En Ochopueblos o más allá?

—Mucho más allá, hermano. Mucho más arriba.

—Ya me huelo dónde. Me entra el canguelo sólo de pensarlo.

No tenía una grabadora a mano para registrarlo y mi móvil llevaba horas apagado o fuera de cobertura, acumulando mensajes de rabia, mensajes de odio, mensajes de desesperación de una arpía furiosa e indignada que era la madre de mi única hija. En ese momento, los mensajes privados me preocupaban muy poco o nada en comparación con el listado de disparates que me tocaba escuchar todo el tiempo desde el asiento trasero.

Me sentía como el espectador que ha pagado por ver una película B de acción y persecuciones aceleradas en alguna página web de vídeo por demanda y en su lugar le ofrecen, por error técnico o por cálculo comercial, un tostón costumbrista donde un par de paletos vestidos a la última moda suburbana revisan con rigor enciclopédico todos los estereotipos del pueblo, el pequeño pueblo milenario, al que pertenecen por nacimiento involuntario y hasta la muerte natural.

—Cambio de planes, tío. Vamos a tener que ir más lejos de lo previsto. ¿Llevas pasta encima?

—No mucha, pero tengo tarjeta. ¿Admitís plástico en vuestro código de valores?

—Con eso tendremos bastante.

La solvencia económica de la empresa tranquilizó de momento la psicología de los ocupantes del vehículo y durante al menos quince minutos la radio se enseñoreó del espacio, ocupándolo a medio volumen con una brusca selección de emisoras locales sabiamente administradas por Danny. Buscaba en vano un canal que, según reconoció cuando me interesé, emitía información las veinticuatro horas sobre fenómenos paranormales en la zona, o cualquier cosa rara o acontecimiento extraño que estuviera sucediendo y afectando al curso rutinario de la vida de los habitantes de este erial infinito.

XXIX

Vista desde dentro del coche la carretera era una larga cinta gris avanzando por delante y por detrás entre masas de sombra en movimiento donde cada uno, en función de la dosis administrada, podía proyectar lo que quisiera, figuras evanescentes o bultos agresivos.

—¿Qué es eso, hermano? ¿Qué es eso?

Los nervios se apoderaron de Willy de repente, giró el volante a derecha y a izquierda, perdiendo el control del coche, y casi nos saca de la oscura carretera y nos sume en el abismo ubicado, según mis cálculos, más allá del arcén.

—Allí. ¿Es que no lo veis? Allí está. No me lo puedo creer. ¿Veis lo que os decía? Está empezando. Es el principio del fin. El apocalipsis, hermano.

No lo vimos hasta que miramos en la dirección adecuada que Willy nos indicaba con gran despliegue de gestos. A la izquierda. Muchos metros fuera de la carretera.

Un coche volcado con todas las luces encendidas y un segundo coche estampado contra un árbol en las inmediaciones.

A medida que nos aproximábamos todo se hacía más irreal y al bajarnos del coche le dimos la vuelta completa a la realidad y la chocante puesta en escena del accidente actuó sobre nosotros con violencia inesperada.

Ahora veía una figura en equilibrio inestable merodeando alrededor del coche volcado, otro cuerpo con la cabeza colgando hacia el exterior por una de las ventanillas, la cara manchada de sangre.

No tengo tiempo de ver más antes de que Danny se desmaye a mi lado.

—A tu hermano le pasa algo.

Tendríais que haber visto lo que es un amigo cuando otro amenaza con abandonarlo a su suerte. Un amigo tendido, respirando con dificultad, noqueado por el espectáculo de la muerte o el sufrimiento de otros, cuyos cuerpos están malheridos o destrozados. Ese amigo era Willy arrojándose sobre el cuerpo de Danny para devolverle la vida o la parte de vida que pudiera estar perdiendo. Bien aprendidas las lecciones de salvamento de urgencia.

Mientras tanto, sabiendo que Danny se repondrá tarde o temprano del choque emocional, me acerco al otro vehículo, un BMW negro con el capó despachurrado contra el grueso tronco de un árbol. Desplomado sobre el volante con el airbag reventado contra las costillas, atrapado bajo la presión del cinturón de seguridad, un cuerpo masculino inerte pero todavía vivo. Me acerco más para comprobarlo a través de la ventanilla destrozada por el golpe brutal.

¿De qué me suena esa cara de muñeco pelón que se vuelve hacia

mí ahora con los ojos despavoridos?

Quiere decir algo. Sus labios balbucean sin articular palabra. Cuando estoy a punto de identificarlo, o de entender al fin qué pretende decirme, alguien viene por detrás y me pone una mano en el hombro.

Pienso que es Willy para darme noticias de Danny, ya recuperado del desmayo, y me vuelvo sin precaución.

Una cara ensangrentada, con una brecha atroz en la zona alta de la frente, el cuero cabelludo despegado del hueso y el pelo reluciente por efecto de la sangre vertida, trata de pegarse a la mía con extraño ahínco.

Me aparto bruscamente, tropiezo y caigo de espaldas.

—No hables con él. Es un hijo de la gran puta. Ni lo escuches.

Veo sentado desde el suelo, sin poder evitarlo, me falla la voluntad, me faltan las fuerzas, estoy impresionado, no puedo moverme, cómo el superviviente malherido del otro coche, tambaleándose como un zombi, se acerca al solitario conductor del BMW y, aprovechándose de que no puede defenderse, comienza a retorcerle la cabeza con torpeza, como si quisiera desnucarlo, y luego a estrangularlo con las dos manos apretando el cuello y golpeándole la cabeza contra el volante a continuación. A ver qué medio de acabar con su vida se muestra más efectivo.

—¡Willy, socorro! ¡Willy!

No soy un espectador, así que participo del único modo que me parece posible en ese momento. Grito como un desesperado sin saber dónde está Willy ahora. Cuando aparto la mirada de la escena para buscarlo, lo veo a lo lejos extrayendo cuerpos con Danny del otro vehículo. Cadáveres o cuerpos maltrechos. Ni siquiera me oye, ni me puede ver, concentrado en ayudar. Hay un tercer individuo con ellos, un superviviente.

—Como digas una palabra de esto, te mato.

El verdugo ha hecho el trabajo sucio. Bien o mal, eso importa poco. El que paga sólo valora resultados, eficacia, contabilidad, no perfección ni belleza. Eso lo sabe todo el que quiere hacer carrera. Es la economía del universo. El orden del mundo, como dijo aquél.

—Él quería matarnos. Por eso estamos aquí. Ahora es él el que está muerto.

—Qué pasa, tío. ¿Mal rollo?

Por fin Willy acude en mi socorro. No entiende lo que está pasando. Cuando ve el mal estado del asesino se conmueve. La camisa empapada de sangre, la cabeza hendida.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Todo va bien. Sólo hablaba con tu jefe.

¿Jefe yo? No estoy en condiciones de discutir tal nimiedad. Tirado en el suelo, acabo de asistir a un acto infame que me ha dejado sin argumentos racionales. Mi pasividad es sospechosa, sin duda, pero no tengo recursos para contestar. Guardo silencio. Dejo hacer. Que se ocupen otros del problema.

—Sólo tú y el otro os habéis salvado. Los demás están muertos.

—Ya me lo imaginaba. Tenían mala pinta cuando salí del coche. No respiraban, no…

—Uno de ellos era casi un niño, no lo entiendo. ¿Qué coño hacía un niño metido en esto?

—Cállate, gilipollas. Qué sabrás tú de nada. No quiero oírte una palabra más, no, no quiero…

Se interrumpe otra vez, se le cierran los ojos y le flaquean las piernas. Ha gastado sus escasas energías en asesinar al conductor del BMW. No tarda en caer de rodillas. Mantiene la cabeza agachada, los brazos caídos, alineados a ambos lados del torso, los puños apretados contra el suelo en señal de crispación.

—Estás mal. Voy a llamar a una ambulancia. Necesitas que te miren esa herida. Tiene muy mala pinta.

—Tú no llamas a nadie.

—Tío, te vas a desangrar.

—Que te den por el culo. Mátame si tienes huevos.

Era una tentación, desde luego. Y más cuando Willy y yo nos damos cuenta desde la distancia que nos separa de que Danny se está peleando cuerpo a cuerpo con el otro superviviente. Revolcándose por el suelo como perros y dándose puñetazos o golpes que apenas distinguimos a quién pertenecen por la confusión y la polvareda que levantan.

—¿Qué está pasando aquí, joder? ¿Me puedes decir de qué va esto?

XXX

Willy es insuperable como actor, debo reconocerlo.

Tenemos frente a nosotros a una hiena hedionda, una hiena repulsiva que se ríe como sólo se ríen las hienas, con risa insidiosa, se ríe de nosotros y de la hermosura futura de nuestros cadáveres, la frescura de la carne recién muerta y ya tasada por el carnicero, se ríe de la muerte, de ésa también, a carcajadas, y de sus oropeles de fiesta perpetua y sanguinaria, y de la vida contada que nos queda a cada

uno, cronometrada al segundo.

—A ver si nos aclaramos un poquito. O me pegas un tiro en la sien o te lo pego yo en cuanto recupere las fuerzas. O me dejas aquí para que me devoren los zombis. Tú eliges, capullo, pero no digas que no te di la alternativa.

La tenemos enfrente, a unos palmos apenas, esa cara angulosa de matarife que nos desafía ahora con todo el descaro, esa cara obscena que nos examina de arriba abajo con su chulería de sicario, su cinismo barato de pistolero a sueldo, y Willy, hijo privilegiado de la cultura del buen rollo a toda costa, lo trata con deferencia, con respeto, con educación.

—Tú de qué vas, colega. Aquí nadie quiere matar a nadie. Esto es un malentendido.

—Si serás imbécil. Yo ya estoy muerto, a ver si te enteras. El que nos ha embestido en la carretera está tieso, ya me he encargado yo de ello. Mi amigo, si sobrevive a tu cómplice, tarde o temprano estará muerto. Y ese cobarde de ahí tiene las horas contadas. ¿Qué te crees? ¿Que no sé quiénes sois?

Increíble el poder de recuperación de un cuerpo. Alucinante el poder de destrucción entregado a un muerto.

—¡Me cago en Dios! Me los voy a cargar a todos como esto siga así.

Hace unos minutos cualquiera, sin ser forense, hubiera firmado el finiquito sin indemnización del individuo. Y ahí estaba ahora, profiriendo amenazas de muerte en todas direcciones y en especial contra nosotros, a quienes culpaba, en pleno delirio, de todos sus males presentes, pasados y futuros.

—¿Te crees que me he tragado vuestro montaje de tíos enrollados? Hace dos horas recibimos el aviso. Sois el puto comando terrorista que, en este momento, tiene en jaque a toda la inteligencia española.

Era la fuerza de la maldad expresándose con frases retorcidas. Esa energía demoníaca que se apodera de los cuerpos muertos y los devuelve a la vida para realizar los designios del mal, los planes maquiavélicos del Maligno.

—Venga, tío. Déjame llamar a la ambulancia. Se te está yendo la olla.

Nadie conoce las ideas que cruzan por una cabeza en el momento de su agonía definitiva. Es angustioso pensar en toda la basura que puede salir a flote en esos minutos trascendentales. Películas, teleseries, novelas populares, videojuegos. Cada cual sabrá, cuando llegue su hora, con qué mierda rellenó su cerebro mientras lo mantenía activo. Era evidente que este fascista moribundo, una de dos, o se había tragado toda la propaganda ministerial de las últimas

décadas, o era un fanático encubierto de las series policiales más famosas de la televisión nacional e internacional.

—Sois vosotros. El comando sin identificar que se dirige a la capital para matar al nuevo rey.

—¿De qué cojones hablas?

Cualquiera que hubiera estado ahí, ejerciendo de testigo, como estaba yo, amedrentado por la violencia terminal de su discurso, o como estaba Willy, dando saltos absurdos para desatascar los nervios y golpeando el suelo con los pies en pose de incrédulo, habría pensado que ese matón de mala muerte, nunca mejor dicho, hablaba en serio. Muy en serio.

—Os aviso. En menos de diez minutos vais a tener helicópteros y coches patrulla asediando el lugar. Mejor que os vayáis echando leches. Es un favor que os hago porque me estoy muriendo, eso dadlo por hecho, yo sé de esto un rato y cuando salí del coche arrastrándome sabía el tiempo exacto que me quedaba hasta echar el último pedo. Tenía que matar a ese cabrón antes de que llegara la bofia. Y luego apareciste tú, el buen samaritano que por poco deja suelta a la bestia. ¿Sabes lo que te habría hecho el cabrón en cuanto lo liberaras? Te habría saltado al cuello y te habría comido vivo. Y luego a tus coleguitas, con pelo y todo.

Se tomó un respiro, agachó la cabeza para descansar de la tensión agotadora del monólogo. Eran los últimos espasmos de una vida que imaginaba repleta de espasmos y arengas, quizá como compensación de otras fallas, déficits afectivos, emocionales, sentimentales. Quién sabe. Ni Willy ni yo, en ese momento, mientras Danny parecía estar reponiéndose de la lucha sin cuartel con el otro compañero superviviente, sabríamos decir qué era este fantoche en realidad, o a quién servía con sus actos odiosos.

A diferencia de Willy, yo había aprendido a disimular mejor mis sentimientos hacia él.

—Si quieres que te creamos, al menos dinos quién o qué eres.

—Chaval, bien se ve que has ido a la escuela pública. Yo sé quién eres tú, quién es el otro y, parece mentira, quién es el cabrón ese que se hace el loco en esta conversación y es el más peligroso de los tres. Si sé todo esto, para qué quieres saber más sobre quién soy o no soy. Cualquier palabra que trate de identificarme, te lo aseguro, falsearía mi verdadera naturaleza.

Ya no podía más. Espumarajos de saliva y burbujas de sangre afloraron a través de sus últimas palabras como un comentario hiriente a su contenido. Causándonos a los dos, creo que puedo hablar en nombre de Willy sin manipular en exceso su opinión, más compasión que temor u odio.

Se moría. Se había quedado sin argumentos con que defender su peligroso estilo de vida. Y comenzó a palparse el torso con los dedos en busca de algo que echaba en falta y no logró encontrar a tiempo.

La vida se le escapaba por la boca y por el culo, por lo que pudimos oler, como un aliento mefítico ilocalizable que nos envolvió de repente. Era una despedida en toda regla y nosotros sus destinatarios imprevistos.

—Largaos de una maldita vez. No quiero llevarme vuestras jetas de pajilleros como último recuerdo de esta puta vida.

Una tos violenta procedente de otro mundo de valores menos confusos se apoderó de su pecho y de su garganta y consideré que era el momento ideal para ponerme en pie e indicarle a Willy, seriamente intrigado por las señales de la llegada de la muerte en la cara del asesino, que me siguiera. Nos convenía alejarnos cuanto antes del entorno del cadáver.

XXXI

Corrí a toda prisa hacia el coche aparcado al otro lado mientras Willy acudía a rescatar a Danny. El Polo tenía las llaves puestas y lo encendí sin problemas antes de atravesar la carretera para esperar a los hermanos en el arcén izquierdo.

Unos minutos después Willy abría la portezuela trasera, metía el cuerpo inconsciente de Danny y lo tumbaba en el asiento.

—¿Está vivo?

—Sí. Por lo menos respira.

Antes de retomar la carretera, guié el coche a escasa velocidad para aproximarnos al escenario del accidente.

Algo en mí seguía negándose a creer en la realidad de nada de lo visto y escuchado allí.

La ventanilla bajada para ver por última vez en directo el horrible espectáculo.

El coche volcado se había sumido en la oscuridad, privándonos de un foco de iluminación suplementaria al agotarse la batería. Dos cadáveres alineados junto a las puertas abiertas y un tercer cuerpo inmóvil tirado boca abajo a varios metros de distancia de los otros.

Nuestro informante arrodillado se mantenía erguido como un espantapájaros delante de la luz de los faros. La cabeza echada hacia atrás, como un muñeco con el cuello roto, los ojos cerrados y la boca abierta de par en par. Un copioso reguero de sangre y baba fluía de los

labios y la barbilla hasta caer en el pecho y deslizarse más abajo, tiñendo de rojo intenso toda la camisa y la parte superior del pantalón.

No pude mirar por más tiempo el cadáver del conductor asesinado del BMW cuya cabeza rapada, intacta, descansaba sobre el volante como si durmiera un sueño pasajero en un área de descanso durante un viaje largo y fatigoso.

Pisé el acelerador a fondo y el coche se puso enseguida a cincuenta, a noventa, a ciento cuarenta kilómetros por hora para dejar todo eso atrás lo más rápido posible.

Ninguno de los dos se volvió a mirar cuando nos cruzamos en la carretera con el primer coche patrulla y la primera ambulancia. Ni rastro de los helicópteros.

—¿Te has tragado el cuento de los zombis merodeando? A mí no me lo ha parecido, si te soy sincero. Por un momento hasta creí ver una caterva de presencias extrañas más allá de los árboles. Podían ser ellos, ¿verdad?

¿Caterva? Da igual. No tiene ninguna importancia ahora.

—No, Willy, no. Me he creído el bulo del comando terrorista.

Apagué la radio, sin pensar, en el momento justo en que Kylie Minogue acudía en nuestro auxilio, desde los altavoces del coche, para extraernos un montón de ideas nefastas de la cabeza.

XXXII

El viaje se cargaba de malas vibraciones como el viejo motor del coche con el que nos movíamos sin mucha idea de hasta dónde nos llevaría la maldita carretera.

—Ya no estamos en Ochopueblos, lo percibo desde antes del incidente, nos hemos salido en algún momento. Y ya no podemos regresar.

—¿Dónde crees que estamos, entonces?

—Ni idea. Sólo sé que no debimos coger esa desviación. Habría que parar en algún sitio para reorientarnos. Después de lo que hemos vivido esta noche, empiezo a estar cansado.

No es fácil explicarlo. A pesar de haberlo vivido juntos no teníamos la misma interpretación. Willy debía de considerar que lo sucedido pertenecía a un orden de realidad coherente con la visión del mundo que sostenían tanto él como su falso hermano como una fachada para defenderse de la opinión de los otros. Mi punto de vista les resultaba

incomprensible. Necesitábamos descansar. Yo necesitaba descansar de ellos y quizá ellos necesitaran descansar de mí. El sentimiento de distancia era mutuo. Nuestra reunión no había sido tan feliz como ellos pensaban al planearla como una aventura alocada en un mundo que no puede tolerar por mucho tiempo las escapadas fuera de control.

El durmiente despertó cuando menos se le necesitaba.

—Eh, tíos, ¿qué ha pasado? De pronto salió ese loco del coche volcado y se me echó encima dándome de golpes y patadas, tú lo viste, Willy, ¿verdad? Tuve que defenderme.

—Hermano, los dos lo vimos. Te atacó primero. No pudiste hacer otra cosa.

Miré por el retrovisor y vi a Danny indignado como nunca antes. El enfado dominaba los gestos de su cara imponiéndoles una seriedad impropia. Asomó de repente su cabeza encrespada por la separación entre los asientos del copiloto y el conductor y comenzó a soltarnos un discurso que, durante mucho tiempo, creí producto de la situación. Secuelas de la pelea y todo lo demás.

—Y me insultaba, Willy. El loco ese me insultaba sin parar. Me llamaba antiespañol. Me llamaba republicano antiespañol. Me llamaba rojo de mierda. Me llamaba maricón. Me llamaba terrorista. ¿Sabes qué más me dijo?

—Danny, cálmate. Has tenido un mal viaje, tómatelo con relajación, no te alteres.

—Es muy fuerte, tíos. Me dijo que les había costado mucho tener un rey. Mucho sudor, mucha sangre y mucho esfuerzo para que ahora una pandilla de majaderos quisiéramos arrebatárselo. Eso dijo, Willy, arrebatárselo. ¿Tú lo entiendes?

—Ese tío estaba pirado del todo, hermano. No le hagas caso. ¿Lo mataste?

—No me acuerdo. Le di con una piedra en la cabeza cuando intentaba estrangularme y se quedó seco, tumbado boca abajo, pero juraría que seguía respirando cuando viniste por mí. Ay Dios, espero no haberlo matado. Sólo faltaba eso. Mis manos manchadas de sangre.

—No es sangre es rojo.

¿Dónde había oído esta frase antes? ¿Era un eslogan estalinista? ¿Una invitación al genocidio camboyano? ¿Un trabalenguas maoísta de la revolución cultural? ¿Una exoneración de culpa para todos los criminales de guerra nazis? ¿O sólo el sarcasmo de algún listillo del cine?

—No le hagas caso, Danny. Relájate. Descansa, tío, ha sido una experiencia muy desagradable.

—No es rojo es sangre. No es sangre es rojo.

—Y tú cállate un poco, McClane. Basta de charadas y acertijos. No sé si te habrás dado cuenta todavía, pero esto va en serio.

—¿Quién era esa gente, hermano? No lo entiendo. No entiendo nada.

El llanto sincero de Danny nos partió el alma postiza a ambos. Era un llanto de rabia y de impotencia. Era un llanto de incomprensión. El llanto de la injusticia y del miedo. Apenas se entendió lo que dijo la primera vez y cuando lo repitió entre gemidos ya nos pareció inolvidable a los dos viajeros privilegiados que ocupábamos con nuestros cuerpos cansados la parte delantera del coche.

—Yo sólo quería, tú sólo querías, en fin, nosotros sólo queríamos sacudirnos de encima el mal rollo del Mundial. Nada más. ¿A qué venía insultarnos de esa manera? Y más cuando estábamos ayudándoles. Todo el mundo se está volviendo loco en este país o qué coño pasa.

—Hay cosas, Danny, que no tienen explicación. Hay gente muy chunga en el mundo. Ya lo sabes. Acuérdate del cura ese del pueblo lo chungo que era. Hasta que tu hermano Willy fue a hablar con él en privado. Ahí se acabó todo.

—Hermano, no me lo recuerdes, por favor. No seas cruel. No es el momento.

—Te tenía chantajeado por la cara y yo fui y lo puse en su sitio. Tal cual. Cuando salí de la parroquia era otro hombre. Un hombre diferente. Fue una gran oportunidad de cambiar en la vida. No sabes cómo te lo agradezco, colega.

Estaba harto de esos dos, en serio, cansado de padecer sus comentarios a cual más estúpido y sus patochadas sin sentido, convencidos de estar batiendo a todas horas alguna plusmarca televisiva de falta de inteligencia situacional. Quería descansar y concederme también una segunda oportunidad. Quizá atreverme a llamar a Elena, por fin, pedirle perdón y contarle lo sucedido como excusa por mi comportamiento hacia ella. ¿Sería Elena la denunciante? Me sentí culpable por primera vez en toda la noche y no sólo por pensarlo.

—¿Y si paramos en ese hotel? ¿Qué os parece? Tiene una pinta curiosa, ¿no?

—Ahora sí que no tengo ni puta idea de dónde estamos.

—Echo mucho de menos mi iPad.

XXXIII

Como un monumento a su propio aislamiento en el paisaje estepario de la nueva región, así la mole espectacular de este hotel adonde nos ha conducido por azar la carretera secundaria.

—Bienvenidos a Cincopueblos.

La llamativa fachada del edificio, por llamarla de algún modo convencional, es un capricho arquitectónico que adopta la apariencia de un cohete espacial con una inclinación aproximada, según un cálculo rápido, de quince grados de pendiente respecto del suelo del que nunca despegará ni un palmo, así lo propulsen los motores más poderosos de la tierra. El dinero y la ambición.

Visto desde una proximidad de vértigo, el Hotel Casino California MM, como lo designa, sin demasiada originalidad, un radiante rótulo de neón azul turquesa atravesado en uno de los ángulos imposibles de la fachada como una banda en la silueta curvilínea de una Miss internacional, parecía el delirio megalómano de un mal discípulo de William Pereira.

Una fantasía astronáutica construida como una torre inclinada, a punto de colapsar, imitando una versión futurista de Las Vegas, la ciudad artificial que nunca existirá en estos parajes más que en la mente adocenada de algunos arquitectos y promotores trastornados por la magia espuria del dólar.

—Esto te va a costar un ojo de la cara, McClane.

El parking está medio vacío. Poca concurrencia al casino o a las dependencias del hotel. Pocos jugadores o pocos fornicadores. No creo que nadie venga aquí a pasar la noche sin más, solo o en compañía de otros. Yo, si no fuera por lo que es, no lo haría. Ni nadie que yo conozca. Mis dos acompañantes tampoco tienen pinta de conformarse con una cama común sólo para dormir.

Recorriendo el largo sendero desde el aparcamiento hasta la entrada nos encontramos con un suplemento decorativo de un mal gusto indescriptible.

No es realidad aumentada, nada de eso, es un pedazo de realidad degradada a cliché cinematográfico.

Un helicóptero negro de tamaño real derribado junto a la puerta de entrada del hotel. Las hélices destrozadas contra el suelo, el plexiglás de la cabina resquebrajado, una de las puertas descolgada del marco, el cuadro de mandos carbonizado. Ningún ocupante, vivo o muerto, a la vista del espectador. Ningún distintivo militar que permita saber en qué bando combatía antes de ser abatido por el enemigo.

No se me ocurre un solo motivo para colocar esta aeronave averiada en un sitio como éste como no sea la broma alienante de algún artista local.

Y para conmemorar qué, ¿la paz perpetua o una guerra

interminable?

La entrada al hotel es tan grandiosa como cabía prever tras contemplar el perfil de la fachada y sus accesorios de fantasía omnisciente.

Un exorbitante arco de herradura rematado por un gigantesco monitor de televisión, incrustado como un ojo ubicuo en el punto de intersección de las dos curvas superiores, en el cual puedes vigilar, con la pantalla partida en seis ventanas, la actividad en el exterior y la actividad en el vestíbulo y en torno del mostrador.

Por eso cuando me enfrento a la cara del único recepcionista que hay en todo el hotel a la una en punto de la madrugada ya no me sorprende su monstruosa fealdad. Desde el momento en que lo veo en el televisor y el momento en que le pido dos habitaciones tengo tiempo de sobra para acostumbrarme a ella.

Miguel, éste es el escueto nombre de nuestro interlocutor nocturno, no es tan desagradable cara a cara como parecía a primera vista en el monitor.

—Lo siento. No nos quedan. Sólo tengo libre una suite en la sexta planta y otra en la décima. Si no les importa el ruido de los aviones, esta última es la ideal.

¿Aviones? No soy yo solo esta vez. Un vibrador íntimo instalado entre mis dos orejas me permite saber de inmediato que los tres ponemos cara de estupefacción al escuchar la noticia.

—¿Estamos en guerra? ¿Es eso?

Pienso en el poder de sugestión del helicóptero abatido que acabamos de ver para entender mejor la lógica surrealista de la pregunta de Danny.

—Era una broma, para rebajar la tensión de su llegada. Por desgracia aquí vienen muy pocos aviones. El miniaeropuerto queda justo detrás del hotel. No está inaugurado aún. Por eso les decía. La suite de la décima está orientada en esa dirección. Quizá no haya entendido bien las razones de su visita, pero les aseguro que es la mejor suite de las dos disponibles.

—No crea. Las ha entendido muy bien.

—Además, las vistas sobre la laguna son inmejorables.

—No sabíamos que hubiera una laguna.

—Es artificial, ¿saben? Como casi todo por aquí. En fin. La laguna no es muy famosa todavía fuera de la región, pero es encantadora y ya cuenta con su pequeño culto entre ciertos turistas extranjeros y sus leyendas locales la hacen una atracción irresistible para los visitantes. Se cotiza mucho en ciertas agencias de viajes. Sobre todo las chinas y las coreanas. No sé por qué, los asiáticos se rifan este destino. Parece mentira.

—Ya entiendo.

Trato de negociar el precio de las dos suites con Miguel. Es inútil. Me dice que el precio es inamovible en esta época del año. Tomamos entonces una sola suite para los tres. Es lo más práctico. Seiscientos euros. Sin rebaja. Todo incluido. El desayuno bufet servido en la habitación a la hora deseada. Un servicio de bebidas abierto toda la noche y uno personalizado de masajes. ¿A que no es caro?

—Si quieren, hasta las dos y media, por un suplemento adicional, mantenemos abierto un servicio especial para el lavado y el planchado urgente de la ropa.

Willy mira a Danny, dándose por aludido, Danny me mira a mí transmitiéndome la información y yo miro a Willy para completar el círculo. Los tres estamos pensando lo mismo por una vez. Y así se lo hacemos saber a Miguel, modelo de recepcionistas, sólo con la mirada.

—Lo siento. Todos los cargos irán a su tarjeta, ¿verdad?

—Por desgracia, sí.

—Tenga. Aquí van las tres tarjetas de la suite. Una para la puerta, otra para la luz y otra para el minibar. No olvide que la de la puerta sirve también para bloquear la entrada del cuarto de baño, por lo que pueda pasar. Disfruten de la estancia.

—Buenas noches.

En el ascensor, un cubo transparente que asciende en silencio sideral por un túnel dorado hasta la décima planta, Willy monta un número neurótico rebuscando en los bolsillos del pantalón porque cree que ha perdido la caja de las pastillas. No puede vivir sin ellas. Yo tampoco. Hay cosas a las que uno tarda en acostumbrarse y luego acaba no entendiendo cómo ha podido vivir tanto tiempo sin conocerlas. Así las cápsulas mágicas de Willy, sintetizadas en algún laboratorio clandestino para soportar de la mañana a la noche la realidad más insoportable.

—Abrid la boquita los dos. Así, así.

Con pericia de experto, desliza la bola roja en la boca de su hermano y luego en la mía antes de hacer lo propio con la suya.

—El primer subidón es gratis. Luego hay que pagar mucho. Con la vida si hace falta.

Al abrirse las puertas, el pasillo de la décima planta permanece oscuro como una cueva paleolítica antes de la aparición del primer homínido hasta que salimos los tres del ascensor. Luego se transforma, con un juego de luces cálidas diseñado para detectar la presencia de cuerpos en tránsito, en una segunda residencia en la que podrías vivir incluso si no tuvieras otra solución. Una gruta de las maravillas con mesas y sillas y lámparas y sofás y alfombras diseñadas para disimular con su esplendor el brillo del oro que recubre las paredes de arriba

abajo, robustece el marco de puertas y ventanas y te cegaría como a un vampiro si no fuera de noche y el sol matutino estuviera lejos de aparecer en el escenario.

—Al bueno de Miguel se le olvidó vendernos unas gafas de sol, ¿verdad, hermano?

—O unas estereoscópicas para ver todo este decorado en seis dimensiones.

XXXIV

La habitación 1056.

La puerta de seguridad con el número arábigo recortado sobre la plancha de oro.

Dudo por un momento entre abrir la puerta, otorgándole una función práctica, o quedarme fuera a admirarla como una obra de arte.

Los hermanos impacientes no me lo permiten y me obligan, a punta de pistola, a abrirla de inmediato, iniciando ambos una pelea de niños para apropiarse cuanto antes del espacio disponible de la inmensa suite que se esconde detrás como un paraíso de los sentidos.

—Tíos, esto es impresionante. Qué juerga nos espera.

—Sí, algunos jugadores eliminados se lo montarían a lo grande en una habitación de este precio.

—La vida no siempre es tan mala.

—Necesito parlamentar contigo, hermano. Es una urgencia.

—Vamos al cuarto de baño.

Me quedo solo al fin. Pongo el aire acondicionado al mínimo, como más me gusta, sin preocuparme de las consecuencias ecológicas de mi decisión.

Me quito los zapatos y luego la camisa, la pongo en una silla para que se seque, como es mi costumbre. Más tarde los pantalones. Me siento mejor ahora.

Echo una mirada panorámica a mi alrededor. No puedo abarcar de un solo vistazo todo lo que cabe en esta habitación compuesta de varias habitaciones ensambladas.

La cama es una tentación a mi alcance, calculo que en ella cabría una orgía acrobática de ocho cuerpos infatigables sin excesiva merma de espacio. Me tiro sobre ella para probar la flexibilidad del colchón, una de mis fijaciones, y para intentar aclarar mis ideas. No hay mucho que procesar en una mente que ha elegido la amnesia como estado

ideal de vida y no tardo en ponerme en pie de nuevo. Soy reacio a la posición horizontal excepto si una buena causa lo justifica.

Voy al coqueto salón de la suite. Una mesa baja con un montón de revistas de chismorreo apiladas unas sobre otras. Las portadas son deprimentes. Mujeres o novias de futbolistas, cantantes sin voz, cantamañanas de la radio episcopal, ídolos de la chusma, presentadoras de televisión en busca de mejora salarial, futbolistas mastuerzos, algún político codicioso, empresarios corruptos, modelos anoréxicas, etc. El lote de la infamia nacional al completo por un precio irrisorio.

—Asco de mundo.

El horror al vacío me procura un hambre feroz.

Localizo sin esfuerzo el minibar, que no tiene nada de tal, una nevera de tamaño medio, bien surtida de licores y bebidas refrescantes. Saqueo todas las provisiones sólidas que me ofrece a cambio de mi amabilidad y buen trato. Patatas fritas, cacahuetes, almendras, un par de sándwiches, atún y pollo. Lo riego todo con dos latas heladas de Heineken.

Me tumbo en uno de los dos sofás ergonómicos a relajarme. Frente a mí un televisor LED, ochenta o noventa pulgadas de curvatura perfecta, una barbaridad tecnológica, con un mensaje de bienvenida oficial dirigido a mí en exclusiva, ya que soy el idiota que sufraga este lujo con su ingenuidad crónica. Gracias por elegirnos. De nada. No me apetece ver nada de lo que me ofrece el menú de programas. Ya me imagino encadenado al mando a distancia y zapeando los 865 canales que repiten vía satélite la misma imagen trucada del mundo pero centuplicada para disimular sus artificios y falsedades. La misma imagen, el mismo subtexto, los mismos códigos. Me entran escalofríos de verme otra vez en mi vida cambiando de canal como un maníaco compulsivo, me conozco, incapaz de despegarme de la pantalla. La oferta de porno es inagotable, lo compruebo pulsando un botón, para todos los gustos y apetitos, incluidos algunos al filo de la legalidad vigente. Renuncio de antemano a la tentación televisiva y apago enseguida la octava maravilla de fabricación coreana.

Tampoco tengo nada valioso que guardar en los armarios kilométricos que blindan la suite suntuosa, así que mientras los falsos hermanos se dan un baño rápido sólo para refrescarse, o eso me dijeron al asomarse por la puerta tras el pequeño consejo improvisado, me distraje mirando por el ventanal inclinado en perpendicular, de modo que veía la perspectiva del cielo nocturno, la luz azul de las estrellas muertas, en grandes dimensiones, y mucho más abajo, iluminado por sectores con focos halógenos, el aeropuerto en miniatura. A éste lo había imaginado diferente. Más espectacular. Ensoñaciones fantasiosas causadas quizá por la planta anómala del

hotel.

La maqueta de un aeropuerto. Eso es lo que es.

En una llanura de tierra baldía que no tenía fin, en apariencia, una explanada de luces alineadas como única pista de aterrizaje y despegue, una terminal diminuta, apagada ahora, y una torre de control minúscula como un champiñón.

Y todo el perímetro de la zona sembrado de elevadas antenas con luces rojas emitiendo enigmáticas señales en todas direcciones.

Imaginé, para divertirme, naves extraterrestres aterrizando en silencio en medio de la noche y naves terrestres despegando al alba hacia otros planetas con tripulantes de todas las razas y sexos. Qué poder planetario había financiado la construcción de un disparate de semejante calibre en este remoto confín del globo. O para quién se mantenía en activo. Con qué fin, me digo, conociendo de antemano lo inútil de tales inquisiciones, se conciben proyectos dispendiosos como éste en una tierra de nadie ya condenada por la historia a la insignificancia total. ¿Comunicar mundos, ensanchar las dimensiones de éste, poner en relación culturas diferentes? Bagatelas.

Entonces llamaron al timbre de la suite con persistencia, interrumpiendo un flujo de pensamiento que estaba yendo demasiado lejos, impulsado quizá por mi acusado cansancio y el muermo inducido por la cerveza.

Al abrir la pesada puerta, no me sorprendió encontrarme a un joven camarero sonriente sosteniendo una bandeja pequeña en la que se contenía una botella de tequila José Cuervo.

—Cortesía de recepción, señor. ¿Puedo pasar?

El camarero penetró en la suite como si lo hiciera treinta veces al día, no siempre para salir enseguida.

Los falsos gemelos jugueteaban a sus anchas en la bañera de tamaño regio, con jacuzzi incorporado, de la que se habían apropiado apenas llegamos y el ruido de sus obscenos chapoteos, con la puerta abierta, se escuchaba hasta en la zona más apartada del dormitorio.

Depositó la bandeja en una de las mesas bajas de la estancia y se quedó parado frente a mí, con la sonrisa de ofrecimiento cordial aún más estirada de lo normal, aguardando la propina o algún gesto de mi parte que indicara otras intenciones o intereses.

—Lo siento, no tengo suelto, cóbreselo de la tarjeta.

—Gracias, señor. Muy amable.

Antes de abandonar la suite, con todo descaro, el travieso camarero echó un vistazo pícaro en el cuarto de baño, se volvió hacia mí después, me guiñó un ojo cómplice, como diciéndome: ya veo que no me necesita para nada, estos dos sementales lo van a reventar como merece, menuda noche de placer le espera en su compañía.

Al levantar la botella de tequila, veo la nota puesta debajo. Un papel doblado en dos, con el membrete marciano del hotel en la esquina superior derecha, garrapateado a toda prisa con caligrafía disfuncional. Contenía, sin embargo, un mensaje categórico dirigido a nosotros tres:

¡*Mejores deseos, amigos*!
Pasen noche excelente. Mañana siete mañana llamaré policía sin falta.
Disfruten deliciosa suite.
Mi simpatía.
Migue

Una potente luz viene a cegarme a través del ventanal hermético. Un helicóptero despegando de la pista de improviso. Vuela a toda velocidad en dirección al hotel, como si fuera a estrellarse contra la fachada de cristal, y lo pierdo de vista justo cuando pasa raspando por encima de la azotea.

XXXV

Cuando salieron los hermanos, más desnudos que el día de su nacimiento, sin dejarme impresionar por sus anatomías de atletas atenienses trabajadas a conciencia en el gimnasio todas las tardes de la semana, días festivos incluidos, les mostré sin más preámbulos la nota del recepcionista.

—No todos estamos tan bien dotados como tú, McClane.

—Se hace lo que se puede. Ya ves, suplimos las carencias con otras cosas.

No pareció sorprenderles el mensaje. Todo lo contrario. Actuaron como si lo estuvieran esperando. De qué habrían estado hablando en el cuarto de baño, cuando nadie los escuchaba, con todos los grifos abiertos y la ensordecedora presión del agua. El contenido de ese cónclave clandestino me preocupaba mucho más que su indiferente reacción al aviso del recepcionista.

—La mala noticia, colega, es que la policía vendrá sí o sí. La buena es que no sabremos nada de ellos hasta después de las siete. Lo más importante ahora es decidir qué vamos a hacer hasta entonces.

El razonamiento aristotélico de Danny me dejó sin palabras. Willy asintió con su habitual perspicacia.

—Amén, hermano. ¿No te apetece comerte un buen coño?

Y fue entonces, lo recuerdo bien, cuando guardé silencio y me senté en el borde de la cama, de espaldas a ellos, con el cuerpo orientado hacia el ventanal, mientras otra luz misteriosa reclamaba toda mi atención desde el fondo de la pista al ponerse en movimiento de repente. No pude distinguir de qué tipo de aeronave se trataba en esta ocasión.

—Así es, tío. Cada vez que pasamos juntos un rato de esparcimiento en la bañera es lo que más me suele apetecer, ya me conoces. Soy un tío sensible.

—Pues vamos. ¿A qué estamos esperando?

Cuando acabaron de vestirse, no pude hacer otra cosa que seguirles. Dónde iba a estar mejor. ¿Solo en la habitación examinando mi conciencia hasta la extenuación? ¿Viendo luces alucinantes y señales de locura por todas partes? ¿Haciéndome una paja pensando otra vez en Amanda? ¿Aprovechando la soledad para llamar a mi ex mujer y psicoanalizar con su ayuda, como ya hicimos en otro tiempo, la inmadurez de mis verdaderos deseos?

XXXVI

Diálogo de besugos en la pecera del ascensor, descendiendo en el batiscafo hacia el fondo del vestíbulo.

—Ni tú eres sólo lo que dices ser, McClane, ni nosotros tampoco. ¿Qué te habías creído? Ya es hora de que te vayas enterando por lo que pueda pasar mañana.

—Así se habla. El colega se hace el ignorante por conveniencias del guión. Venga ya, tío. Aquí todo el mundo, incluso yo, es algo distinto de lo que aparenta.

Compraron mi silencio y mi complicidad, sin mucha negociación, con otra bola roja.

—¡Ni por todo el oro del mundo!

XXXVII

Nuevo problema al tratar de abandonar el hotel. Las puertas automáticas cerradas a cal y canto. Nos dirigimos a recepción. Nadie al mando. Llamamos al timbre cada uno de los tres al menos dos

veces, con nerviosismo creciente. Lo que hace seis veces en total. Hasta la séptima no aparece un recepcionista mal encarado. Muy mayor. Al borde de la jubilación. Al borde de la tumba. No es Miguel. Casi lo agradecemos.

—¿Qué quieren?

—Salir.

—No se puede.

Los tres al unísono.

—¿Cómo?

—Como lo oyen. Órdenes de arriba.

—¿Qué quiere decir eso?

—De la capital. Nadie puede salir hasta nueva orden.

Suena militar, es cierto, pero preferimos no alarmarnos de momento.

—¿Y eso?

—¿No lo saben?

—No se nos ha ocurrido poner la tele. Somos idiotas.

No sirve de nada mirarse a la cara para comprobarlo. No engañamos a nadie con nuestra actitud de pardillos de telecomedia nacional. El recepcionista senil nos ha calado hasta el tuétano.

—Se ha declarado el estado de excepción.

—Tío, qué es esto, ¿una broma? Nos metemos en la bañera un rato y al mundo se le va la pinza. De qué hablas, colega.

—Ya veo que no se han enterado de nada. No me extraña.

Me pongo serio. Me hago cargo de la situación. Danny y Willy no están de ánimo para aguantar los desplantes de este carcamal de cráneo redondo y cara macilenta y ojos desorbitados. La viva imagen de la parca. Un profeta loco tallado en hueso amarillo.

—¿Podría decirnos con claridad qué coño está pasando aquí? ¿Por qué no podemos salir a tomar una puta copa por los alrededores? Algún sitio quedará abierto, digo yo. ¿Qué mierda de daño hacemos a nadie con eso? ¿Me lo podría explicar, por favor?

Demasiadas preguntas gratuitas para una sola inteligencia de respuesta demasiado retardada a una hora demasiado tardía.

—Ha habido, según parece, un atentado contra el rey sobre el que aún no se tienen noticias exactas. No se sabe si se lo han cargado o no, por hablar claro, que es lo que usted quiere, ¿no? Y hasta que no se sepa esto y quién se atribuye la autoría, se ha declarado el estado de excepción. ¿Me entiende ahora?

Tuvimos tiempo para entenderlo. Mucho tiempo para digerirlo. Quizá excesivo, si se tiene en cuenta el grado de impacto de ciertas noticias en el neocórtex cerebral. Nos quedamos mudos. Yo al menos

me quedé mudo y ciego y yo diría que mi inteligencia se quedó colgada del abismo y entró en un coma súbito. En esa fase de vacuidad extrema, cercana a la idiocia más absoluta, perdí toda noción sobre el estado real en que se sumieron mis acompañantes. Sólo salí del limbo mental cuando el recepcionista, de nombre Rafael y edad incalculable, cebó nuestra perplejidad con más información sobre la crisis en curso.

—Las hipótesis más fiables apuntan a la extrema derecha, pero nadie descarta nada, por lo visto. Se habla también de un comando terrorista en fuga que se ha saltado un control policial circulando por la autopista en dirección al sur. En una radio privada de los taxistas uno de los tertulianos ha llegado a especular con la posibilidad de que sea un complot internacional organizado desde Venezuela por…

Saltándose el riguroso turno de palabra, Danny probó suerte y supo frenar con su estrategia retórica el impulso ideológico del guardián de la noche.

—No lo diga, por favor. No queremos saberlo. ¿No ve que no lo necesitamos? ¿Es tan difícil de comprender?

El vejestorio se eclipsó durante unos minutos, agachándose detrás del mostrador en busca de algún documento que probara la veracidad de sus datos, y cuando volvió entre nosotros, con las manos vacías, parecía otro hombre por su actitud, menos reticente, como si hubiera consultado con algún superior la estrategia más segura a desarrollar con los sospechosos.

—De todos modos no habrían podido tomarse esa copa. Que lo sepan. No hay un bar en cuarenta kilómetros a la redonda.

—Mira qué bien. ¿Y ahora qué?

—Si me permiten una sugerencia, no se la tomen a mal. El casino está cerrado por reformas, no sé si se lo ha dicho mi compañero, pero el bar del hotel está aún abierto, por si les interesa. Hay una fiesta privada en uno de los salones. No creo que les importe. Si son sólo tres. ¿Son sólo tres, no es cierto?

—¿Usted, qué cree? Tan gilipollas parecemos.

—¿Tenemos pinta de necesitar mucha compañía? ¿Qué está insinuando, viejales?

—Disculpen. No quería ofenderles. Pensé que viajaban acompañados de sus mujeres, no sé por qué. Qué tontería, ¿verdad?

—Tres son multitud. Lo dice el dicho.

—En efecto. Si lo dice el dicho, quién lo va a discutir. En fin, si les apetece, ya digo, el bar está abierto hasta las cuatro. Justo al fondo del pasillo que se encuentra detrás del ascensor. No tiene pérdida. Estoy seguro de que les gustará el ambiente de esta noche.

Más vale no escuchar la voz del memo incluso cuando tiene razón.

Si no lo dijo el filósofo famoso, debería haberlo hecho, era su obligación ilustrar a sus semejantes con gotas de sabiduría práctica y no con abstracciones inútiles. Para qué sirve un filósofo, y más si es una antigualla histórica, un figurón de tienda de antigüedades en fase de liquidación, si no es capaz de aclarar estas cosas a la gente necesitada de una explicación. Conductas, opiniones, valores, muy útiles, como se sabe, en tiempos de crisis como el presente.

—Toda la noche oyendo hablar de esto y ahora resulta que era verdad.

—Hermano, ¿no te das cuenta de que a veces no se sabe ni de qué estás hablando? Siempre ha sido tu defecto, desde que eras pequeño y aprendimos a mear juntos y me recitabas versos sin ton ni son para distraerme, ¿te acuerdas?

—Joder, que si me acuerdo. Como si fuera ayer. Yo no digo mi cantar sino a quien conmigo va.

XXXVIII

La conversación en el extenso y caldeado pasillo de paredes estucadas de rosa, antes de entrever a lo lejos la doble puerta del bar esmaltada en rojo granate, un acierto cromático del decorador de interiores, alguien debería felicitarle por ello, podría parecer equívoca, o superflua, pero no lo es. Es sólo coyuntural. Un pasatiempo inocuo para olvidar problemas mucho más acuciantes.

—Hay que tener mucho cuidado con lo que se desea, hermano. Ya te digo. A veces cuando lo obtienes con demasiada facilidad piensas que no era eso lo que querías en realidad sino otra cosa muy distinta.

—Siempre otra cosa, tíos. Es el sino nuestro de cada día, de la mañana a la noche, hasta la hora de nuestro último cuac.

—Dios nos proteja de nuestros deseos.

—Dios proteja a Dios de nuestros deseos.

—¿Por qué no el Diablo?

—He ahí el dilema, McClane. El doble sentido de la cuestión.

Entramos en el bar coctelería del Hotel California sin pedir permiso ni avisar de nuestras intenciones. Debemos de parecer unos intrusos desarrapados irrumpiendo sin invitación en medio de una recepción diplomática del más alto nivel.

La elegancia retro de la zona VIP y de sus ruidosos ocupantes nos intimida al principio como si el derecho de admisión fuera a devolvernos a la suite sin catar las delicias allí exhibidas sólo para

castigarnos los ojos. El interior parece un decorado para una película de época de rodaje inminente. La agitación y el gentío son los mismos. El bullicioso ambiente dentro del amplio salón, en contraste con el silencio del pasillo, logra acallar nuestra disputa filosófica.

Todo en el lugar resplandece con un brillo sospechoso, como un velatorio de vampiros.

Cortinas de terciopelo rojo como la sangre fresca, barrocas lámparas de cristal colgando del altísimo techo, muebles lacados de negro, butacones tapizados en color esmeralda con el estilo nostálgico de un siglo más señorial, grandes baldosas blancas y negras de mármol reluciente en el piso, jarrones rebosantes de rosas rojas y claveles rosa colocados sobre pedestales en todos los rincones, revestimientos de láminas de oro adornando el entelado de las paredes y las molduras del techo como si el invisible dueño del hotel casino lo fuera también de una mina fabulosa en el subsuelo.

—Allí está la barra.

—Salvados.

La barra en la que nos acodamos con urgencia es una tabla de madera negra y diseño octogonal atendida por una legión de efebos sonrientes y repeinados con brillantina, vestidos de frac negro, con pajarita blanca y un fino bigote delineado sobre el labio superior.

—Los señores desean…

Sí, los señores desean, es una evidencia cultural, y las señoras también, y con qué intensidad libidinal, a juzgar por algunas miradas impúdicas que se nos dirigen con descaro. Si uno se molesta en mirar alrededor, descubre sin esfuerzo mucha carne ofrecida al deseo bajo los atavíos vaporosos de moda en los barrios más selectos de las ciudades vecinas. Mucha carne postulando a un ascenso social, carne joven y carne ya no tan joven, desplegando todas las armas secretas de la carne para rendir la voluntad resistente del otro, o predispuesta a una degradación ocasional en ámbitos privados que devuelva el regusto de la vida en pareja que se perdió con compromisos demasiado exigentes con la realidad.

—Sí, bueno, ya que lo dice, esa rubia opulenta de ahí no estaría nada mal, ¿verdad, hermano? ¿Sabe si está disponible?

—¿Disculpe, señor?

—No. Mejor esa morenaza fondona, bajo ese vestido de monja debe esconder, a pesar de todo, un buen par de nalgas. No, qué digo, me he precipitado como siempre, hermano. Prefiero con mucho aquella pelirroja de nariz respingona y tetazas recién operadas. Vaya escote suculento. ¿Sabe si tiene marido o si busca amante?

La cara desconfigurada del camarero, desde la frente exigua hasta la barbilla en pico, era un poema escrito por un versificador inepto y

dedicado a los estragos de la edad en las bellezas más delicadas y la urgencia de cosechar los placeres más simples.

—Basta, Danny, no seas procaz. Ya sé que estás en tu salsa en esta casa de muñecas de lujo, pero para ya con tus jueguecitos palurdos. Me pones nervioso.

—Querido Willy, compréndelo, hermano, por una vez que mis fantasías de clase podrían realizarse pescando a una de estas señoronas olorosas y pechugonas.

—Eres un machista, hermano. No tienes remedio.

Interrumpo el sainete de gusto malsano de los hermanos pedigüeños y avanzo entre líneas para marcar un gol. Mi gol.

—Whisky con soda para todos. Vat 69. ¿Os parece bien? Se me antoja que podría ser la bebida de la noche.

—Muy buena elección, señor.

Un platillo de frutos secos para aliviar la espera se transforma, por arte de magia hostelera, en una cornucopia de almendras, cacahuetes, pistachos, maíz tostado, otra vez de moda entre los paladares más distinguidos, y no sé cuántas otras variantes de los aperitivos exóticos que resecan la boca y reclaman más líquido, a ser posible de gusto acaramelado y con alta graduación alcohólica.

—Por lo visto, esta gente no parece haberse enterado tampoco de la noticia.

No todas las miradas de los fantasmas de la fiesta son amistosas. Percibimos en los ojos muertos de muchos una progresiva reprobación hacia nosotros. Nuestra presencia allí no les agrada, o no la entienden, o les incomoda nuestra falta de respeto a la etiqueta de rigor. Cualquiera adivina qué clase de sentimientos se ocultan tras una mirada recelosa. Lo mejor es mostrar indiferencia. Cuando vean que sólo pretendemos pasarlo bien como ellos, escuchando la misma música insulsa de otro tiempo menos plebeyo y compartiendo los mismos brindis absurdos por las generaciones de los caídos, nos mirarán de otra manera menos hostil. No todo el mundo se afilia al mismo partido, ni siquiera los miembros de la misma familia comparten militancia. Por qué declarar una guerra civil por tonterías de este tipo.

—La primera ronda, señor, la paga aquel caballero de allí.

Sigo el gesto armonioso de la mano suave del camarero, de nombre Luis y edad prohibitiva, y descubro en el extremo opuesto de la barra octogonal no a un caballero templario, como esperaba, sino a un apuesto cuarentón, vestido de esmoquin, sentado en un taburete junto a dos guapas amigas, vestidas de gala, celebrando despreocupado el hecho de estar vivo y no encontrarse solo y abandonado en una habitación contando los minutos y los segundos que quedan para el

desembarco final.

Tiene un aire a lo Leonardo DiCaprio, un parecido de pariente lejano. Como si al actor americano lo hubieran recriado en una granja mesetaria especializada en esta clase de ganado humano de élite y luego lo hubieran enviado a la capital a estudiar Derecho o Económicas y se hubiera casado con una chica pija del barrio de Salamanca y ya no necesitara estudiar nada ni ejercer de nada más que de sí mismo a todas horas, con todo el mundo, ni preocuparse de por vida por nada en especial más que de disfrutar de los placeres y privilegios de la condición adquirida, ya que el suegro le tenía reservada, desde el primer besuqueo con lengua en el coche de la hija, una plaza de directivo al frente de un banco importante.

¿Era éste un resumen fiable de su vida material? Quería saberlo, quería aprender esa lección narrativa, así que decidí acercarme para conocerlo.

—Guardadme el sitio, colegas, vuelvo enseguida.

—Como quieras, tío.

—No te olvides de nosotros, McClane.

XXXIX

En la distancia corta, las amigas del tipo afortunado eran aún más atractivas y jóvenes de lo que había apreciado desde mi limitada perspectiva anterior. La señorita Chanel y la señorita Dior, la imagen de la alta costura personificada en dos cuerpos soberbios, una pareja perfecta de maniquíes perfumados para esta noche de libertinaje clasista.

—¿Son de su propiedad?

—Muy bueno. Me llamo Julián, Julián del Casal. Encantado.

—Y yo Gaspar, Gaspar de la Noche. Así me llaman los íntimos.

—Ella es Aurora y ella Caterina.

Durante las presentaciones, percibo la simpatía mutua. La empatía inigualable de los besos, el roce de los labios y las caricias tenues en la piel de las mejillas. La ternura de la carne que se reconoce con gusto en la del otro. Como en un espejo de sensaciones.

—¿No le parecen irresistibles?

Las chicas han dilapidado demasiado tiempo y dinero en las pasarelas de la moda en busca de novedades de temporada con que conquistar el protagonismo sobre sus competidoras directas como para desaprovechar la oportunidad de oro que se les concede al estar aquí,

alternando con la alta sociedad.

Una de ellas, Caterina, la grande y rubia, de ojos como esmeraldas, una máscara cosmética de princesa japonesa incrustada en la piel de porcelana, finge reconocerme.

—Usted escribe, ¿verdad?

—En los ratos libres, nada más.

—Ya entiendo, qué gracioso. Yo soy poeta. Lo mío es ocio puro.

—Es lo mejor.

La morena Aurora, más pequeña de estatura, pese a los tacones de aguja, y de cara menos maqueada pero de cuerpo más descocado y deseable, no puede reprimirse por mucho tiempo.

—Todo lo tuyo es bastante impuro, cariño. No le mientas al escritor.

Las sonrisas se multiplican, el brillo de las miradas se intensifica, los labios se humedecen, las faldas se suben más de lo permitido, al sentarse en el borde de los taburetes, y las piernas ostentan su belleza como una promesa que quizá no se cumpla, quién sabe. Todos jugamos al juego de gustar, al juego de agradar, de ser educados y un punto frívolos y maliciosos, pero nada más. Nada ofensivo ni fastidioso. La finalidad es divertirse. Pasarlo bien al final. Obtener gratificación sin más. El placer de los intercambios gratuitos. Seducir y ser seducido.

—Quería agradecerle la invitación. Mis amigos también.

—Son extraños, sus amigos. ¿Lo son realmente?

—¿Amigos, quiere decir?

—Correcto. Tienen pinta de vivir al límite, saltándose la ley cada vez que les viene en gana. Esto es, siempre. ¿Me equivoco?

—¿Es un interrogatorio? Si es así me veré obligado a llamar a mi abogado y le aseguro que vive a muchos kilómetros de aquí y cobra una buena pasta cada vez que me representa.

Estallan risas controladas como detonaciones que se extinguen de inmediato para no producir discordancia en las actitudes. Las miradas se desvían por un momento para descansar de la tensión del contacto explosivo. Los roces son ahora sólo mentales. Como las alusiones y las insinuaciones. Nadie quiere aburrirse tan pronto.

—Me caen bien, no crea. Me gusta esa clase de gente. Tienen agallas para vivir como lo hacen. Eso, un hombre hecho a sí mismo como yo, lo respeta tanto como el trabajo duro para llegar arriba. A la cúspide de la cadena alimenticia.

—Entiendo su posición.

—Verá, dejémonos de rodeos. Mañana me caso. Con un poco de suerte puede ser mi última vez. La definitiva. Y me parecía divertido, para atraer a la suerte, invitar a la boda a unos desconocidos como

ustedes, si no tienen nada mejor que hacer, por supuesto. Mañana es sábado y la boda será a la caída de la tarde, imagino que estarán disponibles.

—¿Es de eso de lo que va todo esto? ¿De casarse y tal? ¿Eso era todo?

—Sí, ¿le parece mal? Mi novia, Matilde Olabarría, que es una maniática de los detalles, ha querido organizarme hasta la despedida de soltero. Ella se encargó de escoger uno por uno a los invitados y a la compañía, ya me entiende. La música también la ha seleccionado ella. El maldito foxtrot que está sonando ahora, los cuplés, los pasodobles, las coplas, las canciones de Mecano, qué horror, los boleros, las rancheras, todo el repertorio, hasta el último vals, adivine de quién. Matilde, el amor de mi vida, no da puntada sin hilo. Aurora y Caterina son sus mejores amigas, no piense mal, y están aquí sólo para vigilarme y custodiarme. Evitar que haga más tonterías en la vida. Es mi carácter. He echado a perder cuatro matrimonios y he tenido dos bodas fallidas. Sin contar los incontables gatillazos durante los noviazgos. Qué quiere que le diga, amigo Gaspar. Soy un auténtico desastre con las mujeres. Las feromonas me traicionan, ¿no le pasa a usted?

En este punto confesional de la conversación las únicas que se rieron fueron ellas, poniendo entre paréntesis el refinamiento y la elegancia de sus modales aristocráticos. La poeta Caterina y la no poeta Aurora. Riéndose a dúo, como muñecas sincronizadas, la rubia cortesana y la morena cartesiana, con carcajadas estrepitosas y vulgares como un par de putillas baratas en un bar de barriada un sábado por la noche. Tirando por la borda años de esmerada educación y elevados estudios universitarios. Como si conocieran por propia experiencia en qué consistían los desafueros hormonales de Julián, todo un farsante de culebrón doméstico, y no pudieran disimularlo por más tiempo ante mí, el convidado estelar de la velada.

—Deduzco que no se han enterado de la noticia.

—No sé de qué me habla.

—El atentado, el rey malherido, el comando fugado, todo eso, ya sabe. El sensacionalismo de siempre.

—Ah, se refiere a eso. Sí, un buen amigo de la capital me lo contó por WhatsApp hace unas horas. Quería excusarse. No puede venir mañana a la boda y Cospe tampoco. Lástima. Esto último me duele más. Es extraño, ¿verdad? La víspera de mi boda. Qué oportunos.

—El espectáculo debe continuar, ¿no?

—Si quiere verlo así. Es libre. Interprételo como quiera. De todas formas, no sabía que el rey había sido herido en la refriega. ¿Tú lo sabías, Aurora, y no me has dicho nada?

—No tenía ni idea, querido. Llevo toda la noche contigo, cómo iba a saberlo.

—Dios mío, qué pena. Recién coronado y ya van a por él.

—Así es la vida, querida Caterina, bien lo sabes.

La sonriente Aurora, incitada quizá por mi presencia, quiso marcar de pronto una distancia irónica respecto de su amiga profesional y colarle un gol semántico al rey de la fiesta.

—La vida no es más que eso. Una zarzuela sin argumento racional.

—¿Te estás burlando, cariño? Ese verso es mío, ¿a que es bonito? Está mal que yo lo diga, lo reconozco, pero hoy me siento orgullosa de haberlo escrito.

—Di que sí, querida. No rima, pero es bonito, tienes toda la razón. Y muy ocurrente. Tu sentido del humor es exquisito.

—No te enfades conmigo. No nos queda otra cosa que el amor entre nosotras en este mundo confuso y difuso creado por los hombres para torturarnos con sus manías y caprichos.

—De todas formas, no me lo trago. No sé por qué, pero no cuela. Es todo tan previsible. Tan planificado.

—Si usted lo dice, amigo. A mí no me sorprende demasiado, si le digo la verdad. Tal como está el país. Algo gordo tenía que pasar tarde o temprano.

—Ya veo. Sólo falta el apagón mediático para que la noche sea redonda, ¿no le parece?

—Todo se andará.

La seriedad mortal hizo su aciaga aparición de la mano del azar en una reunión donde no había sido invitada ni por asomo. Iba todo tan bien. Qué desgracia. Una palabra imprudente del invitado. Un sobrentendido de menos por parte del anfitrión. Consultas nerviosas a las terminales disponibles. Cierta perplejidad ante la respuesta inaudita de la tecnología. Segundos de silencio intenso rotos al fin por un golpe de ingenio situacional.

—Brindo por el novio.

—¡Por el novio!

—Y brindo por los vivos y por los muertos.

—¡Por los vivos y por los muertos!

El futuro marido y las dos alegres amigas de la novia, la amante del verso libre y la versada en amor libre, se sumaron a mi brindis lírico con un entusiasmo tan hipócrita y calculado como el mío.

—¿Puedo confirmar entonces que vendrán a la boda? Es por el cátering. Hay que avisar con tiempo. Ya sabe. Además, Matilde es una pejiguera. Quiere controlarlo todo. Sin fallos de última hora. Ya hay dos invitados menos. Habrá más, me temo. En cualquier caso, nos arreglaremos.

—No me la perdería por nada. Cuente conmigo seguro. Lo consulto con los otros y se lo confirmo enseguida.

XL

La mentira tiene el don de abrir puertas que nadie sabe adónde conducen. Es una verdad incuestionable. Casi me produce alivio apartarme de Julián el Hospitalario y de su encantador equipo de guardaespaldas sexuales. La conversación se estaba volviendo insostenible con tanta sugerencia velada y tanta opinión contrariada. Sabía que, al no jugar en casa, estaría siempre en desventaja. Y no me engañaba.

—Tíos, nos largamos de aquí a toda hostia.

—Ni hablar, McClane. Ya tenemos fichada a nuestra próxima mascota. A ver si te gusta.

—Te estábamos esperando para consultarte. ¿Ves aquella chica de allí, la que nos mira sin parar como si nos reconociera?

Me fijo a desgana, por complacer una necia demanda sin futuro. La chica parece agradable. Está sentada sola en un diván verde, reclamando la atención de cualquiera que tenga ojos en la cara, sea o no un pajillero consumado, sólo con el modo en que cruza y descruza las piernas revelando que hoy, antes de venir al festejo nupcial de don Julián del Casal, qué casualidad, olvidó ponerse las braguitas limpias. O una minifalda más larga. O unos pantis. Yo qué sé. Cualquier cosa con que taparse el foco de atracción de todas las miradas.

—Es Cristina Pedroche.

—¿Quién dices? ¿Cristina Peluche?

—Tío, no me puedo creer que no la conozcas.

Miento como un criminal en comisaría en presencia de su abogado.

—Me retiré de la masturbación hace décadas. Es el único vicio que he dejado sin arrepentirme. El tabaco me costó más. Os lo aseguro.

—Joder, tío. Vamos a saludarla. Nos la van a quitar.

Es imposible dominar las energías de la naturaleza cuando se desatan para cumplir con su destino programado. Ni lo intento, consciente de la inutilidad de la empresa. Me resigno a mi suerte y los acompaño con la esperanza de que en cuanto saluden a su ídolo sexual acepten volver conmigo a la suite a planear la fuga de este hotel tomado por las fuerzas del enemigo.

—Oye, guapa, tú eres Cristina…

Danny parece el más decidido de los dos y toma la iniciativa, pero

se frena en cuanto ve a un palmo de sus narices el escote voluptuoso de la tal Cristina. El gran Willy retoma la tarea de aproximación, sin dejarse impresionar por el armamento desplegado por la chica para defenderse de los acosadores, mientras yo me limito a mi papel pactado de observador neutral.

—Sí, tía, Cristina Pedroche. Esa que sale en la tele enseñándolo todo.

—No me llamo Cristina, me llamo Marta. Marta Sánchez. Os habéis confundido de mujer.

La verdad es que la chica, se llame como se llame, no está nada mal vista de tan cerca. Piel cobriza, pelo negro alisado, flequillo recortado al ras, ojos indecentes, labios pintados de un rojo provocativo. Cara de ingenua picarona. Si estos mareadores natos lograran reclutar a esta belleza esquiva, dadas las circunstancias, sería un gran éxito para nuestra causa. El fichaje del año.

—Tía, te estás quedando con nosotros. Cómo no vas a ser Cristina Pedroche. ¿Vas de incógnito o qué? ¿A quién quieres engañar?

—Es una pena que no tenga mi iPad encima. No veas la autofoto que me iba a hacer contigo. Media España se moriría de envidia y la otra media de un síncope en cuanto la colgara en Instagram.

—Soy Marta, de verdad. Dejadme en paz de una vez. No seáis pesados.

—Venga ya, tía. Vente con nosotros. Somos inofensivos. Te prometemos que lo vas a pasar fenomenal.

—Somos guay, Cristi, pienses lo que pienses de nosotros ahora. Somos mejores de lo que parecemos a simple vista.

—Si no me dejáis tranquila, os juro que os denuncio. Qué os habéis creído, gilipollas.

—Oye, no hace falta que te pongas así. Nos gustas mucho. Somos fans tuyos. No nos maltrates.

—No abuses, tía.

—Todas iguales, Willy.

—Descarado, hermano.

Cuando menos me lo esperaba, noto el asalto insinuante de un hombre por la espalda. No estoy acostumbrado a esta clase de abrazos, así que el hecho me sorprende por todos los detalles escabrosos que no son fáciles de clasificar en un principio. Es Julián del Casal, cómo no. Un pulpo de largos tentáculos con las mujeres de dudosa reputación y, como compruebo en mis carnes, con los hombres de buena voluntad.

—Hola, otra vez. ¿Te están molestando, Cristina?

—El que faltaba.

—¿Ves como teníamos razón? Te lo había dicho.

—Hora de largarse, chicos.

—¿Le ha comentado a sus amigos lo de la boda?

—No me ha dado tiempo. Se han puesto en plan verraco nada más verla y no he podido frenarlos.

¿Verraco? Yo también tengo mis debilidades, qué se le va a hacer.

—No te preocupes, Cristina, son buenos amigos míos. Sé un poco cariñosa con ellos, anda, no te hagas la estrecha.

—Eres un cabrón, ¿lo sabes? Me has dejado plantada por segunda vez y ahora te ríes a mi costa con estos gilipollas.

—Matilde, mi novia, ha cometido el error de invitarla a la despedida de soltero para ponerle los dientes largos, pero no a la boda, para darle bien por culo, que es lo que más le gusta en la vida, por cierto. El orgasmo anal era su perdición en la cama. Con el geniecito que tiene, ya pueden imaginarse, amigos, cómo se ha puesto la niñata al conocer la mala noticia.

—Me largo, no quiero saber nada más de ti.

—Tu problema, cariño, es que nunca has sabido ni dónde ni cómo poner el culo.

—Eres un grosero y un hijo de puta, Julián. Nadie sabe eso mejor que yo.

—Adiós, Cristina, adiós.

En cuanto la doble de Cristina Peluche abandona de muy mal humor el salón de la fiesta sin despedirse de nadie más, me deshago de Julián, estaba pasándose de la raya del pantalón con su abrazo viscoso, y trato de parlamentar aparte con los hermanos escocidos.

—Cristina Pedroche tiene un clon. Eso sí que es una noticia importante, hermano. Una exclusiva de cojones. Verás cuando lo contemos por ahí.

—Ya te digo. Lo que pagarían algunos paparazzi por estar aquí con nosotros ahora mismo.

—Ha sido frustrante, ¿sabes? Tenerla tan cerca y dejarla escapar así como así.

—Asco de vida.

—Bueno, McClane, ¿qué nos quieres ahora? ¿Es que no te lo estás pasando bien?

—Volvamos a la suite, aquí ya no hay nada que hacer, y allí lo hablamos con más calma. Tengo varias ideas al respecto. Una de ellas, la más firme, consiste en separarnos y seguir cada uno por su lado. Creo que el duelo se ha acabado. Esto no da más de sí.

—¿Estás seguro, tío?

—¿Lo has pensado bien?

Por unos instantes, viéndolos abatidos con mi decisión de último minuto, paladeo las mieles del liderazgo en esta aventura dislocada. Me siento jefe de todo esto. Disfruto del sentimiento atávico de poder

guiar a los otros a donde me dé la real gana. La impresión de que me obedecerán siempre sin rechistar. No podía estar más equivocado.

—Eres un soso, McClane. ¿Toda tu puta vida esperando este momento y cuando llega te rajas como un cobarde?

VITORIA

SEGUNDA PARTE

LA GRAN PARTIDA

I

El premio gordo nos estaba esperando en el cubo transparente del ascensor. Con sólo apretar un botón mágico, se cumplieron de inmediato nuestros deseos de volver a ver a Cristina Peluche. Abrir y cerrar de puertas, excitación instantánea.

—Hola, Marta.

—Hola, tíos. Creí que me ibais a hacer esperar toda la noche. Tengo un mensaje para vosotros. ¿Éste quién es?

—Vamos arriba y te lo explicamos todo.

Cuando inserto la tarjeta en la ranura dorada de la puerta, como un fogonazo, presiento la existencia de una peligrosa amenaza del otro lado.

—¡Al suelo!

La luz cegadora inunda el espacio de la suite en cuanto suena el clic y la puerta se abre de golpe.

Levanto la cabeza y veo a los otros cuerpos tirados boca abajo en el suelo, con las manos puestas sobre la nuca para protegerse, el helicóptero pegado a la cristalera exterior del ventanal, apuntándonos con los haces de dos focos laterales. Tensión de segundos en la que podría ocurrir cualquier cosa. Estamos a su merced. La luz infrarroja nos escanea a un ritmo exasperante, en busca de armas o de alguna mercancía prohibida, quién sabe.

—Se me está pasando el efecto de las pastillas. Es lo malo de volverse adicto. Con el mono empiezas a ver cosas que no están ahí.

Willy se levanta decidido del suelo, me arranca la tarjeta de la mano derecha, donde la blandía como un salvoconducto para no ser tiroteado o escaneado hasta la médula con algún láser letal, y la inserta en la ranura de la corriente eléctrica.

—Se hizo la luz, colegas. Se acabó el espectáculo.

Nos alzamos todos del suelo al mismo tiempo y fingimos el gesto heroico de sacudirnos el polvo del cuerpo, como si acabáramos de sobrevivir a un ataque terrorista en plena calle. Miro entonces a nuestra nueva acompañante. Me mira. Me gusta. Creo que le gusto. O eso me hace creer mientras se quita con prisa los zapatos de tacón y se me queda mirando fijamente.

—¿No te han dicho nunca que eres clavado a Bruce Willis?

—Todos los días de mi vida y a todas horas, cariño, todas las mujeres y algunos tíos más jóvenes para variar. Así me va en la vida,

por cierto. Pregúntales a tus amigos si no me crees.

El gran Willy se hace cargo de la situación con su habilidad habitual como organizador de eventos extravagantes. Nos pide a todos que vayamos al salón y nos sentemos en cualquiera de los sofás ergonómicos, frente al oráculo del televisor panorámico que nadie piensa en consultar todavía, para discutir las posibilidades de acción que nos quedan. Marta se niega. Tiene otros planes inmediatos.

—Voy a darme una ducha. Explicadle aquí al amigo de qué va esto y luego ajustamos planes.

Se desnuda, se está desnudando como si tal cosa en mitad de la suite. Momento estelar.

La metamorfosis de Marta.

Primero la peluca de ensueño, descubriendo una cabeza rapada al cero, un peinado como de recluta confinada en celda de castigo por un delito grave contra el honor o de paciente vitalicia de pabellón de enfermos terminales de cáncer. Algo así de decepcionante o de anafrodisíaco en un principio.

Sostiene la negra peluca de mechones artificiosos entre sus manos unos instantes, la examina con extrañeza, como si no le perteneciera o acabara de encontrársela por casualidad, y luego la arroja con disgusto al suelo, lo más lejos posible.

—Hasta los ovarios de ser otra.

Después se quita, sin preocuparse por los tres mirones que no le quitan ojo de encima, cada uno desde su sitio en la representación, las dos piezas del llamativo vestido de fiesta, la coraza plateresca del corpiño y la minifalda de terciopelo negro, con la agilidad con que lo haría en el exiguo espacio de un probador para ponerse otro a la máxima velocidad, y se queda completamente desnuda. Como ya sabíamos, no lleva nada debajo de la ropa, ni sujetador ni bragas ni medias, nada sólido que impida conocer los puntos álgidos de su hermosa anatomía.

Permanece en esa pose indiferente a todo lo que la rodea durante unos minutos, mirando atónita, con la cara brillante y la lengua fuera, en dirección a la cama enorme. Esa cama digna de un campeonato nacional de camas redondas. La imagino resistiendo la tentación de tirarse en ella para probar la elasticidad impecable del colchón, la frescura del acolchado en contraste con la calidez de la colcha, la suavidad proverbial de las sábanas y la blandura científica de las almohadas y los almohadones. Hay cosas que la vida no nos regala bajo ninguna circunstancia. Hay otras, por el contrario, con las que nos obliga a comulgar a diario.

—Menuda cama. ¿Es aquí donde pensabais pasar la noche, cabrones? ¿Sin mí? Qué desperdicio.

No quiero parecer un machista patológico que sólo piensa en las mujeres como objeto de deseo erótico o de admiración estética, pero reconozco que me atrae mucho su cuerpo, pese a la calvicie infligida por sus propias manos como escarmiento por pecados inimaginables hasta para una mente perversa como la mía.

No la objetualizo con las palabras. La singularizo. La hago única.

Todo está bien proporcionado en ese cuerpo esculpido y grácil. No es muy alta de estatura, ni falta que le hace, delgada hasta el extremo, como hoy se lleva en las portadas de las revistas de moda, las tetas ajustadas al torso, perfectas para su tamaño, con pezones puntiagudos, los brazos levemente musculosos y las piernas huesudas, pero la mejor parte, salvando el rostro para mí encantador, es la dorsal.

Un par de glúteos fenomenales, alzados sobre el mundo como dos observatorios astronómicos orientados al cielo en busca de signos de vida inteligente. Una imposibilidad, por cierto, pues su sola visión elimina todo signo de inteligencia en el cerebro del observador que la mira mucho tiempo. Y yo no me canso de mirarla, hipnotizado, hasta que desaparece dentro del cuarto de baño y se encierra en él para prevenir asaltos indeseables.

—Y pensar que no me habíais dicho nada sobre esto y no ibais siquiera a invitarme a subir.

Asoma el cráneo desnudo por la puerta a los treinta segundos para amonestarnos en la distancia, con una sonrisa que cautivaría al más canalla de los verdugos que pensara en torturarla. Los hombres podemos ser muy crueles hasta con nuestros propios deseos. Yo mismo, en este momento, refrenando el impulso de levantarme del sofá e irme con ella a la ducha.

—Tranquilo, McClane. Hay otras cosas en que pensar ahora.

Con Elena siempre lo pasábamos bien en la ducha cuando nos metíamos juntos. Enjabonar el cuerpo del otro, sin olvidar ningún recodo ni repliegue de carne, con una esponja impregnada de gel o manejando el jabón con las manos desnudas. Era una experiencia sensual no sexual, por lo que estaba prohibido correrse. El momento final le encantaba. Yo había retenido la orina durante horas antes de ponernos bajo el agua, ella me daba la espalda y yo me vaciaba sobre sus nalgas y luego las enjuagaba con delicadeza. Cuántos recuerdos húmedos. Con Marta, para qué negarlo, me hubiera gustado probar la misma técnica de fricción higiénica a ver qué pasaba entre nosotros.

—Bueno, tíos, antes de que aparezca otro helicóptero asesino vamos a tomarnos otra pastilla. Como veis, los efectos duran cada vez menos y el mono es más violento y paranoico.

—Bien dicho, hermano. En este juego se puede ser todo lo paranoico que se quiera, pero lo que no se puede ser, bajo ningún

concepto, es un gilipollas.

II

Estamos los tres chiflados reunidos en el salón de la suntuosa suite. Yo sentado frente al televisor apagado. Danny tirado en el sofá con los ojos cerrados, muerto de sueño o descansando la vista sin más. Y el gran Willy de pie ante mí, administrando con cautela la reserva de pastillas, a todas luces insuficiente para lo que se avecina, y rebuscando en una cartera negra de piel que ha extraído del doble fondo del peto.

—Trágate la puta pastilla, colega, y luego mira esto. No digas nada. Míralo bien porque es la primera y la última vez que lo vas a ver. No estás alucinando.

Un papelote plastificado, no sé, una especie de siniestro carné profesional o de documento de identificación, con un nombre estrambótico, Daniel Pelagatos, Daniel Chupacoños, Daniel Cuentaovejas, cualquier cosa. Oficial. Con el sello del Ministerio del Interior. La firma del ministro. El ribete de las jornadas luctuosas.

—Es bonito. ¿Lo has comprado en el Rastro?

—Tío, ¿tú eres tonto del culo o te lo haces? ¿Me ves cara a mí de comprar alguna cosa en el Rastro? ¿Le ves cara a mi colega? ¿Le ves cara a ella? Bueno, vale, ya sé que de ella lo último en lo que te fijarías es en la cara.

—Así que ella también.

—Un escalón por encima. Si el CNI está en la planta superior del edificio, al lado de la azotea, chupándose todo el presupuesto y todos los recursos a todas horas, ella estaría en el sótano, con recursos de serie B, y nosotros en el búnker, produciendo serie Z a toda pastilla, como una subcontrata cutre. Danny es uno de mis subordinados, somos sólo cuatro, ¿lo pillas, colega?

—¿Y yo qué pinto en todo esto?

—Te alistaste voluntariamente en cuanto te lo pedimos, ¿o es que ya no te acuerdas?

—¿De qué coño hablas?

—Prefieres que te diga que te reclutamos, McClane. Vale, te reclutamos a punta de pistola. Ya está. Lo importante es que estés contento. Tienes derecho a contarlo como quieras, faltaría más. Es tu historia.

—¿Y qué estamos haciendo aquí?

—Ni puta idea. Ha pasado algo muy fuerte en la capital, o está a punto de pasar, aún no lo he entendido del todo, las señales son demasiado confusas. Y estamos bloqueados e incomunicados. Es lo único que sé con seguridad.

—Por qué no ponemos la tele.

Dicho y hecho. El mando a distancia funciona, de repente, como una pistola de rayos gamma apuntando contra la pantalla cuando lo sostengo firmemente en la mano derecha con la intención de enterarme de una vez, por un medio de comunicación convencional, de lo que está pasando fuera de este manicomio desahuciado donde llevo encerrado demasiadas horas con estos subagentes pirados.

—¡Hostia puta!

La descarga eléctrica me tira para atrás, me quedó ciego unos segundos o se va la luz, no lo tengo claro hasta que revientan las tripas del televisor con una explosión sorda y el aire empieza a oler a una barbacoa nauseabunda, de plásticos chamuscados, circuitos requemados y cables abrasados. Un menú delicioso.

—¿Qué coño pasa? Qué mal rollo, tíos.

Es Danny despertando de su sueño premonitorio en el sofá principal.

—Tómate la pastilla, hermano. Hay un cortocircuito. Nada grave.

La suite permanece bañada por unos instantes en una penumbra balsámica. La luz indirecta del minúsculo aeropuerto revela una utilidad para la que no fue diseñado ni construido. Willy se levanta del sillón, camina hacia el aparador situado a la derecha del salón, localiza el cable sin problemas y logra desenchufar el televisor de la red antes de que la suite salte por los aires y nosotros con ella en pedazos. Camina entonces hacia la entrada, con sigilo aprendido en alguna academia de baile para ciegos, y con sólo sacar y meter la tarjeta de la ranura nos devuelve la iluminación que empezaba a faltarnos en la cabeza.

—Tíos, malas noticias. Esto parece un apagón global.

Extraigo mi Samsung Galaxy del bolsillo izquierdo del vaquero para comprobar la trascendencia de la noticia. Lo enciendo y me indica sólo llamadas de emergencia, ninguna cobertura. La buena noticia es que estoy fuera del alcance de los insultos de Elena y el profundo desprecio y hasta el odio de mi hija, dada la hora tardía me parece cada vez más verosímil ese sentimiento. La mala noticia es la confirmación de lo que empecé a comprender hace casi una hora en la grata compañía de Julián del Casal y sus acólitas de alta costura.

—Desconexión total a las cuatro y quince de la madrugada.

—Y el minutero avanza.

—Al final han conseguido lo que buscaban, desconectarnos aún

más del mundo.

—Cállate un poco y déjame pensar.

La reflexión no es un acto voluntario en todos los cerebros. Muchos responden a sus propios instintos instigados por estímulos ínfimos procedentes de la realidad. Otros se ocultan de por vida bajo un muro de indiferencia que ninguna estrategia logrará derribar nunca. Mis pensamientos en ese momento crítico, como cabía esperar, son caprichosos.

—Y Marta en la ducha sin darse por enterada.

—Está acostumbrada a situaciones peores, créeme.

—¿Y ella? ¿Tampoco ella sabe nada?

—Menos aún. ¿No ves que estaba en su rollo de infiltrada? No tiene ni idea.

—¿Hablando de mí a mis espaldas?

Acaba de salir de la ducha, tal cual, y está secándose todavía, parte a parte, la piel húmeda, los brazos chorreando, los pechos erguidos, la entrepierna depilada, ungida por un brillo metálico que no parece de este mundo. Se sienta en una de las butacas y, tomándose todo el tiempo, sin complejos, se frota los pies y los muslos con la toalla, a cámara lenta, antes de seguir con el cráneo, cada vez más lustroso.

Hay algo poderosamente irreal en ella. Algo morboso y atractivo al mismo tiempo.

—Sí, aquí el colega quería saber si tú, por casualidad, sabías algo nuevo sobre lo que está pasando.

—Rumores, cotilleos, nada especial. Llevo meses investigando a ese patán, Julián del Casal, y a algunos de sus amigotes más cercanos. Es un promotor urbanístico local que se mueve sin escrúpulos en un océano de corrupción nacional e internacional.

—Dicho así suena hasta poético.

—Y lo es, McClane. El dinero siempre lo es, ¿no estás de acuerdo?

—Este sitio lo construyó Del Casal en la buena época, cuando había pasta circulando en cantidades posindustriales por todas partes, con ganas de arraigar y de irrigar el suelo, una urbanización puntera, con centros comerciales y complejos de ocio y placer para él y los suyos. Está sin empezar, realmente, y ya no hay dinero para acabarlo. Se agotaron las fuentes del Golfo Pérsico, se agotó la paciencia de otros financieros europeos y americanos, más fiables en apariencia. Y ahora se lo tiene que comer crudo. Él solito. Y este hotel será su mausoleo.

Por fin, con un gesto que no le confiere ni un átomo de realidad tangible, Marta decide anudarse la toalla al busto, anulando los efectos de su contemplación desinteresada. De ese modo, me digo, quizá pueda concentrarme más en sus palabras. Tiene la boca viciosa,

los ojos viciosos. Morbo en estado puro. No es fácil mantener la concentración en lo que dice. Todo en ella incita al vicio gratuito de mirar.

—Sabe quiénes sois. Os ha reconocido. O alguien le ha dado un soplo o sabía que vendríais tarde o temprano en cuanto pasara lo que ha pasado. El problema más serio es salir de aquí. Os aseguro que ya está pensando qué hacer con vosotros. Yo ya no cuento para él, me ha descubierto por vuestra culpa. ¿A qué coño venía ese jueguecito sexista con Cristina Pedroche, por cierto? Sois unos impresentables y habéis conseguido delatarme. Ahora tengo que irme con vosotros. No puedo quedarme aquí mucho más tiempo.

III

Marta seguía desnuda, o lo había estado hasta hacía muy poco, por motivos estratégicos. Una toalla tampoco era un disfraz demasiado efectivo, ni ofrecía protección garantizada contra las miradas insolentes. Pero Danny y Willy, o como se llamen los hermanos tramposos para sus respectivos jefes en la subagencia de dudosa inteligencia, tenían preparado un número teatral que eclipsaría con facilidad el show sicalíptico de su guapa compañera de faenas de investigación y vigilancia.

La metamorfosis de Danny. La metamorfosis de Willy.

—Ni se te ocurra cambiar de canal ahora, colega.

Sin mucho protocolo, se quitaron a la par las grotescas pelucas de estilo rasta y las falsas cejas hirsutas y las postizas pestañas para provocar la mirada inocente y mansa de un alumno modelo de la ESO y la dentadura falsa como una rebaja fiscal y todo lo falso, postizo y plastificado que recargaba o adornaba sus caras o sus cuerpos y los hacía otros distintos de los originales y me miraron a la cara con seriedad por primera vez desde que los conozco, hace ya doce horas, como si estuviera detenido o a punto de serlo, cuando lo único que estaba era perplejo y abrumado. Y a pesar de ello, lo reconozco sin problemas, Willy y Danny poseían, para ser tan jóvenes, los cráneos rasurados más perfectos del país con diferencia.

—¿Y ahora qué, amigos?

Mi padre murió en el hospital con setenta y cuatro años de edad la mañana del 11 de septiembre de 2001, cualquiera puede comprender lo que eso significó para mí. Mi dolor una abstracción que no contaba para nadie. Mientras una parte del mundo se condolía por los miles de víctimas de los ataques aéreos contra las torres gemelas, y otra parte

lo celebraba por todo lo alto como una victoria militar sobre el enemigo capitalista, mi madre y yo llorábamos en silencio la derrota de un solo hombre en su lucha contra la enfermedad terminal, el terrorismo más tenaz que existe en este planeta. Nadie podría comprender que yo entré en el siglo veintiuno con el pie cambiado.

Al escuchar ahora a estos subagentes especiales discutiendo entre ellos las obscenas minucias de su profesión, siento un asco profundo que me devuelve a lo que sentí días después del entierro de mi padre, cuando la gente más próxima entonces, amigos y amigas y alguna novia extraviada en el olvido deliberado, no respondía como yo esperaba a mi sufrimiento porque lo veían ridículo, pequeñoburgués, insignificante en comparación con la atrocidad incomparable de los atentados.

—Ya que te las das tanto de ciudadano puro y honesto. Anda, McClane, dinos cuál es tu verdadero nombre. El Axel Bocanegra de los libros no es más que un seudónimo, eso lo sabemos desde el principio.

—Si tú lo dices.

Mi negativa a contestar me protegió el tiempo suficiente para reponerme del choque causado por la permutación repentina de identidades y atrezos.

—¿Qué hacemos entonces, Willy? ¿Nos llevamos a McClane con nosotros o lo dejamos aquí con ella?

—Cabrones, yo también voy, a mí no me dejéis sola con este reprimido. No tardaría ni cinco minutos en echárseme encima para violarme. ¿Es que no habéis visto su mirada cavernaria posándose sobre mi cuerpo desde que entramos?

—Cuánta razón, hermana. Este tío tiene el alma más podrida que el homúnculo de Atapuerca.

A Marta, no entiendo todavía por qué, parecía horrorizarle la posibilidad de quedarse a solas conmigo en la suite. O tenía otros planes en los que yo no contaba o sólo podía ser un estorbo.

—Si supieras lo que soy, amigo, no querrías estar a menos de un kilómetro de mí. No puedes ser tan bobo. Soy una bomba de relojería.

Ya no quería quedarme solo. Perdido el liderazgo del grupo y hechas todas las apuestas y revelaciones de la noche, se me habían quitado por completo las ganas de separarme ni un segundo de los agentes segundones de la inteligencia nacional.

—¿Entonces cuál es el nuevo plan, colegas?

Los hermanos del copiar y pegar, por su parte, tenían motivos más que fundados para no alargar mucho más la estancia en el hotel de los fantasmas y los muertos, por tentadora que fuera la exorbitante dotación de la suite e ilimitadas las posibilidades sexuales de la cama y los placenteros accesorios del cuarto de baño. Se estaban jugando

mucho más que la vida en este lance.

—Largarnos lo antes posible. Ése es el plan, McClane, no vuelvas a preguntar estupideces.

Con los nombres cambiados a toda prisa y la misma ropa sudada y asquerosa salimos los cuatro de la suite no sin antes ingerir una renovada dosis que mantuviera nuestra relación con la realidad en el nivel mental que más nos convenía para sobrevivir una horas más. Hasta el rojo amanecer por lo menos.

—Mierda. Teníamos que haberlo supuesto.

El ascensor estaba averiado. Y las salidas de emergencia de la planta décima, como era previsible, mal señalizadas.

IV

La estrategia acordada comienza a desarrollarse en cuanto se acaban las escaleras y llegamos, jadeando, al vestíbulo del hotel.

Marta y yo vamos enseguida a la salida bloqueada y comenzamos a aporrear la puerta de plexiglás con fuerza mientras gritamos reiteradas veces una consigna efectiva en cualquier circunstancia de la vida.

—¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta!

Entre tanto, los subagentes del orden institucional Willy y Danny, en plan matones agresivos, se plantan en el mostrador de recepción, llaman al timbre con insistencia hasta que el nuevo encargado, un jovencito con pinta de empleado multifuncional, directivo de día, camarero de noche, asoma la cabeza fuera de la apartada dependencia donde duerme un sueño tan profundo que ni la muerte hipotética de un rey es capaz de turbar.

—¿A qué viene tanto ruido? Ni que se hubiera muerto alguien…

Sí, está también eso, es inevitable. La demostración de fuerza. La violencia justificada. Los gritos y las amenazas de la furiosa pareja de energúmenos bien documentados contra el recepcionista desinformado. Uno de ellos, en un arranque de impaciencia, lo coge por las solapas de la chaqueta sin previo aviso, al notar una mínima resistencia, le obliga a deletrear palabra por palabra lo escrito en sus documentos de identificación, de derecha a izquierda y de arriba abajo.

—¿Lo entiendes ahora, gilipollas? Así que abre la puerta de una puta vez y déjanos salir.

Como por ensalmo, las puertas automáticas del Hotel California se abren al fin a nuestro paso y es entonces, echando un vistazo casual al

entorno, cuando me doy cuenta, desde lejos, de que en la zona del ascensor averiado comienza a producirse un sospechoso rumor de cuerpos activos y de voces crispadas.

Antes de que Willy y Danny se reúnan con Marta y conmigo al otro lado, frente al arco de herradura que atrae la mala suerte y al monitor clavado en la cruceta, veo en la pantalla a unos diez o doce tíos liderados por el infame y corrupto Julián del Casal asaltando el mostrador de recepción, saltando por encima de la barrera y apaleando al recepcionista novato hasta tumbarlo al suelo, donde lo pierdo de vista.

Lo imagino allí abajo, vapuleado sin cesar por la turba enfadada, revolviéndose patas arriba en el suelo sin entender muy bien por qué todo el mundo esta noche ha escogido su cuerpo esbelto y su cara afeminada para purgar el resentimiento y el mal humor.

—Deprisa, deprisa.

Danny y Willy logran atravesar la entrada, en ese orden, en el mismo instante en que la puerta comienza a cerrarse de nuevo, activada por la banda de facinerosos que veo en una de las ventanas del monitor dirigirse a toda prisa hacia la puerta transparente hasta chocar las narices contra ella una vez cerrada.

Ya estamos los cuatro corriendo como endemoniados por el sendero hacia el parking, bajo la noche constelada, en busca de un coche que no sea otra vez el Polo grimoso de los hermanos superdotados.

Por fortuna, Marta es una mujer previsora y ha acudido a la cita montada en un todoterreno impresionante. Un Range Rover último modelo, de carrocería de un blanco reluciente y silueta aerodinámica, en el que nos metemos tan pronto como Marta le pasa las llaves del vehículo a Danny y éste desbloquea los seguros de las puertas y se adueña, no sin histrionismo, del confortable asiento del conductor y enciende el motor. Willy ocupa el puesto de copiloto para variar. Marta y yo, reunidos de nuevo por el destino, entramos cada uno por una puerta distinta, encontrándose nuestros cuerpos en la mitad de un asiento trasero demasiado grande y ancho y cómodo para no parecerse a una cama matrimonial, con todas sus promesas y frustraciones.

—Las noches que he pasado aquí. No siempre sola. No sabes. Me estremezco sólo con recordarlas.

A pesar de los abusos trasnochadores de los que presume su dueña con desparpajo, el coche de Marta sigue oliendo a novedad total, como el primer día en que salió conduciéndolo del concesionario, orgullosa del poder recién adquirido, la tapicería blanca de piel impecable, el galáctico panel de mandos, el diseño elegante e innovador y ese aroma inconfundible de la mercancía de calidad y prestigio.

Me vuelvo para mirar por la luna trasera y veo a cinco o seis compinches del julay Del Casal persiguiéndonos en vano por el circuito atascado del parking hasta que recuperamos la salida a la carretera en dirección al norte y salimos disparados por una vía por la que a esa hora, las cinco y cuarenta de la mañana, no circula nadie visible.

—Avisarán a la policía por teléfono. Tenemos que estar preparados.

V

La adrenalina segregada nos mantiene desvelados un tiempo breve. Al poco, Marta cierra los ojos y se deja caer suavemente sobre mi regazo y yo la sigo sin tardanza, echando la cabeza sobre el respaldo.

No creo que pasaran más de cinco minutos antes de que empezara a soñar una escena que no tenía ninguna credibilidad en apariencia pero cuya fuerza visual lograba atarme al sueño y al descanso que tanto necesitaba. La sensación era otra vez tan real, el placer tan increíble que cuando despierto y veo a Marta mirando soñadora por la ventanilla, con la frente apoyada en el cristal, y los pies descalzos acurrucados perezosamente en el asiento, muy próximos a mí, pienso que podría estar disimulando.

Reconozco que me sentía más desconcertado que Casillas después de su primer contacto sexual con Sara Carbonero.

—¿Ha ocurrido algo?

Mi pregunta es tan discreta que los hermanos no la pueden oír, pero Marta sí y se vuelve para mirarme a la cara con una perplejidad sin límites.

—¿Algo de qué tipo?

Por su gesto despectivo, comprendo lo absurdo de mi turbación y me dirijo a los ocupantes de la parte delantera.

—¿Algo nuevo, colegas?

—Sí, tómate la puta pastilla. La vas a necesitar. Mientras dormías nos persiguió un helicóptero del ejército. Le acabamos de dar esquinazo. Pero pueden venir otros.

—Dormías como un bebé, McClane. Roncando y todo.

Me tomo la pastilla a palo seco, pensando que lo que me ha pasado hace un momento, la ilusión de que entre Marta y yo se había producido una intimidad equívoca de la que no quedan rastros detectables, es secuela de la carencia más que de la alucinación o la

fatiga.

—¿Qué está pasando? ¿No os extraña que nos persiga un helicóptero?

—A nosotros ya no nos extraña nada, McClane, para qué te vamos a engañar. Y a ti tampoco debería extrañarte, la verdad. Y más si, como parece, se ha declarado el estado de excepción en todo el territorio.

—Es normal. Haz como Marta. Contempla el bonito paisaje y relájate un poco. Lo necesitas. Ya verás como la pastilla te hace ver viejos molinos de viento donde sólo hay gigantes agazapados.

Las risotadas salvajes de los falsos hermanos debieron de oírse hasta en los sótanos y subsótanos del edificio del CNI. Seguí sus instrucciones a rajatabla, pero el insinuante cosquilleo y la sospechosa humedad que sentía en mis partes blandas me distrajeron de la feria de atracciones que desfilaba por la ventanilla a gran velocidad.

Era un presente continuo. Un plano secuencia puramente decorativo, sin ningún sentido dramático. Como un safari programado o un parque temático natural. No era la vida sino una imagen distorsionada de la vida. Una ilusión óptica concebida por un idiota, llena de imágenes desenfocadas y ruidos inútiles.

—Tíos, ¿eso no era un…?

—Lo que tú quieras. Eso es lo que es. ¿Se te ha pasado ya el escozor?

—No seas remilgado, McClane. Le hemos contado a Marta lo grande que la tienes y no ha podido reprimirse. Ha querido comprobarlo por sí misma. La chica es atrevida y tiene un carácter emprendedor, como se requiere hoy en el mundillo, así que no te enfades con ella, por favor, por haberte robado el grumo mientras dormías a pierna suelta.

Marta se rió sin disimulo y me miró con ternura por primera vez desde que nos conocimos, abandonando la visión exterior de lo que fuera que le hubiera tocado en suerte en el reparto alucinante. Creo que fue entonces cuando sentí por ella una emoción que sería limitado llamar amor e inexacto considerarla sólo sexo. Sentí que toda la tierra vibraba, cobrando a mis ojos un insólito valor. El amor a la vida lo invadía todo, dentro y fuera del coche.

Estaba amaneciendo y los últimos residuos de la noche le daban al paisaje un aura fantasmagórica que me incitó a expresarme sin miedo.

—Marta, yo…

—No digas nada. Es mejor así.

VI

El brusco frenazo me propulsó contra el asiento delantero y me golpeé la frente contra el reposacabezas mientras Willy y Danny no dejaban de gritar consignas ridículas para desahogar la increíble tensión del momento. Atontado aún, me dejé caer hacia atrás, para descansar la cabeza contra el respaldo. Al recuperarme, vi que Marta había perdido el sentido. La ayudé a tumbarse sobre mí antes de mirar hacia adelante para comprobar qué estaba pasando.

—¡Hostia puta!

Acabábamos de dar una curva cuando se interpuso a nuestro paso, bloqueando el avance del todoterreno, una barricada de carros y coches viejos y tractores y animales de diversas especies y una multitud de gente custodiándola con palos y aperos de labranza. Willy consiguió frenar a tiempo y evitó el choque contra la barricada campesina, situada a no más de diez metros de donde estábamos detenidos en el centro de la calzada.

La primera piedra estampada contra el parabrisas como un misil nos obligó a tomar una decisión de emergencia.

—Cabrones, me van a destrozar el coche.

La copiosa andanada que siguió a la primera piedra, como una consecuencia lógica de su poder destructivo, pulverizó el parabrisas delantero, amedrentó a los hermanos, refugiados bajo el volante y el salpicadero, respectivamente, y sumió a Marta en el desconcierto y la histeria.

—Tíos, creedme, es hora de negociar. Dejadme a mí, tengo experiencia. Estuve en Irak y sé manejarme en situaciones de conflicto con la población civil.

Decidido a salirse con la suya, el experto Willy abrió con cautela la puerta del conductor tras liberarse del cinturón de seguridad que lo aprisionaba en el asiento. Asomó medio cuerpo fuera y cuando comprobó que la lluvia de piedras cesaba de pronto, se bajó del coche de un salto, sacudiéndose los trozos de vidrio que acumulaba en el regazo. Se apartó unos metros hacia la izquierda de la carretera, poniéndose fuera del alcance de las piedras, y, desde esa posición lateral, sin dar un paso hacia adelante, se mantuvo unos segundos observando alternativamente el estado de las cosas en el interior del coche y la actitud de los insurgentes, a la expectativa de lo que pudiera acontecer.

—Hermano, si ves que esta tropa se propasa conmigo o pretende hacerme prisionero o lincharme, ponte al volante, da marcha atrás y escapa cuanto antes. La misión es más importante que mi supervivencia. ¿Entendido?

La solemnidad de la instrucción dada me pareció incongruente con lo que estaba viendo a través del parabrisas reventado. Esa gente, en una evaluación rápida, me parecía más asustada, en realidad, que amenazante o peligrosa. El gran Willy, imitando los modales grandilocuentes de la infantería americana, exageraba la trascendencia escénica de su papel de agente negociador. Y Danny, como era previsible, le acompañaba en la jugada sin ponerle una sola pega táctica.

Aproveché la tregua para abrazar a Marta, que estaba cada vez más nerviosa y alterada, y la atraje de nuevo a mi regazo protector. Dónde iba a estar más cómoda para no pensar en los destrozos irreparables que esos campesinos exaltados le habían causado a la integridad de su hermoso coche. Me tomé la libertad de acariciarle la cabeza con dulzura, ese cráneo sembrado de diminutas raíces decapitadas que vibraban al unísono con el roce sensible de la palma de mi mano derecha, y tuvo la audacia, pese a todo, de cogerme la mano izquierda entre las suyas y meterse el pulgar entre los labios y comenzar a succionarlo con avidez hasta caer dormida en un sueño superficial cuyos contenidos explícitos ningún productor porno desecharía sin arrepentirse más tarde del error.

—Óyeme bien, McClane. Drástico cambio de órdenes. Olvídate de todo lo que mi hermano ha dicho. Si le pasa algo malo, me llevo por delante a todos los catetos que pueda antes de que acaben conmigo. Así que tú, cabroncete, y la putita a tu cargo, si pasara eso, os bajáis del coche enseguida y os largáis de aquí zumbando rumbo al sur, que es más seguro en las presentes circunstancias. ¿Me escuchas con atención, colega?

—Afirmativo.

El gran Willy avanzaba por la carretera al ralentí, para darse importancia ante la crédula parroquia, como en un duelo final de pistoleros en una vieja película italiana del Oeste, y ganarse la confianza del agreste colectivo que, sin bajar las armas un palmo, lo aguardaba ya con impaciencia y un punto de curiosidad.

—De verdad, tío, no entiendo qué coño está pasando. Desde que os he conocido todo va fatal en el país. Al final era verdad lo que decías. La gente se ha cansado ya de tanta mierda, de tanta mentira y de tanta corrupción, y ha cogido, sin pensárselo dos veces, una bifurcación antidemocrática. La senda sin salida de la locura colectiva.

—Cállate, McClane, hablas como un puto tertuliano de la TDT. No digas más gilipolleces. Aprende a esperar y a observar, colega. Observar y esperar. Ése es el método.

VII

Nadie entendería el curso que había tomado la realidad desde que el garante del orden establecido había sido herido o asesinado, según las contradictorias versiones existentes, en un atentado trampa cometido por un comando terrorista sin identificar. Pero qué teníamos nosotros que ver con ello, o de qué modo nos habíamos visto implicados en lo sucedido, debió de ser la exclusiva informativa que los campesinos entendieron que el visitante les traía en primicia de la vecina capital del reino. Qué aspirantes al trono se destacaban entre los posibles, qué conjuras se urdían ya en los salones y las habitaciones de los nobles, qué pensaban de todo ello los analistas más influyentes y respetados. Sin televisión y sin internet nadie estaba en condiciones de contar con información fiable sobre el asunto.

Y en cuanto el subagente Willy arribó a sus vigilados dominios, con sus maneras de caballero andante extraviado en un mundo indigno de sus hazañas, los labriegos insurrectos constituyeron de improviso un coro de expectación creciente a su alrededor. Un círculo de comunicación atávica entremezclado de inquietud y pavor por el porvenir de la comunidad. Decenas de personas de perfil rudo y actitud desafiante lo fueron rodeando para apresarlo y envolverlo en su vasta red hasta conseguir hacerlo desaparecer de nuestra vista.

Después de unos minutos de expectación, seguían afluyendo campesinos en número indefinido que se agregaban al cuerpo multitudinario de oyentes ancestrales que tenía como centro de imantación el cuerpo individual, vivo o muerto, del gran Willy.

—¡Me cago en Dios! Como le hagan algo malo a mi hermano, me los cargo a todos y quemo luego el puto pueblo casa por casa.

El nerviosismo de Danny, a juzgar por sus agresivas palabras, alimentaba fantasías de poder omnímodo y escenarios sangrientos de venganza, tortura y asesinato en masa.

Marta y yo, en cambio, éramos la viva imagen del sinsentido de la situación. Yo había sido transformado en espectador pasivo de un espectáculo que apenas me concernía mientras la hermosa mujer cuyo sexo revelaba, al replegarse las piernas y deslizarse la minifalda, un rasurado tan admirable como el de su cabeza desnuda, me chupaba el dedo pulgar con onírica dedicación.

—Estuvo en Irak entre julio y diciembre de 2003 y no lo condecoraron por el trabajo que hizo allí, una injusticia, por eso siempre aprovecha la menor ocasión para hacerse notar. Lo lleva clavado en el alma. Como una mancha en el historial.

—¿Estuviste con él?

—No, McClane, ya te lo hemos contado, ¿es que ya no te acuerdas?

Nos conocimos en el búnker de la agencia, en octubre de 2005, cuando tuvimos que interrogar a un fundamentalista tarado al que todos los indicios apuntaban, por equivocación, como colaborador necesario de los atentados…

—Prefiero no saber nada, de verdad. Tío, no me cuentes nada más de eso. Estoy harto del tema, joder. Hasta los huevos. No quiero saber. Cállate, mierda, ¿es que no me has oído? ¡Que te calles, coño!

—Vale, colega. Tranquilízate. No te pongas así. Tampoco es para tanto. Joder, ya pasó, cómo te pones por una tontería.

Mi sabroso pulgar debía de constituir para el subconsciente de Marta un sucedáneo irreprimible de su fetiche predilecto, pues no paraba de succionarlo, arriba y abajo, como un bebé, rozándolo ahora con labios y lengua, enroscando ésta en torno a la yema y lamiendo luego con aplicación felina los pliegues intermedios, las líneas concéntricas, las rayas digitales.

—Ya está. Por fin. Se acabó. Falsa alarma.

La imagen es cinematográfica hasta en sus menores detalles.

La multitud de campesinos se disuelve de repente, atomizada en individuos anónimos encargados de diversos cometidos, mover los bueyes y los burros, apartar los carros y las carretas, desplazar a un lado los troncos y las ramas, los tractores inservibles y los coches averiados, despejar de obstáculos, en suma, la estrecha carretera para que los viajeros en tránsito puedan proseguir el itinerario previsto.

Esa imagen de fondo contrasta, sin embargo, con la silueta ufana del joven héroe que camina erguido, con la cara sonriente y los brazos cruzados sobre el torso, de vuelta al todoterreno donde le esperan los tres compinches deseosos de explicaciones y ánimos.

—Confirmado, colegas. Vagos rumores de un atentado contra el Rey. Corte general de las comunicaciones. Un comando terrorista anda suelto por la zona, según todas las informaciones de que disponen, y los paletos pensaron, cómo no, que éramos nosotros y que, además, planeábamos dinamitar el pueblo. Creo haberles convencido de que no lo somos. Nunca se sabe con esta gente. Nos dejan seguir ruta con una sola condición. No había otro remedio. He tenido que aceptarla para que nos dejen pasar sin problemas.

Marta se despierta de golpe, como sobresaltada por una alarma inconsciente, y me muerde el pulgar con malicia de niña experta en travesuras. El placentero dolor, sin embargo, no me distrae de atender el monólogo del gran Willy. Liberada la boca, Marta despabila la inteligencia. Es un resorte automático. Ha sido programada para intervenir con eficacia en el intercambio de información y lo hace con acierto impensable.

—No me lo digas. Lo sé.

—Vaya con la tía lista. A ver qué sabes tú…

—¿A que quieren que nos entrevistemos con el alcalde?

—¿Cómo coño lo has adivinado?

—Es un viejo truco.

—¿Qué es un viejo truco? ¿Adivinar los deseos de la gente o los deseos mismos de la gente?

—Me has decepcionado, McClane. Eres demasiado racional.

Marta me cierra la boca con un beso que me atrevería a llamar retórico si su lengua, al tiempo que sus finos labios chocan con los míos sin estrépito, no se hubiera aventurado hasta la misma glotis para neutralizar cualquier tentativa de comunicación con la hostilidad del exterior.

Avanzamos entre los restos dispersos de la barricada de la rebelión comunera en dirección a la entrada del pueblo y tengo la sensación, besando a Marta con pasión insospechada, de estar viviendo el final de algo que aún no he aprendido a nombrar con todas las letras. Es tan elemental la hidráulica del amor.

—Grandioso recibimiento.

Los paisanos, sin un motivo razonable, nos saludan al pasar, encantados con nuestra presencia en el lugar, como si les garantizáramos protección militar contra la anarquía desatada en la capital, y festejan con vítores y hurras nuestra entrada triunfal en el pueblo.

—Una de dos. O nos reciben como a salvadores, o nos preparan una trampa.

—O las dos. No descartes nada, colega.

La agudeza política de Marta me privó del último beso. No hay derecho.

VIII

El reclamo para la importante reunión era tan simple como un acertijo de cuento infantil.

Don Amaro G. de Luaces, el alcalde más viejo de la España profunda, creía tener mucho que decir en la presente situación crítica por la que atravesaba la nación a la que había amado y servido, en ese orden inalterable, durante más de cincuenta años ininterrumpidos.

Era el mandamás indiscutido a este lado de la frontera de la vasta región de Nuevepueblos y no se entendía muy bien con los cinco pueblos mezquinos de la alta planicie y la gente mendaz del otro lado

del gran río.

—Esta buena gente no necesita la tecnología para nada. Viven en el pasado. Pero me necesitan a mí, que soy su conexión con el futuro.

Los ochenta años que su carne robusta, uno ochenta de estatura y ciento veinte kilos de sobrepeso, llevaba cargando con su pesada alma no se veían por ninguna parte por más que uno examinara la obesidad del sujeto desde muy cerca. Ningún signo de fatiga secular, ningún bajón de la vitalidad desbordante, de personalidad incansable y arrolladora, sabía seducir al extraño y, lo más difícil, preservar la fascinación del compatriota.

—No crean que éste es un pueblo peninsular como otro cualquiera. Han venido a parar, no sé si por azar o por destino histórico, a un observatorio del futuro. Este pueblo es reconocido en las instancias internacionales como un experimento avanzado en la convivencia. Como comprenderán, es para mí un orgullo ser su líder vitalicio. Siéntanse como en casa mientras estén en él. No, qué digo, mucho mejor que en casa. Tengan en cuenta, amigos, que en esta misma sala, ya en tiempos medievales, tenían lugar las grandes juntas de analfabetos, locos y mongólicos de todas las regiones españolas que presidían los nobles de cuna del lugar y luego el rey mismo. Hay constancia documental de que el primer Felipe, el Hermoso, asistió a uno de esos célebres concilios donde se tomaban decisiones de suma trascendencia para el devenir del reino. Y no en vano, desde fines de los años sesenta del siglo pasado, se dice pronto, contamos con uno de los manicomios más modernos de toda Europa.

La turística lección de historia de Amaro G. no podía hacernos olvidar, sin embargo, que nuestra querida Marta no había superado el control de seguridad impuesto por los guardias pretorianos a la entrada del edificio cúbico de vidrio y acero y dudoso diseño artístico que pasaba por sede del ayuntamiento de la milenaria localidad.

—Es un homenaje privado al simbolismo sexual de La Kaaba, aunque nadie repare en ello a primera vista. Mi propósito es visitar una segunda vez La Meca antes de morir, no sé si lo conseguiré, con una mujer travestida de hombre a mi vera, eso sí, para no tener la sensación de estar traicionando mis verdaderas creencias.

Al atravesar el escáner, todas las señales de alarma se dispararon a la vez. Tras la exploración minuciosa, no encontraron ningún objeto sospechoso adosado al hermoso cuerpo de Marta, o escondido en algún repliegue de su escaso vestuario, pero decidieron restringirle el acceso por precaución policial.

—Es lo mejor para ella. Esa mujer es peligrosa, como todas. Nacen explosivas, lo llevan en la sangre y en las hormonas, no pueden hacer otra cosa, y el hombre tiene la obligación genética, a riesgo de convertirse en un papanatas y un calzonazos, de aprender a

desactivarlas con el matrimonio y la maternidad y todo el dinero que el Dios de los Mercados haya puesto en sus manos para realizar ese acto de caridad natural.

Suntuoso salón de plenos, costosa madera barnizada de tonos oscuros, mobiliario último modelo con detalles de auténtica fantasía decorativa, mármoles solemnes en el suelo y lujosos estucos ornamentando las paredes del consistorio municipal.

—Pero basta ya, por Dios, de tantas presentaciones. Tomen asiento, por favor. Marietta, querida, pregunta a los invitados si desean tomar algún aperitivo refrescante. Es un poco pronto, ya sé, pero la cortesía no entiende de horas, ¿verdad?

A pesar de su galopante misoginia oral, el califa octogenario vivía rodeado de una cohorte de hijas putativas y presuntas sobrinas, amantes esculturales y dóciles sirvientas, nada desdeñable para los estándares sexuales del país.

—Les advierto, por lo que puedan mal pensar de mí en este trance, que la G de mi nombre no es de granuja ni de garrulo. Pero no se esfuercen en vano. Nunca lograrían adivinar lo que significa ni mucho menos con quién me emparenta.

Amaro el Saudí, como le llamaban sus íntimos, era un coleccionista afamado de bellezas nacionales e internacionales, según reconocía él mismo con orgullo falócrata, y se regodeaba de sus flamantes adquisiciones ante los visitantes recién venidos de no muy lejanas tierras. Su sentido del humor era tan grosero, al principio, como su libido polimorfa y sus aires de viejo verde apenas disimulados tras una fachada de atildada elegancia italianizante y maneras afrancesadas.

—Los vecinos del pueblo viven felices en el siglo dieciséis, ya los han visto, y yo viajo a la deriva, en una góndola espacial, en el limbo difuso que separa el siglo veinte del veintiuno. Unas veces me siento más comprometido con uno que con otro, hablando con franqueza, todo depende de mi conveniencia, a veces de la compañía, y también, para qué mentirles, del humor y la hora del día o la noche en que me encuentre. La entente con los vecinos no puede ser más cordial en este sentido. Les doy todo lo que me piden, los mantengo informados, mejoro sus condiciones de vida sin alterarlas en exceso y yo, bueno, ya ven cómo vivo yo, como un asceta.

Amaro G. de Luaces no era, desde luego, un hombre antiguo al que le gustara demasiado el ocultamiento o el camuflaje. Todo lo que se podía averiguar sobre él te lo hacía saber con antelación, para evitar malentendidos, o fomentarlos con picardía. Dependía del receptor, como casi todo en la vida. Y tenía también su nutrida corte de admiradores de todo rango institucional, pelaje ideológico y afiliación partidaria que le rendían visita de pleitesía los fines de semana para jugar con él interminables partidas de mus o de brisca y se

aprovechaban de su legendaria generosidad, según contaba sin revelar nombres, parasitando sus incalculables recursos y traficando con información privilegiada obtenida de sus reputados labios.

—Ahí es donde yo quería llegar, amigos del extrarradio autonómico. No sé si están informados en detalle de los acontecimientos que están agitando a nuestro amado país. Yo creo conocer una parte esencial, la otra espero que viajeros experimentados como ustedes me la sepan donar como ofrenda a cambio de pasar en estos modestos aposentos una noche de lujo y esplendor como ya no se estila, sé de lo que hablo, ni en las fantasías delicuescentes de la Península Arábiga.

—No mucho sabemos, señor. Pero podríamos intercambiar datos y ver en qué coinciden y en qué discrepan. Por ejemplo…

—Silencio, amigo. Agradezco su espontaneidad y buena intención, pero mis protegidas aquí presentes no pueden escuchar según qué cosas. Exige el mandamiento que gobierna esta santa casa que ninguna de las recogidas en ella tenga los oídos abiertos a palabras inciertas y opiniones no contrastadas. Así que, mis queridas hijas, ya podéis marcharos y dejarme a solas, por favor, con los tres beduinos de la Sierra Morena. Secretas ciencias y verdades de fe, como dijo el profeta, no se crearon para deleite del oído femenino.

Era un placer retiniano incomparable ver a todas aquellas doncellas de belleza acrisolada, vestidas a la última moda de París, Londres, Milán o Nueva York, abandonar a la carrera, sin un ruido de más ni un tropiezo de menos, la inmensa sala de juntas del ayuntamiento y perderse en silencio en el laberinto mozárabe del edificio, cada una con un cometido inalienable, a la espera de que los atractivos visitantes y el amo carismático reclamaran de nuevo su presencia y atenciones.

—Mírenlas bien, son como gacelas en celo permanente. Por culpa de todas ellas he contraído el síndrome del déficit de la atención y no me puedo concentrar en ninguna en particular. Compiten todo el día entre sí por ser mis favoritas, en el corazón y en el lecho, las pobres, y no saben que se ha vuelto una tarea de todo punto imposible con los años. Las quiero a todas por igual, quizá con una sola excepción. Mi querida Ildi, una bárbara hechicera de armas tomar. Disfruta de un estatus especial en mi serrallo. En cuanto la conozcan comprenderán por qué. Miren ustedes, lo confesaré sin rebozo, desde que descubrí la alquimia genital de la Viagra las consumo a pares y a tríos a la hora de la siesta o por la noche antes de dormirme. No exagero. Y cuando estoy de viaje por esos mundos sin Dios me llevo a dos distintas cada vez, las combino a mi gusto, la única condición es que se gusten entre ellas, eso me quita responsabilidad y me permite distraerme en los entreactos. Pero dejemos estos temas por ahora y vayamos a nuestro

negocio, caballeros, si les parece bien.

IX

Tras dar el último sorbo a su copa de ron con hielo picado, Amaro se puso en pie con agilidad sorprendente y nos invitó a seguirlo sin demora a una estancia contigua donde acumulaba, en desorden aparente, una multitud de pantallas conectadas a todos los canales existentes de la TDT.

—Me gusta la televisión inteligente. Eso que los imbéciles y los moralistas llaman televisión basura no existe para mí. Esta pantalla es el mayor invento de la historia de la humanidad. Una prueba de la inteligencia de la especie. Así que nada de caja tonta ni memeces parecidas. Consumir televisión en dosis continuas es hacerse inteligente. El que niega esta verdad es un necio indigno de habitar en este mundo. Considérenme un ilustrado, si eso les apacigua las almas y las conciencias. En mi pueblo he prohibido pocas cosas, pero dos van de suyo por pura tradición. Los toros y el teatro. Qué desperdicio de tiempo. Qué espectáculos deleznables. La televisión es la droga espiritual de mis vecinos. Yo lo sé y ellos lo saben. Se la suministro clandestina, con una señal pirateada, y así les gusta más. Y además tengo a varias pupilas desparramadas por los platós del país, participando en concursos y en *realities* de todo tipo, y me encanta verlas cada vez que salen en pantalla, vestidas o medio desnudas, qué me importa con tal de que se hagan famosas y pasen un buen rato. No hacen daño a nadie. Eso es todo lo que cuenta en la España digital, ¿o no? La diversión, el placer, la mocedad, ay, quién pudiera dar marcha atrás a la moviola del tiempo. Pero no hagan caso a las malas lenguas que me denigran con cualquier excusa, no todo han sido regalías y lisonjas en mi ya larga vida. He tenido mis sinsabores y desazones, y quién no, dirán ustedes. Y quién no, desde luego que sí. Nada se nos regala sólo con nacer. Ésos sí que son cuentos chinos…

Mucha atención ahora a ese dedo índice dictatorial que no señala hacia un continente inexplorado o un indicio criminal relevante, sino hacia diversas fotografías enmarcadas de una criatura adolescente de sexo femenino y facciones un tanto porcinas, pero voluminoso escote quirúrgico, dorada melena de paje y ojos de fina espiritualidad, con ese brillo especial en la mirada de estar pidiendo a gritos un exorcismo litúrgico o una cura urgente de desintoxicación.

—Hoy, por cierto, una de mis sobrinas más cualificadas podría ser expulsada del campamento de la sierra de Gredos donde se había

aislado con cuatro mamelucos macarras y cinco fulanas barriobajeras. No la han violado y apaleado de puro milagro. Por desgracia, me voy a perder ese momento histórico en que una hembra de mi sangre sea declarada impopular entre los televidentes. Lástima. Todo lo que ahora ven en las pantallas se emite en diferido. Una extraña avería del repetidor ha interrumpido las emisiones de todos los canales desde hace por lo menos seis horas.

Nos tranquilizó la noticia a pesar de su alcance nacional. Lo sucedido en la suite del Hotel Casino California MM con el televisor explosivo era algo general, por tanto, no consecuencia de la pérfida manipulación de los clanes mafiosos del capo madrileño Julián del Casal y sus sicarios manchegos de poca monta.

—Miren esa pantalla primorosa de ahí. ¿La ven bien?

Abajo del todo, casi pegado al suelo de la estancia televisiva, un monitor LED de menor tamaño que los otros.

Una imagen borrosa, pixelada por momentos, del cadáver de un hombre barbudo, de mediana edad, tendido en lo que parece una caja grande de madera.

—¿Lo reconocen o les doy alguna pista?

El gran Willy lo reconoció sin problemas. Danny lo reconoció también de inmediato. Y yo, más timorato, sólo creí reconocerlo a medias, me asustaba romper el valioso consenso que debía salvarnos la vida cuanto más se complicaran las cosas.

—¿Él?

—¿El Rey?

—¿Su Majestad?

—¿De cuerpo presente?

—No se dejen engañar, amigos, por las facilísimas apariencias de las cosas. Esta madrugada, sobre las dos en punto, un asistente que trabaja las veinticuatro horas a mi servicio para mantenerme informado sobre todo lo que ocurre o puede ocurrir o se rumorea que va a ocurrir, vino a despertarme alarmado. Había captado en la Internet profunda un anómalo mensaje referido a un atentado contra la vida del nuevo monarca. La noticia me impresionó, se imaginarán hasta qué punto. Lo seguí como me pedía a nuestro centro de operaciones y allí pude leer la gran exclusiva que había hallado por casualidad rastreando las ruinas y los residuos de la red invisible. La información, una vez desechadas interpretaciones menos probables, se refería a una supuesta acción terrorista denominada en clave «Operación Aguilucho». La fuente, a todo esto, sigue sin ser verificada. Pero el problema más grave que nos encontramos al descifrar el rebuscado código de algoritmos en que estaba cifrado el diabólico mensaje es que mezclaba sin razón alguna los tiempos verbales. El

presente, el pasado, el futuro y sus respectivos modos indicativos y subjuntivos, según me decía Leocadio Cifuentes, mi analista cibernético, se confundían maliciosamente en el texto del mensaje hasta confundir también la mente del intérprete. O el atentado había ocurrido unas horas antes, o estaba ocurriendo en directo, en esos mismos minutos y segundos, o iba a ocurrir en unas horas, aún impredecibles. Esa imagen horrorosa, encontrada poco después en el basurero del portátil de un peligroso hacker fichado por la policía desde hace años, es la única prueba de que el atentado podría haber ocurrido ya. Excepto que admitamos la hipótesis de que la imagen esté trucada y no sea más que un embeleco visual generado por las autoridades, como piensa Leocadio, para propagarlo por la red, en el caso de que algo ocurra de verdad, hasta que se restablezca el control sobre la situación y se pueda detener a los culpables. A menos que…

El vértigo místico del silencio absorbió a Amaro en un presagio luctuoso que le produjo escalofríos intestinales, a juzgar por el cambio drástico en el color de la piel, de amarillo pálido a verde oliváceo, y el enrojecimiento repentino del dorso de las orejas peludas. Hipnotizado por la imagen pregrabada del muerto, un doble muy conseguido del monarca, su cerebro de sabueso hiperactivo no cesaba de procesar información contradictoria hasta dar con una solución provisional al enigma planteado por el puñado de algoritmos ambiguos.

—A menos que todo ello sea cierto, caballeros, de algún modo inquietante y misterioso. Cierto e incierto a la vez, una cosa y la otra, la cara y la cruz del acontecimiento, el anverso y el reverso, no sé si me explico. Sin distinción de categorías. Real y virtual, realizado e irrealizado. Al mismo tiempo. Cómo conseguir tal aberración lógica, me pregunto. ¿Qué tecnología se necesitaría para abolir de un plumazo el orden establecido y sembrar la anarquía en el mundo sin que nada cambie de verdad en ninguna parte? ¿Qué magia inimaginable podría lograr así, con total impunidad, un resultado tan perverso?

Los efectos secundarios del abuso de la Viagra en edades de vigor tardío y las proezas sexuales consumadas por Amaro G., cultivando cada tarde y cada noche de la sagrada semana del calendario católico el punto G de sus múltiples concubinas, no podían ser los causantes exclusivos del diagrama de pensamiento que trazaba su delirante soliloquio. Tenía que haber algo más significativo en juego, sin duda. Algo oculto en la superficie, donde nadie lo buscaría por razones obvias. Por lo que pude entender, Danny y Willy emitían signos evidentes de sospechar lo mismo.

—En delicados asuntos como éstos conviene ser discreto y andarse con mucho tiento. Los tiempos no están para bromas. La verdad, amigos, se ha hecho política y ha aprendido a disfrazarse. Como mi

maestro de Deusto repetía un día sí y otro también durante sus clases de Filosofía del Derecho: una vez descartadas todas las hipótesis verosímiles sobre un caso, la verdad aparecerá resplandeciente como el sol ante nuestros ojos, por inverosímil que parezca, pero lo hará bajo la tapadera de la ficción, de modo que sólo unos pocos escogidos puedan reconocerla como lo que es sin cegarse con su luz.

X

La sombra de una premonición funesta se cernía sobre nosotros como consecuencia del exceso de paradojas y silogismos ingeniosos que amenazaba con paralizar en ese momento crítico el poder de raciocinio de Amaro.

—Sea como sea, amigos, y por más que lo sienta, tengo orden de retenerlos hasta tanto no se aclare la inestable situación que vive el país.

Los robotizados guardias de seguridad que habían prohibido el acceso de Marta al edificio aparecieron por la puerta en ese instante, pistolas en mano, para esposarnos como a vulgares delincuentes.

—Ya lo decía yo. ¿Veis como todo el mundo se ha vuelto loco desde que os conozco? Esto es inconcebible. Somos inocentes. No hemos hecho nada malo.

Amaro esbozó sin esfuerzo una sonrisa seductora y mefistofélica. La tenía bien ensayada.

—Me fastidian las farsas. Todas las farsas. Y no digamos las comedias. Cualquier comedia. Lo mío es la realidad, a ver si queda claro de una vez. Y en nombre de ella, caballeros, los considero mis enemigos. La vida no es un sueño. No sé qué propaganda errónea o qué pésima educación ha podido infiltrar en sus cabezas de chorlito semejante entelequia infantil.

Los dos guardias municipales no tardaron en imitarlo, sonriendo con más motivo, como leales androides de la causa. Tenían trabajo que hacer, en ciertas casas reales eso se cotiza mucho, a pesar de las apariencias. Tres cuerpos más o menos jóvenes y virginales entregados al goce privado de la sevicia y la crueldad.

Y, sin embargo, ninguno de los tres detenidos supo estar a la altura del agravio. De pronto la situación de Marta nos preocupó más de lo debido y, avergonzados por nuestra actitud distraída, nos sentimos unos idiotas engañados por un patriarca pueblerino.

—Voy a tutearos, ya va siendo hora de dejarnos de protocolos. Me

han pedido también que os interrogue. Así que no me dais otra opción que encerraros en comisaría hasta nueva orden. Pero no pienso torturaros, odio el color de la sangre y todo lo que se le parece, sean ideas o banderas. La verdad es que me habéis caído bien, a pesar de todo, y si me preguntáis, os diré en confianza que no creo que tengáis nada que ver con el supuesto regicidio. Esa agencia de viajes vuestra no la conoce ni Dios, ni aquí ni por descontado en la capital del reino. ¿No os parece muy sospechoso? Se os acusa, entre otros delitos, de usurpación de identidad y secuestro. No me lo creo y, aunque así fuera, no me parece grave. Si la moza lo merece, qué os voy a contar, vosotros sabréis, cada uno a lo suyo y Dios, como el fisco, en lo de todos…

Ah, las taimadas estratagemas de Amaro. Esas manos redondas como quesos de leche ovina ordeñada por mujeronas de trato áspero y esa boca glotona de otros manjares innombrables dictaron sin dilación nuestro destino inminente, ejecutado al segundo por sus autómatas subalternos.

—¿Sabéis? El único crimen que no puedo ni quiero perdonaros es el de haber venido a este bendito pueblo a alterar la pacífica vida de esta buena gente. Si no es para matar a alguien, ¿a qué coño habéis venido entonces? ¿A conocerme en persona?

No era Danny, desde luego, el interlocutor ideal en esas circunstancias, ni quien podía reparar con éxito la ofensa infligida a la hospitalidad de los lugareños, ni tampoco resolver el enigma heráldico que nos arrastraba al despeñadero. Es sabido por todos, en esta tierra de tertulias eternas, que no siempre hablan los más dotados.

—Don Amaro, no sea cruel, por favor, no es culpa nuestra. De verdad. No sabemos qué está pasando. Se diría que todos los súbditos, con la muerte súbita de Su Majestad y el vacío de poder creado, se han vuelto revolucionarios de la noche a la mañana, nunca mejor dicho. Es como una epidemia infecciosa. Un virus zombi infiltrado en el torrente sanguíneo de la gente.

—No me contéis más historias alucinantes, ¿vale? ¿Me habéis tomado por un televidente cretino? Un poco de seriedad, amigos. Soy, entre otras muchas cosas y cargos de responsabilidad, el leal comendador de la Orden de Calatrava don Amaro G. de Luaces, el alcalde más vetusto y venerado del vetusto y venerable reino de España. Pero también soy un cachondo mental como quedan muy pocos en estas tierras resecas e inhóspitas. Así que no me vengáis con viejos cuentos infantiles de tronos vacantes y zombis comuneros, comunistas o comunitarios, me da igual, merodeando por la estepa castellana, como almas en pena, en busca de redención. ¡Que me los conozco todos de memoria, por favor! A mi edad, amigos, con todo lo que han visto a lo largo de los años estos ojos medio ciegos, creedme,

saber eso no tiene ningún mérito.

XI

—¿Adónde te crees que vas, bandolero?

Ingenuo de mí. Estaba convencido de estar a punto de seguir en el ascensor a los otros cuatro cuerpos, los dos hermanos detenidos y nuestra pareja de captores con placa municipal, cuando me encuentro prisionero en una dimensión paralela. En un tiempo ni anterior ni posterior sino simultáneo. Lo achaco a la mezcla de drogas. Quiero vomitar el veneno ingerido. Me lo tienen rigurosamente prohibido.

—No has salido de aquí en toda la noche. No te hagas ilusiones. Mientras no hagas lo que queremos y silencies esa maldita lengua que tienes no te vamos a dejar escapar.

Otra vez rehén de la enana risueña, otra vez rehén del viejo doctor y su tortura insidiosa. Otra vez el viejo inválido, agazapado en la sombra, al fondo de la estancia, manejando los hilos de la grotesca escena desde la silla de ruedas, con la manta raída arropando sus flácidas piernas. Esta vez no me dejan abrir la boca. Han aprendido a protegerse de mis comentarios irónicos.

—Asimile bien la maldita lección, antes de acompañar una vez más a esos descerebrados en su viaje a ninguna parte. España se ha salido en muchas ocasiones del eje de la historia. Unas para perderse en caminos sin salida, atolladeros que parecían atajos y sólo conducían al desastre. Otras veces, España ha entrado en bucles con sus propias esencias, trazando círculos viciosos que esterilizaban su fuerza. Hay muchas Españas conviviendo bajo la apariencia de una unidad que no ha existido nunca más que en el cerebro de algunos gerifaltes. Españas anómalas, simultáneas, asimétricas, Españas estancas. Llámelas como quiera. Ahora mismo está en una de sus versiones. Cuando salga de parranda con sus amigotes estará en otra muy distinta. A veces se producen intersecciones negativas. Pero lo más frecuente es un discurrir paralelo. Y la guerra siempre en el trasfondo como solución provisional a los problemas de ajuste. España es todo en un solo ente: monarquía y república, aristocracia y anarquía, modernidad y arcaísmo, fealdad y belleza, orden y caos, catolicismo y paganismo, socialismo y fascismo, revolución y derecho constitucional, picaresca y quijotismo, elegancia y esperpento. Todo en una. España profunda y España superficial. ¿A que suena bonito como campaña publicitaria de la marca España en el extranjero?

Ya no entiendo si estoy en una clase de historia confusa o de

abstrusa metafísica urdida por mentes acomplejadas. Sólo sé que, para proclamar todo esto sin avergonzarse, el buen doctor de melena encrespada y halitosis asfixiante necesita tener a la enana cerca riéndole las gracias y los chistes baratos, a mí, víctima propiciatoria de la broma de mal gusto, amarrado contra mi voluntad, un cinturón de cuero alrededor del pecho y otro sobre la frente, a una silla desfasada de peluquero, y, por si fuera poco, una hipodérmica en la mano derecha con la que me administra cada tanto, cambiando de brazo, el psicótropo idóneo que me permita comprender el retorcido designio de sus palabras.

—Y estamos muy hartos, señor Boca Sucia, ése es su patronímico, ¿verdad?, de listillos con el ego infatuado por el éxito como usted que se ufanan de difamar a su país en foros nacionales e internacionales cada vez que se les presenta la ocasión. O sea, siempre. En efecto, muchos de nosotros empezamos a estar muy hartos de tanta ambivalencia y de tanta bipolaridad. Hartos de la insolencia con que se nos desacredita, dentro y fuera de las fronteras, la insolencia y el desprecio con que se nos trata, en casa y en el extranjero. Después de estrujarnos el magín durante décadas, hemos dado por fin con la causa del malestar español. La oscura razón de tanto malentendido y tanta mala baba contra nosotros. Hay muchos futuros posibles, la elección es nuestra y hay que hacerla sin falta, en el presente, tomando en cuenta todas las eventualidades. A fin de evitar sorpresas desagradables. Queremos una España única, una España definida, es nuestra sola posibilidad de no desaparecer en el futuro, no sé si me entiende. Nos da igual, en cierto modo, el resultado final. Queremos una identidad nítida, sin claroscuros ni ambigüedades, un destino cifrado en unas siglas infalibles y en unos símbolos inequívocos. Cuáles han de ser éstos nos parece un problema menor en comparación. Por eso le necesitamos a usted, con todo el dolor de nuestro corazón, no nos queda otro remedio que confiar en usted, a pesar de todo. Así que sea un ciudadano responsable por una vez. Deje ya de atacar y de ofender a una gran nación que nunca, así que pasen cinco siglos de oprobio infinito, podría comprender en toda su complejidad y riqueza. Cumpla con su trabajo como se le ha pedido y desaparezca de escena con dignidad. Es lo menos que puede hacer por su país, ¿no le parece?

El viejo inválido compartía la letra alambicada y no sólo el espíritu caduco de los razonamientos del doctor. Para demostrarlo, tras desconectarse del pie de suero, comenzó a avanzar hacia nosotros, acabada la perorata del otro, manipulando con soltura los mandos de la silla mecánica que le servía de transporte eficaz.

—Sólo eso le exigimos. No es mucho, ¿verdad? Para todo lo que le hemos dado.

Cuando lo tuve a un metro de mí lo reconocí enseguida, como una presencia oculta en el subconsciente durante años hasta que reaparece en escena tras un encuentro impensado. El batín casero anudado al torso con un cinturón de borlas, las piernas amputadas a la altura de la entrepierna y los bajos de los pantalones de tela cogidos con imperdibles, la cabeza vendada hasta el cuello, las gruesas gafas de sol de cristales oscuros recubriendo las cuencas vacías, las manos enguantadas de fieltro negro. Si no era el hombre invisible, o un avatar redivivo, se le parecía mucho.

—Ay señor, señor, cuánto daño ha hecho la cultura popular a los cerebros más despiertos de la patria.

Se veía que la enana cojitranca tenía opiniones propias y un juicio independiente. Además, la cercanía del jefe le había alegrado la carita de muñeca pepona hasta el punto de sonrojarse.

—La misa ha terminado.

La última inyección subcutánea me había sumido en un letargo progresivo pero pude ver, antes de cerrar los ojos del todo, cómo el viejo mutilado, para fastidio del doctor charlatán, sentaba a la enana juguetona en su regazo y se la llevaba con él, montada en la silla rodante, de vuelta al fondo de la habitación.

XII

Lo primero que hicimos, en cuanto nos libramos de los centuriones al servicio del alcalde Amaro y nos quedamos solos los tres mequetrefes, como nos llamaban con desprecio nuestros carceleros, en la celda principal de la comisaría del quinto pueblo, el más perdido de todos los de la agreste región, fue abastecernos de pastillas para dormir con los ojos abiertos y soñar con una utopía decente en la que nadie tenga que vivir experiencias humillantes como éstas ni culparse por sostener pensamientos impuros u opiniones ofensivas para la legalidad vigente.

Las reservas farmacológicas de Willy parecían inagotables y eso, en la presente situación, dado el empeño de la realidad circundante por incrementar hora a hora su nivel de delirio individual y colectivo, servía de consuelo moral y de garantía mínima de cordura.

—Si no fuera por lo que es, tíos, os diría que me lo estoy pasando en grande. Esto es mejor que tragarse de un tirón las cinco primeras temporadas de una teleserie guay en un solo fin de semana. ¿Quién se acuerda ya del mal de Casillas? Qué puntazo me estoy pillando, madre mía.

—Danny, Danny. En verdad eres grande, hermano, no sabes cuánto, pero te esfuerzas demasiado en impedir que los demás a tu lado podamos siquiera parecer inteligentes.

Nuestro mayor motivo de preocupación en ese momento no era, sin embargo, el caprichoso curso de las disquisiciones de Danny, siempre propenso a experimentar el sentimiento contrario al requerido por la situación vivida, sino la drástica carencia de noticias sobre nuestra querida Marta.

—Me apuesto el testículo izquierdo a que don Amaro la mantiene secuestrada y se la quiere beneficiar. Ese sublime *odor di femmina* que exuda por todos los poros del cuerpo y sus gruesos pezones de caramelo son una golosina irresistible para cualquier mortal en edad de razonar. ¿A que sí, McClane? Ya te digo. Y mucho más para un fino catador de delicias cosmopolitas como don Amaro.

—Si serás imbécil, hermano. No entiendo por qué te ha dado por tratar todo el rato de don al gordo repugnante, como si fuera un marqués o un duque. Ese tío es un puto plebeyo, como tú y como yo y como esta lapa enclenque, a ver si te enteras. Y los aires de grandeza que se da, el muy capullo, son para engañar a los votantes, qué te has creído. El gordo es un canalla integral y nos ha tratado como a tales. Eso no se hace con los visitantes. Se ha saltado a la torera el pacto de no agresión que hice con los pueblerinos y encima se apropia por la cara de nuestro fichaje estrella. Espero que no le haga nada que ella no quiera. De todos modos, conociéndola bien, como creo conocerla, no imagino qué puede significar eso exactamente.

—Lo más urgente, queridos Willy y Danny, no es soportar un minuto más vuestra falta de credibilidad como prisioneros de la oligarquía rural sino buscar la forma de escapar de esta mazmorra imperial antes de que vengan a por nosotros los otros agentes del CNI.

Las estruendosas carcajadas de los dos hermanos, de identidad cada vez más indefinida, se oyeron hasta en San Petersburgo. Por medios tecnológicos ilegales, es cierto, pero llegaron, con toda seguridad, hasta los oídos eslavos del Gran Inquisidor recluido desde siempre, como todo el mundo sabe, en su palacio de invierno a orillas del río Neva.

—Anda, Willy, cuéntale al ciudadano modelo, más conocido como John McClane en ciertos círculos de policías veteranos, cómo fuiste víctima de un peligroso secuestro cuando estabas a punto de resolver el gran misterio sacramental del 11-M. A ver si calla la bocaza de una puta vez.

—No sé si me apetece, precisamente ahora, recordar todo eso. ¿No es este sitio ya lo bastante incómodo como para evocar aquel otro agujero donde estuve retenido treinta y siete horas desesperadas sin saber si volvería a ver la luz del día?

—No sé, hermano, déjanos que lo decidamos nosotros a partir de tu relato.

Y fue entonces, en aquellas peculiares condiciones, cuando el fabuloso inventor de falacias y viajes mentales, aventurándose sin temor en los territorios de la memoria y la imaginación, nos contó la extraña peripecia que le acaeció hace casi una década en la ciudad marroquí de Casablanca, inmortalizada en cartón piedra por la factoría fílmica de Hollywood y celebrada como merece por cuanto viajero tiene el privilegio de acceder a los infames placeres de su vida nocturna.

XIII

—*La historia del cautivo de Casablanca*.

Así era como Willy, su protagonista absoluto, quería titularla, según nos dijo, para distinguirla de otras anécdotas similares atesoradas en su valioso expediente como superagente del orden constitucional. También la llamaba, para abreviar, *El cautiverio de Casablanca*. Aunque, en realidad, todos los que se la habían oído contar alguna vez, como nos confesó sin reparos, algunos mandos policiales, un ministro o dos, varios diputados y senadores, una líder de la asociación de víctimas, diversos portavoces de comisiones parlamentarias, preferían denominarla, en privado o en público, con ironía involuntaria, *La segunda mentira más grande jamás contada*.

—*La verdad es que tuve que rebajarme mucho para encontrar la verdad. Veréis, colegas, de partida la cosa no pintaba nada bien…*

El caso es que la historia, con uno u otro título arbitrario y más de una interpretación plausible, se contaba más o menos así, con algunas interrupciones quizá innecesarias.

—*No os tengo que poner al día, ¿verdad? Los dos sabéis perfectamente qué podía estar haciendo yo en la nada vistosa villa atlántica de Casablanca en abril de 2005. No estaba por mujeres ni por diversión, no os engañéis, aunque al alojarme en el Sofitel no me faltaron ni unas ni otra durante los primeros días de mi estancia. De la piscina a la cama, de la cama a la piscina, de la piscina a la disco del hotel y de la disco a la cama o a la piscina, pues de noche tampoco se cerraba el recinto ni se prohibía el baño. Con casadas y recién casadas, con solteras jóvenes y no tan jóvenes y con numerosas divorciadas o separadas. De todo género de hembras internacionales abundaba el Sofitel, como un surtido inagotable a mi disposición, y yo era uno de los sementales más cotizados, un pedazo de músculo deseable a tope, un cachas con la tableta de chocolate golosa para*

señoras y señoritas, las volvía locas, no sé bien por qué, ya me veis, no valgo tanto en realidad. En fin, injusticias de la vida, dirán otros, no yo, desde luego, que supe aprovecharme como pocas veces de mi popularidad sexual entre la fauna femenina del hotel. Cada día, desde el desayuno bufet en la cafetería hasta la cena bufet frío al borde de la piscina, lograba dar la imagen calculada del juerguista seductor y un punto cínico que está gastando su tiempo y su dinero entre polvos y fiestas privadas hasta el alba como si no tuviera futuro, o el mañana le importara tanto como otra raya de coca en una barra de bar. Sin embargo, ya sabéis que hay miradas a las que no escapa nada, por más que uno trate de disimular, y más si han tenido la oportunidad de probarte en la cama. Así, una opulenta fulana rifeña que me llevó a una habitación que tuve que abonar aparte, la ley del hotel, un viejo truco del país, le prohibía subir a mi habitación, debió de calarme en la conversación de sobrecama, después de los cinco vigorosos polvos que le eché, uno detrás de otro, en plan bestia negra de más allá de la frontera del Sahara. Y se le fue la lengua con algún moro mal encarado de los que explotan la mala suerte providencial de estas mujeres y el moro debió ir a la policía local con el cuento de las mil y una noches. En consecuencia, al día siguiente tenía una cita concertada de improviso, a las seis de la tarde, en el Rick's Café Americain, el antojo hostelero de una ricacha americana por explotar el glamour romántico de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman y poseer su propio bar legendario en la Casablanca real, copiando groseramente el decorado de la película. Tenía pistas y sospechas vagas sobre el tipo que andaba buscando, el presunto cerebro de la operación que condujo a los atentados de Madrid. Yo sabía que no era éste, todos los indicios me hacían pensar que el golpe lo habían planeado los servicios secretos de Marruecos y ciertos sectores comprometidos del CNI, pero no podía demostrarlo. Así que tenía que seguir el juego al que me invitaban a participar…

—Como el 23-F, ¿no?

—Ésa es otra historia, McClane, deja que mi hermano acabe la suya y a lo mejor, si hay tiempo, te aclaramos un par de puntos neurálgicos sobre el gran mito de la democracia española.

—Volvamos a lo que os decía. Me pasé dos horas en el dichoso bar sin recibir otra notificación que la del camarero cada vez que me servía un escocés doble que olía como el petróleo sin refinar y valía casi lo mismo. El tiempo se medía por el whisky, cada veinte minutos el camarero acudía a su cita con mi sed espiritual y la saciaba con creces. El local no valía la pena, no había mucho que mirar allí, escayolas de ganga y terciopelos de pega, el viejo piano que nadie tocaba por miedo a desafinarlo con melodías baratas, un decorado de serie B concebido para atraer el apetito del turista con atracciones exóticas. Debí beber cinco o seis whiskies seguidos, viendo cómo el bar de la tarde se transformaba paulatinamente en restaurante nocturno, acogiendo una multitud transportada por las agencias de viajes

más importantes del mundo, antes de tomar la decisión de largarme. Al despedirme del camarero en árabe, soltándole una generosa propina en la mano por haberme servido con tanta solicitud, ya noté un signo en su cara de que me anduviera con cuidado. A cambio del billete de cincuenta euros que le di me entregó un papel doblado donde en perfecto castellano estaba escrita una dirección. Le pregunté al portero, a cambio de una propina extra, y me indicó que lo mejor era coger un taxi y luego caminar hacia la muralla, en la zona alta de la medina. El taxista sabría indicarme llegado el momento. Así fue. Los sospechosos habituales me fueron guiando y conduciendo, paso a paso, hacia mi destino inexorable, como suele decirse. Cuando bajé del taxi estaba convencido de que la cita a la que acudía era una farsa que sólo pretendía despistarme. En algún momento, a pesar de mi puesta en escena, mis tímidas averiguaciones habían alertado a quienes no podían permitirme descubrir la verdad. La dirección era la de una pequeña tienda de frutas y verduras situada en las lindes de la medina. La tienda era sórdida y olía a especias y a algunas verduras de aroma incisivo. Una mujer velada atendía la tienda y conversaba con una vieja que iba a cara descubierta y llevaba una bolsa de la compra cargada de calabacines y lechugas. No entendí nada de lo que decían. Cuando le mostré el papel a la mujer del velo, con un gesto automático me indicó detrás de ella, hacia la puerta inexistente cubierta con una manta. Levanté la manta y pasé por debajo accediendo a una especie de patio trasero donde había poca luz. Olía a mierda, no a suciedad ni a mugre sino a defecación humana, y me tapé la nariz. Al otro lado del patio había un pasillo iluminado con una bombilla solitaria que colgaba de un cable. Vi a un hombre llamándome desde allí. Crucé el patio sin miedo, pendiente de los gestos del hombre en el umbral, que me invitaba a reunirme con él con urgencia, como si nos estuvieran vigilando, y entonces sentí que pisaba suelo cada vez más blando y poco después mis pies se hundieron hasta los tobillos en una charca de podredumbre…

—Eso te pasa por buscar siempre la verdad, hermano. Te acercas tanto a ella que sólo pueden sucederte estos percances desagradables. ¡Qué necesidad!

—Puede que tengas razón, es una forma muy personal de verlo, desde luego. Al principio intenté salir de allí por cualquier medio, pero era inútil. Estaba atrapado en aquella mierda densa y maloliente y me hundía cada vez más en ella, pecho, hombros, cuello, hasta llegar a la cabeza. Y me deslicé poco después, impulsado por el peso de mi cuerpo, por aquella apestosa apertura hacia las profundidades de lo que parecía un pozo cada vez más estrecho. Lo atravesé a escasa velocidad, frenado por el espesor de la materia viscosa que se adhería a mi ropa y a mi cara y manos como un ungüento asqueroso. No me hice ningún daño al caer de culo, cuando concluyó el recorrido y me encontré sentado en el suelo de un recinto no demasiado oscuro, a pesar de la hora. En una de sus paredes había una

especie de ranura en la piedra que lo iluminaba lo bastante para que pudiera hacerme una idea aproximada de dónde estaba. Oía un goteo persistente de agua en alguna parte. El ambiente estaba cargado de una humedad malsana que, sin embargo, me hizo sentir frescor cuando me desprendí de una parte de la ropa. Me desgañité gritando todo lo que pude y, aunque nadie acudió a socorrerme, alguien cercano me oyó. Supe de inmediato que no estaba solo en el agujero. Una tos apagada en la oscuridad. Una tos que alguien trataba de apagar o la tos de alguien que se apagaba lentamente. No supe nunca si había más cuerpos encerrados allí o sólo uno, el que habló conmigo. Hablaba en español, con voz ronca y acento canario. Me amenazó con algo peor que la muerte. Me dijo que la información que buscaba me costaría la vida. Ése era el precio. Yo tenía que decidir si estaba dispuesto a pagarlo. Él ya lo había hecho, antes que yo. Elegir la muerte no era el camino, sin embargo. Quien elige la muerte creyendo que sirve a su país siempre se equivoca. No existe esa elección. La verdad o la vida, menuda estupidez, me dijo. Llevo mucho tiempo aquí encerrado por culpa de valores falsos, ideas falsas, métodos equivocados. No sabemos buscar, no sabemos dónde buscar. Por lo que sé no soy el primero en haber venido a esta ciudad en busca de esa información ni tú eres el segundo, desengáñate. Ha habido otros, aquí y en otras ciudades, buscando una concordancia que no existe en la realidad, sólo existe en algunos cerebros, sólo existe en las mentes de algunos privilegiados por la jerarquía del rango y el honor. Pero ni tú ni yo disfrutamos de ese privilegio, por desgracia para nosotros. Más te vale volverte al hotel a hacer lo que estuvieras haciendo, follar como un enfermo y malgastar el dinero de los contribuyentes, que es lo que solemos hacer, y olvidarte de todo esto. Este juego no es para ti, tampoco lo fue para mí, pero yo lo descubrí antes, por eso te aviso con tiempo. No te creas un héroe. El hilo de voz se le fue apagando y desembocó en una tos violenta que me asustó. Era como si los pulmones y la garganta fueran saliendo en pedacitos de carne roja en cada golpe de tos. Una garganta destrozada por efecto del tabaco o los flujos de la hernia de hiato, o todo a la vez. Unos pulmones destrozados por la humedad corrosiva y la neumonía crónica. Me moriré pero no hoy, descuida, me dijo recuperando el tono, no delante de ti, no tendrás esa suerte, cabrón. Veo que eres aún muy joven. ¿No tenían a otro al que mandar a buscarme? Pues sí que estamos buenos. La oscuridad de la noche aumentaba y éramos dos sombras dialogando en el infierno sobre la vida eterna. La que él se atribuía con sus palabras, la que yo le negaba con mis actos. Escúchame bien. En unas horas, no creo que muchas, alguien se asomará por esa hendidura de la pared y pronunciará unos versículos extraídos al azar del Corán. Si quieres salir de aquí sin saber lo que has venido a buscar, con el compromiso de que no piensas volver a preguntar, contéstale Alá es el más grande. Si quieres saber la verdad, blasfema, diles que tu Dios es más poderoso que el suyo, una idiotez de ese calibre, y verás

como no tardan en decírtela, yo mismo podría decírtela, una parte al menos, no todos los detalles, pero nunca podrás salir de aquí. La elección es tuya. La severa tos volvió a acometer el pecho del cautivo como una fuerza sobrenatural, la maldición de dioses inferiores contra una vida precaria, y con ella la desagradable sensación de que el mundo se burlaba con crueldad de todas las víctimas y daba la razón una vez más a los verdugos. Mi dilema ético no tenía fácil solución. Agarrarme a la vida no era un acto de cobardía, pero lo parecía. Sacrificarme por la verdad al menos justificaría mi estéril vida, aunque no pudiera hacer el uso de ella que los que me pagaban hubieran exigido. Elegí reivindicar el nombre de las víctimas, denunciar a los culpables de la matanza y la carnicería, fueran quienes fueran, y condenarme para siempre. La verdad viviría en mi corazón y eso me bastaría. El otro prisionero no habló más, quizá muriera aquella misma noche o no tuviera ya nada nuevo que decirme. Qué más podría decirme. En cualquier caso, tardaron mucho más de lo que me había anunciado. Tanto que caí dormido y entré en un sueño en el que vivía una situación parecida, preso en un pozo profundo cuya única salida era adivinar un acertijo que me formulaba una criatura deforme y maligna, un demonio juguetón como sólo los producen las tierras desérticas y montañosas. ¿Qué animal vive para siempre si no vive su vida en el presente? Tenía la respuesta en la punta de la lengua cuando oí la llamada desde el otro lado. Me desperté para ver una boca pegada a la ancha grieta de la pared. Oí los versículos de la azora saliendo recitados de sus labios impíos. Imaginé que sería una mujer joven por el timbre de la voz. No dudé al contestar. Mi Dios hizo la luz, los cielos y la tierra el primer día de la creación mientras el tuyo era sólo un lactante en brazos de su madre, que era una puta. La oí chillar e insultarme y nada me previno para lo que vendría después. Se marchó y ya no volvió. Pasé las horas desvelado. Moriría sin saber la verdad. Había sacrificado mi vida en nombre de una quimera. El otro prisionero me había engañado. Entender por qué lo había hecho me sirvió de distracción el tiempo necesario como para no darme cuenta de que alguien estaba planeando salvarme. La policía irrumpió por una portezuela lateral que no había advertido con anterioridad y me sacaron de allí y me metieron en una camilla y luego en una ambulancia y lo siguiente que recuerdo es estar en comisaría sometido a un interrogatorio burocrático, otra farsa administrativa, hasta que llegó el cónsul y me devolvió al hotel sin intercambiar conmigo una sola palabra de solidaridad, como si me acusara de desacato o de excederme en mis funciones, o todo a la vez, además de alta traición. Antes de despedirnos, me anunció que debía tomar un vuelo a la capital en dos horas, tiempo más que suficiente para recoger mis cosas en la habitación del Sofitel y abandonar Marruecos por la vía más rápida. Y entonces comprendí, al saberme repatriado de urgencia, por qué me había engañado el prisionero gravemente enfermo. Qué perseguía con ello. En un momento de generosidad inconcebible, había

querido salvarme la vida, se había arrepentido de su elección anterior y pensó que si me engañaba yo podría salir de allí y contar a todo el mundo lo que había visto y oído durante el cautiverio en Casablanca. El precio que algunos hombres están dispuestos a pagar por conseguir la verdad. La verdad es intolerable. La verdad es la muerte, quiso decirme a su manera. Yo quería la verdad y quería sobrevivir, así de simple. Tener algo a lo que poder llamar verdad sin tener que pagar el precio más alto por conseguirlo. Es el gesto básico de la vida. Así fue como averigüé que el cautivo que estaba a punto de morir era el verdadero cerebro de los atentados. Lo deduje de toda la información que me proporcionó a lo largo de nuestra conversación entre toses flemáticas y vómitos de sangre. Fue un golpe maestro montado por agentes resentidos del CNI, el Mosad, que anda en todos los fregados, y los vengativos americanos. Y, por si faltaba alguien en el reparto de culpas, con la colaboración especial de algunos agentes marroquíes. Ese tío era uno de ellos y se lo cargaron. Todos tenían sus razones, me dijo. No le des más vueltas, nadie te creerá nunca…

—Hay algo en lo que dices que no entiendo bien. ¿Agentes resentidos del CNI?

—Latifiya, Irak, 29 de noviembre de 2003. Emboscada insurgente. Siete muertos. No te digo más. Yo estaba allí, puedo dar fe de las repercusiones negativas en algunos mandos.

XIV

Antes de que el silencio más espeso se apropiara del insólito relato del gran Willy y de sus insospechadas conclusiones, imponiéndole alguna instructiva moraleja sobre la hora de la verdad, o sobre cualquier otro aspecto periférico del mismo, Marta, la perfecta mascota del hombre en libertad, no del prisionero romántico, se presentó ante nosotros desde el otro lado de los barrotes de la jaula para gorilas en celo que era esa celda policial, cuyas paredes tramposas parecían estrecharse por minutos como una prensa mecánica.

—Y así fue, McClane, como acabé en el sótano del CNI, degradado, al servicio de la subagencia innombrable e inoperante más desconocida del país.

La alegría enorme del reencuentro se vio eclipsada por la noticia y, en especial, la ingrata compañía. Uno de los androides custodiaba a nuestro amor terrestre con un celo más propio de un amante que de un simple agente de seguridad.

—Tíos, estoy agotada. Me he pasado las tres últimas horas jugueteando en la cama con el alcalde más vicioso de España y con

una de sus pupilas más solventes, Ildi, una morenaza húngara de veinticuatro años. Así que no me preguntéis por qué, desconozco sus razones, pero don Amaro G. de Luaces tiene a bien invitarnos a cenar con él y unas cuantas de sus amiguitas más sociables, incluido el pibón de Pest. Me ha prometido que piensa aprovechar la ocasión para explicaros ciertos asuntos delicados en los que no os mostráis, a su parecer, muy bien informados. Me temo que lo que pretende es confundirnos a todos aún más. Pero si os saca de aquí, lo menos que podéis hacer es darle un margen de confianza, ¿no os parece?

Dicho y hecho. El robot personalizado de Amaro abrió la puerta de la celda con rapidez inhumana y nos abalanzamos casi a la vez, con unas ganas locas, a abrazar y besar a nuestra Marta, recuperada para la causa sin demasiadas magulladuras a la vista. Ojos como brasas, labios al rojo vivo, piel incendiaria. Todos los signos la delataban. Olía a promiscuidad bisexual y a múltiples orgasmos. Lo que podía pasar, en tales circunstancias, por genuino olor de santidad.

—Estoy hambrienta, ¿vosotros no?

XV

Pero, por Dios, ¿quién es este adiposo cardenal de la curia española que arenga con labia desvergonzada a un selecto grupo de beldades plurinacionales que haría palidecer de envidia a los saudíes, los chinos, los bosquimanos y otros señores de la guerra célebres por la riqueza y diversidad de sus reservas efectivas de mujeres?

—Buenas y malas noticias, mis queridos amigos. Bienvenidos de nuevo. Me complazco en anunciaros, antes de empezar la última cena de nuestras vidas, que la Internet profunda, una vez más en la historia reciente, nos reserva grandes sorpresas para el intelecto y para el corazón.

Aposentado en una silla más elevada que la de cualquier otro de los invitados a la cena, Amaro G. de Luaces, santo patricio de esta casa y de algunas otras sin especificar, preside el solemne menú de viandas regionales y manjares mesetarios dispuesto encima de un mantel de lino blanco sin abandonar su pose mayestática más que para hacer los cuernos con los dedos índice y meñique, levantando las manos a cada rato, en señal de disgusto o desaprobación por cualquier cosa que no se atenga a sus ideas estrictas sobre cómo debe ser dicha o hecha.

—El orden, amigos míos, el orden es el ideal de todos los nacidos bajo el sol de los teólogos. Lo reconozcan o no ante su audiencia por razones publicitarias. Incluso de aquellos seres fallidos que abogan de

buena fe por el caos y la irracionalidad en todos los órdenes de la vida. Trabajan para lo mismo que nosotros, pese a la deformidad malsana de sus espíritus, son agentes secretos del orden y como tales serán reconocidos el día del Juicio que se anuncia ya, hacedme caso, con profusión de signos, no todos celestiales.

El salón de banquetes se adorna con una decoración acorde con la dignidad de un prohombre de semejante categoría: muebles oscuros de recia factura castellana, fastuosas lámparas antiguas de araña colgando del artesonado, enormes espejos de marco dorado donde sólo se reflejan a retazos la belleza de los cuerpos y la perfección de los objetos que los adornan, densos telones de terciopelo granate con la flor de lis cosida en hilo negro como motivo dominante, vistosos desnudos de Revello de Toro clavados en todas las paredes como homenaje a las formas voluptuosas de la mujer ibérica, barrocos brocados de oro y de plata recubriendo el vacío de ideas nuevas, anémicas esculturas de porcelana de Lladró aportando un toque de fragilidad anímica al decorado y falsos estucos azules por doquier, como seña de identidad del mal gusto institucionalizado.

—Todo esto que veis es sólo una selección de los regalos, los obsequios y los donativos recibidos a lo largo de estos cincuenta años. Tributos de afecto y consideración. Grandes muestras de la alta estima en que se me tiene en este pueblo y fuera de él.

Al aguardar de pie las instrucciones del anfitrión, dispongo de tiempo suficiente para seguir indagando en las recargadas apariencias del salón donde se celebra el banquete.

Entre la variopinta colección de accesorios, me sorprenden en especial los coloridos cojines de seda fucsia con la cara estampada de Amaro colocados en el respaldo de cada uno de los sillones dispuestos alrededor de la mesa oval.

—Yo no soy importante, creedme. No saquéis conclusiones precipitadas a partir de lo que se os ofrece a primera vista. Todo el exceso ornamental exhibido en mis aposentos sólo pretende recordarme a diario la insignificancia absoluta de mi persona. Como podéis ver, mi masoquismo no conoce límites.

Y más aún me asombra descubrir, disimulado entre los desnudos pictóricos, un gran retrato de Amaro G. disfrazado de Caballero de la Orden de Calatrava, posando ante el pintor de su deshonra con gesto de sobriedad militar: el sombrero negro de ala ancha sostenido en la mano derecha, la larga capa negra recogida sobre el hombro izquierdo, la mano izquierda asida al pomo de la espada envainada y la cruz roja emblemática bordada en el pecho.

—Pero sentaos, mis buenos amigos, no os dejéis amedrentar por la pompa y el boato de mi dulce morada y tomad asiento, por favor. Os invito a compartir, sin falsas ceremonias, estos humildes alimentos

procedentes de mis prósperas granjas y de mi fecunda huerta, regada con agua pura de manantial.

XVI

El modesto anfitrión de la velada espectacular está acompañado en la mesa de diseño vaticano por siete guapas chicas (dos rubias, tres morenas y dos pelirrojas), a cual más impresionante, combinadas en orden alterno en función de la prestancia de sus atributos capilares y pectorales, por no mencionar el relumbre y la ostentación de sus vestidos de moda.

—Amigo Danny, por favor, siéntate aquí, entre las cariñosas Marion y Carlota. Y tú, amigo Willy, un poco más lejos, entre las graciosas Saray y Lidia. El escritor a mi derecha, para que se haga una idea del aprecio que tengo a la cultura secular, entre las preciosas modelos Sandra y Nina. Y tú, Martita, ricura, como ya la conoces y le caes requetebién, ponte a la vera de Ildi, nuestra majísima invitada magiar.

Sí, no costaba nada imaginar ahora la comedia de situación puesta en escena en el dormitorio de Amaro hace tan sólo unas horas, con el trío libertino transformado al poco en dueto de orgasmos femeninos encadenados mientras el mirón obeso se ve relegado con gusto a frotarse el instrumento de viento con parsimonia repulsiva.

Pantomima de besos tenues y labios frígidos, eso escenifican ahora Marta e Ildi, consumadas hipócritas, al reencontrarse en este banquete de despedida cordial. Horas atrás, la escultural Marta y la exuberante morena de ojazos explosivos exploraban sus cuerpos erógenos al milímetro, en presencia de Amaro, y ahora encubren sus travesuras carnales tras un roce diplomático de labios y dermis.

Bien, está bien, no me quejo en absoluto. No me excitan nada los jueguecitos perversos organizados por el califa pueblerino para confirmar de nuevo la veracidad de su misógino punto de vista sobre todas las mujeres.

Me gusta mucho Marta, la aprecio, la valoro, la respeto, a pesar de lo poco que la conozco en el fondo, pero no quiero saber a qué sucios negocios se dedica cuando no está conmigo, o por qué extraña motivación ideológica acepta prostituirse de ese modo obsceno con el enemigo de la causa.

—Nada de celos ni de rivalidades, amigo Axel, en esta mesa todos somos iguales en todo. Nada de diferencias de sexo o de estatus. Aquí se respetan todas las creencias y todos los apetitos. Fíjate en mi

vestuario cardenalicio. Nada más contradictorio con los dioses a los que rindo culto en la intimidad. Te gustará saber, para medir el alcance de mi simpatía hacia ti, que en mi extrema mocedad conocí a un americano que luego se hizo escritor y andaba desnortado por estas tierras, buscando un monasterio o una iglesia en ruinas, no recuerdo bien, donde quería tocar a toda costa una pieza para órgano que un músico neoyorquino amigo suyo había compuesto ex profeso para el sagrado lugar. Nunca lo encontró y no volví a saber de él más que por referencias. Quizá lo conozcas. Era un tipo bastante raro. Un excéntrico o un loco. Gades, creo que se llamaba, y me extrañó el nombrecito en un americano, por eso no se me olvida con el paso del tiempo. Puedo asegurarte que no he leído ninguno de sus libros, ni pienso leer ninguno de los tuyos tampoco, no te hagas ilusiones, amigo Axel, lo mío no es la lectura, creo que eso al menos habrá quedado claro entre nosotros. Cuando me aproximo al único libro que me interesa de verdad busco entre sus antiguas páginas algo muy diferente al entretenimiento o la mera distracción intelectual.

En este festín humanista, consagrado a los cinco sentidos y sus prolongaciones anatómicas, tampoco existían protocolos en el consumo suculento de los platos. Todos los alimentos habían sido dispuestos en la mesa con antelación y se presentaban en grandes bandejas de plata de las que cada comensal se servía en su plato cuanto quería y como quería.

No había ningún cubierto a nuestra disposición, pero sí servilletas de lino blanco, a juego con el mantel, con las iniciales AGdL bordadas en hilo celeste, y aguamaniles repletos de un líquido aromatizado y turbio para cada comensal.

Toda actividad relacionada con la comida debía realizarse, como manda la etiqueta medieval que preside la cena caprichosa, empleando en exclusiva las manos y la boca.

Era un bufet salvaje en el que las ensaladas verdes se mezclaban con las volátiles y los pescados, los quesos y los frutos secos con los arroces, la tarta de salmón con el estofado de buey, las legumbres y las hortalizas, la ternera asada con los mariscos y los conejos sazonados con la pasta fría, la repostería local y las frutas de temporada. Todo condimentado con salsas fantásticas y especias infrecuentes.

El cerdo y sus incontables derivados, sin embargo, estaban ausentes de la mesa. Le pregunté a Amaro por curiosidad antropológica.

—En mis dominios, querido Axel, por si no te has dado cuenta hasta ahora, las cochinadas las dejamos para la cama y sus aledaños. En la mesa, por razones obvias, sólo admitimos bocados limpios de toda impureza.

Supuse por su actitud histriónica al proclamar esta norma que nos

estarían vigilando, como siempre, desde algún dispositivo visual oculto en cualquier recoveco del abarrotado escenario.

XVII

Minuto a minuto, bocado a bocado, caricia a caricia, la escena se cargaba de una ironía impensada desde el momento en que ninguno de los grupos de comensales, demasiado ocupados con sus placenteros quehaceres en la mesa, prestaba atención a las palabras y los gestos de los otros mientras el grueso anfitrión y su invitado menos robusto, moderando la ingestión de alimentos y enjuagando a cada poco las manos por un prurito nervioso, conversaban sobre lo divino y lo humano y sus relativos niveles de realidad.

—Verás, amigo, te voy a ser franco, tal vez así comprendas mejor la ambigüedad de mi posición. En su día estudié el refranero español a fondo, en parte para conocer mejor la mentalidad de mi gente y en parte para consolidar mi poder sobre ellos, no lo niego. Y descubrí con asombro lo que uno de mis padres espirituales denominaría la clave dialéctica de la sabiduría popular. Si uno aprende a establecer las conexiones adecuadas, advierte enseguida que todo refrán acreditado por el uso tiene su antítesis manifiesta. Así de retorcida suena la voz del pueblo.

Los falsos hermanos Danny y Willy, por su lado, se entregaban a un menú de hechuras mixtas, de regusto muy particular, que incluía grandes tajadas a manos llenas de los platos más apetitosos y sobos y magreos alternativos de las juveniles carnes que se les ofrecían a ambos con gratuita generosidad.

—Luego todo es reversible, amigo Axel, no sé si sigues mi razonamiento político hasta el final. Piense lo que piense el vulgo, todo acontecimiento es reversible en la realidad de los hechos y las opiniones. Éste es, sin discusión, el inveterado fundamento de cualquier orden democrático que se precie…

La rubicunda Carlota amamantaba ahora a Danny, después de que éste concluyera la ingesta de rodajas de ternera asada rellena de ciruelas, nueces y piñones, con la teta derecha extraída como un odre del escotado vestido amarillo de raso, mientras el gran Willy se atiborraba de cigalas y patas de cangrejo y manoseaba después, sin limpiarse los dedos en la servilleta, los globos henchidos y apenas tapados por el corsé de cuero negro de la pelirroja Saray.

—¡Que no me vengan ahora, por favor, con teorías falaces sobre la gobernanza del mundo y demás sandeces tecnócratas del mismo jaez!

A pesar de la proximidad peligrosa de su amiguita húngara, que se atracaba de atún rojo crudo y boquerones al vinagre, Marta se controlaba por una vez, comiendo con desgana frente a mí una loncha de pechuga de pavo fría untada de confitura de frambuesa, y yo trataba de hacer lo mismo, sentado a la sombra de Amaro, dubitativo y taciturno, tentado por el bogavante marinado, el besugo a la sal aliñado con alioli y el asadillo de berenjenas, pero atraído fuertemente, en realidad, por la fauna del terruño y las setas de la estación.

—Y lo peor de todo, amigo mío, lo más doloroso es saber que esta verdad regía en esta tierra mostrenca muchos siglos antes de la bárbara expulsión de los marranos.

Mis dos escoltas en la mesa, la morena Sandra y la pelirroja Nina, me miraban todo el tiempo con cara de fastidio, maldiciendo su mala pata en el reparto de invitados, sin entender muy bien por qué desdeñaba tan abiertamente sus notables encantos y no les dirigía la palabra ni una sola vez, aunque fuera para elogiarles las delicias de los muslos de liebre horneada con salsa barbacoa y rabanitos picantes hacia los que mostraba tanta afición, cuando ellas sólo aspiraban a mantener con el escritor, como se les había prometido, una charla a ser posible inteligente y culta.

—No es momento de ponerse serios, amigos míos. No nos dejemos llevar por la melancolía de la historia. Está rigurosamente prohibido aburrirse en esta mesa. Conjuremos el espectro de la depresión como corresponde. Ha llegado la hora de catar sin recato los sabrosos caldos de mi bodega. Probadlos sin tardanza, no les hagáis ascos, proceden de una hermosa finca de mi propiedad, no muy alejada del pueblo, donde mis laboriosos paisanos cultivan todo el año uva francesa de la mejor calidad.

Miré con extrañeza las botellas verdes alineadas sin etiqueta y me parecieron más desnudas y vulnerables que las ocho mujeres sentadas en torno a la mesa. No pude imaginar algo parecido con los libros. Libros anónimos, sin título conocido ni ilustración en la portada. Puras palabras diseminadas en páginas y páginas de un relato que nadie en su sano juicio firmaría con su nombre ni publicaría bajo su sello, ni mucho menos leería, sin saber quién lo ha escrito o cómo se llama el autor de la infamia.

—Los produzco en pequeñas cantidades, con cepas variadas, pero cada año la cosecha me la quitan de las manos antes de que la saque al mercado. Así es el éxito, tú lo sabes bien, amigo escritor, una ramera tornadiza.

XVIII

Saciado con creces el primer apetito, Amaro G. volvía a monologar sobre sus obsesiones preferidas, mientras recibía por debajo de la mesa, como percibí pronto, las gratificaciones manuales de Ildi, un prodigio de discreción y tiento.

—¡No, no, no y no! Mira que te lo tengo dicho, mi querida Ildikó. Como me gusta más es con la izquierda. La derecha es torpe y siempre se precipita. Es inevitable.

Mirándome sonriente, en el ápice de su relación climática con la visitante húngara sentada a su izquierda, Amaro me guiñó el ojo derecho con picardía. Tenía la cara sudorosa y roja, a tono con el birrete cardenalicio que portaba sobre la cabeza como un atributo sacramental, y temí que pudiera darle un síncope. Parecía exhausto. Y no me extraña.

Me fijo por primera vez en su verdadera cara, la que esconde con maquillaje tras la oficial. Nariz porcina, mejillas como nalgas, labios como hemorroides inflamadas.

—No creerás que llevo los años que llevo liderando este lugar, si se exceptúan mis cinco años de embajador en Bruselas, sin haber sabido negociar con güelfos y con gibelinos. Para sobrevivir en este país, amigo Axel, hay que ser como tus amigos. No bromeo. Poseer sus virtudes mundanas. Adaptación camaleónica, flexibilidad de cintura y sensibilidad para adivinar los cambios y el designio de los cambios antes de que sus árbitros los perfilen siquiera en sus estrechas molleras. Por gracia divina, poseo esas dotes en grado extremo desde el día de mi nacimiento, hace ahora ochenta y cinco años.

Amaro me miraba con intensidad mientras me hablaba, como si escrutara todas y cada una de mis reacciones faciales a sus palabras en busca de algún signo que me traicionara. De todos modos, Amaro no podía mirar a nadie más en la mesa sin rendirse a la extrema vulgaridad de un espectáculo que resultaba muy sugestivo para sus protagonistas pero ofrecía, en líneas generales, escasos estímulos para el espectador ocasional.

Cada uno vivía su experiencia encerrado en una burbuja autista de la que apenas si salía para emitir un eructo grosero, un suspiro elocuente y conmovedor o una tos sintomática de la plétora alimenticia.

—Por eso soy el que soy y tengo lo que tengo. Privilegios, propiedades, tierras, prebendas, contactos y relaciones al más alto nivel. Mis preferencias privadas serán minoritarias, pero mis opiniones públicas son multitudinarias a más no poder. Ésa es toda la diferencia entre nosotros. Tus amigos son sólo unos aprendices de brujo en este

círculo vicioso del juego político. Son buenos profesionales en lo suyo, no me cabe duda, pero no pasan de la militancia servicial. Por lo que he oído, además, han sido condenados y no creo que sobrevivan a mañana.

La boca trituradora de Amaro, rebosante de lonchas de carpaccio de buey a la parmesana, había pronunciado esa frase casual sin inmutarse. El efecto que causó en la mesa fue, sin embargo, devastador. Como una bomba de fragmentación en un parque infantil. El silencio tenso de las jornadas de duelo se impuso como ley marcial en toda la mesa.

Willy y Danny, interpelados por el terrible contenido de las palabras proferidas, cesaron toda actividad lúdica a la que estuvieran entregados en ese instante (uno, Willy, engullía la jugosa pechuga de una codorniz y obligaba a la rubia oxigenada Lidia a comer los trozos masticados directamente de su boca, mientras el otro, Danny, hurgaba con la lengua en la dentadura de la morena Marion a la caza y captura de residuos de carne y marisco) y se volvieron los dos a la vez hacia Amaro con odio apenas contenido.

—¿Qué coño tiene que reprocharnos, bola de grasa? ¿Le hemos ofendido de algún modo a usted o a algún miembro de su maldita parentela?

La pregunta de siempre. El desconcierto habitual. La ingenuidad instalada en la mente de las generaciones más jóvenes como un programa erróneo de adiestramiento para superar las duras pruebas de la realidad. Creer que un enemigo lo es en respuesta a una afrenta o una insidia reconocidas. Nada de eso. La conjura que amenaza la vida o la reputación de alguien puede nacer de otros factores más abstractos. La envidia, desde luego, pero también la necesidad, los planes y los deseos de otro que no se nombra, en principio, pero cuya exigencia de revancha se impone sobre la realidad como el estado de sitio.

—No tengo nada contra vosotros, amigos. Me caéis todos muy simpáticos. Ése no es el problema. Ojalá lo fuera. Os lo digo de corazón. Si de mí dependiera, creedme, os nombraba ahora mismo hijos predilectos de la comarca. Qué digo de la comarca. De la región. Hijos adoptivos de la región. Qué digo de la región. Hijos predilectos…

—Basta ya de cachondeo, viejales. No admitimos ninguna clase de bromas sobre nuestras vidas. Así que cuéntanos lo que sabes de una vez o cállate para siempre.

XIX

El anciano Amaro tenía un carácter acreditado por el peso de los cargos de responsabilidad acumulados durante años en su persona, además de una idiosincrasia carismática bien definida por el tiempo y la geografía interior en que le había tocado formarse, pero también conocía al detalle las normas internacionales de la urbanidad y la educación.

Y la educación, la cortesía y las leyes de la hospitalidad le obligaban, pese a todas las dudas razonables, a ser extremadamente respetuoso con sus invitados.

Al menos mientras hubiera pruebas indiscutibles de que lo fueran.

—Está bien. No os lo ocultaré por más tiempo. La mala noticia primero. Hubo un atentado en la capital, como os había dicho, y alguien importante murió en él. La buena es que el muerto no era el rey sino su doble. Uno de ellos, tiene varios a su disposición, algunos entrenándose al máximo para estar a la altura de las excelencias del original. En fin, prefiero callar por ahora, no quiero que se me acuse de peloteo monárquico ni mucho menos de desvelar secretos de Estado. Ser un delator nunca ha sido mi vocación. Por cierto, se desconoce aún si el comando está compuesto por terroristas separatistas o por radicales islámicos actuando bajo siglas desconocidas. Vosotros sabréis a qué, o con quién, estáis jugando…

—Y dale, qué pesado. Otra vez con lo mismo.

Marta le había echado el brazo a la atractiva húngara por encima de los hombros desnudos y, acercándola hacia sí de manera insinuante, sabiendo que yo no les quitaba el ojo de encima desde hacía unos minutos, la estaba poniendo al día en voz baja, contándole al oído quiénes éramos en realidad y de qué éramos altamente sospechosos a juicio de Amaro.

—De acuerdo, de acuerdo, os creo. No es mi problema, desde luego, no me juego nada ante nadie. No tengo nada que perder tampoco. No es la primera vez que algún criminal perseguido se sienta a mi mesa a compartir mis sencillos recursos. Si os hago una lista podría aburriros, pero en el flanco nacional he tenido albergados a golpistas y a etarras, a grapos y a anarcosindicalistas. No he tenido la suerte, sin embargo, de que se dejara caer por aquí ningún yihadista fugitivo en peregrinación hacia el Magreb. Vosotros, técnicamente hablando, seríais los primeros terroristas de la era digital aterrizados en mis dominios…

—¿Los primeros qué?

Poniéndose en pie de pronto, el cardenal Amaro G. de Luaces, en el ejercicio de sus poderes, decretó con benevolencia la expulsión

inmediata de todas sus pupilas del salón de banquetes.

—Ildi se queda con nosotros.

Marta protestó la arbitraria decisión, esbozando una sonrisa adorable para que yo la admirara todavía más por su valor y convicción. Parecía tener aún mucho que contarle a su nueva cómplice de la ribera izquierda del Danubio.

—Ni hablar, querida. Imposible. Nada de lo que va a tratarse aquí puede llegar a oídos extranjeros y menos si son culpables de connivencia con el invasor étnico.

El gesto dictatorial de su entrecejo y la mirada furibunda de Amaro convencieron a las amigas íntimas de que la separación temporal podría favorecer un reencuentro futuro tan grato o más que el anterior.

—Ahora que estamos solos, al fin, voy a sincerarme con vosotros. ¿Me creerás, amigo Danny, si te digo que en vuestro caso se me hace un lío la clasificación?

—¡Nos ha jodido!

—No, de verdad, amigos. Ando totalmente confundido en este tema. El estado de sitio sigue vigente, ese dato nos ha sido confirmado por diversas fuentes, y el apagón de las telecomunicaciones y la red superficial también. No me preguntéis cómo ni por qué, pero la Internet profunda, con todos sus enredos cibernéticos y algoritmos borrosos, constituye de momento nuestro portal más fiable para obtener información. Haceos una idea de la equívoca situación en que nos encontramos.

—¿Y el personaje real dónde anda ahora, si se puede saber? ¿En el exilio?

—Ésa es la gracia de todo esto. Mira por dónde, amigo Willy. Primero vosotros y ahora él. En tránsito hacia aquí. En menos de una hora, si todo va bien, estará alojado en la finca de refresco que tengo cerca del Tormes. Ya lo he dispuesto todo para el recibimiento. No es la primera vez que viene. Siempre dice que le relaja mucho pasar unas horas de meditación en un lugar tan solitario y apacible, ya lo hacía a menudo siendo príncipe, y con la que está cayendo no me ha extrañado nada la noticia de su visita repentina.

—¿Internet profunda de nuevo?

—No, esta vez fue un mensajero motorizado. Un servicio muy útil en estos casos, donde la tecnología falla, bien porque es interceptada por el enemigo o bloqueada por el aliado en un ataque de celo paranoico. Nunca se sabe, ¿verdad? A veces es difícil distinguir a uno de otro. Los viejos tratados advierten, con abundancia de ejemplos históricos, sobre esta posible confusión. Como nadie los lee, nadie tiene idea de cómo comportarse en circunstancias tan críticas como

éstas. En estos momentos andamos todos un poco a ciegas, la verdad.

—Y qué se supone que tenemos que hacer.

Sentándose de nuevo en su poltrona, sirviéndose una copa del sabroso vino tinto de su propiedad y paladeando a fondo el trago de Cabernet como si fuera en verdad la primera vez que lo gustaba en tan buena compañía, sentenció:

—Qué otra cosa cabe hacer ahora, amigos míos, sino prepararnos todos para la visita regia.

La frente sudorosa, los labios húmedos, la mirada perdida en el infinito.

—Propongo un brindis.

—Venga.

Puesto en pie, ejerciendo con su metro ochenta de estatura y sus ciento veinte kilos de sobrepeso una tiranía metafísica sobre los cuerpos y las almas de su entorno, Amaro G. proclamó sin rebozo:

—¡Por el nuevo rey!

Todos a una, copa en mano, los dos mosqueteros del CNI, Marta y yo mismo, lo acompañamos, puestos en pie, en el brindis protocolario.

—¡Por el nuevo rey!

XX

En el silencio de la noche, una larga limusina blanca avanza veloz por la carretera hacia su oscuro destino.

Seis ocupantes a bordo aparte del misterioso conductor. Cuatro hombres y dos mujeres sentados en la confortable zona de pasajeros, dotada de la más sofisticada tecnología en telecomunicaciones y entretenimientos de alta gama.

Algunos, como Danny y como Willy, habían podido adecentarse y renovar el atuendo, dejando atrás prendas demasiado indecorosas para asistir a la recepción improvisada.

Otros como Marta o como yo mismo, que habíamos tenido tiempo de ducharnos juntos por fin, compartiendo juegos acuáticos y caricias sensuales pero nada más (me impidió penetrarla cuando se lo propuse, rompiendo las reglas), no tuvimos más remedio que conservar nuestras respectivas vestimentas al no encontrar nada especialmente atractivo ni de nuestra talla en el bien surtido vestidor puesto al servicio de sus invitados por el gentil Amaro.

Éste, por su parte, había mudado el disfraz de cardenal, provocativa etiqueta para la velada gótica, por un chaqué de levita

negra y pantalón gris perla de rayas no menos atrevido, con camisa de piqué blanca, chaleco amarillo claro con un plastrón a juego y zapatos de charol, ataviado como si fuera de padrino a una boda real.

Nadie sabe, al principio, adónde mirar sin molestar a nadie. Tanto hay que ocultar a los ojos de los otros. Tanto que descubrir.

Las múltiples pantallas nos lo ponen todo más fácil, de nuevo, con su oferta inagotable de canales vía satélite. Dibujos animados, análisis económicos y gráficas bursátiles, películas clásicas en color y en blanco y negro, noticiarios en riguroso diferido, mapas e imágenes del GPS, documentales sobre asuntos candentes del pasado, videojuegos de última generación, estrenos cinematográficos masivos, deporte de alta competición para todos los gustos, etc.

Una pregunta impertinente desgarra el silencio contemplativo de los viajeros. En boca de Danny.

—¿Es un regalo para él?

Y una respuesta evasiva trata de protegerlo por todos los medios. En boca de Amaro.

—¿Quién? ¿Ildi? No, qué va, por quién me tomas. Además, a él no le van estas cosas. Se conforma con lo que tiene, o eso dice. Cualquiera sabe. En el fondo, todo hombre es un misterio hasta para sí mismo. Mira su padre. Su verdadera vocación era mística. Quería ser monje de clausura y ya ves el resultado. Donjuanismo afrancesado y desperdicio libertino de semen con mujeres de tercera fila, una prodigalidad a todas luces estéril.

Otra pregunta más escueta pero aún más impertinente, como respuesta retórica al estilo pomposo del interrogado. Esta vez en boca del gran Willy.

—¿Y entonces?

La respuesta de Amaro desvela muchas claves a pesar de sus circunloquios y vaguedades.

—¿Entonces qué? ¿Por qué la traigo? ¿Por qué ha venido? Es un amuleto de la suerte. Por lo que pueda pasar. Yo qué sé. Le gusta Martita. Quería venir, tampoco quiero ser desconsiderado. Ya me entiendes, chaval. Y si nos atrae la buena fortuna, mejor que mejor, ¿o te opones a su presencia por algún prejuicio xenófobo o sexual que no acierto a entender?

—No se hable más.

Como se ve, la situación no estaba para discusiones de mucho nivel intelectual. Las expectativas ante lo que podría depararnos el futuro eran tan elevadas, las ideas sobre lo que nos aguardaba de verdad en la finca al borde del afluente mítico tan intensas, y las intenciones del otro tan ambiguas, que el silencio embarazoso era la solución natural a los serios problemas de comunicación por los que atravesaba en esos

instantes el grupo de pasajeros de la limusina.

XXI

Desde detrás de los cristales blindados de la limusina, la noche de autos era más noche que nunca. Sin luna, sin estrellas, sin augurios celestes sobre los acontecimientos en curso. Una cinta continua de negrura interminable.

—Esta chica es un portento, os lo digo yo. Sé de lo que hablo. Ahí donde la veis, amigos, ella es una síntesis genética de los mejores rasgos de las razas eslava y romaní. Ni el más puntero laboratorio de biología molecular de los americanos produciría una recombinación experimental tan perfecta como ésta.

La superdotada Ildikó B., una artista reconocida, según parece, en el bullicioso mundo del nuevo *burlesque* de Budapest, nos deleitaba durante la travesía, para pasmo de Danny y Willy, que abrían la boca embobados para devorar un manjar inmanente que no había sido diseñado para ellos, con un insólito espectáculo de desnudo sedentario.

—Y su historia es heroica, creedme. La rescaté de la cárcel donde esos salvajes fascistas, que aspiran a convertir otra vez el Danubio azul en un río efervescente de sangre, pretendían encerrarla de por vida por un delito étnico atribuido a sus padres, que ya la estaban esperando en prisión, condenados a cadena perpetua. Pagué una fortuna incalculable, sin contar alguna que otra deuda vitalicia con la mafia local, para poder librarla de la condena y sacarla del país sin problemas.

Con ayuda de las manos de Marta, tan diestras como traviesas en la liberación de prendas íntimas, el cuerpazo de la morena Ildi se nos iba manifestando a los presentes, parte a parte, en toda su pureza, como un ente divino atrapado por una maldición gitana, nunca mejor dicho, en carne idealizada de mujer.

Acogida a los límites de la limusina, Ildi mostraba a cuantos querían admirarla, renunciando de antemano al deseo de poseerla, no tocar era su lema prohibitivo, una piel reluciente que encubría pecas y manchas tras una gruesa capa de maquillaje y cremas cosméticas. Y en el torso lucía con descaro, desbordando las grandes copas del sujetador negro de satén hasta la eficaz intervención de Marta, unos globos mamarios enfáticos y sospechosos de tratamiento quirúrgico y hormonal intensivo.

—La grandiosa Ildi es un milagro de la naturaleza. ¿No lo crees así, amigo Axel?

Nuestro supersticioso anfitrión, entre tanto, no abandonaba ni por un momento su sempiterno gesto contra el mal diabólico, manteniendo el signo de los cuernos con las manos alzadas durante todo el viaje, los dedos índice y meñique erguidos como antenas a fin de conjurar las malas influencias.

—Es por simple precaución, amigos. Me protejo como puedo de las malignas apariencias y las seducciones del mundo profano. A mi edad, bien lo sé, perder la cabeza es una catástrofe irreparable. Uno puede no recuperarse nunca de los estragos de la pasión desmedida.

XXII

Como si los dioses enfermos de la intrahistoria gravitaran sobre nuestras cabezas con sus mitos vampíricos, saturados con sangre menstrual de virgen y podredumbre de cadáveres en masa, tuve un repentino arranque de lucidez.

—No entiendo bien por qué, amigo Amaro, pero tengo la desagradable sensación de que usted, por razones que se me escapan hasta el momento, nos la está jugando a base de bien desde el principio.

—¿A vosotros, amigos míos, o al mismísimo Rey del Juego? Haced vuestras apuestas. ¿No es ésa la nueva moda entre la gente civilizada? ¿Reducirlo todo a cuestiones de estadística y probabilidad contables? Creo que ninguno de vosotros, así utilizarais el programa computacional más avanzado en el cálculo de predicciones, adivinaría nunca lo que esta chica tan atractiva está a punto de haceros con mi total consentimiento.

Ejecutando en el asiento reclinable de la limusina una asombrosa contorsión de piernas, torso, abdomen y brazos, la impecable escultura de carne sintética, etiquetada como Ildi sólo para la exportación continental, nos apuntó a todos con una pistola de oro extraída de alguna zona secreta de su cuerpo de muñeca elástica.

La cabeza de la cobra real tatuada en la planicie del vientre con un realismo escalofriante, la cola enroscada protegiendo la cavidad del ombligo como si fuera el nido donde deposita los huevos, pareció erguirse en ese momento ante nosotros con su capucha majestuosa y sus ojos negros tan penetrantes como los grandes colmillos supurando gotas de un veneno lento y letal.

El sudor bañaba los hombros desnudos de Ildi como una coraza de amianto, el tributo del esfuerzo artístico, y un brillo perverso resplandeció en la pintura malva de sus labios de silicona cuando

proclamó, sin alterar la compostura asimétrica de sus facciones:

—Quieto todo el mundo.

Por la suavidad del tono, sonó más a proposición insinuante que a amenaza real en nuestros oídos resabiados. Con todo, Danny y el gran Willy se miraron el uno al otro con perplejidad, repentinamente serios, y miraron a su vez a Marta, sorprendida también, imagino, tanto como yo, a quien ni siquiera se molestaron en mirar de reojo, como si los tres me excluyeran deliberadamente de sus conjeturas y estrategias, del perfecto acento castellano de la alevosa actriz.

—Ya veo que el rey del juego sucio no es otro que usted, Amaro. Un vulgar tahúr.

—No insultes mi inteligencia, amigo Willy. Nos estamos acercando a la finca y conviene prepararse a conciencia. A partir de ahora, haréis todo lo que os diga, sin rechistar. ¿Me habéis entendido? Nadie se sale del guión sin que yo se lo autorice.

XXIII

¿Debo decir que la tensión escandalosa de la pose de Ildi, las piernas extendidas al máximo sobre la negra tapicería del asiento, los pies estirados hasta rozar con la punta de los dedos las puertas laterales, los brazos formando un triángulo rectángulo y las manos magnetizadas en torno al arma dorada con que nos apuntaba a todos y cada uno de nosotros sin despeinarse, mantuvo mi atención en vilo hasta que la limusina se detuvo al fin al llegar a su destino programado?

Eso no era una actuación estelar de cabaret burlesco, ni un arriesgado número acrobático en un circo de minorías sexuales. Era un cambio semántico en toda regla de lo que suponía ser mujer en un contexto social de hegemonía masculina.

—Amigo Axel, como escritor no te creía tan vulnerable a los sinuosos encantos, el poder de metamorfosis y la lengua bífida de la cobra real.

Mientras yo babeaba como un pajillero, lo reconozco avergonzado pero no me arrepiento, ante la estampa musculosa de Ildi, peligrosa y fascinante a partes iguales, Marta, en cambio, ponía auténtica cara de asco y todo en su deseable fisonomía femenina, la nariz respingona, las cejas depiladas hasta la invisibilidad, los ojos ardientes, los labios carnosos, las mejillas redondeadas con delicadeza, no expresaba otra cosa ahora que aversión hacia la pérfida *performer* húngara y quizá

hasta repugnancia por las horas de intimidad compartida con ella en el tocador libertino del sátrapa Amaro G. al mismo tiempo que nosotros, sus verdaderos amigos, padecíamos un cautiverio inicuo en la sórdida mazmorra de su castillo de naipes.

—¿Me permites, Axel, que te dé un consejo antes de morir?

—Eres el dueño de la situación, haz con tu poder lo que te venga en gana.

—Eres un desagradecido y un ingrato, como todos los intelectuales de tu especie. Te estoy ofreciendo un pasaporte de regreso a la vida y aún no te has dado ni cuenta. Los huesos y la carne de la amiga magiar poseen en exclusiva, fíjate bien en lo que te digo, las claves de tu condena y de tu salvación. Al final, serás tu quien elija, desde luego. O eso te dejaremos creer por razones de seguridad.

El misterio femenino, con todas sus promesas de futuro y sus lastres del pasado, se expandía hacia el este y hacia el oeste, simultáneamente, con cada proeza gimnástica de Ildi en el lustroso asiento trasero de la limusina.

La pistola de pequeño calibre entre las grandes manos y el tanga rojo ceñido a la entrepierna eran las únicas señas de identidad que la preservaban por el momento de la violencia del otro.

XXIV

Tenso clima nervioso, al borde de la histeria, entre los seis pasajeros en cuanto nos plantamos frente al portal de acceso a la finca de recreo de Amaro y comienza la cuenta atrás para salir de la limusina.

—Pase lo que pase hoy, siempre le tendré mucho cariño a este lugar.

Todo el plan de acción, tal era su fragilidad, estaba sostenido en una llamada de móvil que podía no producirse y que al final se produjo, saltándose a la torera el impedimento del apagón tecnológico.

Cuando las dudas amenazaban con aumentar la crispación en el interior de la limusina, sonó el politono del iPhone de Ildi, una mazurca de ritmo discotequero, y la esbelta húngara, sin abandonar la postura de extrema tensión en el asiento doble que ocupaba en solitario frente a los demás, se las arregló para atenderlo con la mano izquierda mientras sostenía en la derecha la pistola áurea con que nos apuntaba, recibiendo el primer mensaje sin afectarse, para luego traspasar el teléfono con urgencia, como una obligación o una orden

terminante, a su jefe de campo.

—*El aguilucho se ha posado*.

—*La garduña acecha*.

El intercambio de contraseñas podía recordar los comentarios de la voz superpuesta de uno de los viejos programas televisivos sobre la fauna ibérica tan de moda durante la transición democrática, pero en realidad carecía en tal grado de ingenio onomástico que sólo evocaba la pobreza figurativa y la simpleza simbólica de los heraldos aristocráticos y los linajes dinásticos del medievo.

—Salid de uno en uno sin precipitaros. Que sepáis que nos vigilan desde puntos estratégicos del entorno, así que no hagáis ningún movimiento sospechoso. Al menos hasta que hayamos entrado en la casa y estemos a salvo de las asechanzas.

Todos bajamos enseguida de la limusina, cada uno por la puerta más cercana, excepto la enigmática muñeca magiar.

Con actitud indiferente hacia el destino de sus acompañantes, la gran Ildi depositó la pistola en el asiento y se acomodó mejor en su posición, pegando la espalda por completo al blando respaldo. Estiró entonces las largas piernas en el aire para desentumecerlas, masajeó los muslos con mimo fisioterapéutico y depuso los pies descalzos, de tamaño proporcionado a su elevada estatura, cruzándolos en el asiento frontal al suyo.

Y luego, sabiendo que la estaba mirando, hipnotizado todavía por las contorsiones de la cobra real, recogió entre sus manos la larga melena negra, trasladó el pelo alisado con coquetería al lado izquierdo de su cuerpo desnudo mientras lo enrollaba en una sedosa trenza que abandonó con delicadeza sobre el hombro como si fuera una fusta para depravados.

Se preparaba así para disfrutar de los minutos y quizá horas de soledad y asueto que le aguardaban en un ambiente tan estimulante, con un bar repleto de bebidas a su disposición, un chófer ocioso dispuesto a satisfacer cualquier necesidad íntima de la exótica pasajera y una decena y media de pantallas de televisión encendidas con cientos de canales, juegos y dispositivos de reproducción de vídeo incorporados.

Fui el último de los cinco en abandonar la limusina y por un momento, antes de cerrar la puerta, creí ver que la gran Ildi me dirigía una sonrisa esotérica, como si se despidiera de mí haciéndome saber algo que en ese momento se me escapaba, como era lógico, o comprendería sólo más tarde, cuando todo hubiera acabado.

Como tantas otras cosas, este aspecto especulativo de la vida sigue desconcertándome a mi edad. No es fácil actuar y tener al mismo tiempo una idea consecuente de cómo se interpretarán nuestros actos,

atinados o fallidos, en un futuro impredecible.

XXV

—Nadie habla hasta que yo lo diga. Nadie hace nada hasta que llegue el momento. Tú te vienes conmigo, Martita.

Por razones inexplicables, Amaro G. consideraba que apresar a Marta entre sus grandes garras de oso pardo y mantenerla pegada a su corpachón de hacendado local mientras nos abríamos camino, entre vigilantes de ceño cejijunto y deferentes agentes de seguridad, por una laberíntica serie de pasillos y patios y traspatios, podía invitar a toda clase de interpretaciones equívocas. Al parecer, todas sin excepción le parecían convenientes para el plan trazado.

—Siempre me ha intrigado mucho, lo confieso sin rubor, el punto de vista femenino sobre las cosas. Desde que era un niño anormal y oía con estupor las mordaces opiniones de mi madre sobre la vida hasta hoy mismo en que una putita comecoños y chupapollas como ésta pretende poner fin de una vez, porque le sale de ahí mismo, a un viejísimo problema nacional.

Es verdad que ni Danny ni Willy, al guarecerse tras una pantalla de silencio estratégico que debían de considerar esencial para sus fines, demostraban sentir la menor preocupación por los planes de Amaro ni por su trato discriminatorio a Marta.

Yo fui el único, quizá por ser el novato del grupo, en hacerme cargo de su defensa aunque fuera haciendo el ridículo una vez más.

—Amaro, tómeme a mí en su lugar y deje a la chica en paz. Hasta donde yo sé no le ha hecho nada como para que la maltrate de ese modo abusivo. Trabaja para una agencia gubernamental y no es una terrorista, ¿no se habrá tragado otra vez las calumnias difundidas en la Internet profunda?

Al menos se puede decir que mis ingenuas palabras tuvieron un efecto positivo en el contexto. Danny se volvió justo en ese instante para decirme algo en confianza que quizá llevaba toda la vida esperando escuchar en boca de otro, por lo menos desde que fui a la escuela la primera vez siendo un niño tímido y desmoralizado y me convertí de la noche a la mañana en un alumno superdotado en la historia y la geografía de mi país, un alumno aplicado que era el favorito de sus profesores y profesoras y el blanco preferido de las bromas y agresiones de sus compañeros de clase durante los recreos escasamente recreativos.

—Tío, McClane, te queremos mucho, de verdad, colega, te hemos cogido cantidad de cariño, nos lo hemos pasado en grande contigo hasta ahora, pero ya empiezas a cargarnos con tus ansias de protagonismo y tu visión lineal de las cosas. Por qué no te callas un poco y nos dejas hacer a nuestra manera. Vale ya de gilipolleces, ¿no te parece?

—Hermano, no seas malo con él, ¿no deberíamos darle otra pastillita al nene a ver si se nos tranquiliza un poco? Yo lo veo especialmente nervioso, no sé tú. Tiene como temblores. Creo que se le están pasando los efectos de la última que se tomó.

—Tienes toda la razón, Willy. Ya han pasado muchas horas desde la ingesta anterior. Yo también comienzo a sentir el mono agarrándome a lo bestia por todo el cuerpo. A ver si al final el tío se nos vuelve majareta de verdad, pierde el control de sus actos y la cagamos todos.

—Anda, McClane, acércate, no tengas miedo de mí, no te voy a morder, colega, sólo quiero ofrecerte la nueva dosis de soma embutido en cápsulas de gelatina soluble. A precio de saldo, tío, no sé de qué te quejas tanto.

Así lo hice, como se me ordenaba, con inexplicable mansedumbre. También yo comenzaba a sentirme raro por dentro y por fuera, más cansado de lo normal en mí, como si hubiera envejecido cuarenta años de golpe en un solo minuto de mi vida. Y necesitaba algún estímulo extra para salir de la atonía inducida por la incomodidad de mi papel en el juego.

Sentí escalofríos en la espalda pero no lo achaqué a mi decaído estado de ánimo. La presencia cercana del río Tormes se hacía notar en la refrigerada temperatura de un aire excesivamente puro y saludable.

Nos hallábamos detenidos en un gran patio de aspecto monacal, con columnas románicas de recio fuste y setos frondosos en el perímetro del recinto, fuentes de agua y explanadas de césped en el centro, mirando ahora con asombro el ojo despavorido de la luna en el cielo, perforando la noche de autos con su luz decadente y enfermiza.

Nos habían obligado a esperar aquí. El nuevo rey estaba refrescándose después de un día duro y nos atendería enseguida en los baños romanos que Amaro G., según nos contó con orgullo mientras aguardábamos el permiso para acceder, se había hecho traer en los años setenta, piedra a piedra, desde un remoto villorrio de Cuatropueblos.

—Qué queréis que os diga, amigos míos. Yo no he sabido nunca privarme de nada. Ninguna tentación material me es ajena. Ningún placer ni confort. Moro o cristiano, celta o romano, carolingio o merovingio, americano o sueco. Me da igual. Calidad de vida.

Bienestar espiritual. Ésa es mi fuerza, así no hay quien acabe conmigo.

—Y a mí qué me importa tu rollo anacrónico, franquista de mierda. Mejor no te digo todo lo que pienso de ti, viejo asqueroso.

Marta quizá no fuera del todo consciente de que con sus juicios empeoraba una situación que no podía objetivamente cambiar de signo, por más que lo pretendiera recurriendo a la ayuda de insultos premeditados.

—Si serás puta, Martita. No me malentiendas, cariño. Me encantan las putas. Y tienen todo mi respeto profesional. Los servicios que han prestado a este país y a altas instituciones de este país no han sido todavía justamente reconocidos y recompensados. Ya te digo, gatita. No sé privarme de nada bueno en la vida. Ni siquiera de ti, a pesar de todo.

XXVI

La recepción regia se hacía esperar más de lo deseado y había aún, por lo visto, cierta información que era necesario compartir con urgencia antes de incorporarnos a ella con éxito.

Fuimos a sentarnos en unos bancos situados en la zona exterior del patio central. Amaro arrastró a Marta por el brazo derecho sin permitirle despegarse de él ni un palmo hasta que estuvieron sentados.

—No te apartes de mí, putita, que te conozco las intenciones retozonas.

Danny y Willy se apropiaron del banco más próximo al de ellos y yo me senté en la hierba húmeda, la sentí enseguida infiltrando la tela de los pantalones, en una posición desde la que podía vigilar las vejaciones del viejo libertino a Marta sin sufrir las consecuencias de la mirada ofensiva de ella.

El desprecio de Marta hacia todos nosotros se volvía cada vez más obsceno en sus escasas palabras y en sus gráficos gestos.

—Seamos claros, amigo Amaro.

Era el gran Willy, liderando con valentía la reunión.

—Lo que tú digas, amigo.

—¿Cuántos reyes y ases nos encontraremos en el baño?

—Si estás esperando la mejor jugada de la partida, por lo que me han comunicado, no puedes estar más equivocado.

—¿A saber?

—A lo sumo un rey y un as.

—¿Nada más?

—Por lo que sé, no hay más, ¿te parece poca pesca?

—Veremos.

—El rey es el Rey, sobre esto no cabe duda alguna, y el as, por lo que sé, sólo puede ser de oros, ya me entiendes.

—¿Un banquero? ¿Está totalmente seguro de eso?

—¿Quién sabe? No hay nada seguro en esta vida, amigo Danny. Podría ser el presidente del gobierno, por supuesto, pero no es ésa mi información, qué quieres que te diga. Ya os he dicho antes que el refranero dice blanco cuando quiere decir negro. Y negro cuando quiere decir blanco. Así están las cosas.

—No me fío de usted.

—Haces muy bien. Estás en tu derecho.

La noche se hizo más oscura de pronto, como si alguien hubiera tendido una carpa de lona por encima del patio monástico.

—Menudo mal rollo.

Una nube afilada por las bajas presiones cruzó el cielo rasgando el diámetro de la luna como una tijera de sastre secciona la tela de un vestido femenino más arriba de los muslos.

Marta aprovechó la oportunidad ideal para desasirse de su captor y corrió por el patio sin criterio, cualquier dirección parecía buena para la fuga hasta que se revelaba el error, y luego la vi esfumarse, como si se escondiera a toda prisa detrás de alguna puerta secreta en alguna estancia ilocalizable.

—Puta inmunda. No pienso correr detrás de ti. No vales tanto.

Danny y Willy se habían levantado como activados por un resorte inconsciente y parecían estar a punto de salir tras ella, como dos galgos amaestrados persiguiendo una liebre saltarina en el prado.

—No os molestéis en buscarla, chicos, aparecerá seguro cuando más la necesitemos. Dejadla que se crea libre por un rato. No le vendrá nada mal el paseíllo, por cierto. Que la conozcan un poco antes de la faena.

El tiempo parecía ralentizarse en el patio apacible, como si la armonía artificial de aquellas piedras milenarias invitara a abandonarse a la pasividad y la inercia de la historia.

No eran los falsos hermanos partidarios de tales indolencias. Habían llegado todo lo lejos que se podía llegar tal y como estaban las cosas y no podían permitirse dudar ahora.

Tenían una misión importante, unas instrucciones concretas, una meta al alcance de su voluntad.

El imperativo de la acción se impuso sobre todos nosotros contradiciendo el mandato natural del entorno.

—Pasamos a la Fase 2 del plan C, conforme a lo acordado. Cartas y gestos.

—Lo copio.

—¿Amaro?

—¡Qué remedio!

—¿McClane?

Tenía la boca reseca, como si alguien le hubiera pasado a conciencia el aspirador de saliva por todos los rincones, hasta debajo de la lengua.

—Estoy con vosotros hasta la muerte, pero ni un paso más allá, malditos.

La risa soterrada por mi cita extemporánea distendió las acciones desagradables que siguieron a las órdenes dadas.

Sin oponer resistencia, Amaro permitió que Danny y Willy le ataran las manos a la espalda y lo amordazaran, mientras yo me encargaba de revisar su vestimenta en busca de armas o de algún documento de identificación. Nada de nada. Era un hombre, en apariencia, libre de ataduras significativas.

—No es mala idea cerrarle la boca al colega, así descansamos un rato. No para de hablar, como si le hubieran dado cuerda.

XXVII

No hacía falta ya que nadie viniera a autorizarnos el acceso al lugar.

Amaro conocía de memoria la arquitectura del caserón veraniego y nos supo guiar, más allá del patio de refresco y su hechizo medieval, a la zona apartada de los baños romanos, en la parte de la residencia más próxima al río de aguas tranquilas y caudalosas.

Un largo corredor decorado con azulejos historiados de estilo portugués.

Un desgastado portalón gallego de tres metros por dos, con remaches y aldabones de hierro pintados de negro y dorado.

Llamamos con fuerza desproporcionada y nos respondió desde el otro lado una voz cavernosa, que preguntó la contraseña.

—PHELIPPE AVET.

En cuanto el gran Willy la pronunció sin trabarse la lengua con el latín vulgar, se nos abrieron de inmediato las pesadas jambas, con ruido de mecanismo antiguo, como si nos estuvieran esperando a pesar de todo lo que indicaba que no podía ser así bajo ningún concepto. Ésta era en teoría nuestra única ventaja en el juego.

—Pasen al fondo, caballeros.

La voz nos llegó disminuida por la distancia y al principio no la

reconocí.

El espeso vapor envolvía la atmósfera del lugar en una humedad pegajosa que exigía la desnudez completa para poder soportarla.

Marta había entendido a la perfección la etiqueta indumentaria recomendada por la situación y ahí estaba ella tan campante, sentada y desnuda entre los dos hombres sudorosos que cubrían las partes más expuestas de sus esbeltos cuerpos con grandes toallas blancas y nos miraban sin sorpresa, como si nos conocieran de antiguo.

Viejos camaradas de una etapa olvidada de la vida política o institucional. Viejos cómplices de la cosa pública.

—¡Don Amaro, cuánto gusto volver a verle! Siempre ha sido usted un magnífico anfitrión para todos.

El hombre de la derecha, adherido a la desnudez de Marta como un parásito sexual, como si la coaccionara con su cuerpo más robusto o pretendiera sacar algún partido de esa contigüidad escabrosa de la carne desnuda.

—Es todo tan viejo y al mismo tiempo tan joven en este país. ¿No es delicioso?

La voz inconfundible del hombre sentado a la izquierda de Marta pronunciando con naturalidad su discurso de circunstancias mientras se seca el cogote y la frente húmeda con otra toalla más pequeña del mismo color intachable.

—¿Por qué estropearlo entonces con tonterías?

Así habla el hombre barbudo de actitud inmutable.

Nada logra conmoverlo en apariencia. Ni la carne femenina expuesta con alegría juvenil ante todos esos ojos masculinos cegados por el poder y la ambición ni la piedra arcaica del entorno ni la piscina cuadrada de aguas termales ni el mosaico pompeyano.

Mármoles blancos, como el alma de la nación sobre la que reina desde hace nueve días, recubriendo las paredes y los suelos y los techos del recinto monumental. Un baño romano de calidad imperial. Ningún rey ni emperador divino habría exigido menos de sus súbditos como prueba de admiración o señal de reverencia.

Y él lo sabe. Lo aprendió con honores en las sucesivas academias de prestigio en que se graduó antes de ocupar la majestuosa posición que lo distingue del resto de los mortales. Existen, desde la antigüedad, mecanismos indefinibles que pasan por este despliegue de fasto y ostentación para llegar a la subordinación del juicio o la opinión de los otros. De ahí su silencio inescrutable.

—Su Majestad ha tenido un día muy complicado. Ha debido tomar algunas decisiones desagradables, la verdad. Y querría terminar cuanto antes con esta farsa sobre el enemigo público número uno y relajarse como más le gusta.

—No sé de qué hablan. El único enemigo público que veo aquí es…

—Basta ya de juegos inútiles, ¿qué se han creído? Si liberan al alcalde, tendrán a la chica. Intacta. Total, la pelona no es gran cosa, ni nos vale para nada esta noche.

El viaje de ida de Amaro, desatado y deslenguado al fin, sirve al menos para abrir una puerta de salida en la negociación.

—Desnuda es aún más peligrosa que vestida, lo tengo comprobado.

Sintiéndose reconocido por los superiores en el cargo, Amaro va a sentarse satisfecho entre sus dos salvadores de alcurnia.

Uno es, por su parecido mediático, el nuevo rey de todos los palos de la baraja española y el otro actúa en la partida como lo haría su lugarteniente, sea cual sea el puesto real en la jerarquía o en el escalafón funcionarial. A lo mejor, pienso por un momento, es sólo su masajista privado, un fisioterapeuta de la máxima confianza. Un deportista de élite refugiado en el servicio íntimo del monarca para consolarse como tantos otros colegas por las derrotas internacionales de sus equipos.

El vasallo Amaro los abraza a ambos con empalago cortés y les estampa dos besazos en cada mejilla como doble firma al pie de sendos decretos ley de simpatía y colaboración mutua.

—Es hora de que los caballeros aquí reunidos se desnuden sin pudor del cuerpo.

La adorable Marta camina sin prisa hacia nosotros. Sabe que cuenta con poco tiempo y aun así se lo toma con mucha calma. No tiene miedo. Nunca lo ha tenido. Me consta. Apresúrate despacio no es el lema relojero que todo el mundo cree por ignorancia. Es el nombre de una estrategia guerrera basada en confundir al enemigo con tu torpeza y tu negligencia aparentes.

Tengo tiempo, entre tanto, de volver a sopesar uno por uno los atributos de la singular belleza en movimiento de Marta. Cuando pasa a mi lado sin rozarme, envuelta sólo en leves nubes de vapor, mi estimación no puede ser más elevada. Se me levanta el ánimo recordando nuestros escarceos recientes y casi tengo una erección de nuevo. No podría pagar tanto, sin embargo, por mantenerla a mi lado. No podría pagar todo lo que me piden por su vida.

—Es Él.

Murmura.

—Él

Susurra.

—El Rey.

Anuncia convencida.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien, colegas. Hay que actuar ya o nos liquidan.

XXVIII

Es un duelo a cámara lenta el que se prepara entonces entre las facciones antagónicas.

El duelo romano de los señores y los siervos en el baño del vapor.

Movimientos lentos, ideas lentas, intuiciones violentas.

El duelo a estoque propio de un país con una historia cargante a sus espaldas.

A un lado, los falsos hermanos falansterianos, la falsa agente de la inteligencia nacional y el falso escritor de historietas para inmaduros, congregados en menos de tres metros cuadrados.

Al otro, mucho mejor preparados para la victoria definitiva, el rey de los arcanos menores, el caballo de bastos y el as de oros. Sin descartes posibles.

—Fuera máscaras, caballeros. Ha llegado la hora de la verdad.

La grácil Marta dio el primer paso en la liza abrazándose a mi cuerpo tembloroso y besando mis labios con ternura infinita para luego pronunciar la declaración de amor más perversa de la historia.

—Amor mío, esta vez te abandono para siempre. Estoy segura de que encontrarás a otra que te comprenda mucho mejor que yo. No me das ninguna pena, no creas. Sólo quiero que ahora mismo salgas por esa puerta a toda pastilla y no te vuelvas a mirar atrás oigas lo que oigas, ¿me has entendido, cariño? Nunca te olvidaré, McClane. Aunque no lo parezca, te llevo muy dentro de mí.

Mi amor por las mujeres estaba alcanzando, después de tantos años de tentativas abortadas, un clímax apoteósico. Una vez hubo una, mi madre, que me dio la vida abriéndose de piernas en un quirófano y expulsándome de su seno como a un saco de putrefacción. Siempre quise volver a él y algo me lo impedía cada vez. Mi sueño secreto. Echarme a dormir una siesta eterna en el útero acolchado de una giganta. Ahora otra mujer, mucho más deseable, se abría de piernas para salvarme la vida y quizá muchas otras cosas que aún no era capaz de apreciar en toda su realidad.

—Cabrones, ¿quién de vosotros va a ser el primero en enfrentarse a mí esta noche? Venga, machotes, a ver cuál de los tres toreros tiene más cojones.

Marta estaba decidida a robar a los otros personajes, por la fuerza de sus convicciones y su valor, todo el protagonismo de la escena.

Crucé una mirada rápida con los hermanos tramposos. Danny y Willy no podían dedicarme toda la atención que requería por razones obvias. Supe entender, al menos, que eran conniventes con el programa de evasión de su cómplice y me incitaban con signos sutiles a huir lo antes posible del lugar.

Y el vapor invadía el ámbito de los baños en cantidades industriales, como si alguien oculto en alguna recámara del edificio alimentara la maquinaria teatral que lo producía en exceso para conferirle al duelo en ciernes un aura quizá más legendaria.

Y yo sólo lamentaba perderme los pormenores del acontecimiento en que Marta, violando todas las tradiciones machistas de la historia oficial y la leyenda popular, se transformaría en la heroína épica de una hazaña de consecuencias históricas.

—Sí, por favor, que ese bobo inútil se largue de una puta vez. No lo queremos para nada. No lo necesitamos.

Los dos bandos se habían puesto de acuerdo en dictar mi expulsión acelerada de los baños, con la bendición diplomática del astuto Amaro.

—Salvad al cronista. Sólo él, llegado el momento, estará en condiciones de contar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad de lo sucedido.

Y era el mismo Amaro quien se había puesto en pie para desnudarse nada más comenzar el duelo dramático y ahora caminaba como un bebé gigante, eso parecía el viejo alcalde sin atavío alguno que encubriera su verdadera identidad de criatura embrionaria de una especie animal inclasificable, hacia el centro exacto de la estancia, marcado con una equis de mármol negro, donde Marta lo esperaba desafiante, retándolo con gesto taurino.

—Dime, nenaza, ¿te gusta más ahora tu muñequita folclórica?

Apenas tengo tiempo, atravesando la densa nube de vapor, de ver los cuerpos de Marta y de Amaro fundirse en un abrazo pasional antes de poder traspasar el portalón y buscar protección en el corredor de entrada a los baños.

Diez nueve ocho siete seis cinco cuatro tres dos uno…

XXIX

Cuando suena la tremenda explosión que hace saltar por los aires el portalón y revienta la parte del muro de piedra que lo aseguraba, salgo disparado como un proyectil y estampo mi cuerpo contra la

pared de azulejos, al lado opuesto del corredor.

El estruendo de la detonación logra ensordecerme y aislarme por completo de todo lo que está pasando en el interior de los baños. Quizá sea eso, me digo, lo que me impida oír en toda su magnitud los gritos de terror y los alaridos de dolor que deben de estar profiriendo las víctimas.

Astillados trozos de madera, cascotes arrancados de cuajo y piezas metálicas sin identificar caen como una lluvia persistente sobre mí, tirado boca abajo en el suelo, entre una espesa nube de polvo blanco y de humo negro.

La imagen obsesiva del cuerpo de Marta estallando en pedazos mientras se abraza con fuerza al amorfo tórax de Amaro me provoca náuseas y arcadas.

Abro la boca en vano, sin poder levantarme del suelo, para expulsar jugos gástricos o algunos de los alimentos mal digeridos de la cena. Pero nada sale de ella, por más que lo intento varias veces, a pesar de que siento ardor en el estómago y tengo irritada la garganta, la nariz me escuece y el mal sabor de la bilis inunda mi lengua.

Un ladrillo caído del techo me golpea en la cabeza de pronto y me deja inconsciente por unos minutos.

Todavía atontado logro ponerme en pie con dificultad, compruebo que no hay herida ni sangre palpándome la zona dolorida, y voy dando tumbos cada vez más deprisa, a medida que recupero el control sobre mis extremidades, y abandono la zona devastada por la bomba.

Un hombre pequeño, vestido de un uniforme gris que no soy capaz de reconocer, se interpone en mi camino y no deja de gritarme consignas insignificantes aunque yo las escucho apagadas, como en sordina.

—¿Qué ha pasado aquí? Vamos a ver, hombre, quédese quietecito ahí, no se mueva. ¿Quién coño es usted?

Quería un culpable para lo ocurrido y yo no lo era más que cualquier otro. Me tomó por el brazo con violencia, viendo que me negaba a obedecer sus órdenes estúpidas, y pretendía obligarme a acompañarlo a la zona de los baños, destruida por la explosión, a fin de reconocer los daños materiales y quizá los cadáveres esparcidos entre las ruinas.

Otros hombres uniformados y algunos armados con pistolas pasaban cerca de nosotros en la misma dirección y tuve que golpearlo en la cabeza con el puño para que me soltara de una vez.

Corrí por el patio a toda velocidad, creyendo que el guardián de cara avinagrada me perseguía sin cesar, y tomé el pasillo que, como recordaba, nos había conducido hasta él. Luego me perdí varias veces hasta dar, por fin, con el vestíbulo de la casa y la puerta de salida.

XXX

Salgo al aire libre de la noche, recuperando la respiración en el porche cubierto, y me encuentro de improviso con un tiroteo frenético digno del montaje de una teleserie policial.

Por lo que deduzco a primera vista, la buena gente del pueblo ha acudido en masa para vengar la muerte de Amaro, o para evitarla, en cuanto se difundió la noticia de que su vida estaba seriamente amenazada.

Los campesinos pretenden asaltar la casa, armados con aperos de labranza, garrotes y piedras, mientras una patrulla de los GEOS o los antidisturbios, no los distingo bien en la oscuridad, tratan de repeler el ataque disparando balas de verdad desde posiciones resguardadas en el tejado y en puestos ubicados en las copas de los árboles que circundan la finca.

El estado de confusión es total y, una vez que me repongo del sobresalto, descubro la limusina blanca aparcada a unos cincuenta metros por delante de donde nos había dejado, aguardando aún nuestro regreso, atrapada entre los dos bandos en pugna incivil.

Antes de que pueda pensar en dar un paso en su dirección, la gran Ildi entreabre una de las puertas traseras y me hace señas para que me apresure a entrar.

Corro entonces hacia la limusina, quedando al descubierto, y recibo en plena carrera un fuerte impacto en la parte inferior del costado derecho.

Al principio no puedo saber si es un objeto contundente o una bala de calibre convencional. Sólo sé que el dolor es brutal y casi me tira al suelo de bruces.

Mi mano se impregna de sangre cuando la desplazo a la zona afectada, justo debajo de la última costilla, y compruebo la existencia de un pequeño orificio que sangra en abundancia.

Aguanto como puedo el miedo irracional que se apodera de mí creyendo que la herida es grave.

Estoy algo aturdido, me flojean las piernas, lo achaco a la pérdida de sangre y no al daño emocional causado por el balazo.

Tengo un ataque de pánico imaginando lo que le está pasando por dentro a mi cuerpo.

Violentas palpitaciones en el pecho. El corazón me late a un ritmo endiablado, como si el fin del mundo fuera inminente.

Consigo dar un paso vacilante detrás de otro sin caerme. Tambaleándome llego a la altura de la limusina y me cuelo en su interior, cayendo de mala manera, como un peso muerto, a los pies de Ildi, que sigue descalza.

Se cierra la puerta y la limusina arranca, las recuerdo como acciones simultáneas, aunque no debieron de serlo.

Estaba aterrorizado con la posibilidad de morir desangrado y no prestaba demasiada atención a otros detalles.

En algún momento, Ildi debió de dar la orden al chófer, aunque sólo la recuerdo desgarrándome a toda prisa el polo empapado en sangre para comprobar la importancia de la herida y tranquilizándome con sus acogedoras palabras.

—No te preocupes, Axel. Amaro me ha dado instrucciones para ti. No te vas a morir. Yo me ocupo de todo.

Su español neutro, como el de los dobladores de las películas, me pareció maravilloso en aquellas circunstancias.

Siempre me he sentido atraído por lo extranjero, lo confieso sin orgullo, como forma de rechazo a la ruidosa idiosincrasia nacional. Un reflejo atávico contra la vulgaridad. El resquemor tribal del inconsciente español. En vías de curación. O eso se nos ha hecho creer a todos por conveniencia en estos últimos años.

Ildi había tenido tiempo de vestirse de nuevo durante la espera y me sonreía ahora con alegría inexplicable. Como si, en el fondo, le agradara especialmente el hecho de que yo, de entre todos los demás miembros del grupo, fuera el único que hubiera conseguido sobrevivir a la masacre.

—Amaro no es mala persona. Debes creerme. Yo conozco muy bien a Amaro.

Te creo, Ildi. Y me conviene hacerlo, además. Te creo hasta tal punto que me pongo a llorar enseguida como un niño, como el niño desvalido que fui en otro tiempo cuando tú a lo mejor no soñabas aún con llevar esta vida privilegiada. Me duele mucho el costado izquierdo donde tu mano derecha sujeta una servilleta empapada en vodka produciéndome un gratificante escozor y un frío anestésico a la vez y hundo mi cabeza en tu perfumado regazo, como me pides, sin miedo a las consecuencias.

—Descansa. Lo peor ya ha pasado.

Sí, señoras y señores del jurado, a pesar de todos los pesares, a pesar de todo lo que había visto y oído en los últimos días, no necesitaba abrir los ojos para comprobarlo en el reloj digital de Ildi, en aquel momento de dolor intenso, lloré la muerte de Willy y de Danny, lloré la muerte salvaje de dos jóvenes por quienes sentía simpatía y a quienes creía conocer y me engañaba, como todos, y lloré la muerte injusta de Marta, ésta más todavía, por todo lo que había sentido por ella hasta el momento terrible de la explosión.

Lloré como hacía años que no lo hacía. Tanto tiempo aguantando las lágrimas y las penas. No pude contenerme más.

Fue una catarsis emocional vivida en compañía de una extraña mujer que me acariciaba con cariño impropio, como si me conociera desde siempre, y trataba de calmar mi sufrimiento en lo posible, invitándome a beber a morro de la botella de vodka Absolut con la que ella se estaba emborrachando mientras me desinfectaba la herida.

—Bebe un buen trago, Axel, y tómate la pastilla. Te aliviará el dolor del cuerpo. El otro es incurable.

Vi con asombro que la gran Ildi, con sus ojazos negros de fiera enjaulada, lloraba también sin poder refrenarse mientras sorbía una y otra vez el licor adusto de la boca estilizada de la botella.

Lloraba por mí y lloraba por ella. Lloraba por todos nosotros. Los vivos y los muertos. Lágrimas absolutas. Lágrimas trascendentes. Lágrimas de vodka.

Pensé entonces, no sé por qué, en mi hija Alexandra y hasta en su madre, Elena, el troyano insidioso de mi vida sentimental. Sentí por primera vez haberles fallado a las dos. Tenía la sensación de que, de algún modo secreto, trabajaba para ellas. En nombre de ellas. Todo esto sólo tenía sentido por ellas. Así lo creía.

—¿Adónde me llevas?

—Ya verás. Es una sorpresa.

XXXI

Mientras viajábamos en la limusina hacia una dirección desconocida, con mi cabeza plantada de perfil sobre sus muslos desnudos y su mano derecha sosteniendo todo el tiempo la servilleta vampiro, ebria de sangre y de vodka, que comprimía la herida abierta en mi costado dolorido, la gran Ildi y yo nos entretuvimos viendo vídeos porno en los monitores dispuestos en batería en la parte superior de cada asiento, pensados para satisfacer el ocio pasivo de múltiples ocupantes a la vez.

Un sumario de vídeos digitales en diversos formatos, caseros o profesionales, donde Ildi actuaba como semental superdotado, en su extrema juventud, con grueso pene incorporado a su vida delictiva en los márgenes mafiosos de la ilegalidad, y, tras la costosa operación de cambio de sexo realizada en una siniestra clínica de Belgrado, ejerciendo de muñeca de goma sintética altamente perforable por cualquiera de sus orificios, naturales y artificiales, exhibidos en primerísimo plano en todas las pantallas de televisión y servidores de internet existentes como mercancía asequible a cambio de un salario

de miseria y mezquindad.

—¿Sabes cuál es el mayor problema de los rodajes del porno con tíos?

—Ni idea. ¿La histeria?

—No. El olor. El olor a polla sudada y a semen. Llega a ser asfixiante.

La gran Ildi lucía sus ambiguos encantos en escenarios de grotesca inventiva y nulos recursos visuales, en la mayoría de los casos, que abarcaban la totalidad del abanico sexual de los deseos humanos, desde la práctica más abyecta y minoritaria (zoofilia con caballos y perros) al acto más consensuado y aceptable con un atleta vigoroso en la cama o con una seductora amiga de rostro apolíneo y cuerpo dionisíaco en un jacuzzi de aguas turbulentas.

—Nada es lo que parece, ¿no te parece?

Ella podía decirlo mejor que nadie. Gitana hija única de una madre gitana y un padre eslavo, de origen ucraniano, y transexual consumada, según me contó, con profusión de pormenores familiares y quirúrgicos, durante las horas inciertas de la fuga en la limusina hacia un destino aún más excéntrico que el anterior.

—Eres preciosa y hueles muy bien. Eso es importante en la vida.

Los duros comienzos como actor y actriz de equívoca reputación, las dudas constantes sobre su verdadera identidad, la persecución étnica añadida, la manía paranoica de la raza y el sexo, la necesidad de encubrir sus orígenes en una sociedad xenófoba y reaccionaria como la húngara, la esclavitud del porno y la prostitución como salidas fáciles a todos los problemas de dinero, el cambio de sexo como alternativa aún más rentable, el cabaret burlesco como afirmación artística de una sensibilidad diferente, la devoción por los cuerpos jóvenes de ambos sexos como vicio caro, el vacío afectivo, la carencia de relaciones duraderas.

—Y, al final, todo ese esfuerzo para qué, ¿para emigrar como puta de lujo a un país de gente tan conservadora como éste?

El fracaso ontológico de la criatura de rasgos y gustos bicéfalos. La decepción de siempre ante la imposibilidad de sumar experiencias de una vida no convencional sin pagar un alto precio a medida que pasan los años y el atractivo de la carne se desploma como la cotización en bolsa de los valores financieros. La tristeza y la melancolía de una profesión que los vídeos a veces sublimaban con su estética vistosa de anuncio publicitario y, en otros, sólo conseguían agravar los síntomas con su intolerable sordidez y grosería.

—Has dejado de sangrar. Es una magnífica noticia.

No sabíamos nada sobre lo que había sucedido en los baños romanos de la finca de Amaro. Ni quién había muerto de verdad ni

realmente qué versiones del atentado, oficiales y oficiosas, manejaba la policía y circulaban en los medios de comunicación. El apagón tecnológico persistía como una maldición informativa que desconectaba de la red de libre intercambio a todos y cada uno de los territorios en guerra larvada y los sugestivos vídeos de Ildi, con su carga de inocencia profanada y su ingenua brutalidad genital, eran nuestro único contacto con la realidad de las imágenes de otra gente que no fuéramos sólo nosotros, la enfermera vocacional adicta al vodka sueco y el escritor malherido en estado de profundo abatimiento moral.

El misterioso chófer, otro androide al servicio de Amaro, no contaba en nuestra historia ya que no podíamos verlo, oculto tras el cristal oscuro que separaba la cabina del conductor de la zona de los viajeros, aislado de la locura transitoria de los ocupantes de la limusina que pilotaba con la indiferencia profesional de una máquina programada.

—Ahora tienes que tomarte otra pastilla, Axel. No quiero preocuparte más de lo necesario, pero te está subiendo mucho la fiebre.

Fue entonces, mientras contemplaba hastiado una demostración decadente del vigor viril de la jovencísima Ildi con una pareja de gemelas eslavas, rubias y tetonas, en un engendro titulado en inglés *El unicornio contraataca*, cuando reparé en que había extraviado el móvil y no podía recordar dónde lo había visto por última vez.

Quizá fuera en el hotel de precios astronómicos del capo capitalista Julián del Casal, después del incidente con el televisor explosivo en la suite de las maravillas, o tal vez en la pocilga carcelaria de Amaro G., después de la confusión mental provocada como efecto secundario por el chapucero remake de *Casablanca* producido por el gran Willy con muy bajos presupuestos intelectuales.

O no, quizá hubiera sido unas pocas horas antes, durante el tumultuoso episodio de la explosión en los baños y sus postrimerías. Por un instante, llegué a pensar incluso que alguien implicado en los hechos me lo había robado para suprimir todas las pistas y los contactos, aprovechando la breve pausa en que estuve en la ducha jugueteando con Marta.

Al constatar con desolación la pérdida del único vínculo que me unía a mi vida anterior, me sentí más desorientado que nunca y casi me echo a llorar de nuevo.

—El mismo viejo problema en todas partes. No se puede matar la vida para acabar con el mal, ¿no lo crees así, Axel?

—Amén, Ildi.

La segunda pastilla administrada por Ildi debía de contar entre sus

componentes con algún fármaco somnífero pues poco a poco, ya fuera por la monotonía de los actos obscenos en las diversas pantallas, o por el calor abrasivo del cuerpo de Ildi, causado por la ingesta incesante de vodka y por la revolución permanente de sus hormonas, o como respuesta defensiva del sistema nervioso a la hemorragia y la fiebre alta, sentí que se apoderaban de mi cuerpo un sopor y una lasitud inquietantes.

En algún momento impreciso, perdí el conocimiento y cuando desperté ya no estaba tumbado en la limusina sobre el hospitalario regazo de la gran Ildi.

—Ha tenido usted mucha suerte. Acabo de extraerle la bala del cuerpo y he visto que no hay ningún daño irreparable.

XXXII

Estaba en la caravana de una vieja gitana, tendido en una cama dura como el suelo bajo mis pies, entontecido aún por las pastillas y la fiebre.

—Ande, tómese esto, le hará bien.

La anciana se inclina hacia mí con un tazón humeante de un caldo sabroso, de color verde oscuro y con trozos de alguna carne irreconocible, pollo quizá, flotando en el líquido espeso. Ignoro sus ingredientes pero su efecto sobre mi cuerpo es beneficioso. Lo siento en la cabeza y en los músculos y, sobre todo, en el estado de ánimo. Me siento mucho mejor a medida que pasan las horas y las cualidades del caldo milagroso inundan el torrente sanguíneo y riegan de vigor y energía cada uno de mis miembros maltrechos.

—¿Y la chica? ¿Dónde está la chica?

La gitana me sonríe y se encoge de hombros con picardía. Me explica que me trajo directamente aquí de madrugada. La despertó y le encomendó con insistencia que me cuidara bien. Y luego se marchó en la limusina en que había venido. No hay más que contar. Es extraño pero me da por vomitar a rachas todo el caldo que se alojaba en mi estómago. La vieja esperaba esa reacción negativa al principio del tratamiento y me sirve enseguida otra ración de lo mismo.

—Ahora, dese la vuelta y déjeme hacer.

Como Ildi sabía por experiencia, la vieja gitana se hizo cargo de mí como si fuera el hijo pródigo de la familia, de regreso a una casa que ya no es la suya tras años de destierro por un delito de sangre que nunca cometió.

Lavó la herida con mimo y la desinfectó, le aplicó un emplasto de hierbas olorosas y hojas frescas y luego me vendó el tórax apretando la gasa con fuerza. Sus manos de dedos retorcidos por el reuma crónico me trataron, sin embargo, con una delicadeza médica que no era de este mundo. Quise ponerme en pie y me lo impidió con un gesto categórico en el que no había ninguna muestra de poder.

—Duerma, duerma y mañana hablará con mi marido de todo lo que quiera. Ahora descanse. Es lo único que le hace falta.

La obedecí como los pies obedecen al bailar los mandatos de un ritmo imperioso que les llega a través de los oídos.

El cuerpo pequeño y el rostro angelical de esa mujer castigada por la pobreza y la marginación, no me hacía falta explorar en detalle el contenido y el estado de la caravana o examinar su ropa para saberlo, sólo transmitían paz y calma. Una gran paz y una gran calma.

Esa energía positiva me indujo al sueño de inmediato y en el sueño paradójico acerté a ver cosas sobre mi vida que nunca había visto bajo ese prisma. Como si las volviera a ver desde detrás de alguna pantalla de la mente.

Mi vida era la de otro. Tenía una hermana que no creía conocer. Mis padres me habían ocultado su existencia y ahora el azar me había hecho conocerla. Mi hermana me hizo ver la vida a través de sus ojos y así fue como supe que mis padres no eran tales. Me habían adoptado siendo un bebé y me habían criado sin darme a conocer en ningún momento mi condición de huérfano. En el sueño la orfandad la vivía no como una circunstancia más sino como un desvalimiento esencial, una especie de debilidad anímica que sólo se disipaba en presencia de mi nueva hermana, a la que deseaba con más fuerza que a ninguna otra mujer que hubiera conocido con anterioridad. Ella me explicaba en qué consistía la verdad de nuestra vida. Los dos éramos hijos de un hombre y de una mujer que habían desaparecido de repente por razones oscuras, acusados de terrorismo o de algún otro crimen político, ejecutados ilegalmente o forzados a partir al exilio para no ser asesinados o encarcelados de por vida. Mi hermana y yo habíamos sido entregados en adopción a familias distintas hasta que un día nos conocimos por casualidad y estuvimos a punto de irnos a la cama para follar. Lo deseábamos como locos. Sólo nos detuvo un súbito pudor que en el sueño se confundía con un mensaje cifrado que la boca de alguien deslizaba en el oído de ella en el momento justo y la paralizaba cuando estaba comenzando a desnudarse en mi presencia sin saber todavía que yo era su hermano de sangre.

El olor, el intenso olor fue lo que me despertó y me impidió proseguir con las imágenes de un sueño que me producía fiebre y escalofríos. El olor del recuerdo.

Mentalmente agotado tras una noche intranquila, me desperté para

encontrarme la cara sucia de una niña que me estaba besando reiteradas veces en las mejillas y que se parecía a aquella otra niña que besé en el portal de mi casa cuando era niño, con ocho o nueve años, una graciosa gitanilla vendedora de flores que pasó a mi lado y me sedujo con la fragancia penetrante de su ropa mugrienta. La besé en la boca sabiendo que lo único que perseguía con mi gesto era inhalar hasta bien adentro de los pulmones el olor inconfundible de una raza que me fascinaba de modo secreto.

Aún hoy, treinta y cinco años después de aquella experiencia increíble, persiste en mi recuerdo la singularidad de ese olor que me extrajo mágicamente de la pesadilla incestuosa y me hizo recordar mi condición de herido incurable.

La abuela de la niña, la vieja gitana que me había cuidado antes de dormirme, estaba junto a ella, vigilando mi despertar en la caravana. No sé cuántas horas habían pasado, pero era de noche otra vez.

La anciana lavó la herida de nuevo con agua caliente y la desinfectó con cuidado, me escocía y me administró otra pastilla analgésica con el mismo caldo sabroso y volví a dormirme de nuevo, aunque esta vez no soñé con severas amenazas a mi estabilidad emocional, sino con perros solitarios corriendo por un campo verde sembrado de amapolas y margaritas y con pájaros silenciosos plantados en las ramas de un árbol muy alto hasta que alguien venía a cazarlos y los espantaba con sus disparos y con una biblioteca enorme llena de libros encuadernados en pasta dura cuyos títulos se borraban cada vez que me acercaba a leerlos.

XXXIII

Paso varias noches y varios días bajo el mismo régimen de vida, durmiendo muchas horas y bebiendo y vomitando el caldo en fases alternas. La vieja gitana me dice que estoy curándome por dentro y por fuera. No lo dudo.

Cuando por fin tengo fuerzas para levantarme y mirar por la ventana de la caravana veo un equipo filmando cámara en mano a un hombre viejo sentado en una silla de camping en medio de un prado idílico donde pastan en calma tres o cuatro caballos blancos.

La gitana me dice que han venido a grabar un documental dedicado a su marido, que es un personaje importante, reconocido en todo el mundo por su sabiduría de cosas ocultas que ya casi nadie entiende. Ella es la última de sus mujeres, me cuenta, antes del ataque al corazón tenía cerca de doce y una legión de hijas e hijos. Ahora,

sabiendo que morirá pronto, todos lo han abandonado menos ella. Él quiere morir al otro lado de la frontera, en Santa María del Mar, después de rendir nueva visita al santuario de la virgen negra, así que emprendieron la ruta hace un año, parando cada semana en un emplazamiento distinto, tomándose días y semanas de descanso en su viaje crepuscular. Aquí, en este prado junto a un río sin nombre, llevan acampados cerca de dos meses esperando una señal para proseguir. Viajan con dos hijos menores que conducen las caravanas, sus respectivas mujeres, su marido enfermo y la niña que va con ella. Es su nieta María, tiene once años y es hija de una hija que vive en el extranjero y con la que no se habla desde hace otros tantos años por malentendidos de negocios, y le está enseñando en el camino sus artes de curandera y adivina.

Me da dos tazones seguidos de caldo, uno después de que haya vomitado el otro, y me dice que quiere echarme las cartas en cuanto me sienta mejor. Cada vez que me quita un emplasto de hierbas y hojas la sangre adherida es más roja. Dice que es una buena señal y yo no sé si creerla. Al menos ya no me duele tanto al vomitar como al principio.

Sorprendo una conversación entre la vieja gitana y uno de sus hijos en la puerta de la caravana. A él no logro verlo desde la cama. Sólo lo escucho. Hablan de la gente de la película. No son de la televisión, como creía, sino de una productora de cine. Están haciendo un documental sobre la historia de los gitanos. No parece haberles gustado el tono de las preguntas que le han hecho al patriarca ni la actitud con que lo han tratado durante la filmación de la entrevista. No entiendo cómo los han localizado o si estaba acordado que se encontraran aquí. Le pregunto a la vieja y me cuenta que su hijo Rafael, el mayor, es cantante y guitarrista y tiene agente artístico. Ha sido éste el que ha hecho la negociación. Les han pagado bien, a pesar de todo. Esperan que no les salga caro. Publicidad para el clan. Me guiña un ojo al decir esto. Le pregunto si era ésta la señal que esperaban para reemprender el viaje y me dice que no. Es otra cosa que no me puede decir por ahora.

Hoy han venido a echarlos. La vieja gitana se llama Sara, me entero al fin, lo entiendo como una prueba de confianza hacia mí, y me lo cuenta mientras me sirve el desayuno. Ha venido la guardia civil, una pareja muy joven, chico y chica, muy finos, me dice, muy serios, a comunicarles que el ayuntamiento de la localidad, propietario del prado donde están acampados, les obliga a abandonar esta tierra. Acampar en el prado es ilegal y están contaminando con sus desechos una zona protegida.

Se prepara una gran cacería de nuevo, como hace siglos, me explica la vieja a continuación. Hay un plan en todo el continente para

exterminarlos metiéndolos en campos de concentración y luego separando hombres de mujeres para impedir que se reproduzcan. Ya sucedió en el pasado, la Gran Redada, así la llama sin pizca de ironía, podría pasar otra vez en cualquier momento, según dice. Se consideran el chivo expiatorio de la crisis. Cuando la gente lo pasa mal, la toma con nosotros. Ha sido siempre así. Le pregunto si su marido ha podido decir esto ante las cámaras y me dice que no. Mi marido jamás habla de estas cosas. Él está en otros asuntos. Les han concedido un plazo de setenta y dos horas para abandonar el lugar. Si no, vendrán a echarlos por la fuerza.

La niña María me dice que su abuela Sara está muy enferma pero nadie se da cuenta. Muy enferma por dentro, en sus partes, me dice la niña con mucha seriedad. Un bicho le está comiendo las entrañas y no se lo dice a nadie. La niña dice que sólo ella lo ve. Sus hijos pasan. Sólo piensan en estar con sus mujeres y engañar al viejo, me dice. En qué lo engañan, le pregunto. En cosas de parné, me dice, y en otras que me callo. Creo que le gusto, ahora es ella la que me cura la herida y me cambia el emplasto de hierbas. Está aprendiendo de su abuela, aunque ésta es la que sigue administrándome el caldo mágico. He adelgazado, lo noto. Me siento más ligero. No sé cuánto tiempo llevo aquí pero debo de haber perdido por lo menos diez kilos. Le pregunto la receta y se niega a dármela. Se la pregunto a María, en ausencia de la matriarca Sara, y se niega también. Soy hombre de ciudad y todo este mundo de curanderismo naturista, hierbas medicinales y pócimas milagrosas me resulta sospechoso.

Aún no puedo tenerme en pie por mucho tiempo y me paso sentado o tumbado las horas muertas en la caravana. Mi cabeza está vacía. No puedo concentrarme en nada por más de unos pocos segundos.

Uno de sus hijos menores, Ginés, viene a visitarme. No es el mismo del otro día. Lo sé por la voz. Es muy distinta. Más grave. Tenía muchas ganas de conocerme. Su sobrina le ha debido de contar cosas curiosas sobre mí. No me cubro, aparte del vendaje alrededor del torso no me he puesto nada de ropa desde que llegué aquí y me desnudaron para curarme. A la vieja no le escandaliza verme la polla todo el día y a la niña María tampoco. A ésta creo que hasta le divierte mirármela con curiosidad infantil, como si fuera un animal en el zoo. El tío Ginés, que no tendrá más de veinticinco años, hace un comentario jocoso sobre el tamaño pero tampoco le da mayor importancia. Me pregunta por la herida. Y le cuento lo que puedo contarle. Se interesa por si hay algún delito detrás. Y le digo que no. ¿Alguna noticia?, le pregunto por hablar de algo. Y lo que me cuenta no coincide con nada de lo que esperaba. No parece haber sucedido nada importante desde que me ausenté del mundo real para refugiarme en este campamento

gitano levantado en los confines de la realidad. Nada destacable. Todo sigue igual. La atonía informativa de siempre. El mundo prosigue su predecible curso hacia el abismo sin que nadie se alarme por nada. A mí de todas formas, me dice Ginés, me importa poco, ¿sabe usted? Todo eso de la política, con todo el respeto, me parecen cuentos para payos. ¿Usted cree en los platillos volantes? Yo no creo, ya le digo, yo sé a ciencia cierta, como que los he visto. Ya me entiende. Cuando uno viaja tanto por carretera, de aquí para allá, sin parar, ve muchas cosas, en el cielo y en la tierra, y no todas se pueden explicar con raciocinio. ¿A usted le pasa lo mismo? Yo, a estas alturas, después de lo que he vivido, ya me lo creo todo, Ginés. Y todo me parece posible, en el cielo y en la tierra, como bien dices. Al pie de la letra. Tal cual. Se cree que le estoy tomando el pelo. Percibe la ironía y la interpreta en el mal sentido. Cambia de tema enseguida. A mi hermano Rafael, que es mayor que yo, le gusta cantar, tiene duende y lo hace muy bien, toca la guitarra y tiene su grupo flamenco con el que gana mucho dinero. Haga lo que haga, todo le sale bien. Va de fiesta en fiesta, es muy animado y se lo pasa en grande. A mí también me gustaría saber cantar, pero no me ha llamado Dios por ahí. Qué se le va a hacer. A mí lo que me gusta mucho es el fútbol. Mira, Ginés, de fútbol prefiero ni hablar. Capta la alusión y se ríe abriendo mucho la boca, la dentadura la tiene en ruinas, es una pena, pero no se lo digo. Cuando era un chaval casi ficho por un gran equipo, era bueno como defensa central, pero mi padre se opuso, y ahora me gano la vida en los mercadillos, vendiendo género para señoras. Como mi mujer tiene muy buen gusto y mi hermano pequeño Tomasito y yo buenos contactos en el ramo, todo lo que ponemos a la venta a media mañana ya está vendido. Algunos nos tienen envidia por eso. Qué quiere que le diga. Mala gente la hay en todos sitios. No tiene remedio. ¿Y usted qué hace, por cierto? Tiene pinta de no saber hacer nada en especial. Le cuento cómo me gano la vida y se muere de la risa. Tengo la impresión de que no se lo cree. Se lo noto en la cara. Ve como tenía razón. ¿Eso para qué sirve, vamos a ver? ¿Para que te peguen un tiro en el culo? Mal negocio, ¿no? Desde luego que sí, le digo. Yo también me río pero me duele tanto el costado que voy a tumbarme en el jergón a ver si se me alivia. Perdona, me dice, no te quería molestar, y se marcha de la caravana sin despedirse.

Me hace mucho bien tener conversaciones como ésta. Consigo olvidar por un momento que no consigo recordar de ninguna manera qué ha pasado en realidad. Por qué estoy aquí. Sigo confuso y tampoco estoy seguro de querer saberlo. La idea de convertirme en el hombre que sabía demasiado no me excita de momento. Prefiero vivir en la ignorancia de la ignorancia. Es mucho más cómodo. Luego ya veremos. Por desgracia no hay nada que leer en esta caravana. Ni un

tebeo ni un periódico ni un maldito folleto comercial. Máxima desorientación respecto de todo.

Uno de los principales beneficios de la terapia gitana es haberme liberado por fin de las visiones del trío opresivo alojado en mi teatro mental como una escena recurrente. El doctor Mengele de las jeringas emponzoñadas, el viejo dictador inválido y la enana resentida y cruel como todos los engendros de su especie. Otro aún más importante es haber logrado desengancharme de la adicción a las pastillas rojas con que atenuaba la culpa inconsciente y el pavor al castigo de los tres torturadores en el escenario fantasmático de mi cerebro.

XXXIV

Hoy me siento mucho mejor que nunca. Después de cambiarme el emplasto vegetal por la mañana, la vieja gitana me invita a la mesa de la caravana donde suele comer con su nieta todos los días y me propone leerme el futuro. Me río. ¿Y el pasado? Ése también, descuide. Con mi técnica de lectura, saldrá todo a relucir. Lo bueno y lo malo. Sin excepción.

Cierra las descoloridas cortinas y entorna las persianas para crear un clima propicio a la comunicación espiritual entre ambos. Enciende una vela roja y la pone en el borde de la mesa donde estamos sentados uno enfrente del otro. Me coge las muñecas con fuerza, me coloca las manos con las palmas vueltas hacia arriba sin soltarlas, me pide que las estire todo lo que pueda. Le miro la cara y ella hace lo mismo, clavándome las pupilas de reptil, como una jugadora experta, en el fondo de las mías. ¿A usted le han echado mal de ojo? No sé. Veo algo raro en la mirada. Una sombra. Una mancha. Las líneas de la mano no me dicen nada sobre esto. Están calladas, qué raro. Cierra los ojos y me mantiene agarrado por las muñecas durante diez minutos, preguntándome cada tanto si me duele. No, pero es incómodo. Lo sé, me dice. Es necesario. El río de la sangre habla muy bajito y mis manos lo escuchan.

Con los ojos cerrados, visto desde tan cerca, su rostro se transforma, donde antes sentía paz y amor fluyendo en grandes cantidades ahora percibo una energía oscura que recorre las facciones de un lado a otro y se agita como un parásito atrapado bajo la piel. Es malo, sentencia, soltando las muñecas de golpe. Muy malo, repite. Sé que no bromea. Nada en el timbre de su voz ni en sus gestos transmite otra cosa que gravedad.

Es entonces cuando pasamos a las cartas. El Tarot, el mazo

marsellés. Una de sus versiones menos conocidas. Una tras otra, una batería de cartas cae sobre la mesa recordando los errores de mi pasado. Sara se asusta con lo que le cuentan los Arcanos Mayores, arrojando signos ambiguos sobre todo lo que me ha sucedido. *El Diablo, El Carro, La Fuerza, El Enamorado, La Torre, El Emperador, El Loco, La Muerte*. Los Arcanos Menores, mucho menos vistosos, resultan previsibles y apenas si reclaman su atención. *El As de Oros, El Rey de Oros, El Caballero de Espadas, La Sota de Bastos, El As de Copas*. Muy mala gente con la que usted ha tenido trato perjudicial. Le han hecho perder el rumbo de su vida. Le han engañado y arrastrado con ellos en acciones indebidas. Sostiene la carta de *La Papisa* en la mano derecha y me la muestra. Ésta es una buena carta. Es la mujer sabia que lo ayudó cuando estaba usted en dificultades, ¿a que sí? Y *El Ahorcado*. Mírelo bien, ¿se reconoce? Éste es usted ahora, colgando boca abajo en el vacío. Desnudo, desvalido, vulnerable, víctima del azar de los malos encuentros y las malas relaciones, sin planes ni soluciones para redescubrir el buen camino. Me da más miedo lo que vendrá, le digo. No veo tanto problema ahí, me replica. *La Rueda de la Fortuna* y *El Mundo* se acoplan para devolverle el equilibrio y la estabilidad por un tiempo. *El Sol*, al adentrarse los gemelos sin temor en la casa del Toro, le anuncia bonanza en todos los terrenos si sabe aprovechar sus oportunidades y *El Prestidigitador* de manos alegres simboliza las dos caras reversibles del futuro. El luminoso, el que ocurrirá contra todo pronóstico por su bien, y el tenebroso, el que le tienen programado y usted puede rechazar si lo descubre a tiempo. Mírese bien ahora, éste es usted en el porvenir, cuando recobre *La Fuerza* de decidir por sí solo, y si no es usted, porque aún no esté recuperado por completo del trance en que se encuentra, será alguien muy importante a quien conocerá pronto en alguna parte. Cuando menos lo espere, ahí estará ante usted y sabrá reconocerlo por lo que es.

Me despierto aterido en mitad de la noche y al mirar por la ventana de la caravana he creído ver gente desconocida danzando en el prado a la luz de la luna, cuerpos abrazados y desnudos en las inmediaciones de una enorme pira de fuego y caballos blancos galopando en círculos alrededor de las llamas. Más allá de la gran hoguera distingo la estampa recortada de un toro negro con las astas fosforescentes y las cuatro patas amarradas con sogas. Tres hombres lo vigilan de cerca mientras los demás se divierten bailando y cantando hasta el filo del amanecer. El fulgor de la Vía Láctea en el cielo nocturno baña toda la escena en un aura irreal.

Se lo cuento a la niña María por la mañana temprano, en cuanto entra para cambiarme el emplasto curativo por encargo de la abuela. Le pregunto si han recibido alguna visita esta noche pasada y me dice riéndose que son alucinaciones y que estoy loco de remate. Las hierbas

de la abuela son raras y producen efectos inesperados en las personas si las toman durante mucho tiempo. Y más en un payo, me dice. Sé que me miente, aunque no entiendo por qué. La sonrisa traviesa la delata. Le gusta jugar conmigo y le gusta más aún mentir. Se divierte así en una vida sin demasiados alicientes. Saber mentir es un arte basado en la evolución y la supervivencia. Palabra de prestidigitador. Me están preparando paso a paso para un evento significativo, estoy convencido. Me están poniendo a prueba otra vez. Cuanto más íntimas son nuestras relaciones con la naturaleza, pienso, más nos acercamos a lo sobrenatural. Me gusta mucho cómo hueles, me dice la niña María cuando se despide de mí.

Es la última noche en el campamento, mañana se cumple el plazo que les ha concedido el ayuntamiento de la localidad para despejar el terreno por las buenas, y sabía que esto acabaría sucediendo. La vieja vidente quiere follar conmigo y se me echa encima con intención en cuanto me quita el vendaje y el emplasto maloliente y comprueba que ya no hace falta cambiarlo más. La herida está más que curada y la rugosa ternura de la cicatriz, actuando como fetiche afrodisíaco, vuelve más deseable un cuerpo masculino que conoce de memoria. Está convencida de que mediante sus artes de nigromante aún puede quedarse embarazada y quiere aprovecharse de la deuda simbólica que he contraído con ella por sus cuidados maternales. Y mi recuperación gracias a los mimos perversos de su nieta. Es lógico. Soy la única carne no incestuosa disponible en todo el campamento. La mojama mortecina del marido no cuenta. Follar con momias es para los muertos. Los vivos sólo quieren follar con carne fresca y apetecible. Le digo que está equivocada. Los zombis nada apetecen más que la carne en buen estado de conservación. Comprobado. Me replica que follar con la madre es un segundo nacimiento. Un polvo cabalístico. Ella no dice follar, ella dice copular. El chalaneo simbólico es fácil. Yo le entrego el fuego macho y ella me comunica con la matriz del agua salina. Así habla la rancia hechicera Sara. Con ensalmos y sortilegios sibilinos. Me sorprende la rapidez con que alcanzo la erección. Con la vieja gitana y su lampiño humedal desparramándose a horcajadas sobre mí, apenas remangadas las faldas, nunca usa bragas, asumiendo el esfuerzo espasmódico de consumar una fantasía pueril de olores picantes y deseos edípicos. Y es que la vieja gitana, para arrancarme los últimos ardores libidinales del fondo del alma, se transforma de pronto, mediante ciencias celestinescas que sólo ella conoce, en la niña anónima y mugrienta de mi recuerdo de infancia y en la socarrona niña María, la nieta virgen que experimenta conmigo como con un animal de laboratorio, y luego vuelve a ser la bruja zalamera de siempre, relamiéndose con gusto como si se hubiera tragado un suculento tazón de caldo de los suyos.

Es verdad que la alquimia de la eyaculación, tras semanas de abstinencia, me inyecta en la sangre una sobredosis de energía renovada. Al acabar, en cuanto la matriarca se marcha contenta de la caravana, abandonándome a mi suerte o a mi desgracia, no hay grandes diferencias entre estas dos impostoras, como la gitana me ha enseñado, me considero un hombre nuevo. Renacido.

Que tus caballos tengan larga vida, buen hombre, me dice con cariño al despedirse. No creo que volvamos a vernos.

XXXV

Antes del amanecer, vienen a buscarme con prisa.

La matriarca Sara lo ha ordenado así.

Me envuelvo en la sábana manchada que huele a sudor y a fiebre y a la escasa higiene de una larga convalecencia y salgo de la caravana por primera vez en mucho tiempo.

El segundo hijo, Tomasito, tiene veinte años y es el benjamín de la familia, me acompaña hasta donde está su padre octogenario, Nicolás, aún dormido en la silla plegable de camping de la que la enfermedad terminal le impide despegarse cuando abandona la cama para tomar el aire durante el día, bajo el toldo plantado junto a la mayor de las tres caravanas.

Tomasito me tutea y lo entiendo como una señal amistosa. La vieja hechicera o la niña principiante le han hablado bien de mí.

Trae en la mano un termo de café caliente y me invita a una taza.

—No tengo ganas. Muchas gracias.

Le sirve otra a su padre, para cuando despierte.

—Es curioso. Le gusta el café frío. Puro. Sin leche ni azúcar. A mí me pasa al contrario. Bebo mucho café, todo el día, con mucha leche y mucho azúcar. Y duermo muy poco. Yo creo que son los nervios, que no me dejan vivir.

Tomasito me indica que me siente en el suelo, frente a la silla del viejo Nicolás. Él hace lo mismo, sosteniendo una segunda taza de café humeante en la mano derecha.

—Cuando veo así a Nicolás, tan concentrado en lo suyo, me da por pensar que nos está soñando a todos, que lo está soñando todo, y me da miedo despertarlo no vayamos a desaparecer de buenas a primeras. En cuanto despierta y veo que está bien, que todo sigue igual, pienso lo contrario, que no debería dormirse nunca, que la existencia del mundo y de todos nosotros depende de que mi padre no se duerma

nunca, no cierre los ojos ni se deje ir al otro mundo. Le gustan mucho los sueños. Contarlos y luego interpretarlos. Es un filósofo. A su manera, claro. Cuanto más extraño el sueño más le gusta contarlo y explicar de dónde viene, qué significa, cómo vivir con él. Las pesadillas son otra cosa menos interesante. Mensajes del Diablo, dice, para meternos el miedo en el cuerpo. Obligarnos a vivir en un solo sitio, separados de la vida. El otro día soñó que era un cantautor muy famoso al que decía haber conocido hace mucho tiempo, en Santa María del Mar, durante una de las romerías al santuario de la Tres Madres, cuando aún era joven y ni siquiera pensaba en ser el Rey de los Gitanos. Ya nadie se acuerda de eso. Lo fue por muchos años del clan de los Macías y de algunos otros emparentados, como el de los Ponce. Y enemigos del clan rival de los Vara y los Machuca. A muerte. Los gitanos tienen muchos reyes, casi cada clan tiene uno propio. Mi madre era considerada una reina también, por sus propios méritos. No se lo habrá dicho siquiera, es tan modesta la pobre. Sara y Nicolás, guerreros natos, cada uno a su modo. Ahora los dos están retirados de todos los negocios y peleados con medio mundo. Él tenía diez o doce mujeres y ahora sólo le queda una, la más grande de todas, eso sí. Veintidós hijos y trece hijas y ahora sólo se entiende con Ginés y conmigo y a ratos con Rafael. En la buena época le llamaban el Faraón de la Gente y había que ver, según mi madre, el coraje con que los defendía de los enemigos y los estafadores que querían meterle miedo o engañar a su pueblo. Nicolás era el líder de los chatarreros y los metalúrgicos de la región y lo temían casi más los sindicalistas que los empresarios. Menudo era para negociar con estos ladrones.

El patriarca gitano se despierta del sueño dando un sobresalto en la silla después de emitir un ronquido tremendo, como si las palabras del hijo lo hubieran perturbado.

Los ojos entrecerrados, el labio inferior caído a la izquierda, la boca abierta, las cavidades negras entre los dientes cariados, la baba espumosa empapando la barbilla.

—Se han dicho muchas tonterías sobre nosotros y muy pocas verdades.

El rostro reseco y curtido como el cuero de Nicolás se contorsiona con gestos grotescos al hilo intermitente de las palabras susurradas desde el otro lado de la realidad.

—Que si éramos bohemios y viciosos, naturalistas, bandoleros, alcahuetes, borrachos, juerguistas, aliados de los vampiros, ladrones de niños, raptores de mujeres, contrabandistas, lunáticos, traidores, caníbales. Íbamos por el mundo vagando sin ton ni son, echando maldiciones a la gente y revelando profecías sobre el falso porvenir con naipes grasientos. Mentiras interesadas. Verdades a medias. Infundios. Calumnias.

Habla como un oráculo telepático, estableciendo conexión directa con una divinidad innombrable que lo encarna todo en un solo ente, pasiva base de datos universales y activa fuente de información al mismo tiempo.

No tengo, sin embargo, la impresión de que sea plenamente consciente de mi presencia, aunque por momentos parece que se dirige a mí en exclusiva, como si intuyera la proximidad del extraño y quisiera reclamar su atención.

—Uno de sus genios nacionales se atrevió a insultarnos diciendo que éramos un pueblo que parecía libre y que no lo era porque nos dominaban siglos de tradición. Como si eso fuera malo. Una forma de destino milenario. Nuestra raza representa el espíritu de algo que los seres humanos perdieron para siempre en tiempos remotos, antes del Diluvio, cuando aún no eran humanos del todo y habitantes venidos de otros planetas y animales descomunales amenazaban su existencia. Criaturas en mutación, eligieron agruparse para no perecer y fundaron ciudades infernales en las que se engendraron todos los males del alma y del cuerpo. Y nosotros se lo recordamos y nos odian por eso. Un odio cerval. Amor y odio están estrechamente relacionados, mucho más de lo que creen los cristianos.

Mientras declina sílaba a sílaba la apología de su raza se le ve ir y volver del sueño, abrir y cerrar los ojos, ralentizar la articulación de las palabras y acelerarla al despertar de nuevo, como si su discurso se alimentara de los tesoros ancestrales que encuentra escondidos bajo las imágenes que atraviesan su cerebro a gran velocidad durante la fase más activa del sueño.

—La única verdad es ésta. Nosotros somos como la vida. El ruido y la agitación constante representan la auténtica vida. Escuche nuestra música, explore nuestras artes, húndase en nuestros catres. Las bandas de gitanos merodeando por los meandros de la historia sabían eso. Que su agitación era el ansia genuina por expandirse del protoplasma originario. El movimiento errante que había arrastrado a la vida fuera del mar hacia tierra firme. La inquietud del espacio abierto, el contacto con el exterior, el itinerario de la tierra inestable, el trayecto sin límites, la ciencia ambulante del territorio que se crea al viajar por él. Los nómadas somos las únicas criaturas terrestres que seguimos agitándonos como en el temblor original, el primer día de la creación, en la charca primigenia, yendo de aquí para allá, andando y desandando los caminos del mundo y los túneles del submundo sin otro propósito que mantenernos en movimiento perpetuo. Sin destino ni fin. A imitación de la vida misma. Ésa es la religión primaria, la más antigua, la tradición primordial.

En la última enumeración de conceptos se le veía vencido por el misterioso poder que lo reclamaba desde un espacio ubicado más allá

del tiempo. El peso del letargo le aplastaba los labios de tal modo que ya no tenía fuerzas para vocalizar. Hasta que el silencio y la inmovilidad volvieron a dominar sus gestos por completo. Dormía otra vez. Recuperando energías para el largo viaje onírico.

Tras años de adiestramiento, la enfermedad mortal le había permitido acceder a las potencias oscuras del inconsciente colectivo. Podía traducirlas en ideas y frases comprensibles por todos. Cada migaja de conocimiento que lograba transmitir con sus palabras, arrancándolas del fondo del abismo peligroso, era preciosa. Una semilla de luz incandescente germinando en mitad de la noche.

—Y ahora qué va a pasar, sí, qué nos aguarda a los pobres vivientes… Sólo quien no tenga una lengua a la que llamar propia podrá hablar con claridad a la gente… Ha llegado el fin de los tiempos… El caos repta… Lo blanco es negro… Lo negro es blanco… Arriba es abajo… Todo el mundo vive en soledad… La compañía es engañosa… La noche se hace eterna… Llega Camelot… Llega el Dolor… Llega la Caballería del Llanto… Llega el Rey de las Lágrimas… Llega el Duelo Interminable…

XXXVI

Con un gesto de relajación, el patriarca gitano comienza entonces, para conjurar la influencia de la tenebrosa profecía recién proferida, a cantar en voz baja, sin alzar los párpados, musitando vocablos ininteligibles al principio y frases íntegras hasta alcanzar una frecuencia segura de transmisión en la lengua original que no reconozco hasta mucho después de acabada la experiencia irrepetible.

—*Tu papá es un fuera de la ley y un vendedor ambulante. Te enseñará a coger y escoger y a lanzar el cuchillo. Él vigila su reino, así ningún extraño se entromete… Tu hermana ve el porvenir, como tu mamá y tú…*

—Cuando se pone en este plan, de verdad que no lo soporto. Se hace la ilusión de que cantando este tipo de canciones puede recuperar la juventud y lo único que consigue es convertirse en un fantoche patético. Mira que se lo hemos dicho veces y nada, ni caso. Yo creo que lo hace aposta. Para reírse de nosotros. O para que no lo tomemos en serio. Como un triste bufón. A su edad, todo le importa un carajo. Y mucho más sabiendo que morirá pronto.

—*Nunca aprendiste a leer y a escribir, no hay libros en tu estantería. Y tu placer no conoce límites. Tu voz es como la alondra. Pero tu corazón es como el océano, misterioso y oscuro…*

Una mosca gorda, con el tórax de un verde metálico y los ojos

redondos como dos globos rojos, viene a posarse sobre la frente reseca de Nicolás y luego desciende por la rampa de la nariz con intención de llegar al orificio de la boca y quizá colarse dentro para explorar el cuerpo enfermo del anfitrión en busca de un buen lugar donde depositar los huevos. Tomasito la captura empleando sus manos con agilidad increíble cuando la mosca se aproximaba al labio superior del patriarca, la mantiene prisionera entre las palmas unidas durante unos segundos y la vuelve a soltar en el aire poco después, negándose a matarla. Como un dios benévolo.

—Es hora de dejarlo a solas con sus locuras, ¿no te parece?

—Si tú lo dices. Me he quedado con ganas de escucharlo un poco más.

Abochornado por la actitud senil del patriarca, Tomasito me conmina a levantarme del suelo, donde he permanecido sin moverme, sintiéndome hechizado por sus palabras, mientras Nicolás desgranaba los extraños principios de su filosofía de vida, y acompañarlo al río de aguas plateadas que nos invita con su imagen de frescor desde la lejanía bucólica del prado.

—No te hagas ideas raras sobre Nicolás por estas cosas. Mi padre es muy pulcro, ¿sabes? Después de cada sesión me obliga a cambiarle el pañal que lleva puesto todo el rato para no mancharse los pantalones. Yo no sé por qué, pero en cada sesión de éstas se le abre el culo y se lo hace encima sin que nadie se entere. No tiene relación alguna con la enfermedad, no creas. Pienso que la diarrea se la provocan las cosas raras que ve en los sueños. Cuando acabe vendré a limpiarlo antes de que lo haga mi madre y se enfade conmigo otra vez.

Tomasito y yo caminamos juntos por la senda de la arboleda frondosa que custodia el cauce del río y nos impresiona el silencio sobrecogedor del lugar a mediodía.

—Recuerdo lo que me dijo una vez para regañarme cuando yo era un niño malo que no hacía más que diabluras y gamberradas: *Cada vez que el Rey del Mundo reza por el destino de los pueblos de la tierra en el palacio subterráneo de Agartha se hace el silencio en el mundo*. Decía que lo había leído en algún libro de los que guarda en su biblioteca, aunque nunca entendí a qué venía decirme esto en aquel momento, ¿tú lo entiendes?

—¿Es alguna clase de adivinanza?

Al llegar a la orilla pedregosa, Tomasito y yo nos separamos con un efusivo apretón de manos.

El hijo menor del Rey de los Gitanos pretende pescar un poco más abajo en la ribera, donde hay un recodo rocoso que favorece que las grandes truchas se dejen engañar más fácilmente por sus primitivos trucos y artimañas.

—Si tengo suerte, será nuestro almuerzo de despedida. Partimos al atardecer.

Y yo aprovecho mientras tanto para darme un baño lustral en una zona umbría tomada al asalto por las ranas, los mosquitos y los escarabajos.

Al sumergirme, la cicatriz en el costado derecho me duele como un nuevo órgano de percepción extrasensorial implantado en la piel para comunicarme asiduamente con los espíritus de los muertos, pero siento que el frío intenso del agua diáfana de la montaña la tonifica y cura. También a mi cerebro.

Me acuerdo enseguida de otra sublime canción de Dylan. Y mientras mi cuerpo apenas repuesto resiste los lengüetazos y las mordeduras de la poderosa corriente, las embestidas de un torrente de lágrimas chocando contra mi torso desnudo, trato en vano de cantarla imitando lo inimitable. El rasgueo de la guitarra acústica, el desgarro de la voz y la chirriante oxidación de los sonidos en la garganta del cantante americano.

—*Vuelve a ver al gitano. Puede hacerte avanzar, apartarte de tu miedo, llevarte a través del espejo*…

Al otro lado del río, a la sombra de los árboles y escondida entre las ramas tupidas, descubro a una joven de largo pelo negro mirándome con curiosidad. Sorprendida quizá por mi presencia ruidosa en el entorno y por la alegría salvaje que expresan mis cánticos y chapoteos.

Está desnuda y no se oculta cuando se planta en la orilla con naturalidad. Su carne es abundante, pecho opulento, vientre abombado, muslos rollizos. Un parche piloso en la entrepierna como signo rústico de fertilidad.

Se acerca al filo del agua con precaución, paso a paso, como si no supiera nadar, moja primero la punta de los pies y luego se adentra, sin prisa, hasta las rodillas.

Nos miramos con interés desde la distancia y le hago señas para que nade sin miedo hasta la mitad del río donde nos podríamos encontrar.

Antes de sumergirse por entero, la bañista me dirige un ambiguo gesto con la mano izquierda, como un amago de despedida.

Una vez que se hunde, no vuelvo a verla salir a la superficie. El río se la ha tragado sin escándalo. Estoy desconcertado y no acierto a reaccionar a tiempo, paralizado por la certeza de que en mi estado no podría salvarla.

Horas después, vestido con la ropa que me han prestado los dos hermanos, Ginés y Tomasito, una camisa de algodón a rayas horizontales azules y blancas y un vaquero negro ajustado y unos

mocasines marrones, estoy otra vez tirado en la hierba bajo el toldo miserable, frente al Rey de los Gitanos, aguardando en balde alguna revelación de última hora sobre el destino inminente del mundo.

XXXVII

Mira quién aparece ahora donde menos se le espera.

El Rey de Roma.

Abrazado a la esbelta actriz húngara como una hiedra venenosa al tronco de un roble rebosante de salud.

—¿Amaro?

—El mismo que viste y calza, amigo Axel.

Revestido de impecables galas militares y condecorado como un mariscal de campo el día de la rendición del ejército enemigo.

—Pero si yo creía que…

—Habladurías. No hagas caso de todo lo que oyes. Todo está en orden al fin. Mi trabajo me ha costado.

—En cierta manera, no sabe cuánto me alegro.

—No veo por qué. No te entiendo. Eres un gran enigma para mí, Axel.

El Rey de los Gitanos emite un ronquido feroz desde su morada en el más allá que consigue sobresaltar a Amaro G. con su truculencia de animal enjaulado entre barrotes de cristal. Y a mí, sentado a sus pies como un seguidor fiel, me hace concebir falsas esperanzas de que el patriarca Nicolás entreabra los labios otra vez y agite la lengua aunque sea para proclamar perogrulladas y rebatir evidencias. O, simplemente, canturrear una bonita canción del pasado.

—Te veo fascinado con este gandul. Si sólo dice sandeces, por favor. Nunca creí una palabra de sus cuentos de chamán de tres al cuarto. Es un farsante, como toda la gente de la farándula. Yo también tengo mis historias de fantasmas. En mi vida me han dado por muerto al menos dos veces. Y las dos llegaron a enterrarme. En el panteón monumental de la familia Luaces. Qué juergas se corren algunos muertos ilustres a nuestra costa. No lo sabes tú bien, amigo Axel. Mis antepasados los primeros. Ni te imaginas hasta dónde son capaces de llegar en sus ansias inmortales de placer. Todo lo que se privaron de hacer en vida quieren cobrárselo con creces una vez muertos. El desenfreno es tremendo.

—Es usted un as, don Amaro. Si me permite que se lo diga.

—Yo, querida Ildi, como sabes de sobra, te lo permito todo. Hasta

la traición. Siempre tengo un as en la manga, es cierto, a buen resguardo, por lo que pueda pasar, ya me conoces. Mi tercer apellido es Quiñones, aunque nunca lo uso en público. Me encanta disimular la parte maldita de mis orígenes familiares.

Como es una coqueta integral, la gran Ildi, muerta de risa, se tapa la cara con las manos para que sus admiradores no se la veamos deformada por las muecas y aprovecho el revuelo momentáneo para mirarla de arriba abajo y de abajo arriba, tantas veces como quiero, en un plano contrapicado que realza la silueta voluptuosa envuelta para regalo en un vestido de Dior de terciopelo color lapislázuli.

—En la primera ocasión creí despertar en el infierno pagano, rodeado de figuras masculinas desnudas y sudorosas, como en una sauna para maricones. Eran los condenados del mundo antiguo y se lo pasaban en grande exhibiendo los cuerpos ante los otros y alardeando hora tras hora de las proezas heroicas que habían protagonizado en vida, no sé si me entiendes, yo no pintaba nada allí, francamente, no era mi ambiente…

Me guiña el ojo izquierdo sin motivo al deslizar este último comentario. No sé qué clase de insinuación malintencionada me dirige, con sorna apenas encubierta. No creo ser sospechoso de ciertos hábitos antaño perseguidos como vicios. Aunque quizá el objetivo de su sarcasmo sea, más bien, la cultura humanista de la que me considera miembro de pleno derecho. Nunca se sabe con el paradójico Amaro.

—Esa vez logré salir del panteón por mi propio pie, con la dignidad intacta de un caballero cristiano de la vieja estirpe. La segunda fue más grave y peligrosa. No podía abrir el ataúd. Como si supiera que volvería a resucitar sin falta, alguien muy cercano se había tomado la molestia de asegurar a conciencia los cierres de la caja. Estuve horas gritando y aporreando la tapa hasta que un jardinero del cementerio oyó los ruidos y acudió en mi ayuda. Me pasé una semana entera recuperándome del susto a todo plan en una clínica privada de la capital. No te cuento cómo fue aquello. Una fiesta. Qué enfermeras más guapas. Qué rehabilitación. Qué cuidados. Qué masajes intensivos. En fin. Casi tan bien como tú aquí, por cierto, con la familia gitana, los Macías, olé, amigo Axel.

—Se hace lo que se puede. No puedo quejarme. He aprendido mucho de ellos.

—No insultes mi inteligencia, por lo que más quieras. Te diré una verdad absoluta sobre mis experiencias en el otro barrio. Ninguna de esas dos veces que gusté la bilis del tránsito sentí que la muerte fuera otra cosa que una triste patraña. Una desoladora ilusión para memos y tarados. ¿Qué es nuestra vida sino eso y sólo eso? Fábula y chiste, juego fugaz y apariencia crasa.

—Por lo que veo, Amaro, milita usted en la escuela filosófica de los desengañados y los amargados. No me esperaba esta segunda jugada de su parte.

—Es ley del juego, amigo mío. Uno tiene sus polaridades fatales, sus oscilaciones afectivas, sus descartes errados. Qué se le va a hacer. No todo va a ser perfección y carisma hasta la sepultura. Claro que, en mi caso, tal vez a la tercera vaya la vencida. Quién sabe. Tengo que estar preparado.

En su atrevimiento divino, la gran Ildi, envalentonada por las consignas estoicas del maestro, se coloca justo detrás de la silla plegable del Rey de los Gitanos, toma su pequeña cabeza entre las grandes manos de dedos largos y suaves, conozco y reconozco su efectividad, la he padecido en mi carne como un suplicio delicioso, y ha comenzado a masajearla con mimo y celo infinitos desde la barbilla babeante hasta la coronilla despoblada.

—Qué piel más dura. Qué cabeza más redonda. Qué orejas más pequeñas.

—Son para sentirte mejor, cariño.

Cada uno en su posición, Amaro de pie y yo sentado en el suelo, nos quedamos los dos hipnotizados con las manipulaciones manuales de la transexual húngara en el occipucio del patriarca Nicolás y el ritmo pausado e intensivo de las mismas. Demasiado pausado, demasiado intensivo y exasperante para mi gusto. Temo por un momento que su vida corra peligro. Podría romperle el cuello sin querer, como un pajarillo atrapado entre los dedos de un niño epiléptico.

—No pensará matarlo, ¿verdad?

—Por quién nos tomas de nuevo, amigo Axel. Qué ganaríamos con ello. Por favor, cálmate. No somos asesinos. Nadie saldrá lastimado de aquí. Ni va a pasar nada en absoluto que tú no hayas deseado previamente. A ver si te pones pronto de acuerdo contigo mismo y podemos hablar de cosas serias.

Me sentía avergonzado. Me sentía abrumado. Me sentía enfadado. Pero hubiera dado lo que fuera por ofrendar mi cabeza cansada y mi cuerpo maltrecho a esas manos artesanales que estrujaban ahora la reblandecida cabeza del Rey de los Gitanos como un balón de playa.

—Ejem, cambiando de asunto, Axel, ¿no me dirás que no te gusta lo que te he preparado?

—Muy instructivo, desde luego. Así que todo esto no era más que un simulacro.

—¿Qué esperabas, por Dios? ¿Sacrificios humanos en la Puerta del Sol? ¿Masacres étnicas en las islas menores? ¿Te parece poco el espectáculo que hemos organizado en tu honor? Y, por cierto, de

simulacro nada, ese tono despectivo no te lo pienso permitir bajo ningún concepto. Realidad y nada más que realidad. En un estado de pureza quizá intolerable, como algunas drogas. Ese punto te lo concedo, desde luego. El caso es que se ha derramado excesiva sangre, ya conoces mis gustos sobre el particular, y los culpables, llegado el momento, tendrán que ser castigados de manera ejemplar.

—Han hecho creer a todo el mundo que el Rey había sido asesinado y sólo era un doble.

—Bueno, en realidad dos. No te olvides del último, el pobre, el mejor de todos, tú fuiste testigo privilegiado de su inmolación. Nos hemos quedado sin recambio. Esperemos no necesitar a ninguno durante una buena temporada.

Capté de pronto el gesto cínico en la cara amorfa de Amaro, la suficiencia del manipulador inveterado, el brillo depredador en los ojos de los jugadores profesionales. Y no pude reprimirme por más tiempo.

—Lo han tapado todo, ¿verdad? Eso es lo que han hecho. Ya lo entiendo. Se creen muy listos. Lo han tapado con vergüenza, hijos de…

—Tranquilo, Axel. No digas insensateces.

—Así que ahora tenemos a un doble como jefe de Estado. Cuántas veces más ha ocurrido esto antes, eh, dígamelo. ¿Cuántas?

—Ay, Axel, no seas paranoico, por favor. Ya veo que el síndrome de la hermanita desaparecida en la cuna del hospital te hace ver la realidad como si fuera una conspiración.

—¿Cómo coño sabe usted lo de mi hermana, si yo acabo de descubrirlo? Qué más sabe usted que yo no sepa.

—Yo no sé gran cosa, hombre, no exageres. Eso debió de sucederte en otra vida. No te alarmes por tan poco. Un falso recuerdo. Vivimos tantas vidas al mismo tiempo, es muy fácil confundirse, ¿no lo crees así? Yo ya he consumido dos, como acabo de contarte. Y reconozco no sentir ningún vértigo al pensar en cuántas me quedan todavía por vivir.

—Dígame de una maldita vez lo que sabe, Amaro, y no me maree más con sus rodeos.

—Mejor lo dejamos por hoy, amigo Axel. Son demasiadas revelaciones para un solo día, ¿no crees? No seas ambicioso. No quieras saberlo todo de golpe, no te conviene. Relájate, amigo mío. Se te ve muy alterado con la noticia. Me temo que tu cerebro vaya a sufrir una sobrecarga emocional y un colapso nervioso al mismo tiempo. Y no es para menos.

—La gente como usted me da mucho miedo. Miedo y asco.

La gran Ildi logra culminar su masaje capital sin que Nicolás se

despierte. El monólogo de la mañana debió de agotarlo. El patriarca gitano no tiene mucho más que comunicarme. Por lo visto, ya sé todo lo que necesito saber.

—Le ha hecho algo malo, ¿verdad? Por eso está así.

—¿Así cómo?

—Apagado. Inerte. Como en un coma inducido.

—¿Es una broma? No me vengas otra vez con esa mierda, hombre. Y si es un chiste fácil que sepas que no tiene ninguna gracia. Por favor, si no te ha hecho nada que tu mujer o cualquiera de tus hijos, llegado el caso, no te hubieran hecho también. No sé cómo te lo voy a decir para que me entiendas, amigo Axel.

Miro por un momento mis manos y las encuentro sucias de una complicidad indefinible. Y las uñas mugrientas y renegridas, como si hubiera escarbado como un perro para desenterrar un cadáver. Tirado en el suelo, apartando las moscas que rondaban desde el mediodía la cabeza del patriarca, debo de haberlas restregado más de la cuenta contra la tierra húmeda y la hierba fresca del prado.

Me levanto de un salto, estiro las piernas, conjuro los cosquilleos, los calambres, y me aproximo con cautela a la órbita absorbente de Amaro al tiempo que lo hace Ildi, cada uno desde un ángulo distinto.

Ella se oculta, para protegerse de mi acoso visual, detrás del corpachón de Amaro y rodea con los brazos la cintura de éste y posa las palmas de sus manos sobre la barriga rechoncha, rozando con las largas uñas postizas de tono carmesí la hebilla de oro del cinturón protocolario.

Con cierta envidia, yo me sitúo enfrente, a tan sólo un metro de ambos.

La cabeza indolente de Ildi reposa sobre el hombro izquierdo de Amaro, adosada a la base del cuello, procurándole cada tanto besos tenues en la papada de sapo.

Los ojos negros de la cobra real me miran ahora, entre beso y beso, con expresión apática y su boca de labios artificiales me sonríe como una Mona Lisa demente.

Mientras hablamos eludo la mirada de Ildi en lo posible y sólo tengo ojos para sus manos hiperactivas. Ya no confío en ellas como lo hice en el pasado.

—De todos modos, hay algo en todo esto que no me encaja. ¿Era necesario llegar tan lejos?

—No lo dudes un minuto, amigo Axel. En este país cada vez que las cosas están revueltas hay que organizar algo fuerte para que sirva de revulsivo. Un golpe de Estado, una guerra civil, una noche electoral turbulenta, unos atentados sangrientos, cualquier montaje político, todo vale. Por lo que sea, no me preguntes por qué, lo nuestro es el

desfile, los pasos, las procesiones, las corridas, las marchas, los juegos medievales, las grandes paradas. La catarsis. En plan bestia. El caso es liberar energías negativas, despejar la cabeza y volver al trabajo duro cuanto antes. España lo merece todo. Es un país viejo y lleno de gente muy vieja, viejos valores, viejas mitologías, no pretendas cambiar las cosas de un día para otro. Ellos mandan. Nosotros obedecemos. Y el resto es pura apariencia. Embelecos para turistas y gacetilleros. Ya te lo he dicho antes y te lo confirmo otra vez.

Fue entonces cuando, indignado por sus mendaces palabras, sentí unas ganas locas de matarlo. Por primera vez en mi vida deseo con todas mis fuerzas la muerte de alguien. Ejecutarla limpiamente, sin sentencia condenatoria ni juicio previo. Saltarle encima de improviso y machacarle el cráneo a golpes con un pedrusco, o estrangularlo con mis manos desnudas. Pero no soy capaz. Mi odio no es tan grande. No creo en la venganza ni en la revancha. Me falta convicción. Y me resigno a la impotencia de mi clase. La pasividad de mi carácter. Mi profunda cobardía moral.

—Es usted un impresentable. Un impresentable no, lo siguiente.

—Si tú lo dices, señor escritor.

Tuve ganas de escupirle en la cara pero tenía la boca demasiado seca, como si el aspirador de saliva me hubiera jugado de nuevo una mala pasada.

—No paro de pensar en Danny y en Willy. Víctimas de su ingenuidad…

—Basta de tonterías, hombre. No entiendes nada. Parece mentira. Los dos jóvenes agentes estaban convencidos de la necesidad del sacrificio. No eran inocentes. Por eso se comportaron como se comportaron, engañando a todo el mundo sobre su verdadera intención. Ella era el principal problema. La putita esa de la que tú te habías prendado como un quinceañero. Era ridículo, si me lo permites. Totalmente inadecuado. Una buena paja a tiempo, como mandan los cánones, y se acabaron las fantasías. Traté de avisarles por todos los medios a mi alcance, pero no pareció importarles en absoluto. Habían decidido entregar sus vidas por una causa superior. Desde ese punto de vista, ninguna objeción. Allá cada cual con sus desvaríos. Tienen todo mi respeto. Y tendrán su indemnización íntegra. Es un trato justo, ¿no te parece?

—No me convence, aquí hay mucho más de lo que usted dice.

—Eso seguro, amigo Axel. Siempre lo hay, no me seas obtuso, por favor. No te pega nada esa simpleza digna de un estudiantillo de leyes de mi época. Siempre lo ha habido, hombre de Dios, ¿pero qué te has creído? Íbamos apañados si la realidad fuera sólo aquello de lo que tú o yo podríamos dar testimonio fehaciente ante un juez prevaricador del tribunal supremo. Nos ha jodido el escritor. En este momento,

hazme caso, te conviene mirar hacia adelante con los ojos abiertos. Es mi opinión, si te vale de algo. Olvídate de conjuras quiméricas y piensa por una vez en el futuro. Tienes una hija, ¿no? Pues piensa un poco en ella, hombre. Es lo más importante ahora. Estoy fatigado, he tenido un día muy penoso. Prefiero no entrar en detalles. ¿Te llevo a alguna parte de camino a casa o prefieres quedarte aquí charlando un rato más con el rey de los pedos sobre las quisicosas del palacio de las pipas? Este desgraciado sí que no tiene ningún futuro en perspectiva.

XXXVIII

Una hora más tarde, la limusina blanca pilotada con destreza por el misterioso conductor robotizado se detiene en las inmediaciones de una estación de autobuses de una pequeña localidad que no conozco.

Durante unos minutos, los tres permanecemos inmóviles en nuestros respectivos asientos, sin saber muy bien cómo afrontar el momento de la separación.

Como estaba previsto, la despedida con Amaro G. es fría. Me muestro antipático adrede. Es el único recurso a mi disposición para tratar de salvar la dignidad perdida. No se puede controlar todo. Forzar las emociones. Los sentimientos.

Con la gran Ildi mi cambio de actitud es radical. La atracción entre nosotros es fuerte desde aquella noche íntima en que compartimos la humedad del dolor y el vodka aquí mismo, en el fastuoso decorado de la limusina. No me resisto a los abrazos cariñosos y las caricias insinuantes que me prodiga esta vez en presencia de Amaro con el consentimiento de éste.

—Gracias por lo que hiciste por mí. Estoy en deuda.

—No fue nada, querido Axel. Seguía instrucciones. Nada personal. Toma. Llévatelas. Tienes derecho. Son tuyas. He tenido que convencer a Amaro para dártelas. Le han costado muy caras. Hay que reconocerlo. Esta gente sabe comerciar.

Me entrega en mano una pequeña caja de cartón con una colección de cintas de vídeo digital alineada en su interior.

—Tu intensa vida en la caravana de los Macías registrada día tras día, minuto a minuto, por una minicámara espía. ¿Te sorprende?

Amaro siempre tiene la última palabra en todos los negocios y más en este que le concierne por partida doble.

—Hay algo en el mundo que no esté manchado por la suciedad y la corrupción que usted produce.

—¿Me echas la culpa? Yo no sabía nada de todo esto, amigo Axel. No seas desagradecido. No se puede tomar a la gente por tonta. No por mucho tiempo. Se defienden. Se protegen. Tal como están las cosas, es natural. Por lo que pueda pasar. Ya conoces mi divisa infalible.

—¿Nunca siente asco de sí mismo? Por una vez, ¿no le tienta ser honesto?

—Qué grandes palabras. Qué bellos discursos se perpetran en su nombre. Honestidad, decencia, dignidad, responsabilidad. Cuántos crímenes innombrables se cometen también por su causa. Un animal de la zona gris como yo no puede escucharlas sin reírse a mandíbula batiente. Lo siento, Axel. No me lo tomes a mal. ¿No pensarás que uno puede estar al mando de las cosas tanto tiempo sin pagar un precio altísimo? Ya te lo dije. Siendo aún muy joven vendí mi alma hegeliana al doctor Frankenstein y no me arrepiento de mis errores a pesar de todo. No me va nada mal desde entonces, como habrás comprobado. El Estado español es una grandiosa creación histórica, aunque vosotros los de las nuevas generaciones no sepáis apreciarla en toda su importancia. Estáis demasiado intoxicados por la propaganda de moda entre los resentidos y los acomplejados y las patrañas de politicastros sin pasado ni futuro.

—Ya, ya. Con gente abyecta como usted en el poder no me extraña nada de lo que está pasando o pueda pasar en este país.

—Pero, hombre, si no está pasando nada, ahí está todo el problema. No pasa nada ni pasará. No sé de qué me hablas. N-A-D-A. ¿Me entiendes? Creía que, como escritor al menos, eras una persona inteligente. Veo que estaba completamente equivocado. Mira, Axel, ¿sabes cuál es nuestro verdadero drama en la historia? ¿Lo sabes? Muy simple. No contar con un centro de energía primordial en nuestro suelo. Y mira que lo buscamos durante siglos. Por todo el mundo. Ése es nuestro único fallo. Es lo que marca la diferencia fundamental. Eso hace de ti una potencia seria. A tener en cuenta en las grandes decisiones internacionales. Si no comprendes esto, no comprenderás nada de lo que somos. Para bien y para mal.

Un beso con lengua en la generosa boca de Ildi, a iniciativa de ella, desplegando el descaro profesional que la ha hecho famosa en el negocio de los contactos, me rescata por unos instantes del cara a cara nocivo con el capcioso servidor del principio de realidad vigente. Más conocido en ciertos círculos VIP como el insigne Amaro G. de Luaces.

—Te pongas como te pongas, Axel, éste es un país de gente que ha preferido siempre encogerse antes que estirarse. Y hay que darle cuerda al mecanismo de vez en cuando, sea como sea, para mantenerlo vivo.

Si la pornógrafa húngara era la Gran Papisa del Tarot marsellés, el

Rebis andrógino de los alquimistas, como parecía sugerir la atrevida interpretación de la vieja gitana, quiénes eran los otros personajes de la baraja, las otras figuras de la historia contada por los naipes. Y, sobre todo, ¿qué representaban en el juego? ¿Qué se jugaban en la partida?

—Hasta pronto, amigo Axel. No le des más vueltas. Ten por seguro que compraré tu libro en cuanto aparezca. Te echaremos de menos.

—Después de lo que he visto, dudo mucho que vuelva a escribir. Con todo lo que ha pasado, se me han quitado las ganas de hacer el tonto en la vida.

Con la puerta aún entreabierta, la limusina a punto de arrancar, Amaro G. asomando por la abertura una parte del torso y su gruesa cabeza de chantre de una época menos desarrollada para transmitirme otra consigna trascendental.

—Haz lo que te apetezca, hombre, ya eres mayorcito para saber lo que más te conviene. Pero cuando consultes tu cuenta corriente y descubras que te sobra un millón de euros, no te escandalices como una vieja solterona ni se te ocurra devolvérnoslo. Créeme, no es nuestro. Arregla tus cuentas con el fisco y santas pascuas. Una última cosa, antes de que se me olvide.

—Diga lo que quiera de una vez y luego cállese para siempre.

—Cuando salga al mercado el videojuego ESPAÑA PROFUNDA II, no me seas tiquismiquis, anda, cómpralo enseguida, antes de que se agote. Estoy seguro de que te dará nuevas ideas para escribir. Y es dinero para una buena causa, sin duda. Ya te digo, lo importante es elegir bien de qué lado está uno. Tenerlo claro. No lo olvides en el futuro. Por lo que pueda pasar. Y recuerda mi consejo de amigo: es mucho mejor en la vida tener un destino que hacer una buena carrera.

XXXIX

Un alivio inesperado se apodera de mi estado de ánimo en cuanto el autobús de línea sale por las murallas romanas de la ciudad a la luz del mediodía y compruebo que Amaro G. ha quedado atrás y con él todo el grosero complot de la realidad que lo envuelve en poderes inimaginables como una vestimenta sacerdotal, un aura sacramental, una suerte de sotana carnavalesca con la que oficia ritos y ceremonias aberrantes e imparte bendiciones de vida a todos sus fieles y maldiciones de muerte a sus enemigos. Estoy alejándome, en medio de un calor sofocante, del radio nocivo de su influencia. ¿Es éste el final del viaje?

Echo la cabeza hacia atrás y me estiro en el asiento sin miedo a molestar. Por ahora tengo suerte y estoy solo. No he pegado ojo en toda la noche. Me quedo dormido enseguida. Una bacanal de sueños inunda mi cerebro y me convence de que no he logrado escapar. La historia me persigue y me perseguirá siempre hasta donde me esconda como un cobarde.

Al atravesar la frontera, de camino al exilio por una errónea elección de bando, hemos dejado atrás los cincuenta y un pueblos de la península, uno tras otro, como un paisaje infernal detenido en el tiempo de su destrucción sistemática. Atrás para siempre, como un mal recuerdo. O una pesadilla. Y delante de mí no había nada, sin embargo. Ni siquiera el mar o el vacío. Nada. Una profunda mancha de oscuridad que se extendía, muchos metros por debajo del borde vertiginoso donde se asomaban sin miedo las puntas de mis pies descalzos, hasta el muro del horizonte y más allá de la barrera ciega que prolongaba el límite de aquél en un territorio imposible de alcanzar con medios físicos. Una región inmensa arrasada por una catástrofe antigua. Como un suelo árido de interminable lava negra. Me di la vuelta. Ése no era el camino a seguir. De ningún modo podía ser el camino. Ahora estaba solo y debía aprender a estarlo durante mucho tiempo. No me quedaba otra. Había llegado al final del viaje y había conseguido perder a todas las mujeres de mi vida. ¿Era ésa la verdad de la situación?

Cuando me despierto, el autobús está parado en el borde de la carretera y un chico joven acaba de sentarse junto a mí. Moreno, con gafas de miope, un chándal negro para completar el uniforme de luto de una vida sin estímulos. Suda en abundancia, como si viniera de hacer deporte en solitario y no hubiera tenido tiempo de ducharse al acabar. Sin embargo, no huele mal. Llegamos a un pueblo de dos iglesias con cigüeñas anidadas en las torres de los campanarios y se baja sin despedirse en la parada correspondiente. El autobús va lleno hasta los topes y una mujer madura, que acaba de subirse con un niño en brazos, me pregunta si el asiento está vacío y cuando le digo que sí me sonríe y se sienta a mi lado. Me habla del niño y apenas la escucho. Antes de lo esperado, llega la nueva parada y se despide. Un pueblo grande, una larga cola en la parada. Se sube mucha gente. A mi lado viene a sentarse ahora un anciano de piel muy blanca que ni siquiera me ha pedido permiso, dando por hecho que viajo solo. Me habla de las cosas del campo, de las estaciones para sembrar y plantar y de las estaciones para cosechar, y me aburre a muerte con su moralina naturalista. Se me cierran los ojos sin poder evitarlo y vuelvo a dormirme. Tengo una pesadilla recurrente. Sueño que he vuelto a la estancia donde me retenía el viejo doctor. La enana está tirada en el suelo patas arriba como una rata muerta. El inválido muerto en su

silla, con la cabeza desplomada sobre el pecho y babeando por la boca una espuma efervescente como bicarbonato. El viejo doctor, antes de ahorcarse de una lámpara empleando el cinturón de cuero con que me amarraba a la silla de peluquero, ha debido de administrarles una sobredosis de alguna droga letal para sumir a sus cómplices en el olvido definitivo de sus actos infames. Me despierto asustado, con un dolor de vientre que no sentía desde hace tiempo. A mi lado está sentada una chica rubia, atractiva, de cara agradable y grandes pechos, con la oreja conectada a un auricular donde escucha música celestial a juzgar por la placidez inusitada que transmiten sus facciones. Siento entonces que todo lo bueno que la matriarca gitana hizo por mí durante los intensos días de mi recuperación en la caravana se está disipando por culpa de Amaro. Tengo ganas de morir. Coqueteo mentalmente con la idea de suicidarme en cuanto tenga oportunidad. Es la única respuesta a lo que he visto en el sueño. Tengo ganas de llorar pero logro contenerme. La guapa chica no quiere hablar conmigo cuando se lo propongo. Me gustaría poder desahogarme con alguien que parece feliz como ella. Se lo comunico con gestos expresivos y se niega tajante. Por lo visto, no le atrae nada la idea de entrar en intimidades con un extraño de pinta tan rara y tan mal vestido. Cuando llega su parada y se prepara para bajarse, imagino la vida que podría llevar con ella si me bajara también ahí y la siguiera hasta el caserón donde vive todavía con su familia. Podríamos casarnos y yo trabajaría para su viejo padre en la panadería mientras ella se ocuparía sin quejarse de la casa y los hijos y luego, una vez muerto el padre, el negocio sería mío al fin y ella trabajaría por las mañanas como dependienta en la tienda próspera que montaríamos gracias a un crédito bancario junto al obrador de pan. Me dan escalofríos y convulsiones sólo de pensarlo. Menos mal que justo después, en cuanto el autocar arranca, se sienta a mi lado un viejo con cabeza de champiñón que me ha dado risa con su apariencia de chiflado y ha conseguido desviarme de la fantasía de otra vida espeluznante. Compruebo con disgusto que el autobús me aleja con exasperante lentitud de la irradiación de Amaro G. y su clan de aguafiestas profesionales. El viejo de cráneo pintoresco me pide que lo avise cuando llegue la siguiente parada y se queda dormido enseguida. Ronca con estruendo y me impide concentrarme en mis pensamientos. Me fijo en su ropa. Una rebeca gris y una camisa blanca raída, unos pantalones grises de tergal desgastados por el uso y la dejadez y unas sandalias marrones de pescador de almas descarriadas. Mi malestar crece a pesar del transcurso de las horas y los kilómetros. Cuando llega su parada lo despierto con agresividad, me molesta con sus fuertes ruidos mientras duerme y quiero que se baje cuanto antes y me deje en paz. Sueño con quedarme solo en el asiento y poder por fin

llorar a gusto, pero el dios de los encuentros ya me tiene preparada otra sorpresa. Una cuarentona maciza y vestida pobremente de negro, con una bolsa de la compra cargada de hortalizas malolientes y una hogaza de pan para cocinar alguna sabrosa receta de sopa pueblerina, viene a sentarse junto a mí. Hace un momento, por culpa de una chica jovial, soñé con ser panadero en un pueblo. Ahora esta otra me lleva a desear bajarme del autobús de nuevo y perderme con ella por las petrificadas callejas de esta aldea donde vive con su hermana menor y el marido autoritario de ésta. Al principio todo va bien, me entiendo con la tía maciza que es viuda y con la otra, más fea y medio loca, a espaldas del marido. Los tres terminamos matando al hombre de la casa, hartos de su violencia y su amargura, y viviendo todas las noches un jolgorio carnal de tres pistas, con trapecio y sin red, que acaba con la guardia civil metiendo las narices en la casa y descubriendo que soy un criminal peligroso buscado en todo el territorio por diversos delitos de sangre. Acabaría en la cárcel, condenado de por vida, si el autobús no se hubiera puesto en marcha en cuanto la viuda fatal acertó a bajar el último escalón con sus pertenencias colgando de un solo brazo fornido. Me siento idiota cuando le hago una señal con la mano para despedirme, como si me alegrara de verla partir. Se me han quitado en parte las ganas de suicidarme. Ahora sólo me obsesiona, como otra forma larvada de suicidio, la vida miserable que podría llevar si tuviera el valor de bajarme del autobús con alguna de las pasajeras que se sientan a mi lado. Poco después vuelvo a quedarme dormido. No sé cuántos enclaves turísticos desfilan por la ventanilla mientras atiendo mis negocios en el otro lado. Sólo sé que he vuelto al principio de todo. Estoy de nuevo en la taberna folclórica, con los falsos hermanos. Y todo me parece un error, lo que he vivido con ellos, sus muertes absurdas, hasta que veo entrar a Marta en el local y me sonríe con simpatía exagerada y se dirige a nosotros en términos familiares y se sienta a mi lado y pide al viejo camarero, como si tal cosa, una cerveza negra bien fría. En ese momento entiendo que lo que he vivido era mucho más y mucho menos que un sueño. El diseño era perfecto. No pensaba estropearlo con explicaciones baratas. Entonces me despierto, justo cuando el autobús ingresa otra vez en la carretera secundaria y sentada a mi lado va ahora una adolescente pálida y ojerosa, casi una niña, que me mira con seriedad como si estuviera tratando de reconocerme de otras ocasiones. Al otro lado del pasillo se sienta su abuela, o su madre, el grado de deterioro físico de la mujer me impide comprender exactamente el vínculo familiar que las une. He estado llorando sin contención mientras dormía y hago un esfuerzo para secarme a toda prisa las abundantes lágrimas que me inundan las mejillas. La envejecida acompañante me explica sin moverse de su posición que la niña está enferma de los pulmones. Nada infeccioso,

no debo preocuparme. La traslada de pueblo para poder cuidarla mejor. No es su hija ni su nieta. Es la hija pequeña de una buena amiga. Me tranquilizo. La idea de que desde hace unos minutos estoy más cerca de casa que de la estación de origen me llena el cuerpo de una alegría visceral. Estaría dispuesto a besar a la niña de cara demacrada y a su rancia enfermera si no fuera porque se bajan en la siguiente parada y apenas si tengo tiempo de planear nada. Con gusto las hubiera acompañado también hasta una casa lóbrega donde la niña moriría al cabo de unos meses, maltratada y descuidada por esta anciana prematura que sólo busca una excusa para cobrar una ayuda social insignificante con que sobrevivir unos años más hasta el momento de recibir en efectivo la cuantiosa herencia prometida por un pariente lejano. Yo no aguantaría mucho más y en cuanto la niña expira en la cama me largo de la horrible casa donde un melodrama mezquino está a punto de transformarse en tragedia criminal. No puedo ni mirarlas cuando el autobús arranca, la niña enfermiza cojeando con su maletita cogida en una mano y la otra asida de la mano de la mujer egoísta que la conduce a una muerte segura. Todo lo que he visto me obliga a mantener los ojos abiertos. Hasta la próxima parada no tengo compañía y me dedico a disfrutar en lo posible del monótono paisaje, un pueblo detrás de otro, villorrios separados por terrenos estériles y descampados propiedad de otros lugareños que no habitan en ninguna de las casas humildes que se ven desde la carretera al pasar por ellos. Es una contemplación aciaga. Cargada de tristeza y de reflexiones tristes, pero no es para menos. La siguiente parada me trae la compañía de un hombre de cincuenta años, canoso y vestido con falsa modestia. Se agarra todo el camino con las dos manos al respaldo del asiento delantero por temor a caerse en alguna curva o invadir mi zona prohibida. De vez en cuando me mira con suspicacia, como si me acusara de algo imperdonable, y yo le devuelvo la mirada con redoblado recelo. Percibo algo siniestro en cada uno de sus calculados gestos. Menos mal que no dura mucho el duelo de miradas. Paramos en un pueblo de casas achatadas y piedras rojas y se baja sin decirme ni una palabra. Con éste no iría yo a ninguna parte, así me pagaran por ello una suma considerable, ni al bar de la esquina a tomar un coñac ni a cobrar un décimo premiado de lotería. La vida de este personaje funesto tiene que ser una cadena malsana de crímenes sexuales, niños y niñas y alguna pobre mujer violada y asesinada en el vertedero de la localidad vecina. Por muy amigos que llegáramos a ser, tarde o temprano tendría que traicionarlo y contárselo todo a la policía. Para la tranquilidad de mi conciencia, enseguida lo sustituye en el asiento contiguo una chica pelirroja con una gruesa carpeta negra y pesados libros de texto abrazados contra el pecho voluminoso. Es tímida y discreta y

mantiene la mirada perdida durante todo el trayecto. Viste el uniforme de algún colegio privado, aunque se la ve mayor para esas obligaciones escolares. Le pregunto qué estudia y me dice que nada especial. Da clases particulares a domicilio en distintos pueblos. Cuando se baja del autobús, la acompaño a casa. Vive sola en una habitación mal ventilada con una cama estrecha en un rincón, un armario grande junto a la puerta y una mesa con una palangana y una toalla blanca enfrente de la cama. Es dulce y tierna y posee un cuerpo precioso, que no había podido apreciar por culpa del uniforme de colegiala y los libros inútiles tras los que se oculta de la mirada penetrante del otro. Ahora, tumbada en la cama junto a mí, cierra los ojos mientras aparto la sábana para poder contemplarla desnuda, la piel blanca y pecosa, las tetas enormes y firmes, los pezones sonrosados, el sexo rasurado, los pies grandes, y puedo pasar con ella horas y horas sin aburrirme haciendo cosas deliciosas que no recordaba haber hecho nunca con ninguna otra mujer. Experimentando nuevas combinaciones del deseo y el placer. Es dócil y juguetona a su manera y me permite hacer todo lo que me apetece con su cuerpo. Algunas de las cosas que hacemos juntos dice que las ha ensayado antes con una amiga mayor que está enamorada de ella desde el instituto. Cuando llega la noche y no se me ocurre nada nuevo con que divertirnos, la pelirroja me habla de su novio formal. No quiero saber pero insiste en contármelo. Está estudiando ingeniería forestal y piensan casarse en cuanto apruebe las oposiciones o encuentre un primer trabajo serio. Ahora es más difícil colocarse, me dice, y teme verse obligada a retrasar la boda, contra su deseo, un año o quizá más tiempo. No tienen demasiado dinero ahorrado entre los dos. Siento asco de lo que hemos hecho y no necesito esforzarme mucho para escapar de la otra vida. A través de la ventanilla la veo por detrás caminando hacia el pueblo donde vive y también da clases particulares a niños retrasados y no creo que fuera capaz de aguantar en su compañía ni una hora por mucho que su culo bajo la falda de cuadros me inspire toda clase de perversiones inconfesables. Cuando menos me lo espero un joven alto, atlético, moreno, vestido con ropa deportiva, zapatillas de corredor de larga distancia, camiseta oficial a rayas blancas y verdes y pantalón corto de futbolista, se me sienta al lado muy ufano. Como si hubiera estado esperando su turno durante horas para poder hacerlo sin competencia. Es un engreído y me mira todo el tiempo con descaro. El pelo ondulado y largo, las orejas perforadas por anillos de plata, un collar de oro macizo alrededor del cuello. Se quita la camiseta de improviso para impresionarme. El torso musculoso y depilado. La piel bronceada. Cuando llega su parada, se pone en pie de un salto, con la camiseta de su equipo favorito sostenida en una mano como un reclamo, desde el pasillo se vuelve

con brusquedad y me lanza una mirada desafiante, invitándome a acompañarlo. No lo dudo un instante. Camino detrás de él por un sendero polvoriento entre casas bajas de techo de uralita y fachadas ruinosas. Me dice que quiere ser policía nacional y se está entrenando a todas horas para las pruebas físicas. Vive en casa de su madre, donde tiene una habitación para él solo en la segunda planta. Subimos con prisa. Me desea y quiere poseerme sin demora. Nos desnudamos uno enfrente del otro. Es mi primera vez y me dejo guiar. Toda la tarde, toda la noche, con pausas breves para dormir. Está enamorado del tamaño y el olor de su polla y me pide que se la toque continuamente y luego me huela los dedos y se los dé a oler a él. Le entusiasma mi polla, según dice, y me la huele y chupetea cada poco. Me abraza sin parar para sentirme cerca. Impregnarse de la fragancia de mi piel. Me besa por todas partes. Le encantan mis pies y los dedos de mis manos y todo lo sucio que se le ocurre hacer con ellos. Le gusta hablarme en la oscuridad, contarme sensaciones perturbadoras que tiene en todo el cuerpo cada vez que se acuesta con alguien, deseos secretos que querría realizar, solo o conmigo, antes de morirse. Me cuenta todo esto con una voz siniestra que no parece la suya. No lo reconozco. Me asusta con sus fantasías sádicas de poli psicópata encerrado de noche en el sótano de la comisaría con varios delincuentes juveniles maniatados. Le pido que encienda la luz y se niega y sigue hablando sin parar de cuánto le excita la idea de ponerse y quitarse el uniforme delante del espejo de su madre y de desnudarse a diario ante sus compañeros de promoción o en la celda de algún asesino peligroso. Consigo dormirme para olvidarlo y no tengo sueños. Me domina la impresión de que estoy despierto y que todo lo demás es un sueño. Nada es real, me digo. Un sueño dentro de un sueño. Y siento alivio otra vez. Un insólito bienestar. Por lo menos hasta que el chófer del autobús me sacude como a un muñeco de feria para despertarme. Ya hemos llegado a la estación de destino y soy el último viajero a bordo. No queda nadie más. Me impone la desolación interior del autobús, la soledad impasible de las filas de asientos vacíos y el largo pasillo despejado hasta la zona trasera, como argumento moral para que me baje de una vez y le deje guardar el vehículo en el aparcamiento como es su obligación. Es tarde y hace calor y él también, como es natural, tiene muchas ganas de volver a casa. No soy el único.

Al entrar en mi apartamento, lo primero que hago tras encender las luces es llamar a Elena por teléfono. Salta el buzón de voz y grabo un mensaje escueto.

Mi tono es cariñoso. Mi intención desesperada. No le pregunto nada ni le pido perdón, sólo le digo esto:

—Te amo, Elena. He vuelto y necesito verte cuanto antes.

Llámame, por favor. Tengo mucho que contarte.

Fin del viaje. Ahora sí.

¿Es un final feliz?

No tengo ni idea. Al menos estoy de regreso. En casa. Vivo.

Tirado en el sofá, no tardo en echarme a llorar otra vez.

XL

Seis meses después, cuando menos me lo esperaba, recibo por mensajería un paquete de regalo enviado a mi domicilio desde una remota dirección postal.

La caja negra, un cubo perfecto de cartón diseñado adrede para ser entregado en el cuenco de las dos manos, contiene en su acolchado interior el videojuego anunciado.

Al abrir la caja precintada, descubro un estuche negro de plástico, sin carátula, protegiendo un disco diminuto de metal, y, como presentación cordial del producto, una elegante tarjeta blanca escrita con tinta azul y caligrafía antigua.

Amigo AXEL:

Lo prometido es deuda. Gracias por tu colaboración.
Es sólo un Prototipo experimental. Disfrútalo a solas o con toda la Familia.
Contamos contigo como guionista para la Tercera Entrega de la Serie.

Tu AMIGO confidencial,
A. G. d. L. y Q.

En el momento de la entrega del paquete, estaba en casa con mi hija Alexandra. Pasando uno de esos fines de semana estelares en que disfrutaba de nuevo de su compañía como cuando era sólo una niña, viendo películas de todos los géneros a todas horas y dando largos paseos silenciosos por la playa, y me sentía contento por ello. Era la clase de vida familiar que más añoraba tener.

Alexandra sentía una curiosidad morbosa por el juego, aunque no lo conocía ni por el nombre, y más por el misterio de que alguien desconocido para ella se lo hubiera regalado a su padre. Por fortuna,

traía en la mochila la videoconsola recién estrenada (*regalo de Reyes del nuevo novio de mamá*, confesó cuando la sometí a mi versión personalizada del interrogatorio de tercer grado para averiguarlo, *un becario jovencísimo y guapísimo de su empresa*) como precaución por si me daba por escribir en un ataque repentino de inspiración, como había hecho otras veces en el pasado, y la dejaba sola y abandonada más tiempo del deseable.

No le había contado nada, sin embargo. Y tampoco le había leído lo que estaba escribiendo desde hacía dos meses, sin mucha constancia ni convicción, también es cierto. Una especie de conjura emocional sin futuro, eso representaba, sobre todo, el trabajo hecho hasta ahora. Una tentativa de superar el trauma de la experiencia abocada al fracaso más estrepitoso. Sin pretenderlo, había regresado a mis comienzos de escritor diletante, cuando conjugaba el verbo escribir como un acto gratuito e intransitivo. Y mi hija no entendería la actitud improductiva de su padre más que de un modo negativo, como hizo su madre cuando nos conocimos. No como un retorno eficaz a los inicios de mi escritura, al origen de mi vocación, en busca de nuevas energías e ideas renovadas.

Así que conecté sin demora el dispositivo de la PS4 al monitor panorámico de la televisión LED de sesenta pulgadas y ahí estaban ya, invadiendo el campo de juego con su imagen estrafalaria y sus maneras desaforadas, los estandarizados protagonistas de la segunda versión del videojuego ESPAÑA PROFUNDA (EP II).

Danny y Willy, Willy y Danny. Mis héroes sentimentales. Caídos por la patria en que decían creer aún por inercia histórica, antes de morir víctimas del vórtice de violencia defensiva generado por ella misma en su deseo de preservación, o el simulacro de patria en que se les había obligado a creer a falta de otras ofertas válidas en el gran mercado del mundo.

Pero no era con este estilo irónico, desde luego, como la inventiva prosa de la corporación fabricante, una productora nacional y una marca comercial (ATAPC) con vínculos financieros internacionales bien consolidados y lucrativos, presentaba a los jugadores virtuales en la simplificada pantalla de inicio.

WILLY H.: Soldado #1 en el Gran Frente de la Realidad
DANNY S.: Soldado #2 en el Gran Frente de la Realidad

Era una evidencia insultante para la inteligencia del usuario que el designio del juego se limitaba a explotar hasta el agotamiento y el tedio, atravesando numerosos niveles y pantallas intermedias, múltiples episodios de acción enredados en bucle y giros imprevistos

de la trama derivados de la identidad poliédrica de los dos avatares principales, como mostraba el frenético tráiler publicitario del videojuego en fase avanzada de desarrollo.

Los jugadores enfrentados sin remedio a un mundo corrupto y tramposo que pone a prueba, en cada escenario de riesgo potencial, la fuerza de sus creencias y el valor de sus recursos.

La regla número uno del videojuego era idéntica, en apariencia, a la de todos los juegos desde que se inventó el primitivo acto de jugar.

Asegurar la pervivencia del juego es siempre más importante que el triunfo de los jugadores.

Pero al mismo tiempo solicitaba con persuasiva retórica la participación activa del usuario en la creación del juego.

Vives inmerso en un espacio de juego que está en todas partes y en ninguna, con lo que ni siquiera cuando dejas de jugar puedes estar seguro de no estar jugando aún, con mayor intensidad si cabe.

Con una sonrisa angelical en los labios, esa mueca encantadora con la que solía cometer sus mayores travesuras domésticas cuando era mucho más pequeña, Alexandra dio el paso necesario para disipar la parálisis afectiva que me bloqueaba en esos minutos iniciales frente a la propuesta maquiavélica del juego y me impedía comprender la naturaleza del peligro al que nos enfrentábamos sin apenas saberlo.

Como a su madre en ciertos lances íntimos, el brillo y la humedad de los ojos la delataban. Elena y Alexandra eran iguales en todos los aspectos excepto quizá en sus sentimientos hacia mí. Desdeñosa y agresiva la madre, por razones obvias, afectuosa y comprensiva la hija. La diferencia de edad entre ambas, por una vez, favorecía mis intereses.

—¿Jugamos un poco, papá?

Acepté el desafío sin titubear. Tampoco existía alternativa posible. El futuro de mi hija estaba amenazado.

Y la pantalla dictaba, como un mensaje de frivolidad infinita, el imperativo subyacente al juego de juegos.

La orden terminante del círculo vicioso había sido emitida hacía demasiado tiempo como para rechazarla con evasivas.

Y así nos lo anunciaban los extraños caracteres de diseño futurista bailoteando en la pantalla blanca al ritmo programado de una música machacona.

PLAY?